

KATHERINE
PANCOL



NOVOLA

Para Patricia Connelly

—Happy Monday! —saluda Heather arrojando su bolso sobre una silla.

—Happy Monday! —gruñen las tres chicas sentadas en el Café Viand, en la avenida Madison, delante de una botella de Chardonnay.

Jessica, Astrid y Rosie levantan la cabeza hacia su amiga Heather que se sube la cinturilla de los pantalones con las dos manos antes de sentarse. Es lunes y como cada lunes a las siete de la tarde han quedado para verse. Fue Heather quien decidió instituir esas reuniones tras haber declarado que el mundo es una jungla y la unión hace la fuerza, ¡unámonos para afrontar la jungla, *hasta siempre, Comandante!*

Heather es irlandesa. Ha decidido marcharse a vivir a Chile. Ahora practica para acentuar más las caderas y el movimiento de sus caderas, pero es demasiado rígida, demasiado grandota para ese ejercicio de contoneo. Trabaja como directiva de publicidad en AOL, con un sueldo a porcentaje y complementos millonarios cada mes.

—¿Qué es lo que os pasa, chicas? —inquire haciendo ondear sus finos cabellos rubios—. ¡Parecéis una pandilla de viudas después de un entierro!

—Para empezar haría falta un hombre para ser viuda —farfulla Rosie—. ¡Hace dos años que no cato varón! A este paso voy a revender mi virginidad en eBay.

Rosie es la mayor de las cuatro. A sus treinta y cinco años ha perdido la esperanza de hacer carrera y trabaja en la firma Gap confiando en no ser despedida. Casada y divorciada dos veces, tiene dos niñas pequeñas que la traen de cabeza. No sabe negarles nada. Ese es mi problema, hacen de mí lo que quieren. Su bello rostro de rubia un poco insulsa muestra un gesto triste. Rosie contempla con resignación el desastre de su vida mientras toma nota de la dirección de un salón de belleza donde hacerse un lifting y pagarlo a plazos.

—Anoche me acosté a las tres de la mañana —bosteza Jessica.

—¡Yo me acuesto tan tarde y me levanto tan temprano que me cruzo en la escalera! —bromea Heather—. ¡Hay tanto que hacer antes de partir! ¿Saliste con David ayer por la noche?

—Fuimos al Gansevoort —dice Jessica—. Estaba desenfrenado...

David y Jessica. Se conocieron en la Universidad de Princeton. Dos personas elegantes, encantadoras, indolentes. A sus veintiocho años David es alcohólico y sufre disfunciones sexuales con regularidad. Jessica fuma porros para olvidar que su pareja hace aguas por todas partes.

—¿Coca-cola o whisky con coca-cola? —pregunta Astrid.

Astrid posee la gracia y la sensualidad de una Bardot negra. Una gacela escapada de la corte de un sultán. Largas piernas, talle estrecho, boca carnosa. Sus largos cabellos, alisados con la plancha cada mañana, están ahora recogidos en un moño alto y retorcido. Una gran cinta negra aplasta su flequillo, cortado a ras de los ojos, y dos hoyuelos en las mejillas le dan un aire perpetuamente alegre. Bajo su lánguido aspecto de frágil cervatillo, oculta un puño de hierro y dirige su carrera a golpe de tambor. Su

única debilidad: suele enamorarse de los peores hombres. El «agradable» la hace bostezar, con un hombre así no siento escalofríos, permanezco al borde del coito.

—Voy a subarrendar mi apartamento durante seis meses, ¿conocéis a alguien que esté interesado? —lanza Heather.

—¿De verdad vas a mudarte a Chile? —pregunta Jessica que no comprende que se pueda vivir fuera de Nueva York.

—Ese país es la ruta del oro. ¡Plantas un perno y sale una fábrica! Podría vender salchichas, mangas de riego, lámparas, camisetas o porcelana. Da igual. Tengo treinta y dos años. Me doy seis meses para triunfar. Estamos a 26 de marzo, si el 26 de septiembre no he conseguido mi primer cheque con muchos ceros me vuelvo.

—¿Y vas a dejar tu trabajo aquí? ¡Estás chiflada! —exclama Rosie.

—¡Quien no arriesga no gana! Entonces... —continúa Heather volviendo a su pequeño anuncio—, un dormitorio, salón, portero, piscina interior, gimnasio, pista de jogging en la azotea, metro a las puertas del edificio, a menos de dos manzanas de Wall Street, cuatro mil cuatrocientos dólares al mes.

—¡Una ganga! —susurra entre dientes Rosie para la que cada moneda cuenta.

—Puedo bajar hasta cuatro mil si es para algún amigo vuestro...

—Como no cambies de tema te arranco los ojos —amenaza Rosie.

—Vale, vale —suspira Heather—. Y Hortense ¿no viene hoy?

—Ya la conoces, le gusta hacerse desear. Quiere hacer su entrada triunfal.

—¡Tiene tanta clase! —suspira Heather enderezándose bruscamente.

«Una espalda encorvada no viste a una chica», había decretado Hortense un día al observarla.

—Esa chica tiene todo perfecto —dice Rosie—, la piel, los ojos, los cabellos, los dientes, el cerebro... ¿Crees que en Francia serán todas como ella?

—¡Si hasta su chico es guapísimo! —suspira Jessica.

—Cálmate, querida —sugiere Heather—. ¡En la vida hay otras cosas además del sexo! Es más, creo que le damos demasiada importancia. ¿Queréis saber mi opinión?

—No —rugen a coro las tres chicas.

La opinión de Heather está bien para las estrategias, los balances, las entrevistas profesionales, pero no para los hombres. Para los hombres es negada, incluso patética. Es de las que pagan la cuenta después de una *blind date*, y para colmo en su última cita incluso acompañó al tipo a su casa en taxi después de que este le hubiera vomitado el bloody mary en las rodillas.

—Gary... Cómo me gustaría darle un bocado —dice en voz alta Jessica pensando en David atiborrándose de alcohol cada noche antes de meterse en la cama.

—Olvidalo, está loco por ella —dice Astrid agitando sus grandes zarcillos que le rozan el cuello de piel falsa de su chaqueta.

—¿Es un modelo de la próxima colección de J. Crew? —pregunta Rosie tocando la chaqueta.

J. Crew es la marca en alza, tan en alza que amenaza a las firmas más importantes. Trescientas boutiques, un estilo inimitable que todo el mundo se disputa. Su estilista, Jenna Lyons, ha transformado la casa, en otro tiempo clásica y anticuada, en un *must* de la moda. Michelle Obama se viste allí. Anna Wintour afirma que ninguna mujer vestida por J. Crew puede ir fea. Es un honor trabajar ahí. Una

medalla en el currículo.

—¡Qué va! ¿No te acuerdas? Es un modelo diseñado por Hortense. Un prototipo. Me encanta. Me la pongo un montón.

—¡Esa chica está increíblemente dotada! —observa Jessica—. Me encantaba trabajar con ella. Se le ocurría una idea por minuto.

Las chicas se conocieron en Gap. Trabajaban en el mismo piso, y solían verse en la cafetería de la esquina para comprar un bocadillo entre las doce y cuarto y las doce cuarenta y cinco. Heather y Rosie estaban en el departamento de publicidad, Astrid en el comercial y Jessica y Hortense en el de estilismo. Les gustaba pasar el tiempo chinchándose entre ellas, pero cuando la adversidad las amenazó formaron una piña. Hortense diseñaba con un trazo de su lápiz los modelos que Jessica ejecutaba. «El día en que pueda diseñar mi primera colección, tú serás mi jefa de taller —le había prometido—. Podrás incluso ser mi maniquí. ¿Estás segura de que tu abuela no se llama Lauren Bacall?».

—Frank está insoportable desde que Hortense se marchó —dice Rosie—. Se pasa todo el tiempo criticándonos. Repitiendo que no tenemos ni una sola idea...

—Y tú te encoges como una mierda seca —concluye Jessica.

—Exacto —reconoce Rosie mordiendo el borde de su vaso—. Si me enfrento a él me dice que no tengo más que coger la puerta, que hay una multitud de aspirantes dispuestas a reemplazarme, ya sabes la cantidad de ofertas que recibo cada día por culpa de esta crisis que no se acaba nunca y bla-bla-bla.

—Tendrías que venirte con nosotras a J. Crew —sugiere Astrid—. Atreverte sencillamente a correr ese riesgo... Jessica y yo hemos hecho bien.

—¡Tú no tienes dos bocas que alimentar!

—¡Pues ponlas a régimen! —bromea Astrid.

—¿Acaso te hablo yo de todos esos tíos que acaban en prisión y te piden que pagues su fianza? —replica Rosie, molesta.

Sabe que Astrid tiene razón. No supo decir no a Frank cuando le pidió que se quedara. Sin subirle el sueldo.

—¡Dejadlo ya, chicas! ¡Solo nos vemos una vez a la semana, y no es para pelearnos! —interviene Heather.

Ese es el momento elegido por Hortense para empujar la puerta del café. Adora ese lugar. Es como uno de esos locales que aparecen en las películas antiguas. Jackie Kennedy era clienta habitual. Se instalaba en el bar con el periódico, sus gafas negras, y pedía un *chicken salad sandwich, so chic!*

—¡Hola, chicas! ¿Cómo va eso?

—Estábamos hablando de ti —comenta Heather—. No conocerás a alguien que busque un apar...

—Espero que para bien —la corta Hortense mientras se desata la enorme bufanda que le rodea el cuello.

Toma asiento. Se acomoda a sus anchas en la silla. Finge leer el menú mientras las observa de reojo. ¿Por qué quedo con ellas? Porque me caen bien. Y... para estar al corriente de los últimos chismes, de las últimas tendencias, de pormenores de los que me aprovecharé el día en que haya montado mi propio negocio, puesto que son unas excelentes profesionales. Sé lo que haría con cada una de ellas. De hecho ya tienen su propio despacho con su nombre en la puerta.

—Y la vida ¿qué tal os trata? —pregunta con voz cálida y grave.

—Dime —insiste Heather—, respecto a mi apartamento no conocerás...

—Porque yo estoy al borde de algo muy grande. Lo presiento..., me da escalofríos. ¡Voy a dejaros boquiabiertas! Y voy a necesitar de vuestra ayuda.

—Como en los buenos viejos tiempos del bueno y viejo Frank —sonríe Rosie.

Frank desfilaba a la cabeza de su escuadrón de chicas, jactándose de ser abierto, tolerante, de luchar por la causa femenina. ¡Una francesa, una irlandesa, una negra del Bronx, una madre soltera, una chica de buena familia, nada se me puede reprochar! ¡Y todas unas buenas y pequeñas reclutas! ¿Qué más se puede desear?

—Un aumento —murmuraba Astrid entre dientes.

—Menos poner las manos en el trasero —susurraba Jessica.

—Un ascenso —clamaba Heather golpeándose los muslos con las dos manos.

Rosie masticaba su sempiterno chicle.

—Frank está de un humor de perros por tu culpa —le informa a Hortense—. No ha digerido tu marcha.

—Solo tenía que concederme más responsabilidades.

—¿Te ha llamado?

—No deja de hacerlo. Es un plasta.

—¿Te ha propuesto volver?

—Y con un sueldo enorme.

—¿Y no te apetece?

—¿Y qué podría hacer yo en ese barco? Estoy al borde de una idea genial...

—¿Y tienes apoyo financiero?

—Tengo mis ahorros...

Tenía ahorros, piensa Hortense. Hoy no pedirá más que un café. Se nutre de cafés y minas de lápiz. Devora todos sus lápices.

—Sin embargo... —insiste Rosie que no termina su frase, pero a la que le encantaría que Frank le suplicara también.

—¿Por qué decir sí a una cosa mediocre cuando muy pronto podré decir sí a algo formidable? —declara Hortense encantada con su afirmación.

No me rendiré, se dice satisfecha de cómo suena eso. ¡Soy brillante!

—¿Vas a venir a Brooklyn con nosotras el domingo? Hay una *food fair* y pensamos dar una vuelta por las barras de cerveza, los puestos de ropa...

Brooklyn es el nuevo barrio de moda. Manhattan se ha vuelto demasiado caro. Alrededor de la avenida Bedford se han establecido estilistas, pintores, músicos, escritores y fotógrafos debutantes. Vivir en Manhattan ya no está de moda, es burgués, proclaman los jóvenes demasiado pelados de dinero para poder permitirse un techo allí pero que, sin embargo, regresan al barrio en cuanto ganan sus primeros dólares.

—¿En qué coche vais a ir? —pregunta Hortense.

—Con Rosie. No tiene a las niñas este fin de semana.

—¿Es ella quien conducirá?

—¿Por qué?

—Porque no quiero terminar como un filete a la plancha.

Las chicas estallan en carcajadas.

Rosie obtuvo su permiso conduciendo una ambulancia. De estudiante hizo un curso de enfermería antes de lanzarse al mundo de la moda.

—No tienes más que coger el metro —protesta Rosie, molesta.

—Presento mi solicitud para una plaza en el asiento de atrás —declara Jessica levantando el dedo.

El camarero se acerca, cita los *specials* del día. Hortense suspira y pide un café mientras explica que acaba de salir de una entrevista con un tipo que la ha agasajado con blinis y salmón y que no tiene hambre. Después, para desviar la atención, pide noticias de Scott, el ayudante de Frank que, en otro tiempo, formaba parte de su pequeña pandilla. Las chicas le toleraban porque era el hombre de confianza del patrón y pagaba las cuentas.

—Sigue soltero —comenta Astrid—. Lo vi la semana pasada en Baron. Se le veía más solo que la una, sin ninguna chica alrededor. Aunque sus oportunidades son escasas a la vista de su físico.

—Tienes razón —ríe Hortense—. Es la clase de tío que cuando te lo cruzas recibes una oleada de caspa...

—¡No todo el mundo puede salir con Gary Ward! —refunfuña Rosie que ha aceptado salir a cenar con Scott en el Pick Up Bar al día siguiente.

Al escuchar el nombre de Gary, Hortense sonrío enigmática. Ayer por la noche se reencontraron en la enorme cama donde él posó su codo a través de su garganta y murmuró con voz fría: ahora no te muevas, no hables, obedece, no quiero oír el más mínimo ruido..., y la tomó sin besarla, sin acariciarla, ella gimió, él se detuvo y murmuró: he dicho que nada de ruido, y le dio la vuelta. Fue delicioso.

—¡Oye tú! ¡Regresa aquí! —exclama Heather—. ¡Es increíble, basta con pronunciar su nombre para que te disperses!

—No podéis entenderlo —articula Hortense arqueando una ceja.

—Bueno, ¿vamos a ir a Brooklyn o no? —insiste Astrid.

—Ya te llamaré. No hay ninguna prisa, estamos a lunes.

Y la velada continúa con los platos que el camarero deposita y las últimas novedades. El maquillaje que no seca la piel, la tienda donde comprar EL pantalón pitillo, las declaraciones de Laura Denham en los Premios del Año de Glamour's Women, cómo iba vestida Jenna Lyons, su pantalón de seda estampada, la camisa de hombre, ¡qué estilazo!

Un día yo seré como ellas, se jura Hortense, o, mejor aún, *I'll crush them.*¹

Formula su deseo, se concentra, arruga la nariz, se acuerda de cómo se estremeció ayer noche en la enorme cama. La boca de Gary acercándose para morder su hombro mientras ella trataba de apaciguar y contener su respiración.

—Mi jefa en J. Crew quiere conocerte... —le informa Jessica.

—Que me llame —responde Hortense mirando los sabrosos platos.

¡Tengo hambre! ¡Con qué ganas me tomaría un trozo de pan!, pero eso sería reconocer que me he inventado la historia de los blinis y el salmón.

—En mi opinión lo que le gustaría es poner publicidad en tu blog. Está muy impresionada por la cantidad de gente que te sigue.

—Todos quieren comprarme algún espacio pero yo me niego. Quiero ser creíble. No pertenecer a nadie y poder decir lo que pienso.

—Sí, pero, mientras esperas, no ganas ni un céntimo.

—Gano respeto.

—¡El respeto no puede tomarse en una ensalada!

—Para mí sí. Y además, el día en que lance mi propia colección todo el mundo me seguirá y me instalaré directamente en primera posición. ¡Haz el favor de pensar un poco!

—Hortense tiene razón —declara Heather—. Está a punto de forjarse una reputación y eso vale su peso en oro.

—En cambio sé de alguien que va a llenarse los bolsillos y esa es mi hermana pequeña —dice Astrid—. Ha sido fichada por un fotógrafo en el metro, le hizo unas fotos y ¡bingo!, el mes que viene firma su primer contrato con IMG. Todavía no tiene ni dieciséis años.

Las chicas bajan la nariz. De pronto se sienten viejas.

—Dieciséis años... —suspira Rosie—. Mi hija de seis años se pinta las uñas y me quita el rímel.

—Dieciséis años —continúa Astrid—, metro ochenta y dos, cincuenta y ocho kilos, pelo liso, castaño, nariz fina, recta, boquita de piñón, piel de ensueño, grandes ojos azules...

—¿Ojos azules? —repiten extrañadas las chicas enderezándose.

—Mi madre la tuvo con un letón que apareció para reparar el aire acondicionado. Fue su primer acto de independencia, había comprado el aparato con sus ahorros. Ambos lo festejaron juntos y nueve meses después... Mi madre es antipíldora. No por causa de la religión sino porque se niega a vivir bajo el yugo de un producto químico. Dice que ya basta de tantos años de esclavitud.

—¿Y cómo se llama esa maravilla? —se interesa Jessica.

—Antoinette. Mi madre solo trae al mundo reinas.

—¿Y por qué no nos la has presentado nunca?

—Porque sois demasiado viejas. Ella me llama mamá y la llevo exactamente diez años. Además, es demasiado guapa. A su lado parezco un callo.

—¡Qué dices! ¡Si eres un cañón! —protesta Rosie.

—Espera a verla. ¡Es para morirse! ¡El tipo se plantó delante de ella en pleno metro y faltó poco para que le besara los pies! Ella no tenía el menor interés. Estaba leyendo un libro de Schopenhauer. Él la acompañó hasta casa. Cuando le explicó que con el dinero que ganaría podría inscribirse en alguna de las universidades más importantes, consintió en escucharle. Es toda una intelectual. ¡No le importa nada su físico!

—¡La muy suertuda! —gime Jessica.

—Resultado de la carrera: va a ser portada del *Vanity Fair* dentro de seis meses. Se la disputan todos.

—Te lo advierto, no quiero ni verla —gime Rosie.

—Pues te va a resultar difícil: ¡estará en todas las vallas publicitarias!

—*Re, do, re, do, fa, mi, re, do, si, si, la...* —solfea el profesor con los dedos en el piano—. *Re, do, fa,*

mi, re, do, si, si, la..., si. ¿Qué es lo que sucede durante estos ocho compases?

Los estudiantes del gran anfiteatro permanecen mudos. Prudentes, esperan la respuesta del profesor.

—¿Qué es lo que ayuda a comprender una frase musical? —demanda Pinkerton elevando la voz.

Un alumno susurra tímidamente: «el ritmo», otro: «la repetición». El profesor se impacienta, insiste: ¿y luego? ¿Y luego?

—¿Las relaciones entre la tónica y la dominante? —sugiere Gary.

—¿Y luego? —se enfurece el profesor elevando la voz.

Entonces es interrumpido por el sonido de un móvil. Gary da un respingo. Es el suyo. Está totalmente prohibido llevar el móvil encendido. El profesor puede expulsarte de su clase. A la entrada de cada aula pueden leerse claramente las palabras **MÓVILES PROHIBIDOS** en gruesas y enormes letras subrayadas.

Lo saca discretamente de su bolsillo para apagarlo, al tiempo que lee en la pantalla «*Hate you!*».² Es Hortense. Esta mañana han vuelto a discutir. Y ayer por la tarde, ayer por la mañana, antes de ayer por la tarde...

Ambos se enfrentan durante el día y se inflaman durante la noche. Fuego, hielo, fuego, hielo, ¡STOP!

Su vecino se inclina y lee el mensaje por encima de su hombro.

—Eso quiere decir te amo, amigo.

Gary se encoge de hombros y vuelve a guardar el teléfono en su bolsillo.

Todo el anfiteatro se ha girado hacia él en un mismo movimiento de reprobación. Gary agacha la cabeza.

—¿Algún problema? —pregunta Pinkerton—. En cualquier caso, debe de ser más importante que mis palabras.

—Lo siento mucho, he olvidado apagarlo.

—Eso lo hemos podido constatar todos...

Pinkerton hace una mueca, está a punto de añadir algo más, su boca se redondea dispuesta a pronunciar la temida expulsión, Gary contiene el aliento, pero Pinkerton se reprime.

—Me parece recordar que aún no ha escogido una pareja para la audición de fin de mes. Estamos a dos de abril. Ya debería estar practicando. Me falta un quinto dúo y es el suyo el que aún no he recibido.

—Eh... —farfulla Gary.

—¡Una respuesta muy pobre! Le veo de capa caída, Gary. Si hay algo que la música exige es concentración absoluta. Me parece que está un poco distraído.

Hace un gesto con el brazo y suspira. Parece agobiado y los largos pelos blancos que adornan sus grandes orejas le dan un aspecto patético. Un bosque de brotes capilares como fideos enzarzados en una batalla. ¿Cómo es que no se le ha ocurrido depilarse?, se pregunta Gary. No es serio tener un profesor con orejas tan peludas.

—Y no se olvide de inscribirse. Si es que aún tiene la cabeza en eso...

—Ya sé a quién quiero como pareja, pero he olvidado apuntarlo en la hoja, eso es todo.

—Ah... ¿Y podemos conocer el nombre de la persona afortunada?

Los estudiantes deben formar dúos de piano y violín, estudiar una sonata e interpretarla delante de toda la escuela el lunes 30 de abril a las siete de la tarde en la gran sala de conciertos. Es el acontecimiento más importante del año, aquel al que están invitados profesionales y agentes. Haber sido

escogido por Pinkerton para participar ya es una primera condecoración prendida en la solapa de tu chaqueta, pero además hace falta lucirse y hacerse notar frente a otros avezados profesionales con ojo clínico frío y seco.

—Si es que eso le parece de interés, por supuesto —añade el profesor, irritado.

—Eh, bueno... —titubea Gary.

A decir verdad, ni siquiera lo ha pensado. Tiene la cabeza saturada por el estruendo de Hortense. Sus gritos, sus recriminaciones, los objetos lanzados al suelo, pero ¿dónde estás?, ¿en qué estás pensando? ¡Te hablo de algo que es importante para mí y tú no respondes! ¿Sabes lo que eres, Gary Ward? Un egoísta. Un asqueroso egoísta. Estoy harta, harta... Sus palabras resuenan, se amplifican, forman acordes estridentes, chirrían. Está inmerso en una algarabía de palabras que ella le espeta en los oídos. Con la sensación de que la realidad se le escapa, deshaciéndose en confetis. Su cabeza está llena y, a la vez, vacía. Ella no deja de zumbear pero ningún sonido tiene sentido.

Su mirada recorre la sala. Debe encontrar a alguien ahí mismo. No hace falta que Pinkerton descubra los confetis de su cabeza. Podría perjudicar su nota de fin de curso.

Entonces distingue al final de una fila, abajo a la izquierda, a Calipso Muñoz. Se la ha encontrado muchas veces en el Café Sabarsky. Allí friega y lava tazas y vasos detrás de la barra. Corta tartas. Rellena azucareros. Sirve la crema chantillí en cuencos blancos. Ajusta los individuales de papel de encaje bajo los platos. Trabaja con precisión minuciosa, ferviente, concentrada en cada movimiento de sus manos, de sus dedos, de sus puños, como si deseara crear un instante perfecto. Como si cada gesto fuera una obra de arte. No se cansa de contemplarla... y entonces escucha las notas. El jueves pasado, se levantó y se dirigió hacia ella, le mostró su pequeño cuadernillo, «creo que te debo los royalties». Ella esbozó una sonrisa casi maternal que decía: no pasa nada, continúa. No había coquetería alguna en su sonrisa, sino una satisfacción profunda.

¿Será su imaginación o realmente esa chica es diferente a las demás? Reposada, ajena al tumulto que la rodea. Hay en ella una gravedad de la que algunos se burlan. Él no. Cada vez que se acerca a ella, tiene que contenerse para no alargar sus brazos y protegerla.

Sus ojos se detienen en su nuca, en la delgada trenza negra que serpentea sobre su jersey de cuello vuelto marrón, dejando a la vista dos grandes orejas de soplillo translúcidas, una leve vibración de cabellos finos.

—¿Gary Ward? ¿Sigue todavía con nosotros? —inquire Pinkerton.

Calipso ha escuchado el nombre de Gary y se vuelve. Apenas se cruzan sus miradas, ella enrojece y baja la cabeza. Una dulce paz le invade y dice:

—Calipso Muñoz.

Un murmullo asombrado inunda la sala. Un «¡oh!» que se expande entre las filas, remonta las gradas, hinchándose hasta el techo. Cuchicheos que resuenan como papel arrugado. Gary Ward y Calipso Muñoz. ¡Eso no puede ser! ¡Un hombre tan lleno de gracia y una chica con morro de roedor!

Gary lo repite con voz firme:

—Calipso Muñoz.

El profesor interroga a Calipso con la mirada. Ella asiente con un gesto de cabeza.

—Está bien —dice el señor Pinkerton—. Gary Ward y Calipso Muñoz. No olviden que deben estar

preparados para el 30 de abril. Eso les deja menos de un mes para ensayar.

—¡Qué chica tan rara! —murmura Mark a su lado—, ¡una reina con el arco y una Minnie Mouse en la vida! Y sin embargo... Minnie Mouse puede llegar a ser sexy en algunos momentos.

—¿La has oído tocar? —pregunta Gary.

—Sí. No está mal.

—¿Que no está mal? Amigo mío, creo que deberías hacerte mirar los oídos.

—Si llevara una máscara... no se escucharía nada más que la música. Sería misterioso, romántico.

—Me decepcionas.

—¡Oh! Vamos, no seas hipócrita.

—Ella me inspira.

—¡Pues ten cuidado con lo que no te inspira! ¿Sabes lo que se cuenta en mi país?: «Érase una vez un hombre muy feo que se casó con una mujer muy fea. Tuvieron un hijo tan feo que lo tiraron a la basura». Tú no eres feo y sin embargo estás corriendo riesgos y jugando con fuego...

Mark se ríe. Gary se pregunta cómo puede ser amigo de un tipo tan zafio.

—Tu país está poblado de bárbaros.

—Tal vez... pero ha dado grandes genios al mundo entero. No hace falta que mencione a Lang Lang para demostrártelo.

—¡Está bien, Mark-Mark!

Gary cruza las piernas y regresa a su ensoñación. Elegirá la *Sonata para piano y violín n° 5 en fa mayor* de Beethoven, llamada *Primavera*. Con el consentimiento de Calipso Muñoz, por supuesto. Ya le parece estar oyendo la primera frase del violín, el piano que lo acompaña en sordina, para luego imponerse, apoderarse de la melodía mientras el violín murmura... un, dos, tres, cuatro, los dos instrumentos se reencuentran, se enlazan, se enfrentan, el piano se enfurece, el violín eleva la voz para reclamar serenidad... y el recitado regresa, transportado por el violín virtuoso y el piano alternativamente furioso y dulce. No tendrán suficiente con un mes para ensayar. Tendrá que dedicar todo su tiempo a practicar, encerrado en una sala de la escuela frente al piano y Calipso.

Hortense fruncirá la nariz.

Hortense romperá vasos, lámparas, diccionarios.

Él tendrá la cabeza llena de confetis.

Hortense dará un portazo y subirá a ver a Elena. Cada vez se refugia más a menudo en su casa.

Él tamborilea con un dedo nervioso el borde de su pupitre.

No sé qué es lo que nos sucede, entre nosotros hay agujeros por todas partes, caminamos sobre una tela de araña.

—¡Es agotador vivir con Hortense! —suspira.

—Pues entonces tendrías que haber elegido a una bien fea y quejica que sintiera adoración por ti. ¡Seguro que te dejaba en paz! Qué quieres que te diga: estás picando muy alto. Esa chica es simplemente... más grande que la realidad.

Gary no contesta. Sabe que Mark bromea, pero también sabe que está fascinado por Hortense. Todo el mundo está fascinado por Hortense.

Pinkerton ha continuado con su clase.

—¿Se acuerdan de las palabras de Nadia Boulanger a propósito de la composición? Cuando ella decía que hacía falta oír, contemplar, escuchar y ver. ¡Pero cuidado! Podemos oír y no escuchar nada, mirar y no ver nada, ver y no mirar nada. Por tanto estén concentrados y pongan toda su atención en lo que hacen.

Un murmullo reverencial recorre la clase. Pinkerton hace un alto con el fin de que la atención alcance el cenit, su dedo apuntando hacia el cielo.

—Cuando compongan, sean naturales, libres. No traten de parecer lo que no son. Asuman el riesgo de equivocarse para encontrar lo que tienen que decir. Eso sí es que tienen algo que decir... Busquen. Busquen lo que no esperan. Un día, Nadia Boulanger le preguntó a Stravinsky si podría escribir una pieza únicamente por dinero y él le respondió: eso no puedo hacerlo, hacer eso no me proporciona saliva.

El profesor repite, como si masticara la frase: eso no me proporciona saliva.

Hortense vuelve a irrumpir en la cabeza de Gary. «Tengo necesidad de salivar, ¿entiendes? Si no salivo, no puedo hacer nada, no tengo más ideas». Desde que dejó su empleo en Gap, se queda en casa dibujando, leyendo periódicos, revistas, recortándolas, inventando el look «Primera cita» o «Volverse adicto sin parecerlo» o «Humillar a la babosa que se hace pasar por tu amigo». Imagina tres reglas para mezclar los estampados y después se va bruscamente del apartamento dando un portazo. Se marcha a «alimentar» su blog como si necesitara nutrirlo con la urgencia de un hambriento. Fotografía detalles en la calle que luego cuelga y comenta en su blog Hortensecortes.com. Diseña figurines, tendencias, impone los «sobre todo» o los «sobre todo no». Sobre todo: un anorak sobre un pequeño vestido de muselina. Sobre todo no: una cazadora de cuero con botas de motorista. Sobre todo: un enorme reloj de hombre que asoma de la manga y nada más. Sobre todo no: el collar de perlas con grandes pendientes de aro y anillos en cada dedo. Toma fotografías de chicas mal arregladas, las cuelga en su blog, las tacha con una gran cruz negra y les cambia la facha, las prendas, corta los cabellos de las chicas fotografiadas. Les borra los rasgos de la cara para que no se pueda identificar a sus víctimas. Esa rúbrica tiene un éxito rotundo. Ha sido mencionada en el *New York Times* del sábado. Cada chica desea fervientemente encontrarse tachada por una gran cruz negra para después ser transformada por la magia de Hortense.

«No hay mujeres feas, solo mujeres perezosas»,³ afirma Hortense. Trabaje, invéntese, sea despiadada consigo misma.

Se ha puesto de acuerdo con una maquilladora de Bergdorf Goodman y prodiga consejos, recomienda un lápiz de ojos, unos polvos, una base de maquillaje, se burla de una laca de uñas. Como una pitonisa, lanza sus oráculos rápidamente recogidos por sus ávidas fans a las que maneja a su antojo. Ella se burla, las humilla, las provoca. Su audiencia no hace más que aumentar. «¿Lo ves? La amabilidad no se paga», le asegura a Gary cuando él intenta apaciguar su humor. Ella presume de rechazar la publicidad, quiere permanecer libre.

Sa-li-var.

Va a los mercadillos de Brooklyn, en Columbia o Broadway. Se trae harapos que transforma en trapos impecables y los fotografía.

Se acerca al Downtown, roba una idea en Opening Ceremony en la calle Howard, vaga por el barrio chino, compra piezas de tela que une, agujerea, corta. Sube a grandes zancadas a casa de Elena

Karkhova, la boca llena de alfileres. Le muestra las pruebas. Espera el veredicto apartando un mechón de su cabello. Patalea. Vuelve a bajar, deshace todo, reajusta un pliegue, suelta una cadera, sube las escaleras, acecha un resplandor en el ojo de su mentora, regresa dando taconazos a las baldosas. Tira los lápices, escupe los alfileres, barre con la mano las tijeras, los retales, suelta un grito: NO LO CONSIGO, Y NO LO CONSEGUIRÉ JAMÁS, Y EL TIEMPO PASA Y SOY UNA SILLA.

Saca su polvera azul, se empolva la nariz, se observa en el pequeño espejo, esboza una sonrisa.

Y llena de rabia, añade rápidamente en su blog: MI SOLO REFUGIO: MI POLVERA AZUL SHISHEIDO. LA ÚNICA QUE ME CONSUELA DE LOS AGRAVIOS. LA ÚNICA QUE ME HACE HERMOSA. NO PUEDO VIVIR SIN ELLA. Y VOSOTRAS TAMPOCO.

Y las ventas de la pequeña polvera azul se disparan en Sacks, Bloomingdale's o Barneys.

A veces tiene ganas de cabrearse con su blog.

Ella ya no escribe, no fotografía, no diseña. No esboza ningún figurín. Las chicas mal emperifolladas esperan en vano tras la esquina de una calle a que el ojo de Hortense las rectifique. Las fieles protestan, suplican: vuelve, por favor, vuelve.

Pero sigue enfadada.

¿Que se inmolan en Twitter para que vuelva? Pues ella aún pone mala cara.

Enfadarse es su arma fatal.

Ayer...

Estaban a 1 de abril. Y la primavera hacía amago de nacer. Gary estaba tocando un estudio de Chopin. Tal era su concentración que no escuchaba más que las notas. No sentía sus dedos, ni sus manos, ni sus brazos. Era como si otra persona estuviera tocando. Aquel a quien él llama el Vecino de abajo.

Entonces había oído una escandalera espantosa y había levantado la cabeza captando un largo monólogo irritado. Había retomado su ejercicio. Estaba a punto de alcanzar el acorde perfecto cuando recibió el impacto de un brócoli en la cabeza. ¡Ploc! La burbuja había estallado y todo se había ido al garete.

—Pero ¿por qué? —había preguntado tratando de dominar su lengua y la rabia que ya empezaba a invadirle.

—Su color me inspiraba... y, como me estabas ignorando, lo he usado como mensajero.

Él se había encogido de hombros, tratando de concentrarse de nuevo.

—¿En qué estás pensando?

—En ti no —había respondido mordaz.

—¡Estoy pasando un infierno y te da igual!

—Hortense, por favor... Necesito trabajar.

—Dime algo.

—Vamos a discutir otra vez. ¿No estás harta?

Ella le había contemplado, vacilando entre la provocación y la capitulación. Había titubeado un momento para después izar la bandera blanca.

—¿Podríamos ir a callejear?

«Callejear» en boca de Hortense significa deambular en busca de una idea, de un color, de una silueta, cualquier cosa que le aporte saliva.

—Estoy seca, me estoy desecando, me detesto. ¡Estoy harta! Vámonos a callejear, Gary, te lo suplico.

Había leído tal súplica en sus ojos que había terminado por ceder. Pero sin dejar de recelar. ¿Ese desasosiego era fingido o real?

Se encaminaron hacia la 57. Recorrieron la longitud del Parque, distinguieron a un equipo de cine que filmaba a una geisha de rostro blanco bajo una sombrilla de papel rojo, atravesaron Columbus Circle y compraron un café helado con crema en Whole Foods. Ella lo había arrojado a la primera papelera que encontraron declarando que sabía a excremento de caballo, que lo estropeaba todo.

Los atontados caballos de las calesas para turistas masticaban su avena. Ella les había sacado la lengua.

Se encontraron delante del Carnegie Hall. Gary había pasado su brazo alrededor de los hombros de Hortense, la había besado en el cuello, no, no eres una nulidad, estás atascada, eso es todo, ¡le pasa a los más grandes! Ella se había encogido de hombros adelantando el labio inferior para bloquear una lágrima de rabia.

—Soy lo más patético que puede haber en el mundo: una chica que no sirve para nada...

Él la había estrechado por la cintura, posado un beso en sus cabellos enmarañados, aspirado una bocanada de sándalo y naranja. Habían esperado, enlazados, a que el semáforo se pusiera verde. Un ciclista ataviado con un maillot estampado con un dibujo de damero les había rozado mientras gritaba *fuck off*, Hortense le había sacado el dedo corazón. Una mancha de tinta negra coronaba la punta de su dedo y Gary sintió deseos de besarlo. Una mujer vestida con un traje verde manzana había saltado de un taxi dando un portazo y declarando con voz nasal al chófer: quédese el cambio. Su vestido recordaba a un tubo adornado con un ala en un costado. ¡Espantoso!, había declarado Hortense, ¡y encima ha debido de pagar una fortuna por él! ¡Qué estúpida! La mujer se había precipitado hacia la entrada del Carnegie Hall pero tuvo que pararse en seco en cuanto empezó a moverse: el alerón de su vestido se había quedado enganchado con la portezuela. El taxi había arrancado con un chirrido de neumáticos. La mujer había soltado un grito de angustia. Petrificada en la acera, desnuda de cintura para abajo, se cubría los muslos con una mano mientras con la otra hacía señas al taxi que arrastraba un trozo de satén verde en su puerta amarilla.

Gary había soltado una carcajada. ¡Bien hecho! Detestaba a esa clase de marisabidillas que te roban sin ninguna vergüenza el taxi que has llamado y lanzan un cínico lo siento. ¡Ya lo había visto antes! Esas mujeres que sonrían sin arrugar los ojos, que aman sin entregar su corazón, que comen sin saborear nada, pues el viento y el aire garantizan cero calorías.

Observaba la escena satisfecho mientras que Hortense había atrapado su muñeca y preguntado jadeante: ¿has visto? ¿Has visto lo que yo he visto? ¡Ve algo, algo muy grande! ¡No digas nada! ¡Cállate! Tengo una idea, está ahí, está...

Ella se mordisqueaba la punta del dedo manchado de tinta y él sintió de nuevo ganas de besarla.

—¡Oh, no! ¡Se escapa!

—Pero ¿de qué hablas?

—He tenido una idea y ¡paf!, ha desaparecido.

—¿Has tenido una visión? —había preguntado con guasa.

Hortense, plantada en el borde de la acera, la pupila sombría, se mordisqueaba los labios. Gary la había cogido de la mano.

—Ven, vamos a ver el programa de conciertos del Carnegie.

—No. No tengo ganas. Me vuelvo. ¡Chao!

Y se había largado, la cabeza hundida entre los hombros, las manos enfundadas en los bolsillos de su Burberry comprada en un mercadillo.

Y él despotricando furioso. Me he levantado del piano para acompañarla y va y se larga sin decir palabra. Soy su criado, su sirviente, su limpiabotas, *fi-ni-to!*

Había entrado en el vestíbulo de la sala de conciertos, había admirado el enorme reloj Breguet de tourbillon, el mármol burdeos, las lámparas redondas, y su furia se había apaciguado. Había comprado una butaca para el concierto de Radu Lupu. Schubert, César Franck, Claude Debussy. ¿Una sola?, le había preguntado la taquillera, una enorme mujer negra, con aros de plástico amarillo en las orejas, cuyos dedos tamborileaban sobre el teclado. Sí, una sola. La mujer escupía al micrófono perforándole los oídos.

—Ha tenido suerte, es la última, pero está muy bien situada.

Ella había alzado los ojos y le había lanzado una sonrisa que hizo temblar sus pendientes de plástico. Pagó y deslizó la entrada en su bolsillo. Soltó un suspiro de placer, Ra-du-Lu-pu, había soltado, distendido. Acababa de ganar una velada de felicidad sin griteríos ni brócoli.

En la calle la lluvia caía con fuerza. Se refugió en el metro. «*Stand clear of the closing doors, please*»,⁴ recomendaba una voz grave de hombre por los altavoces.

Es de Hortense de quien debería mantenerme alejado, se dijo mientras deslizaba la llave en la cerradura al llegar a su casa.

Ella estaba hablando por teléfono con Junior acurrucada en el sofá. Se manoseaba el pelo y enredaba los mechones entre sus dedos. Gary fue a buscar un vaso de coca-cola y un paquete de *bretzels* a la cocina y se sentó en el otro extremo del sofá.

—¿Te acuerdas de la anécdota del tallo y la manzana? —le decía Hortense a Junior—. ¿Cómo que no? Ya sabes, la del tallo que sostiene sin romperse la flor y después la manzana, mientras su peso se multiplica por mil. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Pues bien, esta tarde he estado a punto de comprenderlo. Me han faltado dos dedos. Sí, sí. El tallo, la flor, la manzana, el vestido verde, el taxi amarillo, mis diseños. He alargado la mano para atrapar la idea y paf, ¡se ha desvanecido! Estoy harta, Junior. Estoy estancada, no se me ocurre nada, no gano un céntimo, el dinero que tenía ahorrado se ha esfumado... Hago el vago y me oxido.

Ella escucha a Junior y exclama:

—¡No! No quiero depender de Gary. ¡Solo faltaría eso! ¡Ser una mantenida! ¡Qué vergüenza! Y ya puestos, ¿por qué no casarnos y tener hijos? ¡Cualquier cosa!

Gary devoraba sus rosquillas mientras piensa que no es ninguna infamia casarse y tener hijos. Tal vez

no enseguida. Pero ¿y dentro de cuatro años? Para entonces él tendrá veintiocho y Hortense veintisiete. Tendrán un bebé, una niña que tirará los diccionarios al suelo. Se la llevarán a su castillo de Escocia, la pasearán por las murallas, le contarán la historia de sus antepasados locos de atar, siempre dispuestos a derramar sangre. Ella sonreirá babeando, a punto de echar los dientes. Hortense le confeccionará una pequeña falda escocesa, él le comprará una cornamusa y... Se detiene de golpe. ¿Hortense paseando a un bebé por el jardín de un castillo escocés? Imposible. Antes le habrá estrangulado.

Cuando ella colgó por fin el teléfono, Gary le había preguntado:

—¿De qué va esa historia de la manzana, la flor y el tallo?

—Es una idea de Junior —había respondido enredándose un mechón de cabello.

—¿Y qué más?

—¿De verdad te interesa o estás fingiendo? Porque no tengo ganas de hablar al vacío.

—Hortense, por favor.

—Vale. Te lo explicaré... El otro día Junior me pronosticó que tendría una idea genial, que me llegaría por casualidad, que sería la base de mi primera colección y que tendría un éxito inmenso. Se trataba del tallo, de la flor, de la manzana, de la resistencia, él veía una puerta que se cerraba, un vestido, los flashes, los fotógrafos, pero no pudo decirme nada más. Se está volviendo cada vez más impreciso, me pregunto si no está perdiendo su don.

—¿Y es por eso por lo que recorres las calles?

—Sí. Y hace un momento, cuando he visto a la mujer y su vestido enganchado en la puerta del taxi, he tenido un destello. He estado a punto de atraparlo. Y luego se ha desvanecido.

—Una pena... —había mascullado Gary masticando sus *bretzels*.

El paquete se había quedado mal cerrado y las rosquillas estaban blandas. Ni que fuese tan difícil cerrar bien un paquete de *bretzels*. Para eso traen un cierre de plástico.

Hortense, con los ojos perdidos en el vacío, había continuado:

—¿Cómo se sujetan las manzanas a un árbol? ¿Por qué su rabo es capaz de sostener tanto a una ligera flor como a un fruto pesado? ¿Cómo una planta con solo algunos azúcares es capaz de fabricar un tallo tan resistente?

—¿Quieres hacer un traje con la resina?

Hortense se había enderezado de golpe y le había ordenado: continúa, continúa, te estás acercando a algo. Había chasqueado los dedos impaciente, y ese pequeño ruido, que se transformó en timbre del servicio de habitaciones de un hotel, le había irritado.

—Yo qué sé —había refunfuñado—. Si el frágil tallo de la manzana puede soportar el peso de una fruta, es porque está hecho de un material especialmente resistente...

—¿Y? ¿Y? ¡Sigue! ¡Gary! ¡No pares!

Ella se había inclinado sobre él, el rostro deformado por la avidez. Sus dedos chasqueando, su voz volviéndose cada vez más estridente, como golpes de látigo fustigando sus oídos.

—Pero ¿por qué no reflexionas tú? ¡Yo no sé nada!

—¡Oh! ¡Cómo te detesto! Me tientes y luego me dejas caer como una manzana podrida. Eres un sucio pervertido.

Ella le había lanzado un libro, un grueso tocho tan pesado como una guía telefónica, que acabó

rebotando en su hombro. Él se había levantado. Se había marchado al dormitorio y había cerrado la puerta con llave. Ella había dormido en el sofá. Y aquella mañana, había pasado a su lado muy erguida, envuelta en su desdén cual estatua de la Libertad.

Él se había marchado a desayunar al Starbucks de Columbus. Había comprado un muffin cubierto de chocolate. Había pedido un capuchino. Observado a un hombre viejo que leía el *New York Times* mientras se limpiaba el oído y luego se chupaba el dedo. Había apartado el muffin. En la pantalla de vídeo ponían una canción: «Kiss Me on the Bus». Antes ellos se besaban en el autobús, pero desde hace algún tiempo ya no se besan, no tengo la cabeza en eso, decía Hortense.

Él había hundido la cuchara en la espuma de su capuchino y había contemplado cómo desaparecía, contrariado.

El hombre no podía contar con nada ni con nadie en la vida.

El hombre estaba solo. Siempre.

—Me agota —confía Gary a Mark—. Ya no entiendo nada. Tiro la toalla.

—Seguro que Calipso es más tranquila.

—¡Pero yo no quiero enamorarme de Calipso! ¡Déjalo ya! ¡Solo quiero ensayar una pieza con ella! Pinkerton les lanza una mirada exasperada y los dos jóvenes se callan.

—Esto no va, Elena, no va nada bien.

—¿Qué es lo que no va bien, Hortense?

Elena Karkhova la mira con severidad, Hortense pone gesto triste y baja la cabeza, agobiada.

—Estamos a 21 de abril.

—¿Y...?

—Estamos a 21 de abril, el tiempo pasa a toda velocidad y yo no hago nada.

Estamos a 21 de abril y cada vez estoy más furiosa. Detesto el sol, detesto la luna, detesto los rascacielos, los semáforos en rojo, los excrementos de caballo en el Parque, los patos del lago, el olor del algodón de azúcar. Detesto a Gary.

—Eso no está bien, no está nada bien —dice Elena sacudiendo la cabeza—. ¿Y por qué todo ese pesimismo?

—Porque tengo algo en la punta de la lengua que no consigo articular. Porque eso me aturulla la cabeza y la inunda de zumbidos. Además ya no sale nada de mi cerebro, estoy seca, me gustaría saltar al vacío.

—Perfecto, perfecto. El miedo que afrontas es el puente hacia el éxito.

—¿Podría traducirme eso?

—Para madurar hace falta renunciar a la seguridad. Es un proverbio de mi abuela.

—¿Y?

—Estás empezando a madurar y vas a encontrarte. Pero en la espera estás perdida, te mueres de miedo. Una señal estupenda.

—¡Una señal terrible! Hago el vago y me oxido.

Elena agita las manos, y gira las muñecas para indicar que no la entiende.

—¡No me haga caso! —dice Hortense—. Es mi mantra del momento.

Esa mañana ha trabajado desde las ocho hasta mediodía. Ha esperado a que Gary cerrara la puerta para instalarse en su tablero de dibujo. Ha garabateado manzanas, flores, tallos, taxis amarillos, vestidos verdes. No ha desayunado. Detesta los desayunos. No le sientan bien. Su estómago ha dormido hasta mediodía. Entonces se ha despertado, reclamando un café, una barrita de chocolate negro. Y ha vuelto a dormirse.

Elena apoya su cabeza en la mano izquierda y saca un rosario que desgrana con ojos medio cerrados.

—Todo esto se ha vuelto demasiado emocional. Lo mezclas todo. Deja de pensar. Distráete.

—No tengo ganas. Quiero encontrar.

—Y encontrarás. Deja actuar al tiempo. Él es quien decide. Vete a pasear. El artista trabaja incluso cuando está ocioso. «El artista es una excepción: su ociosidad es un trabajo, y su trabajo un descanso», decía Balzac. Paséate.

—¡No hago otra cosa! Estoy harta. No encontraré jamás.

—¡Desventurada! ¡No digas eso! —grita Elena alzando al cielo los dedos llenos de sortijas con piedras preciosas—. ¡Si piensas que va a llover, lloverá! ¡Si piensas que vas a perder, perderás!

—¿Preferiría que le dijera que todo va bien? ¿Querría que le mintiera?

Elena alza hacia el techo sus ojos negros. La rabia le saca los colores, le da cierta juventud, cierta vivacidad, y Hortense, asombrada, descubre en ese estallido de temperamento todas las mujeres que ha sido Elena.

—¡Está prohibido mentirme! —ruge ella—. ¡Si un día me mientes, Hortense, no volverás a poner un pie en mi casa!

—Entonces, se lo repito: esto no va bien. Esto no va nada bien. ¡Tengo ganas de soltar mamporros a diestro y siniestro!

—¡No tienes derecho a volverte tan cargante! Ahora mismo te has convertido en una auténtica pelmaza, no sabe una qué hacer contigo. ¡Lárgate de una vez! Mi masajista está a punto de llegar, debo prepararme... Vete a ver a Meme. Te regalo una manicura. Eso te sosegará la cabeza.

—No tengo un céntimo.

—¡Te he dicho que te la regalo!

—No. Ni hablar.

—¡Hortense! Tú y yo vamos a acabar por no ser amigas. Un poco de humildad, por favor. Y educación. Uno no rechaza un obsequio. O si lo hace es porque te viene de un enemigo. ¿Acaso soy yo tu enemiga?

Hortense sacude la cabeza y suspira.

—¡Entonces en marcha! ¡Y dile a Meme que se me han acabado sus hierbas mágicas! Que me dé un puñado. Solo con ese ramillete seco y perfumado consigo dormir...

—Mírame, ¡quiero examinar tus ojos! —ordena Meme con su pequeña voz agria deslizando una esponjosa almohadilla rosa entre las manos de Hortense. No tengo clientes hasta dentro de una hora, tenemos tiempo para nosotras. ¿Es Elena quien te obsequia?

Hortense alza los ojos bordeados de círculos morados bajo los mechones de cabello rubio enmarañado.

—¡Oh! Tienes los ojos fatigados y estás enfurecida —dice Meme.

—¿Qué sabrás tú? No conoces de mí más que mis manos y mis pies.

—¡Y muerdes! Debes de ser muy infeliz.

—Eres tú quien lo dice...

—Lo veo claramente. Tus ojos, cuando están contentos, parecen brillantes nueces verdes. Cuando están enfurecidos son como fuel en el mar.

Hortense hace un gesto con la mano mandando las pequeñas bolas de algodón hasta el borde del velador.

—¿Quieres un té?

—No tengo ganas de hablar, Meme. Ni tampoco de beber.

En el bolsillo de su bata rosa está escrito MEME, pero se pronuncia Mimi. Meme procede de Corea del Norte. Ha atravesado a pie las fronteras huyendo de su país, pero se niega a contar por dónde ha pasado. Se cierra en banda cada vez que Hortense la interroga:

—Venga, ya no estamos en Corea del Norte, ¡puedes hablar libremente!

—¿Y si otras personas quisieran pasar por allí? ¿Y si precisamente, *right at this moment*, hubiera un espía del gobierno en el salón? ¿Por quién me tomas? ¿Por una estúpida yanqui?

Meme ve espías del gobierno norcoreano por todas partes y detesta a las americanas que encuentran tan «pintoresco» que haya huido de Corea del Norte y agitan sus manos de manicura perfecta al tiempo que deforman sus bocas recauchutadas y exclaman: *so wild!*⁵ Meme las contempla, suspira y se recuerda que ella no recibe por su trabajo más que un veinte por ciento, el resto va a los bolsillos de su patrona que ruge detrás de la caja.

—¿No quieres hablar? ¡Peor para ti! Habría podido contarte bonitas historias...

—¿Por ejemplo? —se deja tentar Hortense que no sabe resistirse a las historias de Meme.

—La de las dos chicas de ahí atrás...

Hortense se da la vuelta y distingue a dos espléndidas criaturas de ojos rasgados hasta la raíz de sus cabellos que cotorrean con los pies sumergidos en una palangana de agua caliente y jabonosa.

—La rubia —comenta Meme— es Svetlana. La morena, Yvana. Son dos hermanas búlgaras. Con mucho, mucho dinero. El padre hizo una fortuna en el sector inmobiliario. Por lo visto recompró por un simbólico dólar todos los edificios de Sofía durante la caída del comunismo y luego los vendió por una fortuna. Se parece a una barrica de cerveza adornada por unos bigotes gigantes.

—¿Bromeas?

—Las chicas confunden los billetes de diez y cien dólares. Aquí nos peleamos por tenerlas como clientas.

—¿Y qué hacen en la vida?

Meme estalla en carcajadas detrás de su lima de uñas. Tiene los dientes tan brillantes que Hortense sospecha que se los ha blanqueado, pero ella jura por sus ancestros caídos bajo Kim Il-sung que eso es gracias a la raíz del *tea tree*. Suele comprarla en extracto en los herbolarios y añadir a su dentífrico varias gotas de esencia mañana y noche. Hortense lo ha probado y tiene que reconocer que funciona.

—No tienen necesidad de «hacer», solo de gastar. ¡Y gastan mucho! Su padre las anima. Dependen completamente de él.

—Y luego se casarán y dependerán de sus maridos. ¡Y me hablas de vida!

—Me dan mucha pena esas chicas.

—¿Pena? —exclama Hortense—. ¿Estás loca?

—Él las impide madurar. No están preparadas para afrontar la vida.

—Pues a mí me encantaría que me adoptara ese hombre. ¡Y así afrontaría la vida!

—La mayor, la morena, iba a casarse pero un día...

Meme se inclina sobre Hortense y susurra:

—Su padre la llamó y le ordenó que fuera a su despacho. Allí, la previno: «Lo que vas a ver no te va a gustar, pero debes contemplarlo..., debes ser fuerte, hija mía», y le mostró un vídeo donde su novio retozaba con una despampanante jovencita en un baño de espuma.

—¿Mandó espiarlos?

—Seguramente.

—¿Y después? —la presiona Hortense.

—Miss Yvana convocó a su novio quien en un primer momento le mintió, afirmando que eso había sido mucho antes de conocerla... Para su desgracia, en el vídeo él llevaba un reloj Cartier que ella acababa de regalarle. Tuvo que reconocerlo y fue mandado a paseo. Perdió la bonita casa de cincuenta y seis millones de dólares donde iban a vivir, los Porsche, los Lamborghini, los Ferrari que le esperaban en el garaje y todo el resto. ¡Se encontró de vuelta en las calles de donde había salido, con una mano delante y otra detrás!

Meme estalla en risas ocultándose tras la mano.

—Ella se hizo quitar el tatuaje que acababa de hacerse en el bajo vientre con el nombre de su novio. ¡Se lo había hecho grabar al día siguiente de su primera noche juntos!

—¡Qué poco inteligente! —dice Hortense—. ¿Cómo un hombre que se ha situado tan astutamente puede cometer esa torpeza?

—Porque se olvidó de dónde venía. Se creyó con derecho a todo. Terminó por creerse que el dinero era de él. Que era todopoderoso.

—¿Y qué pasó con Yvana? ¿Lloró mucho?

—Hizo temblar su tarjeta de crédito. Se marchó a Los Ángeles con su hermana. Allí arrasaron en todas las boutiques de Rodeo Drive, el chófer las seguía en un Rolls rosa bombón.

—¡No sigas, Meme! ¡Me pondré enferma!

—Y cuando regresaron de Los Ángeles, el padre ofreció a su hija humillada un dúplex de diez millones de dólares en la Quinta Avenida con una bañera de un millón de dólares. A ella le encanta darse baños.

—Espera... Si ellas tienen tanto dinero, ¿podrían tal vez invertir en mi primera colección?

—¿Quieres que te las presente?

Meme da unos golpecitos a un frasco de laca de uñas transparente.

—¿Te la hago francesa?

Hortense asiente y vuelve a su idea.

—Tendría que parecer algo natural. Seguramente desconfiarán de los parásitos.

—Voy a preparar el terreno, les hablaré de ti.

—¿Harías eso?

—Eso me divertirá. ¡Me resarciré de todas esas idiotas con las que me he topado a lo largo del camino! Tú al menos tienes un proyecto en la vida, trabajas duro. Elena cuenta maravillas de ti.

—Por cierto, me ha pedido las hierbas que la ayudan a dormir...

—¡Otra vez! Debes decirle que no tome demasiadas. ¡Podría no despertarse jamás! No porque sean hierbas se debe abusar de ellas. Ya se lo advertí, pero hace lo que le da la gana.

—¿Crees que pueda tener pensamientos oscuros? —preguntó Hortense.

—Me las pide con demasiada frecuencia. Un día —susurra Meme—, hice las manos a una clienta que la había conocido en París. Esta me aseguró que era toda una belleza, una mujer muy rica, muy influyente, que se había visto envuelta en un escándalo terrible y se había refugiado aquí. No quiso decirme qué fue lo que sucedió.

—Siempre me he preguntado... ¿De dónde vendrá su dinero?

—No sé nada. De algún príncipe encantado. O de algún viejo asqueroso.

—Ha debido de viajar mucho. Habla al menos seis idiomas.

—O a lo mejor los ha aprendido de sus numerosos amantes... Dicen que es el mejor medio para aprender una lengua.

Meme vuelve a reír de nuevo.

—¡Meme! —ladra la patrona del salón de belleza tras el mostrador.

Y en ese «Meme» se adivina la prohibición de hablar con los clientes, de mostrarse demasiado familiar, de demorar el ritmo de trabajo. Meme inclina la cabeza, aplica la última capa de fijador y se levanta murmurando entre dientes:

—Voy a buscar las hierbas al vestuario. Y te daré además un frasco de kohl. La vuelve loca. Deberás dejarlo en el armario de su cuarto de baño. Es ahí donde lo guarda.

Hortense contempla sus dedos en los que las uñas se han convertido en diez espejitos. Espejitos, espejitos, ¿cuándo encontraré mi idea? Tengo los diseños, tengo los modelos, tengo todo en la cabeza. Solo me falta... ¿Qué me falta? No lo sé.

Y eso me vuelve loca.

Cien veces ha estado a punto de pedirle ayuda a Elena. De decirle que mencione su nombre a Karl o a Anna con el fin de que sus puertas se abran con grandes redobles de tambor. Chanel, *Vogue*, un primer peldaño hacia la gloria.

Y cien veces se ha contenido. ¡Antes me corto la lengua que pedirle el menor favor! Quiero que sea ella quien me lo proponga, que me tienda su agenda telefónica y declare: dime a quién quieres conocer que yo te lo presentaré.

Una mujer que tiene un alto destino no le pide nada a los demás y sí todo a sí misma. Soy una mujer con un alto destino.

Hortense ha leído los recortes de prensa amontonados en cajas de zapatos al fondo de los armarios de Elena. Los viejos artículos de *ELLE*, *Jours de France*, *Paris-Match*, *France-Soir*; las fotos amarillentas,

los titulares que proclamaban la gloria de una Elena Karkhova joven y triunfante allado de Maurice Chevalier, Duke Ellington, Cole Porter, Gregory Peck, Kirk Douglas, Jean Gabin. Cogida del brazo de Marlene Dietrich, Édith Piaf, Coco Chanel, la princesa Margarita e Isabel justo antes de convertirse en reina.

«Elena Karkhova, la heroína de un cuento de hadas». «Apenas tenía veinte años cuando conoció al conde Karkhov quien hizo de ella la reina de París». O: «Todos los hombres estaban enamorados de ella. Un esbelto y apuesto junco, de largo cuello de zancuda altanera, una absoluta belleza, la seducción, la sofisticación parisiense. Para ella se han creado vestidos, flores, perfumes, estanques, cuabras de caballos de carreras, mansiones. Nada es lo suficientemente bueno para celebrar su belleza». Las fotos ya han amarilleado, pero las palabras aún relumbran.

Elena no habla jamás del conde.

Elena ha vivido las horas felices y fecundas de la vida parisiense. Las fiestas, los bailes de disfraces, las apuestas más insensatas, las borracheras más peligrosas, los viajes prohibidos.

Elena vive sola en Nueva York. Sin hijos ni marido.

Hortense conoce las imágenes de su vida, solo le faltan los detalles.

Ese hombre de allí, al lado de Chanel, ¿es el amante de Coco o el de Elena? ¿Y ese otro de mirada sombría está llorando o rumiando una venganza? ¿Por qué Elena Karkhova se ha refugiado en Nueva York?

Un buen día había dejado París.

Un último recorte de prensa recoge en pocas líneas su llegada a Nueva York en un trasatlántico de lujo.

Y hace esta puntualización: «La condesa Karkhova, nacida en 1921...».

¡En 1921! ¡Por tanto tiene noventa y dos años!

Hortense entonces ha evocado a Henriette, su abuela, bastante más joven que Elena, pero más vieja de espíritu.

Una ha amado, ha sido amada, ha permanecido vibrante, curiosa, generosa. La otra, avara de sentimientos, de emociones, de efusiones, se ha convertido en una vieja dama seca y antipática. Zoé le cuenta las novedades de su abuela en sus correos. La correosa se ha reconvertido. Expulsada de su apartamento por el valiente Marcel Grobz, ha ocupado la vivienda del portero y hace reinar el terror en su edificio. Abre las cartas «por equivocación», descubre enormes y pestilentes secretos, facturas indecentes con las que hace cantar al destinatario. O bien sorprende a algún joven tratando de guardarse un paquete de marihuana antes de entrar en su casa y le amenaza con denunciarlo. El adolescente queda entonces sometido a sus órdenes. Debe sacar los cubos de basura, encerar las escaleras, pasar la aspiradora, fingir que le gusta hacer ese servicio. Los padres, asombrados, la felicitan alabando la buena influencia de Henriette.

De este modo, a fuerza de trapicheos y de cálculos mezquinos, Henriette se mantiene vigorosa, consolidándose en su carrera criminal, aunque su alma siga siendo minúscula. Elena, en cambio, ha conocido el exilio por una razón aparentemente misteriosa, pero seguramente más glamurosa. Hortense desearía saber cuál es. Ha estado husmeando en las cajas de Elena, pero no ha encontrado la más mínima pista.

Meme regresa y se sienta con una pequeña bolsa de papel, una taza de té y una *fortune cookie*⁶ que posa sobre la mesa diciendo: ábrela y conocerás tu porvenir.

Hortense hace un mohín.

—No tengo ganas de conocerlo.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? No sé lo que es eso. ¿Cómo se escribe?

—Entonces lee lo que está escrito. Estas galletas son mágicas...

Hortense hace crujir la pasta con un golpe de puño, y extrae una pequeña tira de papel en la que está escrito: «Todas las grandes acciones y todas las grandes ideas han tenido siempre un principio ridículo», Albert Camus.

—¿Quién es Alberte Camou?

—Un escritor francés.

—¿En qué película sale?

—¡Un escritor, Meme!

Meme le pide a Hortense que vuelva a leer la frase.

—Y según tú, ¿qué es lo que quiere decir?

—No tengo la menor idea —contesta Hortense.

—Sin embargo, estoy segura de que ese Alberte Camou tiene razón. ¿Me lo dirás, verdad, me lo dirás?

Meme tiene razón en creer en Alberte Camou.

La nueva aventura de Hortense va a comenzar de una manera tan ridícula que más tarde, mucho más tarde, ella decidirá no contar esa historia. Porque no todo es triunfar, también hay que forjar rápidamente una leyenda, inventarse una vida, trepar a la luna con el fin de epatar a aquellos que, permaneciendo abajo, desearían subir hasta allí pero no han podido encontrar la escalera.

Aquellos que prefieren siempre la leyenda antes que la verdad.

Hortense desliza la llave en la cerradura. Elena le ha dado una copia para que pueda entrar y salir cuando quiera. Normalmente llama al timbre para anunciar su llegada y no ofender la susceptibilidad de Henry, el mayordomo inglés. Pero ese miércoles, Henry ha salido. Tiene una partida de croquet en el césped de Central Park. Un deporte practicado entre ingleses o habitantes de la Commonwealth. Los jugadores lucen, haga el tiempo que haga, un atuendo blanco inmaculado, se saludan después de cada punto, comentan el tanteo sin jamás elevar la voz y beben té a las cinco en punto.

El apartamento está silencioso, se oye la radio clásica WQXR que transmite bajito un aria de ópera italiana. Grandsire, el masajista, debe de estar en plena faena con Elena en su dormitorio.

Es un hombre grande, fuerte, silencioso, que se desplaza sin mover el aire. Nació en Puerto Príncipe, Haití, tiene cincuenta y cinco años y habla un francés de fortaleza y parapeto. «Pues que jamás se fue...», «no me se ocurre ofenderos...», «el sábado a la noche semana terminada». Tiene las manos tan enormes que Hortense se pregunta cómo no quiebra los huesos de Elena al masajearla.

Viene cada miércoles y, al día siguiente, Elena reposa, lánguida, sobre una montaña de cojines con un

ligero rubor en las mejillas que recuerda a una jovencita feliz. Toda ella exhala un olor a tubérculo y agita la cabeza mientras habla con un hilo de voz extenuado como si hubiera corrido una maratón.

Grandsire aparece a las seis, siempre embutido en su chaquetón marinero de Jean Paul Gaultier regalo de Elena. Huele a ámbar, pimienta y café. Su mirada de buen doctor trae la promesa de una salud floreciente.

Hortense, oculta detrás de la puerta entreabierta, lo había observado un día mientras trabajaba. Grandsire giraba alrededor de la camilla de masaje como una abeja trazando ochos en el aire antes de entrar en la colmena. Se frotaba las manos, hacía chasquear sus falanges y luego inspiraba profundamente antes de empezar. Le habría gustado saber algo más, pero Henry, el mayordomo, la había pillado.

—No está bien espiar así, señorita.

Ella se había marchado, humillada por haber sido sorprendida en flagrante delito de curiosidad.

Hoy la puerta del dormitorio está de nuevo entornada y Henry no la pillarán.

Hortense lleva la bolsa con las hierbas y el antimonio gris en una mano. Desliza un ojo por la ranura hacia la habitación y respira por lo bajo.

Elena yace tumbada sobre una sábana blanca, apenas cubierta por una colcha de moer rosa. Grandsire le moldea los brazos, los hombros, con ojos cerrados y el mentón alzado. Él salmodia una letanía extranjera, un canto de su país que convoca a los buenos espíritus sobre el cuerpo que reposa entre sus manos. Se endereza, el torso desnudo. Finas perlas de sudor se acumulan en su pecho. Su piel oscura y lisa brilla con un resplandor cálido. Elena, tendida sobre el vientre, suelta pequeños gemidos que Grandsire recoge como un eco como si tratara de dormir a un bebé.

¡Qué extraño espectáculo!, piensa Hortense incómoda por la visión de esa carne desparramada. Volverse viejo... ¡Vaya desgracia! Y luego se pregunta: ¿cómo esa mujer desnuda de carnes tan rellenitas puede parecer durante el día un largo junco que se contonea? ¿Se tragará la grasa de una sola aspiración? ¿Llevará un corsé apretado que Henry abrochará cada mañana tirando hasta dejarla sin respiración?

Con el ojo pegado a la ranura de la puerta, Hortense está intentando comprenderlo cuando su mirada se detiene de pronto. Contiene un grito y sus ojos se abren desmesuradamente. Elena ha sujetado alegremente con las dos manos el muslo de Grandsire que cloquea de placer.

—Déjeme terminar mi tarea, mi glotona.

El agarrón de Elena se vuelve más firme. Sus manos atrapan las nalgas del hombre que vuelve a cloquear.

—¡Es usted muy impaciente! Hay que esperar. Primero el trabajo y luego el placer.

—Grandsire —suplica Elena con la boca entreabierta—, mi piel tiene hambre de ti.

Hortense retrocede y se apoya contra el marco. ¡Grandsire y Elena se entienden! ¡Puaj! ¡Puaj! El intercambio amoroso le parece de pronto asqueroso. Se pellizca la nariz y su corazón se indigna. La fornicación debería estar prohibida a partir de cierta edad, el acto sexual reservado a los jóvenes de piel firme, elástica, sabrosa. ¿Cuánto tiempo llevarán liados? ¿Le dará ella dinero? Y él, ¿qué sentirá por ella? No parece experimentar repugnancia, e incluso debe reconocer que parece unirles una franca camaradería. Su intercambio es alegre, libre.

Permanece largo rato apoyada contra la pared. Se pregunta si podrá volver a mirar a Elena a los ojos. Hablarle como si no hubiera asistido a esa absoluta falta de gusto. Una mujer mayor debería permanecer casta. Olvidar que tiene un cuerpo. Llevar hábito de monja, no tener apetitos.

Un grito escapa de la habitación. Un grito asombrado de mujer satisfecha. Un ulular voluptuoso que el masajista acompaña con pequeñas palabras dulces: sí, sí, sé feliz, mi bella, despliega tus alas, vuela, querida, vuela.

Hortense corre a refugiarse en el cuarto de baño, con la mano en los labios. Rememora la escena. La luz cálida de las lámparas que juega con las pesadas cortinas, que se desliza por la camilla de masaje, dibujando sombras en el cuerpo desnudo de Elena, como una masa informe de arcilla.

Sacude la cabeza para apartar esa visión ridícula.

Abre el armarito de las medicinas. Deja las hierbas somníferas y el frasco de kohl en la balda entre las cremas, los pinceles, el maquillaje y las pestañas postizas. Distingue un lápiz de ojos cuyo color le atrae, un marrón suave y cálido, extiende el brazo para cogerlo...

Roza sin querer el pequeño frasco de kohl que vacila, rueda y cae al suelo, desparramando un reguero negro de polvo brillante.

—¡Caramba! —grita Hortense que ignora el uso de palabrotas—. ¡Caramba! ¡Mecachis! ¡Porras!

Busca con los ojos una caja de kleenex e intenta limpiarlo. El frasco no se ha vaciado del todo, aún queda bastante. Elena no se dará cuenta.

Ella frota, enjuaga, seca.

Retrocede para comprobar que todo está limpio.

Las baldosas, el lavabo, la balda de cristal.

Masculla y refunfuña que si ella no hubiera estado con un amante —¡un amante a su edad!—, le habría entregado el paquete en propia mano. No tendría que haber entrado en el cuarto de baño.

Limpia una última vez refunfuñando. Hace una bola con los kleenex sucios y los guarda en su bolsillo. Abre el grifo para lavarse las manos. Busca una toalla, tantea, encuentra un tejido algo áspero, se lo lleva a los ojos.

El corsé de Elena.

Está a punto de soltarlo cuando su mirada se agudiza. Su mano aferra la tela, palpa el material, observa el corte, la manera en que el tejido está urdido, cruzado, recruzado, doblado, cortado, sobrecosido. No he visto nunca semejante confección, se dice analizando la faja a la luz.

¡Qué trabajo de orfebrería! ¡Qué astucia en el entretejido de los hilos! Estos recorren la malla diseñando una fina banda, compacta, que hace el efecto de caucho. Así es como la vigorosa nonagenaria conserva la línea. Sujeción e ilusión óptica. Las fibras contienen la carne engañando al ojo gracias a un corte astuto y a un material que no se desgarrar, que no se abomba ni se afloja.

Hortense busca la etiqueta para leer su composición y no encuentra nada más que un pálido cuadrado de tela en el que las letras se han borrado por los años y los lavados.

—Qué pena —murmura decepcionada.

Desliza las manos por el corsé, lo estira, lo suelta pero el tejido vuelve a su lugar. Lo estira más fuerte todavía y la tela mantiene la forma. Sin abombarse, deformarse o arrugarse.

Apoya un pie en un extremo y tira una y otra vez, para luego aflojar sin que la malla se desgarre.

Lo has encontrado, hija mía, lo has encontrado...

Aún más impactante que Gaultier y Alaïa, los grandes magos de la silueta. Este corsé te ha hecho dar un paso de gigante.

No conoces el secreto de la fórmula, pero tienes el resultado entre las manos, lo que en sí ya es una victoria.

El tallo que sostiene la flor y el fruto. Que ciñe igual de bien a la cerilla que a la matrona oronda.

El primer material de tu futura colección.

Chanel ha inventado el chándal, el vestido negro, Madeleine Vionnet el corte al bias, Madame Grès el plisado, Saint Laurent el esmoquin para mujer, yo voy a lanzar el tejido, un vendaje ceñido, invisible, gracioso, que afinará cualquier silueta y marcará estilo.

Será revolucionario. Haré una fortuna. Y seré la reina del mundo.

Palpa el corsé. Lo alza, lo respira. Huele a escamas de jabón. Elena debe de lavarlo a mano. Con mucho cuidado. Es su secreto de belleza. Voy a tener que descubrir el misterio de su composición. ¿De qué está hecho? ¿De pulpa de madera? ¿De rayón? ¿De celulosa? ¿De resina de manzano?

Encontrar la fórmula secreta.

Tratar de recrear en la actualidad aquello que fue confeccionado antaño por un artesano aplicado. Basta encontrar un artesano capaz y concienzudo.

Desearía salir del cuarto de baño y gritar: ¡Elena! ¡Elena! ¡Lo he encontrado! Pero teme a Grandsire.

¿Habrán terminado de complacerse?

Consulta la hora en su reloj. ¡Es tarde! Debe marcharse. ¿Y si Henry vuelve y la encuentra allí?

Se acerca al dormitorio, empuja la puerta suavemente.

La camilla está apartada. La colcha de moer rosa doblada. En la radio suena un nocturno de Chopin. Una varilla de incienso se consume, el aroma a tubérculo se eleva y embriaga. Los dos duermen en la gran cama. Elena, contra el torso desnudo y oscuro, parece envuelta en los brazos de la felicidad. Grandsire la agarra por los hombros, su boca dibuja una sonrisa de macho útil y feliz.

Ya hablará con Elena mañana.

Es preciso que se reúna con Gary. Debe saberlo, el primero.

El sol se esconde tras los tejados de Nueva York, los anuncios de neón se encienden sobre Broadway, los taxis amarillos tocan la bocina de camino a los teatros y los cines, es la hora de los espectáculos, de los restaurantes, de las mujeres en altos tacones que se preparan para desfilan, Gary ya no tardará en llegar.

Esta noche vamos a hacer las paces. Vamos a firmar un tratado de rendición. Vamos a amarnos sin mordernos ni amenazarnos.

¡Lo he encontrado, oh, Gary! ¡Lo he encontrado!

Hortense abre un paquete de raviolis, lo vacía en una cacerola, enciende un fuego suave, añade un poco de tomillo, laurel y dos cucharadas de tamarindo. A Gary le encantan los raviolis. Los espolvoreará con gruyer rallado cuando escuche deslizarse la llave en la cerradura, y la suerte estará echada.

También habrá que descorchar una botella de buen vino, de esas que guardan en el armario de la

entrada para las grandes ocasiones. La última vez, habían degustado un burdeos Pape-Clément para festejar la ruptura de su contrato con Frank y el comienzo de su nueva vida.

Se habían dormido colocando el tapón en la almohada como una promesa que se hacían de no preferir nunca la tranquilidad y la seguridad al deseo y la alegría de vivir. Dame suerte, Pape-Clément, hazme salivar todos los días, para siempre, que jamás traicione mi juramento, había murmurado Hortense antes de sumirse en el sueño.

La noche ha caído y el gran reloj Crate & Barrel de encima del fregadero marca las nueve. Gary ya no tardará. Hortense descorcha una botella de Château Franc-Pipeau de 2007. Enciende dos largas velas blancas. Busca un CD de Richard Goode, que próximamente actuará en el Carnegie Hall. Ha visto un anuncio en los pasillos del metro, RICHARD GOODE EN CONCIERTO, PRÓXIMAMENTE EN NUEVA YORK. Están a 21 de abril. Le dará una sorpresa a Gary, se las arreglará para comprar dos entradas. Se colgará de su brazo y no hará ningún ruido durante el concierto, incluso si le viene alguna idea que deba garabatear urgentemente en su libreta. No descruzará las piernas, no se retorcerá para atrapar su boli Bic en el fondo del bolso. Permanecerá erguida, altiva. Concentrada.

Ahora que ya tiene su idea...

Esa noche reina una ligereza triunfante, una melodía de éxito que hace pom-pom-pom como la obertura de una ópera italiana. Ella ve la vida color de rosa.

¿A qué se reduce el destino? A un pequeño frasco de kohl que rueda por un suelo de baldosas. Alberte Camou tenía razón.

Suspira de felicidad. Ríe encogiéndose de hombros. Tiene ganas de aullar de alegría. Ya no se cabreará más, ya no lanzará diccionarios ni brócoli.

Ha encontrado el material con el cual diseñará sus modelos.

El pequeño detalle que le faltaba, que retrocedía cada vez que se posaba en la punta de su lengua y se escabullía.

¿Podría empezar a dibujar? Solo un poco. Tengo tantas ganas...

Y se acuerda de sus clases en Saint Martins. De los consejos de sus profesores: «No hagan llevar a los demás lo que ustedes no se pondrían. No tengan miedo de ser lo que son. Van a desarrollar un oficio, proporciónense los medios y asuman los riesgos».

Ella ha corrido el riesgo de ser simple. De trabajar la línea, de depurarla. No hace una moda que se anuncie, hace una moda para la mujer que corre detrás del autobús, que se precipita a una reunión, que vuela a la tienda de ultramarinos, que serpentea hacia una cena y quiere permanecer la más bella sin pensar nunca en ello.

Cierra los ojos y saborea esa primera victoria. Fija su tablero de dibujo. Alarga la mano a sus lápices...

¡No, no!

Debo estar preparada para servir el vino en las dos grandes copas, añadir el gruyer a los raviolis, deslizar mi brazo alrededor del cuello de Gary y besarlo. Si empiezo a dibujar, me olvidaré del vino, del queso rallado y del beso.

«Hortense Cortès presenta...». Mi primera colección. ¿Qué decía Chanel? «Un genio, como era de

prever». Gabrielle había eliminado los botones, las chorreras y los volantes, los sombreros, las largas y pesadas melenas para que la mujer se moviera, subiera, bajara, se estirara, saltara, desfilara, protestara, esgrimiera. Yo, yo voy a inventar ropa que no solo realza y embellece sino que no se desgarran, resiste al tiempo, a los lavados. La ropa que dura y permanece impecable. Hay que tener una idea noble para lanzar tu casa de costura. No quiero liberar a la mujer, sino su monedero. Quiero vender calidad.

Suelta una vez más los lápices que le quemaron los dedos. Se fija en la botella de Château Franc-Pipeau.

Solo un pequeño sorbito mientras espero.

Voy a tener que encontrar un artesano que recree ese tejido sorprendente.

Elena me ayudará. ¿Habrá guardado la dirección del fabricante?

Se sirve un poco de vino, acaricia su tablero de dibujo. ¡Son tantas las imágenes que bailan ante sus ojos entornados!

¿Qué hora es?

¡Las diez ya! ¿Qué estará haciendo? ¿Le habrá pasado algo? Eso no puede ser. Lo habría sabido. Tendría el aliento entrecortado.

Sí pero...

Esta mañana nos hemos separado sin hablarnos.

Escucha una sirena a lo lejos. ¿Un accidente? Imposible. Debe de estar ensayando con Mark. Tocan sin descanso un fragmento de piano, el alegre vivace de la *Sonata para piano en la menor* de Schubert. Discuten sobre la manera de abordar un acorde.

Es preciso que regrese pronto.

No puede sucederle nada.

—... porque he encontrado mi idea —se dice sirviéndose una copa de Château Franc-Pipeau.

Soltar mis lápices. Esperarle ansiosa. Cepillar mis cabellos, ponerme un toque de carmín, un toque de negro, un toque de rosa. Parecerme a una chica que aguarda la llegada de su hombre.

Enciende la tele y contempla en la TCM una película antigua en blanco y negro, una mujer llora esperando a un hombre en el banco de una estación. Cambia de canal. Otra vez una mujer que llora, su amante la ha dejado. Apaga la pantalla y suelta el mando.

Enciende el ordenador. Decide leer sus correos. Los clasifica, los selecciona.

Encuentra un mensaje de Zoé con fecha de hace tres meses. Lo arrastra a la carpeta «Zoé». Le encanta leer las palabras de su hermana, le traen recuerdos de Francia, de su infancia, de cacerolas humeantes sobre la placa eléctrica, del vaho en los cristales de la cocina, del tintineo de los cubitos en el vaso de whisky de su padre, de las baguettes y los cruasanes del domingo por la mañana. Zoé pasará la selectividad este año. Quiere ser profesora de francés. Vive en pareja desde los catorce años. ¡Qué idea tan absurda!, suspira Hortense apurando su Château Franc-Pipeau.

El 15 de enero

Buenos días, ¡te echo de menos!...

A veces Zoé escribe «Buenos días, te quiero» o «Buenos días, hoy me siento triste» o «Buenos días, ¿te apetece hacer una pequeña pausa?». Escribe auténticas cartas. Se las trabaja. Es una entusiasta de Diderot y Madame de Sévigné. ¡Qué hermana tan rara! Yo no la entiendo. A menudo me saca de quicio pero la quiero. Me gustaría protegerla y abofetearla. Zarandearla y mimarla. Somos tan diferentes... Y sin embargo somos hermanas.

Por aquí todo va muy bien, pero necesitaba un gran espacio vacío para gritar, para poder vaciarme de mi felicidad.

Por eso te escribo.

Espero que estés bien, que Gary esté bien, que todo te vaya bien porque yo, en este momento, ya no tengo cabeza para nada, todo me parece hermoso.

Ah, ahora me acuerdo, es el pasaje del sirope de rosa.

Con Gaétan todo es felicidad. Mamá no para demasiado por casa, siempre corriendo de un lado a otro, dando conferencias por todos los rincones de Francia o bien se marcha a todo correr a Londres, por lo que es como si estuviéramos solos en el piso. Yo creo que finalmente ha aceptado que viva con Gaétan.

¿Te cuento una cosa? Venga, ¡te la voy a contar! La vida entre dos es siempre lo mismo, pero siempre es diferente.

Por la mañana es Gaétan quien me despierta. El agradable olor a pan tostado me saca de mis sueños. Él se tiende a mi lado y me dice que mi té está listo pero que hay que darle tiempo para que se enfríe, entonces me estrecha en sus brazos, acaricia mi espalda, mi pelo, y yo desearía que volviera a ser de noche para podernos dormir una vez más y pasar toda la noche con mis rodillas en las suyas.

Este año, ha querido regresar a su antiguo instituto, así que no nos vemos nunca durante el día.

Se marcha muy temprano por la mañana con un trozo de rebanada en la boca, su mochila mal cerrada y la bufanda colgando a cada lado y yo me río al verle correr.

Ha encontrado un pequeño trabajo por la tarde cuando no está en el instituto, y el sábado toda la jornada. Hace entregas a domicilio para el zapatero de la calle Passy. De hecho, es un zapatero de lujo que repara un montón de cosas. Un tipo con dedos de mago que hace que lo viejo parezca nuevo. El hombre estaba buscando un recadero, así que contrató a Gaétan. No le paga nada pero le deja quedarse con las propinas y, con su prudencia, Gaétan ha conseguido ahorrar un montón. ¡Somos casi ricos! Sí, sí, te lo juro... Según él, ya tenemos para llegar a fin de mes, dice que no quiere depender de mamá, que ya es bastante con que ella le aloje gratis. Él se encarga de llenar la nevera. Le compra flores. Me lleva al cine. Le da dinero a su madre. Porque su madre no termina de estar bien. Ha encontrado un estudio en el bulevar de Belleville pero sigue dando tumbos. Él la visita a menudo y trata de que se mantenga a flote.

¡Está tan orgulloso de ganar tanta pasta! Se siente responsable, útil. Sus ojos me cuentan muchas más cosas desde que trabaja.

¡Qué angustia me producen esas chicas que solo son felices cuando están en pareja! ¡Qué felicidad tan limitada y estrecha! Yo, solo de pensarlo, creo que me volvería loca, ¡una vida escrutando el ojo de Gary para leer mi destino! Un *remake* de Sissi pero sin crinolinas. Ya se sabe cómo va a terminar... Anoréxica, galopando frenética sobre un caballo. No, gracias.

Cuando regreso a casa por las tardes, veo la luz de mi dormitorio encendida, y sé que él ya está allí, leyendo sus lecciones o fumando un pitillo y siento que una ola de calor me invade por dentro. No se lo digas a mamá, pero él fuma en la habitación. Abrimos las ventanas del todo y se abstiene de hacerlo cuando ella está en casa, pero si no...

Por la noche, me cuenta su jornada. Hasta el más mínimo detalle me interesa. Podría pasar de sus clases de matemáticas, de su profesor que bizquea, de su taboulé del mediodía en la cantina, de la avería de la línea del metro. Pero para nada. Todo me fascina, es como si contemplara el telediario, pero con unas noticias siempre alegres y un presentador supercañón al que puedo tocar.

Y él también me pregunta qué tal han ido mis clases, qué bocadillo he elegido en la cafetería. Y me siento contenta. Incluso si mi mente está ocupada por otras cosas. ¡Me vuelvo loca con toda la inteligencia que se exige de mí!

Ayer tuvimos una clase sobre Madame de Sévigné. El profesor, uno nuevo que sustituye a la señora Poirier, de baja por maternidad, se llama señor Du Beffroy⁷ y, los primeros días, no podía abrir la boca sin que algún alumno hiciera dong, dong, dong. Él hacía como que no lo oía y ¡tachán!, iniciaba la clase. Y como no se cabrea nunca, hemos acabado por escucharle y el campanario ha dejado de sonar. Así que ayer abrió las Cartas de Madame de Sévigné y suspiró; yo abro las Cartas y siento que respiro aire fresco. Un aire que te pone de buen humor. Que te llena de cosas bonitas.

Él no se movió de la silla, no hizo grandes aspavientos, no pronunció ninguna palabra de más de tres sílabas o que terminara en «ismo» y, sin embargo, nos cautivó.

Nos habló del detalle. De cuando Madame de Sévigné suplica a su hija que le dé detalles para poder imaginar su vida. ¡Añora tanto a su hija! ¡Y la otra que no le da nada! Que se hace la remilgada. La hija de la marquesa me mata.

¿Sabes?, creo que podría vivir en los libros, comerlos, beberlos, envolverme en ellos. Son bonitos los libros, es bonita la vida.

Bueno, a veces... no es tan bonita. A veces, no sé por qué, pero desfallezco (ya ves, hablo como la marquesa). Cualquiera nadería puede destruirme. Creo que debo trabajar más en mi caparazón.

La otra noche, por ejemplo, Gaétan estaba de mal humor. Sus labios apretados, tan blancos como la fina piel de sus párpados. Me pidió que dejara de silbar todo el tiempo, encontraba mis cabellos descoloridos, mis mejillas demasiado sonrosadas.

Sentí verdadero miedo.

De pronto comprendí por qué algunas chicas dicen: yo nunca me enamoraré. Comprendí que si te enamoras estás perdida, porque si aquello no acaba nunca, si el nivel de miedo jamás supera el límite autorizado, eso significará la caída asegurada al país de los edredones, de las gominolas de fresa y de las músicas supertristes tipo Radiohead.

Es más, es necesario que comprendas una cosa: Gaétan es mi novio y mi amigo. Así que cuando me pone una mala cara, me invade el pánico.

Y después... Nos fuimos a pasear al Trocadero. Estuvimos contemplando atentamente el palacio de Chaillot, los surtidores de agua y todo eso. Él pasó la mano por mis cabellos, me acarició los hombros y sus labios se llenaron. Me besó. Ya no tenía los labios como un papel de fumar.

Y al día siguiente por la mañana, cuando sonó su despertador, con un sonido que imita el canto de un gallo, le oí murmurar entre sueños: «¡Que lo degüellen!», me eché a reír y él abrió los ojos y declaró: «Es por la mañana cuando te prefiero».

Y todo quedó arreglado. Como por encantamiento.

Me gustaría saber si a ti te pasa también lo mismo. Me encantaría que me lo dijeras. Un fuerte abrazo de esta loca locatis,

Zoétounette

P.D.: ¿Crees que el amor es cruel?

¿Es cruel el amor?

Hortense no se ha hecho nunca esa pregunta.

¿Es cruel que Gary no regrese? ¿Es cruel que no me telefonee para decirme dónde está?

Ella confía en él.

O mejor dicho, confía en sí misma. Él puede arrastrar su viejo chaquetón azul marino por las barras de todos los bares que la forma de su codo en la manga no se borrará jamás. ¿Y por qué estoy tan segura de mí?, se pregunta chupando la punta de su lápiz.

Le da al botón de «mostrar respuesta» para leer lo que respondió a Zoé aquel día...

El amor es lo que tú quieres que sea. Es una enorme escalera. Puede llevarte al cielo o al infierno. Eres tú quien elige. Yo he escogido el cielo y un trono. Yo reino. Como las princesas de los cuentos que leíamos de pequeñas. Pero sobre todo no debes tener miedo. Si no te estamparás contra el suelo. Terminarás hecha papilla. Yo, sentada en mi trono, soy una princesa. Segura de mí. Segura del otro.

¿Y cómo hace uno para sentarse en un trono?, te preguntarás. Tienes que decirte que eres única, que no hay nadie que te llegue a la suela de los zapatos. Todos somos únicos. Pero lo olvidamos a menudo.

¿Sabes lo que decía Oscar Wilde? (Gary últimamente solo me habla de él. Me cita sus frases y versos a todas horas). «To love oneself is the beginning of a life long romance».⁸ Es la única historia de amor que vale la pena. La que condiciona todas las demás.

Escucha al viejo Oscar y haz como yo.

Me encanta leerte. Me encanta escribirte. Y además sencillamente te quiero. No hay muchas personas a las que quiera. ¡Aprovéchate!

Alza la cabeza hacia el reloj. ¡Las once y media! ¿Y si no regresa más? ¿Y si el amor es cruel?

Ella no ha llorado jamás por un hombre.

Ella sencillamente no llora.

¿De qué sirve llorar?

La hoja en blanco brilla bajo sus ojos. Su dedo se desplaza como un imán atraído hacia el lápiz. Lo toca, lo acaricia, lo hace rodar, se apodera de él. Saliva, saliva.

Y ahí está naciendo de la nada su primer vestido.

Un vestido negro, de tubo, hasta las rodillas, con una transparencia que oculta el pecho... El contraste del tejido faja y del velo la hace estremecer. Siente ganas de aplaudir. El vestido avanza delante de ella, y lo sigue con la punta de su lápiz.

Vuelca el bote con los colores. Aplasta la punta de una mina naranja, de una mina albaricoque, la punta de minas amarillas, azules y verdes. Las frota con sus dedos. Las extiende. Mezcla los colores. Se limpia los dedos con un trapo.

Bosqueja un poco más. Un vestido color carne con dos canesús en las caderas que estrechan el talle y dos tirantes finos...

Los vestidos se agolpan. Todos quieren pasar el primero, desfilan, hacerse aplaudir, superar a los otros. ¡Esperadme!, les grita Hortense. Pero los vestidos no la escuchan y se suceden en un alegre caleidoscopio. La cabeza le da vueltas, aprieta el lápiz en su mano, aplasta las minas, pigmenta, garabatea, oscurece, borra, depura, difumina los colores y las sombras mientras las horas se esfuman en la esfera del reloj.

Han estado ensayando hasta medianoche en el pequeño estudio del primer piso de la escuela. Y luego Gary ha dicho: tengo hambre, ¿y si vamos a comer algo? Calipso no le ha oído. Tiene la cabeza llena de notas. Permanece de pie, el violín encajado bajo su barbilla. Está tan concentrada que parece embobada. Su violín sigue acoplado contra su cuello mientras se pregunta dónde lo ha dejado. Gary se ríe, señala el violín con el dedo y ella posa una mano asombrada en su hombro. Oh, se disculpa, estaba tan lejos...

Perdida en la melodía. Encerrada en un acorde que resuena largamente después de que ella lo haya tocado.

Luego se han marchado, han ido al Harry's Burritos de Columbus. Es el cuartel general de los estudiantes de la Juilliard. Allí se reencuentran después de las clases y los conciertos. Beben cócteles margarita helados y discuten hasta muy tarde. Hay que sacarlos a rastras para poder barrer el local.

Se han sentado en una esquina, han observado a los estudiantes de primer año dándose muchos aires, pavoneándose de su importancia, de su apariencia, de pertenecer a la prestigiosa escuela. Los cantantes vocalizan, los bailarines se agitan en sus extravagantes pingos, los actores contemplan el local con aire arrogante, los pianistas no hablan con nadie y golpean un teclado imaginario.

Ellos sonríen ante esos debutantes. Muy pronto dejarán caer esa armadura de grandes aires, agotados por la competitividad que reina en la escuela. La excelencia, la excelencia todo el tiempo, la excelencia hasta la extenuación. Son muchos los que abandonan en mitad de un trimestre. Al final de cada curso, no hay ni calificación ni notas, solo un jurado que decide tu suerte. Y el machete cae. Sobre todo a finales del segundo año, cuando el tutor que te ha seguido hasta ahí, que te ha animado o sermoneado y

te ha enseñado tantas cosas bonitas, te convoca para anunciarte que lo siente mucho, que eso no es el fin del mundo, que existen otras escuelas, pero que tu recorrido se acaba ahí. Y el alumno sale con la cabeza gacha apoyándose contra las paredes.

No se le vuelve a ver jamás.

En el tercer y cuarto año se adquieren los hábitos. Aquellos que continúan trabajan sin descanso, arrastrando los cuerpos deshechos. La fatiga se desliza por los dedos de los músicos, los miembros de los bailarines, las cuerdas vocales de los cantantes. La humildad ha hecho su trabajo y las nuca se curvan en busca del trabajo bien hecho. ¡Se acabó el tiempo de presumir como un pavo real!

—¿Qué te apetece tomar? —pregunta Gary examinando la carta.

—No tengo hambre —contesta Calipso.

—¿Estás segura?

—Sí —dice ella rechazando suavemente la lista de platos.

No tiene hambre. Le basta con mirarle, degustarle con los ojos y eso la llena de una alegría glotona. Elevada por un impulso misterioso que la transporta con tanta convicción como las notas de su violín. Ella no es servil, no se abstrae en la contemplación, ¡oh, no! Antes al contrario, es un gigante que siente palpar en su interior una fuerza desconocida que le da alas. Qué hermoso es ese sentimiento nuevo que llaman «amor» y que no conocía. Se lo repite, atónita: así que es eso, es eso y yo no lo sabía. Sonríe a medias. Su corazón canta. ¡Ama! ¡Ama! El universo se resume en esas palabras. No necesita nada más.

Ya no tiene hambre, ya no tiene sed, ella lo bebe, lo engulle. Ya no tiene miedo. El miedo ha retrocedido ante esa plenitud de inmensa felicidad. Y sin embargo, el miedo vivía en ella hasta hace dos semanas... ¡Dos semanas! Eso no quiere decir nada. El tiempo no existe. El tiempo es antes y después de Gary Ward, nada más.

Antes de Gary Ward, ella era torpe, insegura. ¡La escuela resulta tan cara! Cuarenta y cinco mil dólares al año, además del seguro del violín, de treinta mil dólares. Su abuelo ha pedido un préstamo para que ella pudiera entrar en la escuela. Su tío le ha prestado dinero. A regañadientes. Ella hace cuentas en los márgenes de sus cuadernos. Ha tenido la suerte de haber llegado a un arreglo con Míster G.: planchar no le disgusta. ¡Incluso si es mucho trabajo! Él lleva las camisas con chorreras que desbordan, los puños lisos, con lazos y encajes. Parece un pequeño marqués francés. Exige sus camisas sin una sola arruga. Tiene una leyenda que sustentar. Uno siempre debe suscitar envidia, jamás compasión, afirma. Él la contempla planchar y le cuenta su vida, los cabarets en los que ha actuado, sus conquistas femeninas. Ahora, le dice, soy demasiado viejo, ya no sirvo para nada puesto que ya no hago soñar ni temblar. No me espera ninguna mujer. Se rocía con una colonia que huele demasiado fuerte y que la deja sin respiración cada vez que se acerca demasiado. Pero dime, aún tengo un poco de prestancia, ¿no? Ella contempla su sombrero de fieltro marrón calado sobre sus cabellos blancos, su largo abrigo de cuero, sus gruesas gafas negras, sus botas de cocodrilo amarillo y verde, y asiente con la cabeza. Te doy alojamiento, así que aún soy útil, ¡gracias, hija mía! Además, Ulises es más que un amigo, es mi hermano. Daría mi piel por defenderle. Juntos hemos atravesado tempestades. Pues bien,

ya ves, ni una sola vez nos hemos traicionado. ¡Ni una sola vez! Ulises es sagrado, ¡es intocable!

Calipso escucha y asiente.

No sabe cómo habría podido reunir los novecientos dólares de alquiler por una habitación en un barrio medio donde cada vez que regresa por la noche tiene que apretar con fuerza el violín que lleva bajo el brazo. No puede permitirse perderlo ni tampoco que se lo roben porque vale millones de dólares. Duerme esposada a su mástil. ¡Unas esposas que garantizan su libertad! Cada noche sonrío al cerrar los grilletes de acero sobre su muñeca.

No le queda otra elección. Él puede aparecer en cualquier momento.

—Es a mí a quien pertenece ese violín, no a ti, *hija de puta*.⁹

—Es mío. Ulises me lo ha regalado.

—¡*Calla la boca!*

—¡Es mío! Y no trates de quitármelo, te encontrarían enseguida. No es fácil engañar a la gente del seguro. ¡Te arrestarían y te enviarían a la cárcel!

—¡Cierra el pico, *putana!*

Su padre... Óscar Muñoz. Hijo de Ulises Muñoz.

No solo no se ha ocupado jamás de ella, sino que le rompió la mandíbula a golpes de llave inglesa cuando tenía seis años. Ella se había atrevido a llamarle chusma. Y él quiso hacerle tragar los dientes. El doctor Agustín declaró que había que romperle la mandíbula y volver a colocarla en su sitio para reparar los daños causados por la furia de Óscar. Rosita había suspirado que eso costaría muy caro.

Óscar vive en Hialeah, el barrio cubano de Miami, en casa de su hermano Marcelino, en un viejo garaje que este último ha acondicionado como cuarto de invitados. La habitación huele a caucho mohoso y a aceite de recambio usado. Las almohadas agujereadas tienen una aureola de mugre, las sábanas hace tiempo que dejaron de ser blancas. Marcelino le tolera y su mujer, Adelina, no le dirige la palabra. Vive de trapicheos, de coches robados, de pequeños hurtos. La policía le ha arrestado muchas veces pero siempre le sueltan. Falta de pruebas. Nadie se atreve a testificar contra él. Le cortó un dedo a un tipo que se atrevió a mostrarle a un policía el garaje que le sirve de escondite. Cuando no está acodado en la barra de algún café o de pie en la acera bebiendo su *colada* pegajosa, está tramando algún mal golpe. Ella ha conseguido ocultarle su dirección en Nueva York, pero todavía tiene miedo de que la encuentre.

Cuando vivía en Miami, escondían el violín en casa de su abuelo, guardado bajo doble llave en el armario junto con las armas de fuego. Su padre se mantenía al margen. Temía a Ulises. Ella tocaba en el garaje con los pies descalzos. Se quitaba sus sandalias de un puntapié, plantaba firmemente sus pies en el suelo de hormigón, escuchaba las enseñanzas de su abuelo, posaba sus dedos, los hacía deslizar y tocaba. Cerraba los ojos y se convertía en otra.

De niña tenía tanto miedo de su padre que, cuando lo distinguía al otro lado de la calle, la cabeza empezaba a darle vueltas y sentía ganas de entregarle el violín con tal de verle alejarse.

Ahora, cuando hace sus cuentas, la cabeza también le da vueltas.

Ha tenido que aceptar un montón de conciertos privados, pero ni aun así conseguía cubrir su presupuesto. ¡Así que los ha multiplicado! A doscientos cincuenta dólares la hora, por una velada completa, una boda o un entierro, no está mal pagado. Hace falta saber venderse, pero eso no sabe

hacerlo demasiado bien.

No SABÍA, se corrige, porque ahora, ahora... pronuncia esa palabra todo el tiempo. AHORA. Es como si se hubiera abierto un tiempo nuevo, como si el cielo se hubiera resquebrajado en dos para instalarse en un presente glorioso. Una Calipso que se atreve.

—Voy a pedir una hamburguesa grande con patatas fritas —declara Gary dejando la carta—. ¡Estoy hambriento! Siempre que toco me entra mucha hambre. ¿No te pasa lo mismo?

Ella niega con la cabeza sonriendo, tímida.

—Yo necesito esperar un momento a que toda la emoción se desvanezca.

—Eso me hace pensar en la primera vez que toqué en serio —dice Gary—, quiero decir, la primera en la que sentí como si mi vida dependiera...

—¿Cuándo fue eso? —pregunta Calipso.

—Aún vivía en Londres. No sabía muy bien qué hacer. Me sentía furioso constantemente, pero no decía nada. Me lo guardaba todo para mí, tenía sarpullidos por todas partes. Quería ser pianista, tomaba lecciones con profesores mediocres, trabajaba durante horas solo en mi casa. Buscaba un profesor digno de tal nombre, y finalmente lo encontré, pero primero tenía que pasar una audición para que me aceptara en su clase. Él me hizo tocar la *Rapsodia húngara n° 6* de Liszt, ya sabes, esa que se puede masacrar tan fácilmente...

—¿Y tú la masacraste?

—Sin titubear. Le puse todas mis fuerzas, me dolían las muñecas. El profesor no dijo nada, me escuchó y luego hizo pasar a otro alumno que tocó la misma pieza. Creí morir de vergüenza. Su fraseo era tan exacto, tan apropiado, tan sensible... Él no trataba de capturar las emociones, las creaba.

—No tenía que fingir... Estaba dentro de ellas.

Gary la contempla encantado.

—Fue exactamente así. Su felicidad al tocar le venía del corazón, no de la cabeza ni de los dedos. Yo me levanté, deseando desaparecer de allí, el profesor me preguntó por qué me iba. ¿Tiene miedo? ¿Acaso es perezoso? Sentí vergüenza.

—¿Y te quedaste?

—Sí. Lo aprendí todo de él. Él me decía que escuchara la música, que tocara con los ojos cerrados. Que iba a descubrir otra manera de tocar. Estudié mucho tiempo con él. Fue quien me aconsejó venir a la Juilliard. ¡Su sugerencia me vino que ni pintada porque un día le sorprendí en la cama de mi madre! Me sentí furioso, me marché sin decir nada. Solo avisé a mi abuela.

Calipso le contempla atónita. No está segura de haberlo comprendido.

—¿Le viste en la CAMA de tu madre?

—Sí. Era su amante. Ese mismo día saqué mi billete para Nueva York. Y no lo he lamentado ni un solo instante.

Él tiene ese aspecto libre y despreocupado de la gente que no calcula, que saca los billetes arrugados de su bolsillo y los suelta hechos una bola para pagar. Feliz, contento de sí mismo, anclado en una

sonrisa que le ilumina el rostro, los cabellos morenos revueltos. Cuando toca, sus hombros cabecean, su cuerpo asciende y desciende, cierra los ojos, se muerde los labios, parece suplicar, y luego sonrío, se inclina sobre el teclado, se endereza, se despliega. Ella siente su presencia ondulante a su lado, se llena de esa masa que da carne a las notas, que penetra en la música como un escultor, sus manos introduciéndose en la arcilla. Cierra los ojos, se eleva por encima del suelo, se embriaga. No necesito alcohol, me basta con oírle tocar. Atento, preciso, sin ocupar todo el espacio como esos pianistas que eclipsan al solista. Me deja abrirme, florecer, desplegarme en sonidos nobles. Y cuando se vuelve para verificar que le sigo, puedo leer la alegría en su mirada. Abro una nota desde la punta del arco, la desarrollo, la alimento de colores, de olores, de gritos alegres, de una sonrisa de abuelo que juntaba las manos y las alzaba al cielo para saludar un acorde perfecto...

«*Amorcito, mi princesa, mi corazoncito, mi cielito tropical*».

Y se lanza a esa masa de sonidos, la trabaja, la moldea, no quiere demostrar nada, sino darlo todo. Mi amor, dice, mi amor, y sonrío ante esa palabra tan dramática, impregnada de tantas notas falsas, de tanta falta de gusto, esa palabra tan novedosa que pronuncia con prudencia. Baja los párpados, baja la voz para no parecer una chiflada. Porque él podría pensarlo, es cierto, él podría pensarlo. No es preciso que él se asuste ante ese torbellino que se agita dentro de ella. Así que lo guarda cuidadosamente encerrado y eso le da un rubor rosado, un rubor rojo, los labios que se hinchan, las mejillas que se redondean, los ojos que se iluminan con una luz de luna.

Gary gira el plato con su hamburguesa con el fin de poner las patatas fritas delante de él, coge el frasco de ketchup, agarra una servilleta de papel, abre su enorme boca, da su primer mordisco y continúa hablando.

—Se llamaba Oliver, mi profesor de piano. Bueno, aún se llama Oliver, porque no está muerto. Da conciertos por todo el mundo y todavía es, según mis últimas noticias, el amante de mi madre. No sé si ella sigue enamorada de él porque mi madre es muy complicada, y a menudo se siente indignada. Contra un montón de cosas. Se pasa el tiempo haciendo la guerra a los molinos de viento. ¡Mi madre es Don Quijote!

—Tiene sueños...

—Sueños y enfados.

—Eso suele ir unido.

—La quiero mucho. Hemos crecido juntos. Es extraño decir eso de tu propia madre, pero es la verdad. Es posible que aún continuemos creciendo juntos. Tal vez ella también esté a punto de cambiar...

Se detiene, se pregunta por qué está contándole todo eso, por qué se confía a Calipso Muñoz, se rehace y lanza:

—¿Me pasas la sal?

También es culpa suya, está aquí, delante de mí, me contempla y no habla. Es molesto. Tengo la impresión de estar en escena y por eso hablo y digo cualquier cosa.

O puede que esté intimidado...

O tal vez emocionado.

No, emocionado no. Ni tampoco intimidado.

Pero, en cualquier caso, no en mi estado normal, eso seguro.

Ella le pasa la sal, él la coge, da un mordisco a su hamburguesa, se olvida del tema y sugiere:

—¿Algún día podríamos atacar la sonata de Strauss? Ya sabes, esa para violín y piano...

—Es mi preferida —dice ella alzando con fervor sus ojos hacia él.

—Entonces la tocaremos juntos —declara él con la boca llena.

Ha sido ensayando la sonata de Beethoven cuando ella ha comprendido lo que sentía por Gary Ward.

Una vez pasado el momento de sorpresa cuando la escogió en el gran anfiteatro y pronunció las sílabas de su nombre, Ca-lip-so Mu-ñez, pasado ese instante que la había trastornado, había recuperado el sentido y ambos habían comenzado a ensayar cada tarde, después de las clases.

Y un día, aquello había surgido como una evidencia, y se había dicho: aquí está, es eso, es exactamente eso, estoy enamorada.

Enamorada...

Había retrocedido ante el impacto de la revelación. Se había mordido los labios hasta hacerse sangre y echado un vistazo a su alrededor para saber si alguien había descubierto su secreto. No es posible, había añadido inmediatamente. Enamorada no es una palabra para mí. Debe de haber otra más apropiada.

Calipso busca la precisión en todo. Afirma que si queremos que algo exista, hace falta encontrar la palabra exacta. Si alguien te dice «árbol» y no conoces la variedad del árbol, este último no es más que un tronco. Mientras que si te dicen «castaño», «palmera», «buganvilla» o «magnolio», el árbol despliega sus ramas, sus flores, sus frutos, sus fragancias. Uno puede sentarse bajo su sombra, saludarlo al pasar. Existe. Tiene un nombre, un apellido, una familia, un empleo.

Ella había buscado durante mucho tiempo la palabra exacta que describiera su estado frente a Gary Ward.

Y la había encontrado.

Había dado un salto de alegría por haber podido atraparla.

Se había sentido como Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*.

Ese día llovía en Manhattan. Era viernes 13 de abril. *Día de mala suerte*, afirmaba su abuelo. *Día de suerte*, replicaba Calipso, aún niña, para contradecirle. Como tú quieras, *amorcito*, decía él haciendo chasquear sus largos tirantes, ¡eres tú quien decide! Y tú decidirás siempre. Tú no sufrirás jamás, ¿de acuerdo? Sufrir es convertirse en una mierdecilla.

Estaban a viernes 13 y ella subía por Madison para coger el autobús. Había encontrado una primera palabra que no acababa de encajar.

«Subyugada». Estoy subyugada por Gary Ward.

Pero no, se había dicho sacudiendo la cabeza y estirando su bufanda hasta cubrirse la punta de la nariz. No estoy «subyugada» por Gary Ward, no, no, eso supondría que él me domina, que estoy acogotada, que me arrastro a sus pies. Cuando es todo lo contrario, él me transporta hasta el cielo.

Había acelerado el paso, nerviosa, Gary no es un hombre que acogote y yo no soy una chica que se deje acogotar, no, no. «Subyugada» es para las chicas que resoplan a sus espaldas cuando él camina por

los pasillos de la escuela, que se dan codazos al mencionar su bonito coche americano, su novia francesa, su sonrisa que hace jadear a las más obstinadas. ¡No! ¡No! Se enerva, choca contra el paraguas naranja de una transeúnte, roza la enorme bolsa de la compra de otra. ¡No! ¡No!, protesta de nuevo. ¡Yo no quiero esa ñoñez, yo quiero escalar los arpegios, tocar el gran do!

En ese momento pasaba por delante de la confitería Ladurée, la de los *macarons* franceses ante los cuales los americanos se arrodillan. Al aroma de rosa, pistacho, chocolate, café. ¿Podría decirse que están enamorados? Que están subyugados, sin duda. La gente hace cola durante horas, bajo el viento o la lluvia, para tener el privilegio de llenar una pequeña caja de cartón verde almendra con esos deliciosos *macarons* de precio desorbitado.

Incluso sin conocer nada del amor, sé bien que «subyugado» no es la palabra adecuada.

Antes de Gary Ward, el amor era aquello que ella apreciaba en el rostro de los otros, en dos bocas que se unen en la esquina de una calle o en la pantalla del cine. Y yo, se decía ella, no quiero a nadie porque mi boca no se une a ninguna otra boca.

Yo, Calipso Muñoz, nacida de padre cubano y de madre americana que se largó tras mi nacimiento, y criada por un abuelo músico que me ha legado su violín. Ulises Muñoz, un buen hombre con pelo color carbón, torso de toro, y voz aterciopelada y fría. Todas las mujeres se volvían locas y se giraban cuando él entraba en una habitación. Él las acariciaba, las embelesaba, las hacía girar, y luego las dejaba y volvía al lado de su mujer, Rosita. Ulises Muñoz. Es poco común un abuelo que posea un Guarneri, es poco común una madre que abandona la maternidad sin su bebé pero impone un nombre de ninfa antigua prendiéndolo sobre un pañal. Es poco común una niña tan poco agraciada a la que nadie se atreve a mirar a la cara y sobre la que las miradas se deslizan raudas al pedir el pan, una dirección, la hora de llegada del autobús o del tren.

Ella se reía de todo eso.

Ulises Muñoz veneraba a Calipso. Le llenaba los cabellos de papeles multicolores de bombones y la transformaba en árbol de Navidad. Calipso había comprendido desde niña que no podría nunca cambiar su boca, su nariz, su mentón, sus dientes, y que, en lugar de llorar contemplándose en el espejo, tendría que hacerse amiga de su reflejo. Adoptarlo. ¡No podía fingir ser alguien diferente para que todo el mundo la quisiera! Eso no conduciría a nada, terminaría por no ser persona, sin contar con que no tenía los recursos para poder cambiarlo. Ella sería Calipso Muñoz, la chica con cabeza de ratón.

Que tocaba divinamente el violín.

Se encajaba el violín bajo el mentón y extraía sonidos tan bellos que la consolaban de todo. Y no solamente la consolaban, sino que la construían. La música le había traído la gracia, la belleza, la vida. La maravilla de la vida.

¡No! ¡No!, se repetía mientras caminaba por Madison, «subyugada» no es en absoluto exacto.

Y buscaba, buscaba.

Dejaba pasar un autobús, y luego otro. Tenía que caminar. No encontraría la palabra exacta apelotonada contra los otros pasajeros en el M1 o el M2, necesitaba espacio. Uno no encuentra nada si está constreñido. Uno solo encuentra en el movimiento que transporta, que hace nacer las palabras, en los sonidos que te desbordan de emoción.

Se había detenido de golpe.

«¡Desbordada!».

Estaba «desbordada» por Gary Ward.

Transportada en una ola, se deslizaba desde el asombro a la alegría, de una emoción a un grito de sorpresa feliz. Se paseaba sobre la ola más alta.

¡Qué alta era la ola y cómo la transportaba!

Habría querido hablar, vaciar su corazón en el corazón de una amiga, de un confidente atento.

Era preciso que se confiara.

Se había detenido en Madison delante del escaparate de una floristería.

Había comprado una planta. ¿Una violeta común o *Viola odorata*? El florista no lo sabía pero la había felicitado por su elección. Le había murmurado: hable con ella, es muy tímida.

La había colocado en el alféizar de su ventana que da al norte. Y ahora le habla a la violeta común.

Le cuenta...

Los ensayos, cómo cierra los ojos y cómo los reabre cuando él le dice: está bien así o eso no queda bien o podríamos practicar eso... Ella escucha su voz, observa sus manos que se elevan en escalas, que trazan círculos.

—¿Y sabes qué, *Viola odorata*?, él tiene algo especial. Con su mano izquierda, construye, modela, esculpe, uno creería que es una mano en un guante de hierro, mientras con la derecha, revolotea, cincela, ¡uno creería que es azogue! El dedo meñique de la mano derecha hace un trabajo increíble. Imprime mordiente, virtuosismo, brillantez. ¡Nunca he visto un dedo meñique tan intrépido, tan eficaz..., tan rutilante!

Le cuenta...

Las largas horas tocando encerrados en una pequeña sala de la escuela, y luego cuando él propone: ¿vamos a tomar un café? Y se marchan a la noche que cae, una pequeña flauta tocando la felicidad. ¡Qué alegría da amar y cómo se tiñen de rosa los muros de la vida!

La plaza Dante, enfrente del Metropolitan Opera, se convierte en un parque inmenso, las luces de los restaurantes en focos gigantes, ella se eleva, baila, él sonrío y dice: me encanta cuando haces el payaso. Ella suspende su gesto, él ha dicho me encanta, ha dicho tú, ha dicho me encantas tú. Ella ya no duda.

Ella ama. Y él la contempla.

Es un comienzo, le confía a la violeta común, quiero decir que es un buen comienzo para una historia de amor.

Él me dice con los ojos que mis mejillas se han rellenado, que mi boca se ha redondeado, que el tono de mi piel semeja un delicado pétalo.

Ella vivirá toda su vida con el recuerdo feliz de ese mes con Gary Ward. Un mes entero de felicidad.

No muchos pueden presumir de haber conocido un mes entero de felicidad en su vida, ¿tú has conocido muchos, *Viola odorata*?

Se dice: ahora él se está levantando, ahora toma su café, ahora se viste, ahora sale de casa, ahora se

dirige a la escuela, ahora entra en el gran vestíbulo de la escuela... y ella se levanta, toma su café, se viste y se dirige a la escuela.

Ya nunca está sola.

Contempla el cielo, y aún más lejos, cruza los dedos y dice simplemente gracias. Gracias.

—¿Quieres un café? —pregunta Gary atrapando una última patata frita.

—No, gracias.

—¡Pero si no has comido nada!

—Tengo queso y fruta en casa.

—¿Dónde vives?

—En la parte alta de la ciudad, al este. En Madison con la 110.

—No está muy cerca que digamos.

—Es todo lo que he podido encontrar. Pero eso me permite atravesar el Parque cada día. Me encanta caminar por el Parque. A veces me paro y toco a la intemperie. Sueño que estoy en el escenario de un gran festival internacional...

A él le encanta caminar por el Parque. Lo atraviesa a menudo a pie. También le gusta refugiarse en una cabaña. Una vasta construcción de troncos. Nadie va por allí, salvo de vez en cuando algún sin techo borracho que duerme acurrucado en un rincón y se marcha al amanecer, con los ojos aún llenos de alcohol.

Había pasado su primer verano en Manhattan en esa cabaña próxima a Central Park Sur. Allí descifraba las partituras, las aprendía de memoria, las tarareaba. Practicaba para reconocer las notas transcribiendo las partes grabadas en su iPad. Reescribía todas las canciones de los Beatles en un pequeño cuaderno blanco y canturreaba «*we all live in a yellow submarine, yellow submarine*».

Fue allí donde Hortense le encontró un día de verano. Él la había mirado desconfiado. Ella le había apremiado. Habían reñido, se habían calibrado, se habían besado y no se habían separado desde entonces.

Hortense, ¡qué poco me acuerdo de ella cuando estoy con Calipso!

—A veces la gente me da dinero —dice Calipso—. A veces me contemplan inmóviles, sin apenas respirar. ¡El otro día, un señor muy elegante me dejó un billete de cien dólares! Dijo que volvería para escucharme, me preguntó dónde tocaba, si tenía un agente... Me entraron ganas de reír, pero me contuve. Habría podido sentirse ofendido.

Gary la había visto un día en el Parque. Iba detrás de ella siguiendo el sendero a la altura de la 86. Un sendero que serpentea, se estrecha, asciende y desciende bajo el follaje. Un pequeño puente, dos pequeños puentes, un estanque sombrío sobre el que se deslizan unos desabridos patos exhibiendo sus largos cuellos pelados de un rojo vivo. Muy pocas personas toman ese camino aislado por miedo a sufrir peligrosos encuentros. Desde allí apenas se escucha el murmullo lejano de la ciudad, las bocinas de los

coches, las sirenas de las ambulancias.

Calipso se había adentrado por él, con su violín debajo del brazo. Él había dejado que se alejara un poco y había seguido su silueta, una pequeña cazadora vaquera deshilachada, una camiseta naranja, una falda malva de grandes flores verdes que se le pegaba a las pantorrillas, unas sandalias doradas. Hortense no lo habría aprobado. Habría tachado la silueta de Calipso con una gran cruz. ¡No! ¡No! ¡No!

Ella se había detenido a la altura de Turtle Pond, se había subido a una roca plana, había marcado un número de móvil e intercambiado algunas palabras mientras arrancaba las malas hierbas y retiraba los guijarros para hacer un sitio donde poder dejar su móvil sobre la piedra. Había sacado el violín de su estuche y, de pie, con los pies descalzos, había tocado una partita para violín de Bach. La *Partita n° 3*. Se había interrumpido para coger el teléfono, había comentado algo en español y, acto seguido, había retomado la pieza corrigiéndose.

Al acabar, se había echado a reír y había aplaudido. Luego había guardado su violín, se había calzado las sandalias y se había marchado.

Gary llama al camarero para pedirle la cuenta. Se estira en el taburete, contempla a Calipso y le sonrío con los ojos.

Ella tiene ganas de besarlo. Pero no sabe besar. Nunca ha unido su boca a la de un chico. Un día lo intentó con una manzana golden pero retrocedió al distinguir la huella de sus dientes en la pulpa de la fruta. No hace falta morder, se dijo. Solo posar delicadamente los labios y...

—¿Te acuerdas de tu primer concurso? —le pregunta ella para impedir que su corazón palpite demasiado aprisa.

—¡Oh, sí! Yo había tocado con tanto lirismo y ligereza, bailando a lo largo de cada movimiento, que, al final, la sala estalló en aplausos. Tuve que salir a saludar cinco veces, me preguntaba si querían algún *bis*, así que me senté para tocar una vez más y un asistente apareció rápidamente y me dijo, entre las risas del jurado y del público, ¡que estaba estrictamente prohibido durante las competiciones!

Se da la vuelta y atrapa la cuenta al vuelo. Saca unos billetes arrugados del bolsillo y paga.

—¿Cómo lo haces, Calipso? ¿Tienes algún secreto? ¡Nunca he hablado tanto de mí mismo!

El lápiz de Hortense se ha desplomado sobre la hoja de dibujo. Ha terminado su colección. Su primera colección. Estampa su firma, HORTENSE CORTÈS en letras altas y rectas debajo de cada modelo. Garabatea la fecha. Posa su mejilla sobre el papel.

Las velas blancas se han consumido, ya no queda más que un resto de cera.

Trata de no dormirse, pero sus ojos se cierran.

Los raviolis se han escaldado en la cacerola y el queso rallado se ha secado en el pequeño bol de barro. La botella de Château Franc-Pipeau está casi vacía.

El reloj marca las tres de la madrugada.

Un primer golpe resuena en la noche. Un golpe de martillo sobre un yunque. Seguido de otro golpe y de otro más. Sonríe, el Castor loco ha regresado. Así es como llama al ruido de los radiadores que cobran vida durante la noche, al silbido del vapor que asciende, hace temblar los viejos conductos,

suelta hipidos estrangulados que escupen agua, a los golpes repetidos en las tuberías. Imagina la vida del Castor loco recorriendo cada noche los radiadores para reemplazar su misión nocturna: curar, raspar, golpear, desatascar, hacer circular, calentar. Al amanecer, terminado su trabajo, el Castor loco se duerme. Hasta la noche siguiente.

Se sirve una última copa de vino. La levanta a la salud de su primera colección. La cabeza le da vueltas, seguramente ha bebido demasiado. Está divagando.

¡Larga vida a Hortense Cortès!, proclama tendiendo su copa a la luz de la lámpara del despacho. Frente a ella, en el cristal de la alta ventana ojival como de iglesia, distingue el reflejo de una chica sola que brinda. La chica tiene aspecto cansado pero triunfal. Debería sacar una foto de ese momento en el que, por segunda vez, se ha convertido en Hortense Cortès, en el que por fin ha conseguido cristalizar su deseo más profundo y lo ha encarnado en forma de impecables diseños de modelos únicos.

¡Qué extraño resulta!, y vuelve a preguntarse: ¿dónde está Gary?

Tal vez debería haber llamado a Hortense, se dice Gary regresando a pie desde Harry's Burritos después de haber silbado a un taxi, instalado a Calipso en la parte de atrás, tendido un billete de veinte dólares al conductor y pedirle que condujera a la señorita a buen puerto. Cuento con usted. Su madre se lo había enseñado de pequeño: «Cuando seas mayor, y encuentres gente más necesitada que tú, más débil, más frágil, piensa siempre que eres un privilegiado, que has recibido mucho, y sé generoso. No te muestres nunca egoísta, superior, arrogante, piensa en el otro, ponte en su lugar y pregúntate qué puedes hacer por él». ¿Por qué le venía en plena noche el recuerdo de su madre? ¿Y cuánto tiempo hace que no la llama? Es impropio de él. Ella no deja pasar un día sin enviarle una palabra, una foto, contarle una anécdota, alguna indignación. Mañana la llamará. Le dirá: *hello, mum*. A ella le encanta cuando la llama *mum*.

Calipso había gesticulado ostensiblemente desde detrás del cristal como queriendo decir: no, no, no puedo consentir que pagues a este hombre para que me lleve. Él había levantado el brazo en señal de demasiado tarde, ¡ya está hecho! Y el taxi había arrancado. La silueta de Calipso flanqueada por su Guarneri, puesto de pie a su lado como si fuera una carabina, se había desvanecido, Gary había dejado escapar un suspiro. Calipso, Guarneri, Beethoven, ¡cuántas emociones! Ya no pensaba con claridad. Se sentía ligeramente ebrio.

Caminaría hasta su casa.

Necesitaba estar solo antes de enfrentarse a Hortense.

Solo, al abrigo de su cabeza, para así descender al fondo de su caverna y preguntarse por qué se siente tan feliz tras haber ensayado esa sonata de Beethoven. Con esa intrigante cuestión: ¿de dónde viene esta extraña felicidad que emana de las notas que formamos? Una felicidad aérea, ligera, que le inflama y le deja cada día más desarmado ante la respuesta que quiere encontrar. Un entrelazarse sin cuerpos que se enlacen, un estremecimiento de todos los sentidos sin que sus labios, sus manos, sus piernas se toquen, una alegría de vivir, de tocar, de respirar, una lenta y dulce ascensión. Cada día descubre nuevos grados de felicidad, cada día vuelve a deslumbrarse, cada día se hace también más vulnerable puesto que no puede explicarse el origen de ese fuego.

Cuando interpretan lo hacen devotamente, desarrollan devotamente cada acorde, se ofrecen

devotamente, se apoyan el uno al otro, se enlazan, giran y devotamente descubren una nueva felicidad en ese entrelazar de instrumentos, una nueva profundidad, una nueva resonancia. Él se agranda, se desborda, deja su sitio a otro Gary, escondido y subterráneo, que hace surgir bajo sus dedos. El Vecino de abajo. Un Gary sereno y, al mismo tiempo, más robusto, más seguro de sí mismo, un desconocido que solo pide salir de su cuerpo... ¿Puede permitirse tan solo que ese otro ocupe todo el espacio? ¿Puede?

Porque de repente la vida se ha convertido en esta cosa tan preciosa: interpretar la sonata de Beethoven con Calipso Muñoz, aprender una nueva manera de tocar cada nota, de ser uno solo con Beethoven. ¿Lo oyes? ¿Oyes el conflicto entre el *la* y el *la sostenido*?, dice uno. Se parece a Mozart, responde el otro.

Tras el último acorde, ella permanece inmóvil en su silla, sentada en el borde como si fuese a caer, con los ojos cerrados, a la escucha de sonidos desaparecidos en una especie de transición entre lo celeste y lo terrestre, entonces se gira hacia él y le sonríe con aire serio, recogido, con la sonrisa un poco alelada de quien ha experimentado un milagro.

Y él le sonríe en respuesta, con expresión tan boba como la suya. En cierto modo, parecen dos tontos. ¿Cómo explicar esa aventura?, se pregunta consultando la hora en el reloj. Espera que, con un poco de suerte, Hortense ya esté dormida para así no tener que explicarle lo que él mismo aún no comprende. Y su espíritu regresa a la última sesión..., cuando Calipso retrocedió para encajar su violín bajo el mentón, cuando posó el arco, lo probó, tocó algunas notas antes de volver la cabeza y esperar a que él diera la señal. Antes de coger su violín, parecía como siempre intimidada, torpe, pero luego se produjo la metamorfosis, ella se apoderó del instante, tomó apoyo, se envolvió en una aureola de gracia infinita y él se dejó llevar por su rostro de párpados de santa en éxtasis.

Y era como si..., como si se comunicaran el uno con el otro, como si se degustaran sin tocarse. ¡Y es tan increíble, esa hambre del otro, esa hambre del infinito del otro! Ese canto de los dos instrumentos. Esa ascensión peligrosa que le transporta no sabe dónde, hipnotizado por los grandes ojos negros de esa ninfa «divina entre las diosas, que sedujo a Ulises» y le seduce a él también. Esos ojos negros con reflejos de plata, mercurio y plomo en los cuales cae y está a punto de ahogarse. Un domingo sin ensayo se le hace eterno, inútil. La busca, la espera, sus dedos teclean, su cuello se tiende hacia un sonido y otro.

¿Podría ser que se estuviera volviendo dependiente?

¿De qué? ¿De quién?

¡No de esa chica en sí misma!

Calipso tiene cuerpo de jamelgo. ¿Ah, sí? ¿En serio?

Calipso tiene el pelo ralo de cola de rata. ¿Y qué importa?

Calipso tiene los dientes montados unos sobre otros, un mentón que retrocede. Eres tú quien lo dice...

Calipso es fea, fea, fea. ¡Cállate o te parto la cara!

Escucha los sonidos, las ondas, las vibraciones que emanan de su cuerpo y penetran en el suyo. Y todo es exacto, preciso, armonioso. Siente un nudo en la garganta. Ella tiene el don de enarbolar la vida y empaparte de ella. Así que se ríe de lo que piensan los demás, y proclama: yo soy Gary Ward, quiero esto, quiero hacer esto y si no os gusta ¡peor para vosotros! Libre y locamente enamorado de todo lo

que ha descubierto en él y que ella le ha revelado con un simple golpe de arco.

Calipso es una hechicera. Tendría que taparse los oídos para poder alejarse de ella.

Nunca podrá explicarle eso a Hortense.

Cuando introduce la llave en la cerradura decide no contárselo.

Hortense duerme en su despacho, la mejilla recostada sobre un brazo, los cabellos enredados con lápices, los dedos de todos los colores. Cuando trabaja le gusta prenderse los lápices en el pelo para tenerlos a mano. No se confunde nunca de color. Es un misterio. Le quita los lápices uno a uno, distingue una botella de Château Franc-Pipeau vacía. Hortense solo bebe en las veladas de celebración. Desconfía del alcohol. Dice que evapora las ideas.

Hortense puede ser tan perentoria... Pim, pam, pum, la vida es un compás de tres tiempos marcados en un gran timbal.

La lámpara ilumina su mejilla expuesta a la luz y al suave calor, arrojando un matiz rosado y sostenido con destellos rojizos sobre la frente. Tiene la boca entreabierta y sus labios se agitan como si persiguieran un sueño. Un sueño feo que le tuerce la boca por momentos. Ella gime, suelta un pequeño grito, su cuerpo se estremece y luego se calma.

Siente ganas de estrecharla contra él, de acunarla. Apaga la lámpara, recoloca los diseños, aleja la copa y la botella, toma a Hortense en sus brazos, la lleva hasta la cama y se tumba junto a ella.

Ella se revuelve suavemente, las pulseras de su muñeca tintinean, conoce bien el sonido de las pulseras de Hortense. Ella levanta la cabeza, posa sus labios en los suyos, murmura: Gary... Su boca es dulce, se ofrece en ese beso, dice que no quiere dormir, que quiere hablar, decirle...

—Estoy aquí, ya he vuelto.

—Había hecho raviolis, oh, Gary, ¡ha ocurrido una cosa increíble esta noche! ¡Oh, mi cabeza! He trabajado toda la noche...

Ella deja caer la cabeza a un lado, él piensa que está agotada por la pena de haberle esperado, que se ha bebido la botella de Château Franc-Pipeau para distraer su espera y no deja de repetir: estoy aquí, estoy aquí.

—Hortense —murmura—. Es tan tarde..., yo creía que... Creía que estarías furiosa, que estallarías en exabruptos. De tanto pelear, ya no sé nada de nosotros.

Ella emite un gruñido, anuda sus brazos alrededor del cuello de Gary y farfulla:

—¿Sabes?, he diseñado mi primera colección, va a ser todo un éxito, dime que va a ser todo un éxito...

—Sí, será todo un éxito, estoy seguro.

—Si supieras, si supieras cómo... Ya te lo contaré mañana, he bebido demasiado. Solo quería diseñar un poco pero no he podido parar, ¿lo entiendes? Los raviolis, ¿he apagado el fuego de los raviolis?

No sabe si ella delira o si está soñando, habla tragándose las palabras. Él levanta la cabeza, olfateando algún olor a quemado, no huele nada, la tranquiliza.

—Lo he encontrado, Gary, estoy tan feliz..., y tan cansada también, creo que voy a dormir dos días y dos noches seguidos, ya no nos enfadaremos, no nos enfadaremos más...

Se mueve ligeramente, repite: lo he encontrado, ¿sabes?, me ha venido de golpe en el cuarto de baño

de Elena, me ha caído encima y... voy a tener que trabajar mucho, eso seguro, aún no está terminada, está muy lejos de estarlo. No es más que el principio.

Susurra, aferrada a su cuello, no te muevas, no te muevas, creo que se me va un poco la cabeza...

Él le acaricia la mejilla y murmura:

—¿Me lo enseñarás mañana?

—¡Oh, sí! —suspira.

La besa, acaricia su pelo, busca algún lápiz que hubiera olvidado desprender.

—Voy a ser grande, grande...

—Pero si tú ya eres grande, grande.

—Oh, Gary, ¿en serio lo piensas?

—Siempre he sabido que lo conseguirías.

—Tú y yo vamos a convertirnos en los más grandes y los más ricos del mundo.

—¿Los más ricos?

—Sí, y haremos exactamente lo que queramos. No nos privaremos de nada. Tendremos la casa más bonita, los trajes más hermosos, joyas, un piano magnífico, un chófer, servicio doméstico. Nos daremos todos los caprichos. Seremos intratables. Seremos los reyes del mundo y permaneceremos siempre juntos. ¿Prometido?

—Prometido.

—Y vengaré a papá. Él también quería triunfar. Pero no supo cómo hacerlo, confiaba en la gente, incluso confiaba en los cocodrilos, era demasiado blando, pero yo, yo no soy como él.

—¡Eres dura de pelar! —exclama él sonriendo.

—No te rías, lo digo en serio. Papá se hizo devorar por un cocodrilo¹⁰ porque era demasiado bueno, creía que podía hablar con él. Yo no me dejaré jamás, jamás comer por un cocodrilo.

—¡Tú te los comerás a todos!

—Yo no seré jamás pobre, jamás buena. Es terrible ser pobre..., es terrible ser bueno, la gente se cree con derecho a todo, te pasan por encima, se aprovechan de ti, te maltratan. Papá quería ser rico, siempre decía que iba a ganar mucho dinero, que me trataría como a una reina y luego murió. A veces pienso en ello, veo el cocodrilo, veo a papá y...

—No lo pienses.

—¡No lo quiero pensar, pero es más fuerte que yo!

—Es normal, Hortense, es normal.

—Yo le vengaré, me haré muy rica...

—Sí, Hortense, muy rica.

—¿Sabes?, no te lo he dicho nunca, pero a menudo tengo pesadillas con papá. Le veo sumergirse en el agua glauca, un agua espesa, amarilla, pegajosa, y él avanza, con las manos levantadas para demostrar que entra en son de paz, que quiere hablar con el cocodrilo, ¡cree que va a domesticarlo! Y yo estoy ahí, no muy lejos, distingo al cocodrilo que no se mueve, que espera, que le contempla con ojos medio cerrados, veo claramente el resplandor de sus ojos amarillos en la noche, entonces se mueve un poco, es pesado, torpe, se acerca y... grito para advertir a papá, grito muy fuerte, y después todo sucede muy rápido, el cocodrilo..., sus mandíbulas, ¡y toda esa sangre! ¡Sangre por todas partes! Y yo echo a

correr hacia la noche. Corro con todas mis fuerzas, grito pero nadie me escucha. Estoy sola y no puedo hacer nada. ¡Es horrible!

—Lo sé, Hortense, lo sé.

—Grito con todas mis fuerzas para que lo saquen de ahí, pero no viene nadie, nadie. Está completamente solo. Grita, forcejea, y entonces es demasiado tarde. Oh, Gary, ¡es terrible! Siento ganas de aullar, sé que si viniera alguien en su ayuda él podría salvarse, y yo soy demasiado pequeña para tirar de...

—No podías hacer nada. Es una muerte horrible...

—Siento mis piernas cortadas, transpiro, tiritito. Esa es la razón por la que quiero hacerme rica, muy rica...

—¿Para no tener miedo?

—Sí. Porque cuando tienes dinero, mucho dinero, te vas a Chanel, a Hermès, al Ritz y sabes inmediatamente que estarás protegida, que nada malo te podrá suceder allí. Las personas son acogedoras, van bien vestidas, aseadas, hablan una lengua cantarina, sonríen, te tranquilizan, hasta puedes creer que te quieren...

Suelta un gran suspiro.

—¡Me hubiera gustado tanto que él estuviera aquí para mi primera colección! Lo habría instalado en la primera fila, él estaría bien vestido, sonriente, era tan elegante..., fue él quien me transmitió el gusto por las cosas bonitas, quien me enseñó a vestirme, a caminar derecha. ¡Le habría dicho a todo el mundo: esa es mi hija! ¡Hortense Cortès es mi hija! ¡Habría estado tan orgulloso! Ya estaba orgulloso de mí y yo aún no había hecho nada...

—Sabía que triunfarías.

—¿De verdad lo crees?

—Él confiaba en ti. Me acuerdo muy bien de la forma en que te contemplaba. Era conmovedora.

—Oh, Gary, eres maravilloso.

Ella sonríe feliz.

—Mañana, Hortense Cortès, ¿me mostrarás lo que has diseñado? —le pregunta estrechándola contra él.

—¡Sí! Y también se lo enseñaré a Elena, tiene buen ojo para estas cosas, ya lo sabes.

Masculla unas palabras más que él no comprende, y le pregunta:

—¿Qué es lo que has dicho, Hortense?

—Me llevarás en helicóptero por encima de Manhattan, ¿prometido?

Él la mira sorprendido.

—Siempre he tenido ganas de sobrevolar Manhattan. Nunca lo hemos hecho.

—De acuerdo, lo haremos...

—Y subiremos todavía más arriba del cielo.

—Más arriba del cielo —le promete.

Ella lanza un suspiro y se queda dormida de golpe como si hubiera pronunciado sus últimas voluntades.

Gary la estrecha contra él, estira la colcha tapándole los hombros. La noche es inmóvil, el tiempo se

desliza lentamente, escucha los latidos de su corazón. Adora proteger a Hortense, darle seguridad, montar guardia durante su sueño, impedir que los cocodrilos regresen. Contempla la noche esfumarse poco a poco tras la ventana del dormitorio y la claridad del amanecer empieza a iluminar el suelo de parqué al pie de la cama, proyectando un rectángulo perfecto de luz blanca. Él pasea sus dedos por el hombro de Hortense, esbozando notas, una sonata para piano de Schubert. Piensa en el cielo de Manhattan, piensa que Schubert no necesitaba de helicópteros para ir más allá del cielo, y las notas de un piano imaginario, mezcladas con el alba que apunta y agranda el rectángulo perfecto, le transportan tan arriba, tan arriba que sonrío y cierra los ojos, feliz.

Al día siguiente, cuando Hortense despierta, estira un brazo en la cama y constata que Gary se ha marchado. Encuentra en la almohada una nota que dice: «¿Nos vemos esta noche? ¿Me lo contarás todo? Te mando un beso muy, muy fuerte, Hortense».

Ella sonrío y se acuerda: esa noche ha creado su primera colección.

Se sube la sábana hasta el mentón, deja su nariz por encima, por debajo, por encima, por debajo, piensa en el capitán Haddock y en su barba, ríe, se retuerce, trata de acordarse de lo que sucedió la noche anterior, se levanta de un salto como si corriera un gran peligro, se precipita hacia la mesa... Los diseños están ahí bien ordenados. Deja escapar un suspiro, no lo ha soñado, la colección está ahí, dispuesta a cobrar vida.

Y sin embargo...

Está nerviosa. ¡Es absurdo! Debo permanecer tranquila, voy a subir a ver a Elena. Ella me dirá.

Elena no recibe a nadie por la mañana. Holgazanea en su cama con baldaquín, toma su té, dos biscotes con mantequilla que le trae Grace, la asistente, y no pone un pie en el suelo hasta las once, después de haber leído los periódicos y recortado los artículos que quiere conservar.

¡No son más que las nueve!

Hortense se ducha, se pone unos vaqueros, una camiseta, un jersey gordo, se cepilla el pelo con la cabeza hacia abajo, usa el tubo de crema Nivea de Gary, consulta la hora.

Las nueve y veinte.

Pone a calentar agua para prepararse un buen café negro, se apoya en la encimera que separa la cocina del salón. Se estremece: ¿y si a Elena no le gusta? Hojea un número de *Vogue*, una chica en pijama de Louis Vuitton bebe su café mientras estira sus largas piernas calzadas con escares de Louboutin. Se fija en la anchura de las perneras del pijama, en el cuello, en el reverso de las mangas...

Las nueve y media.

Enciende el ordenador y bucea en Internet, se topa con una entrevista de Stella McCartney realizada en un gran hotel de Nueva York. «¿Cómo haces para estar tan guapa?», pregunta la periodista que aún no se cree estar sentada al lado de su ídolo y la contempla con la boca abierta. ¡Cierra la boca!, ordena Hortense. «No como carne, no fumo, no bebo», responde Stella McCartney, erguida, sonriente, con los brazos formando un óvalo preparados para recibir la consabida tanda de cumplidos. «Y para relajarme monto a caballo». «*Oh my God!*», susurra la periodista, al borde del desmayo. Cuando está estresada, Stella McCartney salta sobre su yegua y galopa por el bosque. ¡Qué maravillosa idea!

Stella McCartney usa maquillaje bio, come bio, diseña bio, Stella McCartney quiere que las mujeres

se sientan cómodas con sus vestidos que intenta vender a precios moderados. ¡Moderados!, espeta Hortense. Stella McCartney lo deja todo si uno de sus hijos estornuda, porque la familia es el secreto de su felicidad.

—*Bullshit!*¹¹ —ruge Hortense.

Detesta a Stella McCartney, sus yeguas y sus bebés.

Y ni siquiera son las diez.

¿Y si a Elena no le gusta?

Sus piernas flaquean y tiene que sentarse. Se acomoda en el alto taburete de la encimera. Esa súbita debilidad la enfurece. Vacila. Y ese estado de ansiedad que no reconoce la llena de una impaciencia dolorosa.

Su mirada recorre la habitación, se posa en el sofá, en las cortinas, en las paredes... Necesitarían una buena mano de pintura, el estuco amarillo ha virado al color de la mantequilla rancia. Y los árboles de la calle ¡no tienen ni una sola hoja! Estamos en abril, ¿a qué esperan? ¿Acaso hay que jalearlos para que broten?

Las diez y diez.

Elena sabrá, Elena me dirá, Elena sabrá, Elena me dirá, Elena...

La vajilla se amontona en el fregadero. Gary ha dejado sin recoger un viejo jersey amarillo, una bufanda violeta, el plato de su desayuno, su cuenco de café, un cartón de leche, una partitura abierta. Hay migas y manchas de mermelada de fresa en la encimera. Gruesas lágrimas de rabia afloran a los ojos de Hortense, ¿soy yo la que debe recoger? ¿Acaso soy su criada? Su corazón se desboca, siente la garganta reseca, ya no puede hablar. Se levanta de un salto, tiene que salir, marcharse lejos de allí.

¡Tiene miedo!

No tengo miedo, solo estoy cansada. Veo garabatos negros por todas partes. Es normal encontrarse así cuando uno ha buscado una cosa con todas sus fuerzas y, de repente, ha conseguido ponerle la mano encima. Le gustaría saborearlo, felicitarlo, pero todavía no está seguro, entonces se pierde el equilibrio, se rompe, se siente vacío y lleno a la vez. Se detesta a Stella McCartney, los pijamas de Vuitton, las paredes amarillas, las manchas de mermelada y a Gary Ward.

Y por cierto, ¿dónde se metió ayer por la noche? No ha dicho una palabra.

O yo no he oído nada.

Da una patada a la encimera. Busca su polvera azul. Se empolva la nariz. Se empolva la barbilla. Consulta su correo y se encuentra con un mail de Zoé titulado: «¡Socorro!».

No está segura de querer leerlo.

Las diez y veinticinco.

Finalmente lo lee.

¡Hortense, Hortense!

Este va a ser un largo correo, pero necesito que te tomes el tiempo de leerlo, que consideres cada palabra y no te saltes ninguna.

—Llegas en mal momento —farfulla Hortense.

Pero es Zoé. Va a hacer un esfuerzo.

Hortense, ha pasado algo terrible. Gaétan ha perdido su trabajo con el zapatero de la calle Passy.

Hortense alza los ojos al cielo. ¡Y hablas de desgracias! Gaétan había sido contratado por un zapatero. Y cobraba de las propinas. ¡Todo lo contrario, es una magnífica oportunidad! Así podrá consagrarse a sus exámenes, sacar un sobresaliente, ingresar en una buena universidad. Y luego, relajarse, esperar mano sobre mano a que alguien llegue a buscarle para nombrarle Presidente-Director General.

Y yo me he dejado ir. Hubiera querido tener los brazos grandes, brazos de hombre el tiempo necesario para volver a darle fuerza.

¡Para, Zoé, deja ya de endosarte todos los males del mundo! ¡Solo tienes dos hombros!

¡A la calle, a la calle!, me ha dicho ayer por la noche. Ya no tengo trabajo. ¡Estaba tan contento de tener ese curro!

¡Así que preparémonos para una buena ración de miseria! ¡No estoy de humor, Zoé, no estoy de humor!

¿Y sabes qué más dijo? Yo lo hacía todo bien, disfrutaba con ello. Quería crear un servicio de cruasanes y baguettes por la mañana, de entrega de vino, champán y soda los sábados, tenía muchas ideas. Habría contratado a un colega, habría montado mi pequeña sociedad... y ahora todo se ha parado.

¿En qué mundo de locos vivimos?

Un mundo en el que los chicos de dieciocho años se imaginan, solo porque han encontrado un trabajito, que van a poder continuar así toda su vida, tener todavía más trabajo y ganar todavía más dinero, crear proyectos y llevar a su novia al cine, dar un poco de dinero a su madre y comprar sushi por la noche para comerlo mientras ven el programa Le Grand Journal. Y esperar que todo vaya bien y que el futuro sea verdaderamente un futuro y no un gran agujero negro sin luz.

Su sueño con el zapatero ha durado cinco meses. Y de golpe, es como si ya no pudiera soñar.

Buaa buaa, farfulla Hortense. ¡Qué pena! ¡Déjalo ya, Zoé, y enamórate de alguien flamante para variar! ¿Acaso no ves que «sueño» y «zapatero» no pueden encajar?

Ha venido a buscarme a la salida del instituto, lo he visto de lejos, daba vueltas como una fiera enjaulada, la nuca agachada, su anorak verde girando tras él, no podía distinguir su rostro pero sabía que estaba llorando. Se ha dado la vuelta y he podido saborear el torrente salado que llegaba hasta mi boca, a mis ojos, he abierto los brazos, él ha atravesado el paso de cebra con el semáforo en rojo, un coche ha frenado en seco dando un bocinazo, se ha precipitado contra mí mientras decía: no soy una nenaza, no debo llorar, pero tenía los ojos muy rojos, como irritados por una especie de ácido, no ha vertido una sola lágrima, ni una sola gota de humedad.

Entonces, ha explicado, el zapatero me ha dicho que había terminado conmigo, que de algún modo acabaría por saberse que trabajaba para él, que tenía una inspección de trabajo encima, que eso le costaría demasiado caro en impuestos sociales. Le he dicho que podía declarar que solo trabajaba unas horas, una especie de... Él ha respondido que no, que no insistiera, tú no conoces a la administración. No quiero líos.

¿Qué va a ser de él? ¿Qué va a ser de nosotros? Desde luego tiene la selectividad a final de año, pero la selectividad todo el mundo la pasa. No es ninguna aventura. Eso no lo distingue de los demás. Mientras que este proyecto con el zapatero era único.

Hemos recorrido el parque, él iba arrancando las hojas de los árboles, se arrancaba pequeños pellejos de los labios y me apretaba el brazo, me atrapaba la mano, me aplastaba contra su anorak verde como si necesitase creer que estaba bien anclado a la tierra, que no iba a hundirse en el asfalto y que no nos hundíamos los dos en él.

Y yo, yo no sabía qué decirle porque no había nada que decir. Porque todo se había vuelto de pronto muy pesado, muy gravoso.

Así que hemos ido a refugiarnos al único lugar donde no hace falta hablar, al cine, a ver una película que no fuera ni triste ni cómica ni inteligente: el último James Bond.

Yo me he quedado dormida mientras Gaétan me apretaba la mano como si la triturara, no estaba siguiendo la película.

Escribe bien, se dice Hortense. Es a fuerza de leer todos esos libros... ¡y de frecuentar a la marquesa! ¿Existirían los derechos de autor en tiempos de la marquesa?

Luego hemos regresado a casa. La lluvia salpicaba la acera brillante, las gotas caían en espiral y explotaban en la negrura como flores de unos fuegos artificiales sin colores. Largas lombrices discurrían por los senderos del parque, yo las aplastaba con el tacón y su sangre se mezclaba con el agua que no dejaba de correr.

¡Vaya, vaya! ¡Es bonito este párrafo! ¡Continúa, Zoé, continúa!

Hemos pasado delante del Monop mirando hacia otro lado porque sabíamos que ya no teníamos ni un céntimo y que, si mirábamos los carteles abigarrados que decían SON LOS 9 DÍAS DE ORO, sería como imaginar una película Disney: una minipizza comprada, una minipizza de regalo, un paquete de

tallarines con frutas comprado, el segundo a menos del setenta por ciento. Y que ahora Disney se había acabado.

Porque él no quiere que mamá le mantenga.

Eso está bien. Un tanto para el chico. ¿A quién se parecía? Lo he olvidado. ¡Ah, sí! A Ashton Kutcher. No está mal.

Me alegré de volver al apartamento, por suerte mamá no estaba en casa. Hemos comido lo que quedaba en la nevera. Gaétan ha apartado su plato, no tenía hambre y yo me he sentido mal al verle tan desgraciado.

Hemos ido a acostarnos. Me he lavado los dientes, he tomado mi píldora, cepillado mi pelo, me he puesto un poco de perfume detrás de las orejas como me enseñaste, mientras me decía que cuando entrara en el dormitorio su tristeza habría pasado. Que me diría: no pasa nada, ya encontraré otra cosa...

Cuando he regresado, él estaba sentado sobre la cama en calzoncillos mirando las tablas del parqué. Y me ha dicho: ¿y mamá? Ya no podré darle dinero. ¿Cómo hará para vivir?

He anudado mis brazos alrededor de su cabeza, le he dicho que, pase lo que pase, yo le querré porque lo pienso de veras y que prefiero verle triste a vivir sin él. Me he tumbado, él ha posado su cabeza sobre mi ombligo, su torso entre mis piernas y ha imaginado un viaje. ¿Sabes?, todavía tiene ganas de marcharse y de viajar. A veces me da miedo que se vaya sin mí.

Decía que comenzaríamos por atravesar el océano, que cruzaríamos el ecuador para llegar a América del Sur, que luego iríamos rápidamente a Nueva York y después haríamos las grandes rutas, el sol sin nubes, seguiríamos las infinitas líneas blancas de infinitas carreteras, la arena, las cimas doradas de los montes. A continuación, dirección Indonesia y un road trip por Japón en scooter, comeríamos pescado crudo, nos volveríamos superdelgados. Por China pasaríamos a toda velocidad, son demasiado numerosos y maleducados, y regresaríamos por las montañas, no importa cuáles, con los lamas, las cumbres azules y los glaciares. Ha levantado la cabeza y he visto en sus ojos todos los restos de la infancia y he tenido ganas de consolarle, no quería que siguiera estando triste.

Seguramente el verdadero amor es eso, ese querer que al otro le vaya bien todo el tiempo.

¿Acaso yo quiero que a Gary le vaya bien todo el tiempo?, se pregunta Hortense. Su mirada recorre la habitación. Advierte el viejo jersey amarillo, la bufanda violeta, la partitura abierta, el cuenco de café pegado a la encimera... ¡Sobre todo tengo ganas de que recoja todo el tiempo!

Porque Gaétan... no es solamente el tío que me hace reír al despertar, que me calienta la cama para que no tenga frío cuando me acuesto, que tiene la cabeza llena de ideas, sino también lo mejor que el mundo podía ofrecerme. Él me halaga con su cuerpo, me hace disfrutar de cada célula que lo compone, hasta tal punto que me pongo como un tomate y debo respirar hondo para no estar roja incandescente. Es el regalo más bonito que me he hecho, mi invención más bella, mi descubrimiento más bello, y si mi

amor no estuviera ahí, no soportaría que un mendigo se dejara insultar, que una mujer se desplomara de cansancio en el metro, no soportaría seguir VIENDO.

Así que tengo miedo.

Porque de pronto lo veo todo. Mientras que antes podía permanecer ciega. Y es muy duro verlo todo. Entenderlo todo.

El otro día, buscaba un peluche que había rodado bajo la cama, estaba a cuatro patas, la oreja pegada contra la tarima, cuando escuché a los vecinos de abajo que gritaban: «¿No quieres dormir tu puta siesta, pequeña mierda? ¡Te colmamos de regalos y tú nos haces la puñeta! ¡Tienes tres años y no te da la gana de obedecernos!».

Me incorporé rápidamente con ganas de llorar. No estaba preparada para eso, Hortense, yo no soy como tú, a mí todo me llega directo al corazón.

Y luego, no es solo eso.

Hay otra cosa que me inquieta.

Es mamá.

Hortense tiene un imperceptible cambio de humor. Alarga la pierna y choca con la parte baja de la encimera. ¿Qué pasa con su madre? Nunca ha comprendido las razones de su marcha de Londres. ¡Abandonar a Philippe! Regresar a París. Retomar su pequeña vida universitaria. No estaba obligada a hacerlo. Zoé podía haberse instalado en casa de Josiane y Marcel. Junior habría estado encantado. Suspira nerviosa y continúa la lectura.

Ha retomado sus conferencias, va de aquí para allá, prepara un nuevo libro, lo escribe con sus colegas, parece entusiasmada. Cuando habla, reluce. Entonces me dirás: ¿y bien?, es perfecto, y tendrás razón pero...

Tengo la impresión de que está en peligro. Un hombre la sigue a todas partes. Sí, has leído bien: un hombre.

Ella finge tomárselo a broma, pero puedo advertir que está inquieta. Desde hace poco, siempre que viaja a Lyon, se lleva el coche y a Du Guesclin. Dice que es su guardaespaldas. Du Guesclin sin duda impresiona. Viene de la calle, es un salvaje.

El hombre sigue siempre la misma rutina. Entra en el anfiteatro cuando ella ha comenzado su clase. Permanece al fondo sin moverse, los ojos fijos en ella, el sombrero bien calado en la cabeza. La mira como si ella tuviera que reconocerle. Parece que es alto, bien plantado con largas piernas y rostro despejado. Lleva siempre un abrigo parecido a una parka de campo. No dice una sola palabra, la contempla y su mirada es como una ventosa. Luego se marcha antes de que termine la clase y cierra cuidadosamente la puerta para que no haga ruido. Se eclipsa como un ladrón.

Ella no puede salir corriendo detrás de él, debe permanecer en el anfiteatro para responder a las preguntas, recoger sus cosas.

¿Qué piensas tú?

Es curioso, se dice Hortense. Ni una sola vez Zoé ha imaginado que pudiera tratarse de un admirador. Él no la agrade, no la espera en el aparcamiento para robarle su bolso o violarla. Apuesto a que la próxima vez le tenderá un ramo de flores sonrojándose.

A mí eso no me gusta. Sin duda es alguien que tiene algo contra ella. O a quien no le gusta algo que ella ha escrito. La gente hoy en día es muy susceptible, ya no se puede decir nada. Podría tener intención de causarle algún daño. De exigir un rescate. Él marca los lugares, anota sus costumbres.

Me gustaría tanto que estuvieras aquí... Podríamos hablar. Ya no estaría siempre sola. ¡Te echo de menos, Hortense! Respóndeme rápido o te enviaré una paloma mensajera para que te picotee el cráneo.

Hortense hace una mueca. Se pregunta si no se marchó de París para estar lejos de su madre y de su hermana. Parecen tener una asombrosa habilidad para atraer toda clase de calamidades.

Ella detesta la desgracia. Se tapa los oídos cuando la gente se queja, habla de sus dolores, de sus tristezas. Se tapa la nariz. ¡La desgracia apesta!

Elena no habla jamás de sus penas, de familiares que haya perdido, de la muerte que se acerca a pasos agigantados blandiendo su larga guadaña. Sin duda, algunas noches, mientras yace en su gran cama con baldaquín, le deben de castañetear los dientes.

El otro día Hortense le había preguntado cómo hacía para parecer siempre contenta.

—¡Usted ya es mayor, va a morir pronto y sin embargo continúa disfrutando de todo!

Elena le había dedicado una pequeña sonrisa astuta y le había respondido:

—Escondo mis desgracias bajo capas de felicidad. Ese es mi secreto, Hortense.

Y, acto seguido, había despegado de su caja de *loukoums*, los dulces de gelatina árabes, una hilera grasienta y rosada, la había acercado hasta su boca bizqueando un poco, se la había zampado con la voracidad de una pitón hambrienta y había añadido mientras se chupaba la punta de los dedos:

—Cuando yo era niña teníamos una vecina que siempre presagiaba lo peor. Si tú decías: ha helado esta noche, ella respondía: vas a romperte una pierna en el hielo, si te rascabas un grano gritaba: ¡detente, vas a convertirlo en cáncer! Su vida estaba plagada de males que no llegaban nunca. Y sin embargo ella vivía en el temor de que se produjeran. Eso es lo peor, Hortense, vivir una vida inmóvil en la que no pase nada a causa de tu miedo.

Hortense había asentido.

—Y bien..., esa chica, que era bonita, rubia, fina, cortejada por todos los chicos del barrio, con el paso de los años se convirtió en una obesa, pesada y desabrida mujer. ¡Se quedó sola y amargada y murió con cincuenta y dos años hecha una solterona! A fuerza de imaginar desgracias, la desgracia terminó por llevársela.

Había vuelto a hundir la mano en su caja de *loukoums*, y había extraído uno verde reluciente, se lo había tragado y había farfullado:

—Hoy en día se cultiva la desgracia, nos deleitamos en ella. ¡Es tan convencional! Es infinitamente más original intentar ser feliz, más difícil, desde luego, pero más entretenido.

A menudo Elena tiene razón.

Hortense levanta la cabeza y lee las once y media en el reloj de pared de la cocina.

La desgracia tendrá que esperar: tiene una cita con su destino.

Salta de su taburete para recoger y clasificar sus bocetos cuando un pensamiento contiene su impulso: ¿y si el verdadero peligro para su madre residiera en Inglaterra y no en Francia?

¿Cómo explicar que pase la mayor parte del tiempo en Francia mientras el hombre al que ama permanece en Londres? Ella solo debería tener una urgencia: reencontrarse con él en lugar de recorrer las carreteras de Francia en compañía de un perro maltratado que muestra, cuando está contento, largos hilillos colgantes de saliva pegajosa a cada lado de su hocico.

Algo horrible ha debido de suceder en Inglaterra.

Ya lo pensará más tarde.

Las once cuarenta y cinco.

Se observa en el espejo de la entrada, sacude sus cabellos de un lado al otro antes de verse perfecta, frota sus pómulos con sus puños, muestra una gran sonrisa, ¡eres la mejor! Stella McCartney ya puede irse a dar el pecho a sus hijos. ¡Abran paso a Hortense Cortès!

El telefonillo chisporrotea, ella gruñe abandonando a regañadientes su reflejo en el espejo:

—¿Quién es?

Es Mark. Está buscando a Gary.

—No está aquí.

—¿Puedo subir?

—No.

—Está lloviendo, Hortense. ¡Estoy empapado como un pollo mojado!

—He dicho que no.

—Tengo una exclusiva para ti...

—No me interesa. ¿Acaso tiene que ver conmigo?

—No. ¡Pero es de primera plana!

—No tengo tiempo.

—Hortense..., con el primer contrato que firme te regalaré el escaparate entero de Tiffany. Y todo tu peso en diamantes.

—¡No tengo tiempo!

—Hortense, ¡ten piedad! Tiéndeme la mano o lánzame una boya. ¡El agua me llega hasta las rodillas! ¡No sé nadar!

Hortense sonrío. No es fácil resistirse mucho tiempo a Mark. Tiene el encanto de los genios que no se toman en serio y contemplan con la misma intensidad una partitura de Bach que un episodio de *South Park*. Ha nacido en Shenyang, al norte de China, la ciudad donde creció Lang Lang. Llegó a Nueva York con dos años. Aprendió a tocar el piano antes que a hablar. Consintió en pronunciar su primera

palabra después de haber tocado una mazurca de Chopin sin destrozarla. Se dio la vuelta, contempló a sus padres con una gran sonrisa y dijo: *Easy! Piece of cake!*¹² Su verdadero nombre es Zhang Yudong, pero ha decidido llamarse Mark. Tiene la nariz pequeña, lleva gruesas gafas redondas, el pelo cortado al cepillo y dos dientes de oro. Sus padres tienen un restaurante algo más abajo de Canal Street. Sus ojos resplandecen cuando reciben a los amigos de sus hijos. En el Gran Shenyang uno elige su pescado de un acuario y se lo encuentra en el plato en medio de un montón de algas amarillas y verdes. Gary dice que uno no se come a sus amigos incluso si no los ha visto más que treinta segundos detrás de un cristal. Hortense afirma que los peces apestan a fuerza de tragarse las cacas de unos y otros y de tirarse pedos en el agua de la pecera. Mark se parte de risa y engulle los pescados con boca redonda y hambrienta. Le encanta el piano, Chopin y Gary. Le gustaría parecerse a él y copia todos sus gestos. Pone sus poses, se observa en Gary y se echa a reír. ¡No le sale! Cuando ríe, su cuerpo se balancea y su vientre hace olas. Parece una chapa ondulada, dice Hortense. Desconfía del hombre cuyo vientre no se mueva cuando se ríe a carcajadas, es un falso, protesta él. Cuenta hilarantes historias de chinos. Gary se pirra por ellas y Mark encadena una tras otra. Un grupo de productores recibió a Vladimir Ashkenazy para grabar los vales de Chopin. Los productores esperaban, Ashkenazy se impacientaba. Les preguntó si podrían comenzar. Los productores respondieron: ¿no deberíamos esperar al compositor?

—Venga, Hortense, ¡déjame subir!

El telefonillo chasquea, los ruidos de la calle ahogan la voz de Mark.

—Pensaba que Gary estaría ahí. La clase de armonía se ha suspendido y me ha dicho que se volvía.

Ahora le veo muy poco.

—Pero ¿no estuvisteis juntos ayer por la tarde?

—¡Hace al menos quince días que no lo veo solo!

—¡Quince días! —exclama Hortense—. ¡Pero si se pasa todo el tiempo fuera! Creía que andabais juntos.

—¿Puedo subir? Nada más que un minuto... Te lo contaré todo.

Hortense suspira de rabia. Consulta su reloj: ¡mediodía!

—¡Realmente no es un buen momento!

Aprieta el botón del telefonillo y abre a Mark.

—Espérame aquí. No te muevas. Ahora vuelvo.

—Señorita Hortense, ¿qué desea? —pregunta Henry con aire forzado entornando la puerta y levantando muy alto su mentón majestuoso.

—Quiero ver a Elena.

—La señora está en su habitación y no recibe.

—La señora va a recibirme. Vaya a anunciarle que estoy aquí, dígame: «Hortense ha encontrado», y ya verá.

Henry la mira con desaprobación pero se aparta y abre la puerta.

—Voy a preguntárselo —dice con un rictus altanero.

Hortense se dirige a la cocina para encontrarse con Grace. Así al menos podrá tener un aliado en el

lugar. Grace podrá ayudarla.

—¿Qué tal? —pregunta Hortense con el tono de voz dulce que emplea para engatusar a la gente cuando quiere conseguir algo—. ¿Cómo se porta la familia?

Grace tiene tres hijos. Tal vez cuatro. Hortense no recuerda el número exacto, pero sabe con qué esmero les cuida su madre y se interesa siempre por su suerte.

Grace es una asistenta fuera de lo corriente. Tiene el aspecto y la elegancia de una reina de Saba. Grace no te habla, te concede audiencia. Grace no camina, se contonea. Grace vive en Queens con su segundo marido, que está en el paro. Como el primero. Grace es negra, grande, ancha de hombros, lleva blusones muy holgados sobre faldas muy estrechas. Para agacharse, se ve obligada a hacerlo en dos tiempos: primero balancea las caderas y rodillas a un lado y luego desciende girando los brazos y el busto hacia el otro. Grace llega a las nueve de la mañana, recoge los periódicos del felpudo, prepara el desayuno de Elena, se lo lleva al dormitorio, abre las cortinas, posa la bandeja en la cama, enciende las lamparitas rosas de la pared, sale a hacer la compra, regresa cargada como un mulo y suspirando que más le valdría hacer que le llevaran el pedido a casa, corta la piña y la papaya, cocina el arroz, sofríe el pollo y la ternera, limpia las verduras, dispone los *loukoums*, los dulces marroquíes y los bombones en una fuente, pone en su lugar una nueva garrafa de agua si el dispensador está vacío, llena el lavavajillas, la lavadora, saca la plancha y calienta su primer café. Grace tiene mil brazos, mil narices, mil orejas, mil ojos. Es capaz de oír un suspiro de Elena desde su dormitorio y se acerca a colocar bien una almohada, a recoger el par de gafas que se ha caído, el periódico que se ha deslizado.

A las dos de la tarde, Grace se marcha y continúa su jornada de trabajo en casa de Emily Coolidge, una soltera de cuarenta y cinco años que sale en la televisión en una emisión titulada *Rich and Famous and Me*. Rubia teñida, de nariz operada, senos remodelados, traje sastre frambuesa o verde manzana, aúlla los nombres de las celebridades cloqueando de placer. Vive en Park Avenue a la altura de la 89. Grace no habla nunca de ella, pero Elena la conoce y asegura que está chalada, completamente chalada, se ha tirado a todos los gondoleros de Venecia y no sueña más que con una cosa: casarse. Pobrecilla, ¡es patética! Parece que últimamente ha encontrado un italiano con el que le gustaría casarse.

Elena no puede prescindir de Grace. La llama el sábado y el domingo, le pregunta dónde ha puesto la mantequilla, cómo funciona el horno, dónde se encuentra la tostadora y por qué el fin de semana dura dos días. Grace tiene una paciencia infinita. Apenas encoge los hombros cuando Elena se enfada y la acusa de una falta que no ha cometido. Hay que añadir que Grace está muy bien pagada, que Elena se encarga de su seguro de salud y paga las tasas escolares de sus hijos.

—Muy bien, Hortense, muy bien.

—¿Y tu hijo mayor? ¿Ha hecho bien su trabajo de matemáticas?

Grace hace una mueca. Hortense no insiste.

—Y Elena, ¿se está portando bien esta mañana?

—Tenía aspecto muy reposado cuando le he llevado el desayuno.

¿Sabrá Grace que Elena y Grandsire se entienden?

Seguro que no. Grace es muy religiosa y se sentiría escandalizada por la sexualidad desaforada de Elena.

Esa mañana, Grace intenta disimular un enorme moratón en el arco superciliar bajo un mechón de

pelo. ¿Será Grace una mujer maltratada?

Jamás dejaré que un hombre me ponga la mano encima, se dice Hortense, tratando de percibir la equimosis bajo el mechón.

Las doce y cuarto. Elena bosteza y se estira en su lecho en medio de los periódicos desplegados. Tiene un aspecto fresco, un resplandor feliz en la mirada, la comisura de los labios hacia arriba como si le quedara un poco de miel en las esquinas de la boca. Parece una gata satisfecha. Hortense evoca el cuerpo desparramado del día anterior, las manos fuertes de Grandsire, traga saliva, la saluda y le tiende el manojito de bocetos.

—Aquí están, lo he encontrado. ¿Se lo ha dicho Henry?

Elena menea la cabeza y coge sus gafas.

—Esa es la razón de que te reciba. Normalmente no recibo por las mañanas. Y todavía menos cuando estoy en la cama. Ya es bastante lamentable tener mi edad, y más si debo exhibirme pálida, aletargada y sin pintar. Un día alguien tendrá que explicarme por qué uno se decolora con la edad. Se vuelve transparente. ¿A dónde van todos esos colores? ¿A los rostros de los niños? No me gustan los niños. Son ladrones de colores. Pásame el carmín, ¿quieres?, voy a darme un poco de color.

Hortense le pasa una barra de labios. Elena se pinta la boca mirándose en una pequeña cuchara de plata.

—No podía esperar más. Creo que lo he encontrado, ¿se acuerda? Eso que tenía en la punta de la lengua, que me estaba volviendo loca...

—¿Y estás orgullosa de ti? —pregunta Elena.

—Eso debe decírmelo usted...

Elena observa los bocetos uno a uno. Escruta cada diseño, lo aleja, lo acerca. Parece reconocer el material adamascado de su corsé, alza una ceja, señala con el dedo un modelo.

—¿De dónde sale ese tejido apretado?

—De su cuarto de baño. Ayer por la tarde.

—¿Entraste en casa ayer por la tarde?

Hortense se sonroja. La visión de Elena tendida en la camilla de masaje, su boca entreabierta que suplica a Grandsire... Teme que Elena adivine su apuro.

—Sí. Para dejarle las hierbas de Meme. Y un pequeño frasco de kohl. Entré en el cuarto de baño. Lo dejé todo en las baldas.

—¿Y cómo entraste? Henry no estaba.

—Tengo llaves.

—Ah, sí... Debo de confiar mucho en ti puesto que tienes mis llaves, ¿no es cierto?

La mirada de Elena es seria. Habla muy despacio clavando sus ojos en Hortense. Tiene una pequeña miga de biscote pegada en la barbilla.

—Dime, ¿hago bien en confiar en ti?

Hortense se acuerda de la amenaza de Elena: «No puedes mentirme jamás. Si descubro que alguien me miente puedo ser terrible».

—Pues claro... Le dejé las hierbas y el pequeño frasco de kohl en el armario. Entonces vi el corsé que

se secaba en el toallero al lado del lavabo y me sentí inmediatamente atraída por el material.

Elena trata de leer en los ojos de Hortense si dice la verdad. Hortense sostiene su mirada. Ese breve enfrentamiento le parece durar una eternidad.

—Cogí el corsé, lo estudié de cerca y fue como si algo se encendiera en mi cerebro. Tuve la idea que había estado buscando desde hace meses y he estado dibujando toda la noche.

Elena la espía en silencio a través de sus hermosos ojos negros. Hortense intercambia el peso de sus pies incómoda.

—¿Y bien? ¿Qué le parecen mis diseños?

Elena vuelve a los bocetos, pasa uno tras otro, vuelve hacia atrás. Los deja a un lado y dice:

—Creo sinceramente que ya lo tienes, Hortense. Has encontrado tu lugar.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ven a sentarte y escucha.

—No tengo ganas de sentarme, no tengo ganas de escuchar, tengo ganas de saber.

—Siéntate primero.

Elena da unas palmaditas sobre la mullida colcha rosa y su mirada transmite la orden de que se siente. Hortense suspira y obedece.

—¡Y ahora no me interrumpas!

—Está bien. Pero sea rápida.

—Escúchame.

—Oh, no... —gime Hortense—. ¡Otro discurso!

—Es un momento importante y, puesto que tu madre no está aquí, yo debo ocupar su lugar...

—¡No necesito una madre, Elena! Ya tengo bastante con la mía, así que otra más...

Elena golpea sus manos para hacerla callar y prosigue:

—Cada uno de nosotros está en la tierra para cumplir UNA cosa. Una cosa en la que va a destacar. Encontrar esa cosa es EL objetivo de la vida, pues significa encontrar tu lugar. Lo demás, fíjate bien, Hortense, lo demás es todo inútil. ¿Por qué? Porque cuando has encontrado tu sitio, no tienes más que una necesidad, que es ocuparlo. Te trae sin cuidado lo que piensen los demás, ya no eres mezquina, ni envidiosa, ni malévola. Existes y eso te basta. Eso te colma. Juana de Arco encontró su lugar, George Sand encontró su lugar, Coco Chanel encontró su lugar, Einstein encontró su lugar...

—¿Y qué? —interrumpe Hortense con impaciencia—. Al diablo el sentido de la vida y la plaza que me corresponde. ¡Solamente quiero saber si le gustan mis diseños!

—Como quieras. Iré directamente al grano...

Elena muestra una leve sonrisa y cruza los dedos por debajo del mentón.

—No hay duda, la colección es elegante y audaz. Será un gran éxito.

Hortense suelta un grito, se pone de pie, alza los dos puños hacia el cielo y grita: *Yees! I did it!*

—Has encontrado tu lugar, pero debes saber que el camino estará lleno de obstáculos y espinas.

—Lo sé, lo sé —dice Hortense apartando con los pies los obstáculos y las espinas.

—Llegarás lejos. Muy lejos. El trazo es firme, las líneas puras, has inventado tu estilo.

—¿Seguro, de verdad? ¿No cambiará luego de opinión?

—No.

Hortense deja escapar otro grito de alegría. Grace asoma la cabeza por la puerta del dormitorio y pregunta si todo va bien. Elena la tranquiliza.

—Tu idea es muy astuta. Has creado el sexy hipócrita. Por ejemplo, este modelo...

Le muestra un vestido con una fina abertura que moldea la espalda y se abre descubriendo la piel.

—Recatado en la percha y audaz cuando uno se lo pone.

—Pero lo entiende, ¿verdad? Todo viene del material.

—Sí, he reconocido mi corsé.

—Es necesario encontrar al fabricante.

—Debe de estar muerto. Era mayor que yo.

—Tal vez haya transmitido su arte a un hijo, a un nieto...

—Lo compré después de la guerra en una pequeña tienda de lencería del Marais, un negocio familiar.

En cuanto sumergí mi mano en su interior, sentí como si me la hubieran aspirado. El material era asombroso. Y una vez enfundado, ¡oh, Dios mío, yo era otra mujer! Me convertía en un junco, caminaba delante del espejo totalmente obnubilada ante mi reflejo. No solamente era más delgada, más esbelta, más alta, sino que me hacía parecer una zarina. Y como bien sabes, tanto yo como toda mi familia provenimos de Rusia...

Hortense sacude la cabeza rogando para que Elena no se remonte a todo su árbol genealógico.

—Regresé a la tienda y compré todos los modelos que tenían. Y cada año, volvía y les desvalijaba.

Ya me conocían, en cuanto me veían entrar, sacaban un paquete de debajo del mostrador, pagaba y me marchaba. Los diseños eran más largos, más finos, incorporando unas medias, un sujetador. Pero nunca se me ocurrió hacer vestidos con ello. ¡Es una idea brillante! Y más aún, combinar la parte tosca del corsé con superposiciones de tejidos más ligeros, es algo totalmente excepcional.

Le da a Hortense un pequeño golpecito en la punta de la nariz con la funda de sus gafas.

—Nunca quise hablar con nadie de ese corsé. Lo quería para mí sola.

—¿Ha conservado la dirección de esa tienda?

—La marca se llamaba Sherezade. Y la boutique se encontraba en la calle Roi-de-Sicile. La familia propietaria provenía de Estrasburgo pero nunca supe su apellido. El hijo mayor se llamaba Michel-André. Era un joven apuesto con unos bigotes retorcidos como el manillar de una bicicleta. Era más joven que yo, de unos veinte años. Quería inventar unos pantis a los que no se les hicieran carreras. Decía que era el futuro, que había que poner algo de sensatez en el consumo, y no obligar a las mujeres a gastar. ¡Decía todo eso en los años cincuenta, sesenta, cuando aún se remallaban las medias! ¿Te das cuenta...? ¡Qué diría hoy en día!

Se calla pensativa, reflexiona, se rasca sobre la pequeña miga de biscote pegada a su mentón que se suelta y cae. Hortense se lo agradece. Es muy desagradable hablar con una persona que tiene un trozo de biscote en el mentón.

—Tú podrías encontrarle si es que no ha muerto. No sé qué habrá sido de él ni de su familia, hace tanto tiempo que dejé Francia..., pero te ayudaré, Hortense, te ayudaré porque tienes talento.

—¡Gracias! ¡Tenía tanto miedo de que no le gustaran! —exclama Hortense colocando un mechón de su cabello detrás de la oreja.

Elena la mira por encima de sus gafas y pregunta con voz seria:

—¿Que tú, Hortense, tenías miedo?

—Es algo reciente. Antes no me ocurría nunca.

—Eso va con el talento. Es una buena señal. Cruza los dedos y da gracias al cielo. Venga, da las gracias...

Hortense refunfuña, tira de su mechón, sus ojos bizquean cuando lo pasa por debajo de su nariz.

—¿A quién debo dar las gracias?

—A Dios, allí arriba en el cielo, es un bonito regalo el que te ha hecho.

—Yo no hablo con Dios.

—¿Tu madre no te ha hablado nunca de Dios y de sus favores?

—Mi madre habla con las estrellas. Mi padre hablaba con los cocodrilos. Yo no hablo con nadie, me parece más seguro.

—Da las gracias a quien te parezca, pero da las gracias mirando al cielo. ¿Y sabes por qué?

—...

—Porque decir «gracias» es pedir «más».

Hortense hace un mohín. Elena se enfada. Golpea con los dos puños el periódico desplegado y su boca perfilada de rojo dispara palabras al aire como balas de revólver.

—¡Qué mentalidad! ¡Qué arrogancia! ¡Da las gracias ahora mismo o el cielo dejará de concederte favores y, créeme, todavía vas a necesitarlos! No es un paseo de jovencita el que vas a emprender...

Hortense se corrige y murmura gracias contemplando el techo.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta.

Elena le tiende un periódico.

—Mira lo que estaba leyendo cuando has llegado. Es un artículo de *Le Monde*.

La fashion week neoyorquina ya no suscita ningún entusiasmo. A finales del año 2000, la moda americana había conseguido salir del mercado de la ropa deportiva y de las prendas destinadas a las charities, esas veladas de benefactoras que jalonan la vida social americana. Jóvenes estilistas habían logrado hacerse un nombre gracias a una nueva energía. Pero las últimas dos temporadas han decepcionado. Es culpa de la crisis, dirán algunos. Lo comercial ha sido privilegiado en detrimento de la creatividad. Pero no es solo eso. En la «ciudad que nunca duerme», la moda vive a un ritmo endiablado. Los diseñadores que han sido repentinamente encumbrados deben evitar el menor paso en falso y convertirse rápidamente en máquinas de hacer dinero. Más que nunca, los fashionistas se cansan rápidamente de aquellos que han adorado para volverse hacia otros. Sería demasiado cruel hacer la lista de genios caídos. Sin embargo al escenario neoyorquino le conviene lanzar jóvenes talentos, pues de otro modo se arriesga a perder su atractivo.

—¿Lo has entendido? Tienes que instalarte en París.

—¿Volver a vivir en París? —exclama Hortense arrojando el periódico sobre la cama.

—Escúchame: la moda es París. Lanzar una casa de costura es París. Nueva York es el negocio, Milán las compras, París la creación. ¿Dispones de algún lugar donde vivir allí?

—En casa de mi madre. No me hace demasiada ilusión pero...

—Perfecto. Irás a ver a Jean-Jacques Picart. Te daré su número, le llamarás, le habré advertido de tu visita y te recibirá.

—¿Quién es?

—El hombre que lanza a los nuevos creadores. Le enseñarás tus diseños, él te dirá si tu idea es buena y cómo hacerla realidad. Todas las mañanas a las nueve y media en punto recibe, en su despacho de la calle Saint-Honoré, a aquellos que tienen un proyecto en el mundo de la moda. Les escucha y, cuando se siente inspirado, les ayuda. Conoce a todos los artesanos de Francia y a los mejores. Y lo que es aún mejor: él sabrá hacer que se hable de ti.

—Pero ¿antes me dejará uno de sus corsés? Quiero tenerlo delante para poder estudiarlo con más detalle.

Elena exhala un largo suspiro doloroso como si le arrancaran una costilla.

—Por favor...

—En cuanto hayas encontrado a un artesano capaz de reproducir el material de mi corsé, le encargará el tejido necesario para tu primera colección. Elegirás los colores, los estampados, todo lo que necesites...

—¿Y cómo lo pagaré? —pregunta Hortense abriendo mucho los ojos.

—Yo seré tu socia. Y tu principal consejera. Yo adelantaré el dinero y compartiremos los beneficios.

Hortense la contempla con la boca abierta.

—¿Haría usted eso por mí? ¿De verdad?

Siente ganas de lanzarse al cuello de Elena, se precipita para abrazarla pero Elena extiende los brazos y la rechaza.

—Agradécemelo de lejos. Me horrorizan las efusiones. Podrías romperme el cuello. Ya no tengo edad.

—No se repetirá más. Ha sido algo excepcional.

—Vas a llegar muy lejos, Hortense. Tienes la experiencia, la resistencia, un blog por el que las chicas se vuelven locas, el sentido de lo que debe llevarse, de lo que funciona... Solo será necesario encontrar alguna artimaña para lanzarte y la encontraremos.

—¿Una artimaña?

—Hay que crear un acontecimiento. Inventar una historia en la que uno de tus vestidos tenga el papel de *vedette*. Eso no debería ser demasiado difícil. Jean-Jacques nos ayudará.

—¿Y qué más?

—Deberás tener contactos en la prensa. Hacerte amiga de las redactoras de moda. En París y en Nueva York. Es indispensable.

—Conozco a dos o tres. Intentaré cultivarlas.

—Si recibes invitaciones como esa de Prada a la que asistimos, pues estupendo, vas y hablas con todo el mundo, haces relaciones, debes ser a-ma-ble, tendrás que esforzarte...

—Puedo ser encantadora cuando quiero. Si eso me aporta alguna cosa.

—Acumularás números de teléfono y alimentarás tu blog. Cuando estés en París te las apañarás para asistir a los desfiles... Yo te ayudaré. Y finalmente, *last but not least*, ¿estás dispuesta a vivir sola?

—¿Por qué?

Elena suspira exasperada como si se estuviera dirigiendo a una debutante.

—Reflexiona. Esta aventura va a exigir todo tu tiempo. Te obligará a mudarte. Gary podría cansarse de tener que vivir con una corriente de aire.

—Está acostumbrado, nos hemos arreglado muy bien hasta ahora.

—Sí, pero esta vez no dispondrás de un minuto para ti... y vas a tener que vivir en París.

—¿Está diciendo que tendré que vivir sola toda la vida? —exclama Hortense.

—No pueden perseguirse dos metas a la vez. «Si pretendes estar en todas partes, no estarás en ninguna», ya lo decía Séneca. Y tenía razón.

—Séneca era un viejo chocho. Yo lo tendré todo. Mi casa de moda, la gloria, el dinero y a Gary.

—Y eso te deseo, Hortense, te lo deseo.

Elena suspira y arregla sus rizos enrosándolos alrededor de sus dedos.

—Una última cosa... ¿No te has preguntado por qué te ayudo?

—Es evidente.

Elena retrocede en sus almohadas, asombrada por la audacia de Hortense.

—¿Y por qué es?

—Porque le ha encantado mi idea. Porque soy la mejor. Porque está apostando al caballo bueno y sabe que va a ganar un montón de dinero, porque es la última vez en su vida que puede lanzar los dados, porque es vieja y morirá pronto, porque tiene ganas de volver a París, porque está harta de estar tumbada en su cama... ¿Quiere que continúe?

Elena sonrío moviendo suavemente la cabeza.

—Es cierto. Pero hay otra cosa. No me has pedido nunca nada. Conozco a todo el mundo, habría podido ayudarte. Ningún enchufe, ningún favor. ¿Por qué?

Hortense se muerde los labios, arruga la nariz y dice precavida:

—¿No se molestará?

—No. Ya te lo he dicho, me gusta la verdad.

—Un empujoncito está bien, pero...

Elena alarga el cuello, coloca una mano detrás de su oreja para escuchar mejor.

—Solía decirme: ¿por qué decir sí a algo mediocre cuando algún día podré decir sí a algo formidable? Verdaderamente formidable. Y fíjese, tenía razón...

Una chispa de admiración inflama los ojos de Elena. Está a punto de aplaudir, pero se contiene y refunfuña:

—¡Vamos, lárgate! Tengo que levantarme...

—No antes de que lo haga yo, aún no le he hecho una pregunta.

Hortense ha retomado sus diseños y los sostiene apretados contra su pecho.

—Te escucho.

Hortense vacila, lo echará todo a perder si le hace la pregunta, decide que no y se lanza:

—Dígame, Elena, ¿me está ayudando por deseo de revancha? ¿O por venganza?

Elena no responde. Hortense insiste:

—¿No me estará utilizando para arreglar alguna cuenta pendiente del pasado?

Elena alza los ojos al cielo. Juega con la funda de sus gafas. La abre, la cierra, la hace chasquear.

—¿Y eso cambiaría algo?

—Nada, pero me gustaría saberlo... A usted no le gusta que le mientan, y a mí no me gusta ser utilizada.

—Yo te ayudaré puesto que vas a necesitar de toda mi ayuda. No parece entender en qué aventura te estás metiendo... Vamos, vuelve a tu casa. ¡Te tengo demasiado vista!

—No me ha contestado.

—Porque no tengo por qué hacerlo. Ya he pasado la edad de justificarme.

Hortense se tensa. Busca las palabras para formular una nueva pregunta pero renuncia. No da la talla. Elena tiene razón. Todavía tiene muchas cosas que aprender.

—Entonces digamos que ya no le haré más la pregunta —farfulla doblando el borde de sus diseños—. Y digamos también que algún día obtendré la respuesta. Y que ese día...

—¿Ahora me amenazas? —la reprende Elena mirándola directamente a los ojos y alzando la voz—. Eso no me gusta en absoluto. Acabamos de firmar un pacto, un pacto muy ventajoso para ti. Deberías agradecermelo en lugar de obligarme a responder preguntas idiotas. Yo no soy como esas chicas a las que maltratas o esos pobres pardillos a los que arrastras por la punta de la nariz. ¿Entendido?

Las dos mujeres se miden, los ojos centelleando de rabia. Ninguna quiere ceder. Elena agarra sus gafas y, apuntando con ellas hacia Hortense, le ordena:

—¡Lárgate rápidamente de aquí antes de que cambie de opinión!

Hortense farfulla, se tambalea al descender de la cama y luego, furiosa por no encontrar la réplica, abandona la habitación.

Elena suelta un suspiro nervioso, abre el periódico y desaparece detrás de las páginas impresas.

Oye cómo se cierra la puerta del piso y levanta la cabeza. Llama a Henry, le pregunta si Hortense se ha marchado.

—¡Ha pasado delante de mí sin decirme adiós! Esa chica es bastante maleducada... Parecía furiosa.

—Ya se calmará en la escalera. Apuesto a que en cinco minutos estará bailando una giga de alegría.

Gracias, Henry.

Elena espera un momento para asegurarse de que Hortense no regresa. Consulta la hora. Se hunde cómodamente en las almohadas. Toma su teléfono. Marca un número. Tararea: «*Quand il me prend dans ses bras, qu'il me parle tout bas, je vois la vie en rose-eu!*». Una fina sonrisa asoma a sus labios, sus dedos tamborilean en la bandeja. «*Il me dit des mots d'amour, des mots de tous les jours et ça m'fait quelque chose-eu*». Se siente fortalecida, revigorizada. ¿Qué puede ser mejor a su edad que ese licor de juventud que se llama revancha y borra las afrentas del pasado? No hay nada más triste que suscitar compasión. La compasión debilita, ablanda, humilla. Mientras que... tener en la mano el instrumento de una hermosa venganza es un renacimiento.

—¡Hola, Marie! Elena Karkhova al aparato. Sí, estoy en Nueva York. ¿Qué tiempo hace en París? ¿Cómo te va? ¿Y los niños? ¿Y tu marido? ¿Y el gato? ¿Yo? ¡Estoy en plena forma! Con la llegada de la primavera me siento renacer. ¿Está Robert por ahí? No. Bueno, dile que me llame. Es urgente. ¡Ya me has oído, urgente! Y transmítele este mensaje: «No hay que dejar escapar al pájaro». Él lo entenderá.

Y cuelga.

Trata de retomar la lectura de su periódico, lo aparta y se pone a tararear moviendo los labios: «*C'est lui pour moi, moi pour lui dans la vie, il me l'a dit, m'l'a juré pour la viiie...*».

Mark ha vaciado un bote de gel de ducha en la bañera y reposa envuelto en una hopalanda de burbujas irisadas. Está escuchando *Rigoletto* y canta a voz en cuello: «*La donna è mobile...*».

—¡No te molestes! Siéntete como en casa —lanza Hortense desde el umbral del cuarto de baño.

—Me dijiste que esperara.

—En el salón, ¡no en la bañera!

—Me entraron ganas de darme un buen baño.

—Bien, veamos...

—No mires, Hortense, estoy totalmente desnudo. Es muy embarazoso...

—¡Me importa un bledo! Para mí no tienes sexo.

—¿Es a causa de mis gafas? ¿Encuentras los cristales demasiado gruesos?

—No. Pero algo falla en ti.

—Dime qué es, te lo suplico.

—Tendría que pensarlo y no tengo ni tiempo ni ganas. Adivina lo que me ha pasado...

Mark sacude la cabeza, incapaz de jugar a las adivinanzas.

—Voy a crear mi propia casa de modas y mi primera colección. Lo tengo todo: diseños y financiación. ¡Soy la chica más feliz del mundo! La más afortunada, la más talentosa, la más maravillosa, la más prometedora...

Hortense da vueltas por el cuarto de baño, se inclina delante de una bata, la enlaza, la mece en un vals, la deja, aplaude, envía besos a una multitud imaginaria y se inclina en una última reverencia.

—Estás delante de la nueva Coco Chanel. La chica de la que va a hablar todo el mundo. Aprovéchate, hazme preguntas porque mañana o pasado mañana te barreré de una mirada, pequeño crustáceo de cristales gruesos.

—Ah, ¿lo ves?, son mis gafas las que te molestan...

—¡Me dan igual tus gafas! ¡Pasa a otra cosa, olvídalas! Hazme preguntas sobre mi futura casa de modas, por ejemplo...

—¿Cómo se va a llamar?

—Hortense Cortès, evidentemente.

—¿A cuántas personas emplearás?

—Por el momento a mí, a mí y a mí. Veinticuatro horas de veinticuatro. Mi habitación será el taller donde todos vendrán a verme para entrevistarme, porque sin duda tendré un éxito inmediato.

—¡Te beso los pies, oh, divina creadora!

—Eso es, así tendrás que hablarme a partir de ahora.

Ella gira y gira, sus pies se deslizan sobre las baldosas, sus brazos enlazan un talle, se deja caer en una silla de mimbre recubierta por una toalla de baño blanca.

—Y bien, ¿cuál era tu exclusiva? —pregunta, jadeante—. ¿No me hablaste de una exclusiva hace un momento?

Mark se sube las gafas por el puente de la nariz con un dedo, se sienta muy erguido entre la espuma y abre bien los brazos para iniciar su alegato.

—¿Conoces *Para Elisa* de Beethoven?

—Sí —dice Hortense solfeando los primeros compases—. *Mi, re, mi, re, mi, si, re, do, la...*

—Pues bien, no debería llamarse así sino «Para Teresa», ya que Teresa era la mujer de la que Beethoven estaba enamorado, aquella con la que quería casarse y para la que había compuesto esa pieza. Era un obsequio para su amada pero ella le rechazó. Decepcionado, la escondió en el fondo de un cajón. Años después de su muerte, encontraron la partitura. El tiempo había borrado la tinta del título. Algún espabilado logró descifrar «Para ...sa». Su novia se llamaba Elisa, y bautizó la pieza como «Para Elisa». Asombroso, ¿no?

—¡Me importa un bledo! ¿Crees que tengo tiempo que perder? Tengo una empresa que crear.

—¿Crees que el «Para Elisa» habría tenido el mismo éxito si se hubiera llamado «Para Teresa»? Yo no lo creo. Uno pasa la noche en bares llenos de humo con Elisa, uno besa a Elisa, corteja a Elisa, tiembla por acariciar a Elisa. No a Teresa.

—Anda ya, por cierto, más vale que me digas lo que hace Gary todas las noches ya que no está contigo.

—¿Es que no te lo ha dicho?

—No, y yo no se lo he preguntado.

—¿Y qué me darás a cambio?

—¡Nada de nada! Me dirigiré directamente a él, por si no lo recuerdas vivimos juntos. ¿Y bien...?

—Oh, no es ningún secreto. Está ensayando una sonata de Beethoven para violín y piano con Myocastor.¹³

—¿Myo qué?

—Myocastor. De «Myocastor», un mamífero roedor. La chica más fea de la escuela. Pero, cuando toca, todos se echan a sus pies. Y Gary el primero. La ha elegido como pareja para el concierto de este mes.

—¡Myocastor, no parece un nombre!

—No. ¡Se llama Calipso! Calipso Muñoz.

—¿Están ensayando para la escuela?

—Sí, el concierto se celebrará el 30 de abril a las siete de la tarde en el gran anfiteatro. Irán agentes, representantes de las más grandes orquestas, pianistas ilustres, violinistas, violonchelistas, directores de orquesta y *tutti quanti*.

—¡Pero si es dentro de ocho días! ¿Puedo asistir?

—Sí, por supuesto. Yo también tocaré...

Hortense advierte que una de sus uñas tiene la punta rota, coge una lima, vuelve a redondearla y se levanta.

—¿No vas a preguntarme si estoy listo? ¿Si estoy nervioso? ¿Quién es mi pareja?

—Tú continúa en remojo. Pero gracias por la información.

—¡Hortense, vuelve! ¡Tengo miedo de estar solo entre la espuma!

Esa noche Hortense no habla de Calipso Muñoz a Gary.

Cenan en el Café Luxemburgo.

Ella le escruta. Le pasa la lupa de su detector de mentiras. Sabe reconocer cuándo miente. Salvo que Gary no miente nunca, dice que no tiene necesidad. Prefiere decir la verdad, eso forma parte de su hombría, asegura.

Hortense ha pedido una liebre encebollada a la real, Gary bocaditos de la reina. Los platos llevan el nombre francés escrito en cursiva. Gary hace notar lo raros que son los franceses: cortan la cabeza a su rey y a su reina para, a continuación, degustarlos voluptuosamente en platos selectos.

—¡No se rebajan a cocinar perritos calientes ni hamburguesas! Se rompen la cabeza e inventan alambicadas recetas. ¿Crees que sienten nostalgia o es que son sádicos?

—El francés está lleno de paradojas —sonríe Hortense—. ¡Es por eso por lo que resulta tan interesante! ¿Crees que me querrías tanto si hubiera nacido en Liechtenstein?

—¿Quién ha dicho que te quiero tanto? —replica sonriendo—. ¿Tu horóscopo?

—Mi intuición infalible y mi alma de fuego.

—«Es más difícil complacer a la gente de sangre fría que ser amado por aquellos con alma de fuego». ¿Quién dijo eso?

—No lo sé. Tú quizás...

Él degusta un bocado de su plato. Lo rumia. Reflexiona. Hace un gesto para que no le molesten. Y exclama:

—¡Barbey d'Aurevilly! Ahora me acuerdo. Pues bien, yo soy como él.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Hortense con el corazón encogido.

Él tiene a veces el don de desestabilizarla. Todo se detiene en ella, pierde el equilibrio, no sabe sobre qué pie bailar.

Gary advierte su incomodidad y se regocija.

—Me gusta cuando te inquietas. Eso te hace frágil, ondulante, increíblemente seductora. Después de todo, no eres tan fuerte como quieres hacer ver...

Ella se encoge de hombros. Vuelve a su principal preocupación: ¿tendrá él alguna relación culpable con una myocastora? Sumerge su mirada en la suya, pero no percibe ningún rastro de duplicidad ni de mentira. El hombre no está enamorado o, al menos, aún no lo sabe, y no será ella quien se lo diga. Y además, ¿caer enamorado de un roedor?

Gary jamás.

Gary ama la belleza. Dice que la belleza perfecta está siempre iluminada por un alma que, como un proyector, hace destacar la perfección, la armonía misteriosa. Y también que esta penetra en los sentidos, en la sangre, y uno se encuentra atrapado sin saber por qué. Hechizado.

Le sonrío, la besa.

Ella deduce que su relación no corre peligro alguno.

Él la presiona para que le cuente su entrevista con Elena. Ella se lo explica con todo detalle. Él aplaude juntando lentamente las manos para subrayar la majestuosidad del acontecimiento y ordena un suflé Princesa Henriette.

Ella le pregunta: ¿no te incomoda que tenga que exiliarme en París? Él responde que no, ya han

vivido separados y eso les ha funcionado bien. No están hechos para la vida en común.

Ella no está segura de alegrarse con esa reflexión.

Se dice que es mejor dejarlo estar. Él le pregunta si quiere un café mostrando una divertida sonrisa de felicidad, como si la tuviera a su merced. Ella se interroga: ¿qué es lo que le hace estar tan seguro de sí mismo? Está a punto de hacerle la pregunta, pero se contiene. A veces, él la intimida. Ejerce una especie de autoridad natural que la mantiene a distancia.

Permanece silenciosa y medita. ¿Lo querría tanto si supiera todo de él? ¿Lo querría tanto si no me sorprendiera todo el tiempo?

Decide que no y recupera la frase que él le ha lanzado como cebo.

«Es más difícil complacer a la gente de sangre fría que ser amado por aquellos con alma de fuego».

¿Quién lo había dicho? Ya lo ha olvidado.

Más tarde, en la enorme cama, antes de dejarse fundir contra él, ella murmura: hace dos días que no nos peleamos... Él replica en un susurro que casi tres, ¿o es que crees que no sé contar?

Y posa con firmeza sus manos sobre sus riñones.

Ella enlaza sus hombros, acerca su rostro. Hace deslizar su mejilla contra la suya, sus labios contra los suyos, le besa justo en el borde de la boca y pregunta:

—¿Qué va a ser de nosotros, Gary? ¿Tú lo sabes?

Al día siguiente hay un nuevo correo de Zoé.

Mamá no ha regresado, ayer tenía que dar una clase en Lyon. Me dijo que regresaría por la tarde. No me ha llamado, son las ocho de la tarde y no consigo localizarla. ¡No es normal! Dos días sin noticias tuyas. Eso no es propio de ella, siempre me dice dónde está. Estoy preocupada. ¿Qué debo hacer?

Hortense no sabe qué responder.

Decide hablar más tarde con Zoé por el Skype.

Entonces decidirá. Quiere disfrutar un poco más de esa increíble noticia: va a montar su propia casa de modas, «Hortense Cortès». Se va a convertir en Coco Chanel.

Le gustaría detener el tiempo, degustar la novedad como un bombón..., ¡imaginar, imaginar todo lo bueno que le va a pasar!

«Cierra los ojos y verás mejor», le decía Ulises Muñoz a Calipso.

Ella tenía ocho años, él le enseñaba a tocar el violín. Ella se despojaba de sus sandalias, plantaba sus pies firmemente en el suelo, cerraba los ojos, se encajaba el Guarneri, hacía deslizar el arco y la melodía se desarrollaba, las notas se desprendían, podía verlas elevarse fuera de su alcance.

—Tienes razón, *abuelo*. ¡Se ve mucho mejor!

—En lo que concierne al violín yo siempre tengo razón, *mi cielito*. Porque si no tu abuela sabría más

que yo. Es muy sabia.

—¡Y muy bella!

—Es más que bella, *amorcito*, tiene un don. Es mi faro, mi roca, mi hada. Ha comprendido todo del arte de ser mujer pues un hombre, ya ves, es poca cosa si una mujer no le pone en escena. Y ahora escúchame. Un día te marcharás, yo te daré mi violín y tú te irás a aprender a una gran universidad... Te convertirás en una solista emérita, serás ilustre, pero antes debo contarte mi secreto.

—¿Cuál? ¿Por qué este violín vuelve loca a la gente hasta el punto de querer asesinarte?

—Es cierto que cuesta caro, muy caro. Millones y millones de dólares. Pero sobre todo tiene una historia, una leyenda que les impresiona, que impone respeto. Hasta Óscar, el sinvergüenza de tu padre, se inclinaría ante él... ¡antes de robarlo!

—¿Cómo hiciste para comprarlo, *abuelo*? Tú no tenías dinero.

—Tienes razón, fue entonces cuando el destino intervino. Cuando el dedo de Dios se posó sobre mí. Pero antes, *mi cielito*, es preciso que te cuente otro secreto. Cierra de nuevo los ojos...

—¿Y si Óscar aparece para llevarme?

—No vendrá, te lo prometo. ¡Cierra los ojos!

Ella cerraba los ojos y apretaba con fuerza los párpados para no sentir la tentación de abrirlos rápidamente.

—Hay una cosa que me enseñaron un día. Y quiero ofrecértela. Se llama prestar atención.

—¡Eso no es un regalo, *abuelo*! —protestaba la niña abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡Cierra los ojos! Es mejor que un regalo, es un secreto de felicidad. Escúchame bien y graba estas palabras en tu memoria: al prestar atención, tomamos conciencia de nosotros mismos, de los otros, de la vida, nos volvemos grandes y fuertes como una torre inexpugnable. Repite conmigo.

Ella repetía. Y luego añadía:

—¿Y cómo se presta atención?

—Concentrándose sobre todo lo que hacemos. En el menor gesto. El más pequeño detalle. Y entonces todo se vuelve más nítido. Todo se convierte en riqueza. Uno se llena, progresa. Mientras que la gente que hace todo demasiado rápido, sin reflexionar, se olvida rápidamente de las cosas, y al día siguiente vuelve a repetir lo que ha hecho la víspera. Esa gente no aprenderá jamás porque lo que produce desaparece inmediatamente.

—¿Quién te enseñó eso, *abuelo*?

—Una mujer maravillosa. Se llamaba Nadia. Yo debía de tener catorce años, todavía vivía en Cuba. Debes saber que La Habana no era solamente una ciudad dedicada al infierno del juego, era también una ciudad apasionada por las artes y especialmente por la música. Los más grandes artistas tocaban en el Palacio de Bellas Artes o en el Teatro Auditorium, y yo, oculto entre bastidores, les escuchaba. ¡Era tan feliz, tan feliz! Un día, la música se detuvo y me encontré frente a frente con una enorme mujer morena, un poco huesuda, con gruesas gafas y un collar de perlas finas. Me preguntó cómo me llamaba y qué hacía entre bastidores. Tuve miedo de que me denunciara y me expulsaran, y no supe qué responder. Entonces ella me preguntó dulcemente: ¿amas la música? ¿Tanto la amas? Yo contesté que sí, iba descalzo, llevaba un pantalón que me llegaba a media pierna, tenía un aspecto miserable.

»—¿Hasta qué punto la amas? —me preguntó.

»—Me olvido de comer, me olvido de dormir. Lo olvido todo.

»—¿Te gustaría tocar un instrumento?

»—Sí..., el violín.

»—¿Y por qué?

»—Porque lo oigo más que a los otros.

»—¿Has tenido ya uno contra ti?

»—Tengo un tío que es prestamista, tiene una tienda no muy lejos de aquí y trabajo con él. Yo abro y cierro el local, hago la limpieza, los recados, cuido del mobiliario y de los objetos depositados. Una mañana, al amanecer, cuando me disponía a abrir la tienda, vi llegar a un violinista al que había escuchado la noche anterior en el teatro. Un húngaro de lustrosos bigotes blancos. Venía a empeñar su violín porque había perdido todo su dinero en una partida de cartas. Iba flanqueado por dos barbudos amenazantes que me preguntaron cuánto podrían sacar por ese violín. Era hermoso, vibrante, dorado, y cuando pellizqué las cuerdas y escuché el sonido... Fue música celestial. Corrí a buscar a mi tío que pagó de mala gana. Ni él ni los barbudos sabían nada de violines, pero aunque el violinista no dejaba de repetir que ese instrumento valía una fortuna, se vio obligado a dejarlo por casi nada. Calcularon el precio del violín en base al montante de sus deudas. Él lloraba, decía que estaba acabado, que solo le quedaba arrojarlo al mar. Los barbudos le pusieron un cuchillo en el cuello y se calló en el acto. Luego los tres se marcharon, los barbudos contando los billetes y el músico caminando todo encorvado. Al día siguiente por la mañana encontraron su cuerpo en el puerto. Fui yo quien lo identificó gracias a sus largos bigotes blancos. Me quedé con el violín a cambio de hacer horas suplementarias sin cobrar. Mi tío se mostró satisfecho.

»—¿Y sabes tocar? —me preguntó la dama que se llamaba Nadia.

»—He aprendido solo. A veces el sonido es horrible, me destroza los oídos, pero otras es tan hermoso que me doy la vuelta para comprobar si hay alguien tocando detrás de mí.

»—Tocar bien no es igual a interpretar bien. Lo sabes, ¿no?

»Ella me contemplaba con extrema atención. Tenía los cabellos recogidos en un moño, una pequeña sonrisa cercana al éxtasis y una bondad que desbordaba de sus ojos como la crema de vainilla. Esa mujer, *amorcito*, no era en absoluto bella y, sin embargo, era magnífica. Ardía con un fuego interior, una inteligencia, una grandeza de alma que la iluminaban. Quiso ver mi violín. Yo la llevé a casa. Saqué el violín de su funda. Lo había envuelto en un trapo gris. Se lo tendí. Tuvo que sentarse de lo emocionada que se quedó: era un Guarneri. Fue ella quien me habló de su valor y me indicó su precio. ¡Yo estuve a punto de desmayarme al oír tantos ceros!

—¿No lo sabías?

—No. Pero eso no es todo... Ella acompañaba a un gran pianista en La Habana y se quedó un mes en Cuba. Nos vimos cada día. Me enseñó a manejar mi violín. Los rudimentos básicos. Quería saber si tenía dentro de mí un verdadero amor por la música. Si era capaz de darlo todo. Decía que había dos clases de personas, aquellas que eran capaces de darlo todo y las otras. Las otras, añadía: «están dormidas y no debemos despertarlas. No hay ningún interés en hacerlo, son amables y buenas, pero son lo que son. Pero tú, tú eres diferente. Tú, tú debes aprender a prestar atención para hacerte muy grande. Todo hombre que actúa sin poner atención echa a perder su vida».

—Tenía razón, *abuelo*. Si tocas sin poner atención, nunca conseguirás que la música resuene.

—Ella decía también: «Me atrevo incluso a afirmar que la vida de un hombre puede quedar anulada por falta de atención, ya esté limpiando los cristales de una ventana o tratando de escribir una obra maestra».

—¡Cuánto me habría gustado conocerla!

—Cierra los ojos y te contaré más cosas.

Calipso obedecía sonriendo. Ulises Muñoz le enseñaba cosas muy hermosas.

—Al principio yo no entendía nada pero entonces, una mañana, sentí que algo se encendía en mi interior. Ese día, ella me cogió de la mano y me inscribió en la academia de música. Pagó la matrícula para tres años de estudios. Entregó el dinero delante de mí. Lo sacó de una bolsa de malla dorada. Sentí tal felicidad que aún me acuerdo. Le dije: soy feliz, puedo sentir la alegría en mi pecho. Me respondió: esa alegría es la que te va a dar la fuerza de los héroes, de los genios, de los santos, de la gente que llega al final de su destino. Y me tendió la mano... ¿Sabes, *cielito*?, hay gente que cuando te da la mano tienes la impresión de tocar un pez muerto, pero con ella se produjo un intercambio extraordinario. Cerramos un pacto, intercambiamos una promesa.

Él pasaba y repasaba un trozo de resina sobre el arco. Calipso observaba la cal sobre el pulgar derecho, el pliegue rojizo del cuello a causa del roce del violín.

—Ahora escucha, *mi cielito*. Debes hacer todo con cuidado. Todo, ¿comprendido? Cuando digas buenos días, dílo consciente de lo que significa y con una sonrisa. Buenos días. Buena jornada. Si no no digas nada.

—¿Y tú has hecho todo bien toda tu vida? —preguntaba Calipso ingenuamente.

Los ojos de su abuelo se humedecían, sacudía la cabeza, se tomaba un tiempo de respiro y decía que no.

Al finalizar sus estudios, se había incorporado a una formación de música de cámara y había tocado para los miembros de la alta sociedad de La Habana. Era un violín más entre todos los músicos de la orquesta. Eso apenas les daba para vivir, a Rosita y a él. Tenían veintiún años. Ya eran padres de Pepito y Lineta. Un amigo músico le propuso integrarse en una de esas nuevas formaciones que se escuchaban en la radio, de las que tocaban el chachachá, el mambo y la guaracha. Él se negó, estaba fuera de lugar rebajarse a hacer ese «ruido». Y entonces, un día de junio, Filiberto Depestre, primer violín de la orquesta Aragón, cayó enfermo y fueron a buscar a Ulises para reemplazarlo. En una sola noche se convirtió en el rey del chachachá y el mambo.

A partir de ahí, prohibió que pronunciaran en su presencia el nombre de Nadia. Sentía tanta vergüenza que bebía hasta que sus tripas se revolvían y le hacían vomitar. Pasaba sus noches en el Montmartre, en el Habana Hilton, en La Tropical y pagaba las facturas.

Rosita hacía bebés y él pagaba las facturas.

Si los niños estaban malos, él pagaba las facturas.

Si su padre se abría la cabeza al caerse de un andamio, él pagaba las facturas.

Si su madre lloraba de miseria con su mandil negro, él pagaba las facturas.

La familia había crecido, la revolución había triunfado. Él no creía en Fidel Castro. Abandonó la isla en 1965 aprovechando una *tournee* por tierras americanas con la formación de Orestes Aragón. Tenía

veintiséis años. Pidió asilo político y se lo concedieron. Fue así como se pudo llevar su Guarneri sin dañarlo.

Pero no era gracias a su violín como se ganaba la vida. Un cubano, Felipe Razón, amigo de su padre, le contrató en su empresa de albañilería. Como era más inteligente que los otros empleados, se convirtió en contable. Los días pasaron. Se instaló en una pequeña casa en el barrio cubano de Miami, en Hialeah. Construyó tres habitaciones ampliando los muros de la casa en detrimento del patio. Solo tenía una idea: hacer venir a Rosita y a los niños. Él más pequeño, Óscar, tenía cinco años cuando lo abrazó antes de partir. El niño le había pedido: ¿me traerás un coche teledirigido? Y él se lo había prometido.

Se desvivía para enviar cada semana el dinero destinado a corromper a los funcionarios de las aduanas, pero el gobierno de Castro no dejaba salir a los cubanos de la isla. Tuvo que esperar hasta 1980 para verlos desembarcar en el muelle de Cayo Hueso. Los chicos aferrados al chal negro de su madre, Rosita. En un primer momento no los reconoció. Se contemplaron largamente antes de abrazarse.

Rosita había murmurado:

—Y el violín, ¿todavía lo tienes?

Él había asentido con la cabeza.

—¿Y aún lo tocas?

Él no había respondido.

Por supuesto que lo tocaba. Pero en bares, en locales nocturnos. Por la noche. Había traicionado su sueño.

Cuando se enteró del fallecimiento de Nadia Boulanger, el 22 de octubre de 1979 en París, no pronunció una palabra en todo el día. Algunos años más tarde, cuando la madre de Calipso dejó el hospital abandonando a su bebé, Ulises la recogió. Sus hijos ya eran mayores, se habían marchado de casa. Él decidió criarla, lejos de Óscar. Un hombre peligroso, inestable, incapaz.

Pero Óscar regresó a vivir a casa de sus padres en Hialeah.

—Yo soy su padre —declaró—. Calipso es mía.

—¡No te acerques a ella!

Y los dos hombres se enfrentaron blandiendo los puños.

Ulises enseñó a Calipso el nombre de los árboles, el color de una flor, el gusto de la papaya, el vibrato de un *do*. Le enseñó también a reconocer los perfumes. El de la naranja y el de la mandarina, el de la flor de la violeta y el de la vainilla, el de la rosa de damasco y la flor de cananga, el de la madera de cedro y el del pachulí. Todos esos olores componían un perfume. Un perfume que guardaba en un viejo frasco procedente de París. «Ivoire» de Balmain. El perfume de las mujeres que aman y se elevan hacia el cielo.

Y Calipso le creía.

—¿Y las mujeres que llevan ese perfume desaparecen para siempre en el cielo?

—Sí, pero antes dejan su impronta y así no las olvidas jamás.

Le enseñó a espiar el cielo cobalto, a verlo transformarse en un segundo en tormenta tropical, a acechar el huracán desde lejos, a escuchar su silbido ronco, poderoso, a secarse de su rostro las primeras ráfagas de lluvia y a correr para guarecerse.

Juntos, contemplaban arquearse las palmeras y saltar las olas. Degustaban los *pastelitos*, cantaban «*buenos días, mi amor...*» a la cajera que les devolvía las monedas, probaban el cerdo asado en la Caja China. Le enseñó un montón de cosas, pequeñas y grandes, pero jamás, jamás insignificantes, pues nada a los ojos de Ulises Muñoz resultaba insignificante. Todo tenía su gusto, su olor, su color. Le ordenaba que cerrara los ojos y ella reía, reía. Pero ¿qué es lo que quieres, *abuelo*?, ¿abro o cierro los ojos?

La única cosa que no evocaba jamás era el día de su nacimiento. Calipso sentía como si el peso de una lápida sepulcral se cerniera sobre ese día.

No se atrevía a hablar de ello con Ulises.

¿Quién era su madre? ¿Por qué se había marchado sin su bebé? ¿Por qué había prendido ese extraño nombre sobre sus ropas antes de abandonar la maternidad?

¿Por qué Óscar, su padre, la golpeaba cuando la contemplaba largo rato? ¿Por qué le había partido la mandíbula?

¿Por qué disparaba contra las botellas vacías mientras gritaba *¡puta americana!*, o dirigía las balas por encima de su cama mientras farfullaba *hija de puta*?

Y aquella vez que ella sorprendió a su padre y a su abuelo a punto de enfrentarse en el garaje, ¿por qué no había reconocido el rostro de Ulises? ¿Por qué, de pronto, le había recordado a esos hombres que vagabundeaban con Óscar y la hacían salir corriendo a base de bofetadas si ella se acercaba demasiado?

Calipso no cesaba nunca de hacerse preguntas.

Sola en su dormitorio, repite los gestos del concierto, revisa la partitura, redondea los brazos, se quita los zapatos, apoya sus pies en el suelo de tarima, hace deslizar el arco, se pone en posición, vive cada postura. Llena cada minuto con notas. Recuerda, con ojos cerrados, las lecciones de su abuelo. Se acuerda de la clase de Pinkerton sobre Nadia Boulanger. Se había matriculado antes que nadie. Su nombre aparecía en lo alto de la lista. Le habría encantado añadir también el de Ulises Muñoz.

Quiere que esa velada sea una apoteosis. Será la última noche de su mes de amor.

—¿Sabes una cosa, *Viola odorata*?, voy a darte todo. Voy a terminar en el cenit porque luego ya no le veré más o simplemente nos cruzaremos por los pasillos de la escuela. Nos haremos un pequeño gesto con la cabeza y él continuará su camino. No estaré triste porque me quedarán los recuerdos. Quiero que al final del concierto la gente permanezca clavada en sus asientos, anegada en lágrimas. ¡Oh! ¡Quiero tantas cosas! Y con él a veces creo que son posibles...

Contempla la pequeña violeta en sombra en la ventana orientada al norte. Le pregunta: ¿es posible hacer grandes cosas sola, sin un amor a nuestro lado? Antes habría dicho que sí, ahora ya no lo sé.

Siente un dolor en el pecho ante la idea de no volver a verle cada día. Se pregunta también si los recuerdos serán suficientes. Cierra los ojos, invoca la música de Beethoven y empieza a sonreír.

Solo hace falta que la música no se detenga jamás.

Una tarde, marca un número de teléfono de Miami. El de Rosita y Ulises Muñoz.

Es su abuela la que contesta.

—*Abuela*, soy Calipso.

—¿Cómo estás, *mi corazoncito*?

—Muy bien, *abuela*. ¿Y tú?

—Bien, bien. Todo va bien por aquí.

—¿No tenéis mucho calor?

—Sí. El calor empieza a ser sofocante, incluso pegajoso. Trato de no moverme mucho, pero me veo obligada a poner el aire acondicionado todo el tiempo.

—¿Y cómo está él?

—No ha querido tocar sus *empanadas* a mediodía y se ha negado a que le llevara al café para ver a Jorge y Andreas jugar al dominó.

—Pásamelo...

Se oye un chasquido al otro lado de la línea. Calipso reconoce ese ruido: significa que el altavoz está conectado.

—Ya puedes hablar, *amorcito*. Está aquí, a mi lado.

—¿Y me escucha?

—Sí. Te escucha...

Escucha, pero ya prácticamente no habla. Apenas unos leves grititos roncoss, desesperados, burdas onomatopeyas. Gemidos de niño. Le encontraron una madrugada tras las vallas del aeropuerto, tendido en el suelo, su camiseta levantada en el vientre, con marcas de golpes por todo el cuerpo, el pelo lleno de sangre, los ojos entumecidos. Los policías inspeccionaron el lugar de la agresión y concluyeron que Ulises había sido transportado allí en una camioneta, arrojado al suelo, molido a palos, y que cuando le soltaron se había caído de espaldas y se había abierto el cráneo contra un muro de hormigón. Sus agresores, llevados por el pánico, habían preferido darse a la fuga. No habían dejado ningún indicio en el lugar. Bien es verdad que no era fácil identificar las huellas en ese terreno yermo donde los vehículos utilitarios del aeropuerto suelen dar media vuelta y los empleados aprovechan para aliviarse. Y luego añadieron, con tono filosófico: «Es una agresión típicamente cubana, un ajuste de cuentas entre bandas. Una advertencia dada al agredido». Y cerraron el caso. El hombre no había muerto, se restablecería, tenían otros asuntos mucho más importantes que solucionar.

Calipso respira hondo, parpadea con fuerza para retener las lágrimas y dice muy suavemente, como si no pudiera hablar demasiado alto, como si estuviera en la habitación de un enfermo:

—*Abuelo...*, ¿te acuerdas? Dentro de ocho días, voy a tocar la sonata *Primavera* de Beethoven. Llevamos ensayando tres semanas y creo que va bien, que la tengo entre mis manos, que casi puedo palparla. Se ha convertido en arcilla lista para moldear.

Escucha un gruñido al otro lado de la línea. Comprende que él quiere que sea más precisa sobre algo.

—Ya sabes, la sonata que comienza con el canto del violín y luego el piano corre detrás y... no dejan de enlazarse, de separarse. Parecen dos enamorados que se hablan, disputan, se reencuentran, se dicen palabras cariñosas. ¿Te acuerdas?

Ella tararea la parte del violín, y luego del piano, acelera, hace retumbar el sonido del piano, evoca el trino de un pájaro imitando el violín y escucha un grito ronco al otro lado del teléfono. Respira hondo de nuevo y reprime sus lágrimas. No debe saber que está llorando.

—Voy a tocar delante de toda la escuela con un chico al que quiero mucho. Se llama Gary Ward. Es medio inglés, medio escocés, y es bello, *abuelo*. Es bello por dentro y bello por fuera.

Se obliga a reír y dice, tratando de sonar malvada y frívola: ¡y sí, eso existe! Tiene la impresión de ser una de esas chicas que disertan sobre los chicos mientras beben una coca-cola *light* con sus amigas.

—Y creo que le quiero. Sí. Le quiero. Lo he pensado mucho.

—¿Le quieres, preciosa? —interviene su abuela entrechocando las palmas de sus manos.

—No solo lo creo, estoy segura.

—¿Y él?

—Él me deja todo el espacio cuando tocamos. Extiende su brazo en la calle para parar un camión, me lleva el violín, me ofrece un café o un plato de espaguetis, me llama a un taxi, me dice: no te has despertado como debías esta mañana, no has tomado tu café. ¿Y cómo puedes saberlo?, le pregunto. Porque tendrías un bigote de crema por encima del labio. ¡Él presta atención a los detalles, *abuelo*!

Ulises suelta un gruñido de placer.

—Él me escucha, me habla, se confía y eso, en mi opinión, quiere decir que soy importante para él.

Ella pone a la *Viola odorata* como testigo y le sonrío, es increíble cómo hablar en voz alta de sus emociones vuelve todo tan nítido.

—Él aún no lo sabe, eso es todo. Habrá que esperar un poco, ¿no?

Eso es lo que su abuelo le dijo un día. A veces nos damos cuenta de que amamos a alguien cuando esa persona nos ha dado la espalda. Y entonces es demasiado tarde. Ese día, ella se había sentido triste. Se había preguntado si eso le había sucedido a su abuelo. Pero era una idea absurda: Ulises amaba a Rosita.

—Voy a tocar para ti esa noche, *abuelo*. Voy a elevar una oración con mi violín. Para que recuperes la palabra, para que recuperes tus piernas, el gusto por los colores, los olores, las *empanadas*, el café negro azucarado. Tú me acompañas todo el tiempo, vives en mi cabeza, te hablo cuando ensayo, cuando atravieso el Parque, cuando no he comido suficiente y tengo hambre. Tú estás siempre conmigo.

Se detiene porque su voz está temblando.

—Y por favor, no me envíes más dinero. ¿Lo has entendido? Tú lo necesitas más que yo, y me estoy apañando muy bien.

Lágrimas silenciosas resbalan por sus mejillas, las deja rodar. Él no puede verla. Está en Miami.

—Te quiero, *abuelo*.

Rosita ha debido de acercar el auricular al rostro de Ulises porque puede escuchar un suspiro entrecortado, como si su abuelo quisiera escupir las palabras atascadas en el fondo de su garganta. Como una especie de estertor que arañara el silencio.

—Ya lo sé, *abuelo*, ya lo sé... Voy a ser la mejor, te lo prometo, voy a darlo todo. A darlo todo.

El estertor se hace más fuerte. Penetra en sus oídos, desciende hasta su corazón, lo desgarró.

—Pensarás en mí el 30 de abril, estaré en el gran anfiteatro de la Juilliard... Allí habrá profesores, profesionales, agentes, incluso estará la televisión. ¡La CBS! Van a transmitirlo para *60 minutes*. ¿Te das cuenta?: ¡voy a salir en *60 minutes*, yo, Calipso! ¡Me verás y estarás orgulloso!

El estertor se vuelve un gruñido bronco que sacude su cuerpo, lo hace toser, lo parte en dos. Él se enfurece por no poderse expresar.

—¿Que cómo voy a vestirme? Te vas a reír, ¡ni siquiera lo he pensado! ¿Un vestido? Sí, llevaré un vestido. Prometido. Me arreglaré el pelo y me pondré los dos pequeños brillantes que me regalaste por mis catorce años. ¿Te acuerdas? Tal vez me salga un contrato para tocar en Miami, irás a verme, ¿verdad? ¡Prométemelo!

Ella continúa hablándole de los pendientes, de *60 minutes*, de la sonata de Richard Strauss que Gary le ha pedido que toque con él.

—Ya sabes, nuestra sonata, la que ensayábamos en el garaje antes de que me marchara... La vamos a tocar, Gary Ward y yo.

El estertor al otro lado de la línea se vuelve más agudo, como un grito surgido de una boca de gorgona que quiere proclamar su alegría. Calipso tapa el auricular con la mano para no escucharlo.

—Te quiero, *abuelo*, te quiero —murmura en voz baja—. Cuídate mucho.

Ulises ruge.

Sacude la cabeza con todas sus fuerzas. Un hilillo de saliva resbala por su mentón. Sus ojos arden con lágrimas furiosas. Echa su rostro hacia delante y señala el armario.

Rosita ha aprendido a traducir los golpes de mentón de su marido. Dirige su mirada hacia la parte alta del mueble.

—¿Allí arriba? —le pregunta—. ¿Quieres que busque algo ahí arriba?

Él asiente. Ella va a buscar una escalera de mano. Él muestra una sonrisa torcida.

Ella asciende un peldaño, le mira. Él sacude la cabeza. Ella levanta la rodilla y sube otro peldaño, y luego otro y otro más.

—Vas a acabar matándome —masculla ella.

Él, crispado, sacude la cabeza. Como si quisiera decirle: ¡date prisa! ¡Deja de hacerte la remilgada!

—Ya sé lo que estás pensando, lo olvidas a menudo. ¡Ahora puedo leer en cada una de tus pestañas!

Él ruge de nuevo, un hombre sin brazos ni piernas, condenado al silencio, reducido al estado de bestia.

—¡Cuánto te he querido y cuánto he sabido perdonarte! —suspira ella mientras posa una mano sobre una maleta.

Una nube de polvo acre la hace toser, le irrita los ojos. Ella escupe el polvo y maldice.

—¡No! ¡Es la maleta de la americana! No pienso tocarla. Quieres marcharte, ¿no es eso? ¿Quieres marcharte?

Él saca el mentón hacia delante para ordenarle que abra la maleta de nailon rojo.

Rosita se rebela, se vuelve hacia él y ahora es ella la que se pone a gritar:

—¡No! No me pidas eso, ¡no lo haré!

Ella aúlla, él gruñe, ella llora, él truena. Ella se niega a bajar la maleta.

Sus ojos le fulminan desde lo alto de la escalera, las miradas se enfrentan. Lo harás, ordena él, porque yo lo quiero. Jamás, protesta ella, ya he padecido demasiado por ti. Me he quedado a tu lado, te he elegido, ¿qué es lo que me reprochas? Sí, pero ¿a qué precio? ¿Y por qué debo pagar sin cesar? Lo quiero, lo quiero, patatea él sin moverse. ¿Es que esta historia no va a acabar nunca?, se lamenta todavía ella en un último esfuerzo por rebelarse.

Es un espectáculo extraño seguir el enfrentamiento de esos dos viejos, el uno en su silla de ruedas, el cuello extendido, rojo, las manos deformadas, las piernas retorcidas, que se contorsiona para hablar, gruñe para hacerse comprender, y la otra, pesada, grande, en el último peldaño de una escalera, que agita una maleta de nailon rojo y se niega a bajarla.

Saben bien quién perderá el combate, pero no quieren rendirse antes de tiempo porque el gusto por el combate es la última cosa viva y cálida que queda entre ellos.

- [1.](#) Las pulverizaré.
- [2.](#) ¡Te detesto!
- [3.](#) Cita de Helena Rubinstein.
- [4.](#) Manténgase alejado de las puertas, por favor.
- [5.](#) ¡Qué locura!
- [6.](#) Galleta de la suerte que se sirve de postre en los restaurantes chinos y que contiene un dicho o una predicción escritos en una tira de papel.
- [7.](#) Es un chiste con la similitud entre Beffroy y Beffroi que significa campanario. (*N. de la T.*)
- [8.](#) «Amarse uno mismo es el inicio de una historia de amor que dura toda la vida».
- [9.](#) En español en el original, tanto en este caso como en lo referente a los sucesivos términos que aparecen en cursiva relacionados con los personajes cubanos. (*N. de la T.*)
- [10.](#) Ver *Los ojos amarillos de los cocodrilos*, La Esfera de los Libros, 2010.
- [11.](#) ¡Sandeces!
- [12.](#) ¡Fácil! ¡Pan comido!
- [13.](#) *Myocastor coypus* es una especie de nutria que habita en los humedales de América del Sur. (*N. de la T.*)

¡Le ha visto! ¡Le ha visto!

Estaba aparcada delante de la universidad. Entretenida dentro del coche con un estudiante que había corrido tras ella, por la calle Pasteur, mientras aminoraba la marcha para entrar en el aparcamiento. El chico había golpeado en su ventanilla. Ella se había detenido, le había abierto. No es ni el lugar ni el momento, le había dicho, tengo que dar una clase, pero él le había suplicado. Sube, había terminado por decir recogiendo los libros y las carpetas del asiento de al lado y pasándolos a la parte de atrás, sobre la manta de *Du Guesclin* que había soltado un gruñido. ¡Lo siento, amigo! Tenemos compañía.

Caía una lluvia fina y penetrante, con fuertes ráfagas de viento que daban la vuelta a los paraguas y hacían volar los papeles. El estudiante se pasaba la mano por el pelo, soplaba entre sus dedos, su nariz goteaba.

Se llamaba Jérémie, y quería hablarle de su tesis. Había reculado levemente al ver a *Du Guesclin*. Se había sentado en el asiento del pasajero, pegado contra la puerta para mantener a *Du Guesclin* a distancia. Tenía veinticinco años, hombros cargados, mejillas picadas con pequeños granos rojos y sienes con entradas. Será un calvo precoz, no pudo evitar pensar Joséphine. Entonces se acordó de Antoine, permanentemente angustiado ante la idea de perder el cabello. Afirmaba que había tres edades fatídicas para quedarse calvo: veinte, cuarenta y sesenta años. Después, ya no importaba. Confesaba que la calvicie era el problema número uno de los hombres. ¡Muy por delante del amor!

—¿Qué sucede, Jérémie?

—¡No lo consigo, señora, no lo consigo!

Estaba escribiendo su tesis del tercer ciclo sobre el placer en la Edad Media, la buena mesa, los banquetes, los bailes, las canciones, el goce sexual y el control ejercido por la Iglesia, siempre dispuesta a reprimir las prácticas declaradas lúbricas y, por tanto, satánicas. Había comenzado con mucho ímpetu, con un estilo insolente y descarado, utilizando anécdotas picantes para divertir al lector, había evocado largamente el temor sexual que inspiraba la mujer y su aparato genital: «Es frío, húmedo y la matriz muestra un disfrute parecido al de las serpientes que, en busca de calor, penetran en el interior de la boca de los durmientes. El poder sexual de la mujer es inquietante. El exceso de humedad en el cuerpo de la mujer le da una capacidad ilimitada para el acto sexual. Como si no pudiera ser saciada, siempre con ganas de comenzar de nuevo. De hecho se dice que la mujer es la única hembra entre los seres animados que desea tener relaciones sexuales después de la fecundación». Era evidente lo mucho que él se deleitaba con el tema. Pero casi enseguida empezó a perder su arrogancia ante las dificultades que fue encontrando por el camino.

Joséphine había leído sus cuartillas. Demasiadas anécdotas, poco planteamiento, falta de dirección evidente.

—Está desordenada. Se pierde el hilo porque no tiene un punto de vista claro. Es evidente que no

sabe cómo plantear el tema más allá de las anécdotas.

—Es por esa razón por la que quería hablar con usted.

—Ha elegido un mal momento, ¡tengo una clase dentro de cinco minutos!

—Por favor, señora Cortès...

Le había dirigido una larga mirada de perro abandonado en una autopista. Tenía ronchas rojas en el cuello y se rascaba maquinalmente entornando los ojos como si le diera placer.

—¿Quiere que nos veamos después de clase?

—Ahí no se puede hablar, hay demasiada gente.

—Entonces, vamos a fijar una cita para la próxima vez...

Había buscado su agenda en el bolso, la había cogido y, en el momento en que levantaba la cabeza y se volvía hacia el joven, había distinguido una Renault Kangoo roja que entraba en el aparcamiento. Una furgoneta con una pegatina en el costado izquierdo. ¿Por qué ese vehículo había atraído su atención? ¿Tal vez había pensado en lo que suele decirse de los vehículos rojos respecto a que tienen más accidentes que los otros? ¿Tal vez se había sentido atraída por la pegatina: una cabeza de perro de caza? ¿Y dónde estaba su móvil puesto que no estaba en su bolso? ¡Lo había perdido tres veces en los últimos quince días! Luego volvía a encontrarlo siempre, casi a su pesar. Como si no quisiera estar localizable. Como si deseara que la dejaran en paz.

Una necesidad de vagabundear. Lejos de París, de Zoé. Lejos de Londres, de Philippe, de Shirley. Con la única compañía de su viejo amigo *Du Guesclin*.

Sin embargo, por muy ocupada que estuviera hablando con el estudiante, no había dejado de fijarse en el hombre que descendía del vehículo, cerraba la puerta y se dirigía hacia ella con paso resuelto. Apenas escuchaba las palabras de Jérémie, buscaba en su agenda un día para verle, se decía que esa desvencijada Kangoo no significaba nada y, sí, podemos vernos el martes que viene, nos encontraremos en la cafetería, habré revisado su texto y podré hablar de él con más profundidad. Jérémie asentía, gracias, eso me ayudaría mucho, estoy a punto de perder la confianza en mí, he empezado demasiado rápido, creo. Demasiado rápido y de forma demasiado temeraria, había añadido ella con una sonrisa.

El hombre se había acercado, ella le había visto caminar contra el viento, inclinado hacia delante, la nariz hundida en el cuello de su abrigo, casi al ralentí. La mano sujetando su sombrero bien calado. Ella no podía ver ni sus ojos, ni su boca, ni su rostro pero sabía que era él.

Quiso gritar, levantar los brazos para protegerse. Él iba a romper la ventanilla del coche, eso seguro. Ella no conseguía recuperar el aliento.

—¿Se encuentra bien, señora? Está temblando...

—Sí, sí, todo bien...

Él había pasado de largo. Había rozado su puerta sin mirar siquiera a los dos pasajeros. Ella apenas había podido vislumbrar una manga de tejido tosco, una gruesa tela encerada, y luego su espalda, sus hombros, sus manos enfundadas en unos gruesos guantes. Era alto, ágil. Tenía en su forma de caminar una flexibilidad casi felina, la seguridad de un tipo que no tiene miedo y que no se detendrá ante una orden o una amenaza. No había podido ver su rostro y no podía adivinar su edad.

Entonces había mirado la hora, había gritado: ¡Dios mío, llego tarde a clase! ¡Tengo que hacer una

llamada, avisar que voy enseguida!

Jérémie había abandonado el coche pidiendo disculpas y dando las gracias, gracias, señora, gracias, señora, me ha tranquilizado, ¿sabe? Ella había recuperado el aliento, había esperado a que los latidos de su corazón se hubieran calmado y había atravesado el aparcamiento en medio de los torbellinos del viento de abril.

Lo primero que hizo fue anotar el número de la matrícula. Estaba salpicada de barro, el propietario se arriesgaba a llevarse una multa por disimular su identidad. Era una vieja placa que terminaba en las cifras 89. Departamento de Yonne. Prefectura: Auxerre. Subprefectura: Sens. San Luis había desposado a Margarita de Provenza en Sens el año 1234 y el Papa Alejandro III se había refugiado allí entre 1162 y 1165.

No pudo evitar constatar que el perro de la pegatina tenía una buena cabeza y largas orejas marrones que colgaban como dos manoplas de baño. Casi podía pensarse que sonreía.

Le preguntaría a Garibaldi a quién pertenecía ese vehículo. No se veían nunca, pero sabía que podía contar con él. Tras la muerte de Iris y de Lefloc-Pignel¹⁴ les unía un hilo invisible. El inspector y ella habían colaborado mano a mano durante la investigación. Primero desconfiados, luego confiados y finalmente casi amigos. A veces ella veía su nombre en los periódicos en la crónica de sucesos y le enviaba un mensaje de texto corto: «Bravo, es usted el mejor». Él respondía siempre: «Gracias, ¿qué tal está?». Era un hombre solitario, taciturno. Bastaba con que le llamara y dijera: «Hola, soy yo» para que la voz del inspector cambiara y respondiera con una infinita dulzura: «Señora Cortès, he pensado en usted esta mañana...». Seguramente no era verdad, pero le encantaba la idea de que pensara en ella con benevolencia mientras se afeitaba delante del espejo.

Se dio la vuelta, comprobó que el hombre no regresaba, se acercó a la Kangoo y la rodeó. Los bajos del coche estaban impregnados de tierra, las llantas abolladas, los cristales sucios. Su propietario no debía de pasarle la manguera y el cepillo los domingos por la mañana mientras escuchaba la RTL.

Fingió tener una piedra en el zapato, lo levantó, se apoyó en la puerta y echó un vistazo al interior. Distinguió una pila de objetos, de herramientas, papeles, grandes sacos de maíz, de trigo, de semillas de girasol, una pala del ejército, botas de goma, una linterna en el asiento delantero, una navaja suiza, ovillos de bramante, bolsas de plástico, podaderas, una gorra Ferguson, una cuerda, trapos hechos con calzoncillos viejos, cables de batería multicolores, paja, paquetes de grano para pájaros, una manta, una maza y, en las bandejas del coche, tuercas, tornillos, un catálogo de La Sanglière y otro de Bricoman. El hombre debía de ser agricultor y vivir en algún pueblo o aldea. Poseería una granja, labraría la tierra. Entonces ¿por qué la seguía? ¿Acaso la espiaba por encargo de otro? ¿O quizá... vivía en una gran ciudad y ocultaba su verdadera identidad tomando prestado ese vehículo mugriento?

¿O tal vez lo había robado?

Se apoyó contra el cristal trasero.

Se inclinó ligeramente. Entrevió rollos de alambre de espino, latas de cerveza, paquetes de ganchitos de cacahuete, caramelos Kréma y, bien pegada a un lado de la rueda, envuelta en un trapo verde oscuro, una escopeta de caza.

Ese día tuvo la sensación de dar la clase como una sonámbula. Las palabras salían de su boca sin pensar. No estaba segura de hablar, su voz se filtraba en el aire y ella la escuchaba, asombrada.

El tema a debate era: «La presencia de la mujer en el *Romance de la Rosa*».

Clavaba la vista en una fila del anfiteatro, la tercera, y soltaba las palabras. Los estudiantes tomaban notas. El hombre estaba allí, como si fuera algo habitual.

—Jugando con el gusto de las mujeres por la moda hasta hacer de él un tema misógino, el *Romance de la Rosa* alegoriza y alimenta un apetito amenazador por parte de las mujeres por devorar el mundo de los hombres. Según sugiere el autor de ese rondó, las voraces creadoras de moda del siglo XIII ardían en deseos de llevar un trozo de piel de su amante —«un retazo de vuesa pel»— prendido en su vestido.

Cuando ella pronunció las palabras «un retazo de vuesa pel», le pareció que aquel hombre se movía incómodo. ¿Le resultaba estrafalaria la idea o, por el contrario, aquello le había dado ganas de cortar un trozo de la piel de su amante?

Siguió observándole de reojo.

Sentía menos miedo que las veces anteriores, como si el hecho de haber visto el interior de su furgoneta le concediera una ventaja sobre él.

Sí pero... la escopeta, sí pero... la escopeta, no podía evitar pensar.

Luego, como de costumbre, hacia el final de la clase, el desconocido se apartó de la pared, se levantó, abrió la puerta suavemente y salió. Ya encontraría un pretexto para pedirle a algún estudiante que la acompañara hasta el coche, se dijo Joséphine.

Y se quedaría a dormir en Lyon. No se encontraba con fuerzas para hacer el trayecto de vuelta. Tendría que advertir a Zoé.

Y también tendría que encontrar su móvil. Se le había debido de resbalar bajo la manta de *Du Guesclin*. Tal vez se había deslizado entre la guantera y el asiento delantero.

¿Qué más daba? No esperaba ninguna llamada.

Había abandonado el aparcamiento de la universidad para dirigirse al pequeño hotel en pleno centro de Lyon donde solía hospedarse, la pensión Menesson. Un edificio alto y estrecho de tres pisos, con una quincena de habitaciones que olían a productos de limpieza, pequeñas cortinas de cretona verde en las ventanas y un agradable olor a pastel de chocolate en la escalera. Todo el conjunto estaba un tanto anticuado, pero la señora Menesson, que regentaba el hotel, le reservaba siempre una habitación en el primer piso que daba a la calle.

Además la señora Menesson sentía mucho aprecio por *Du Guesclin*. Y él la correspondía. Corría a frotarse contra sus piernas, sacaba la lengua, fingía estar hambriento, jadeaba mirando de soslayo una galleta. Ella se agachaba frente a él, le acariciaba a contrapelo y él babeaba de placer.

Era siempre el mismo ritual.

En cada visita, ella preparaba al perro un cacharro con agua que dejaba en el cuarto de baño de la habitación y le echaba los restos de la comida de los huéspedes en una gran escudilla en el suelo. *Du Guesclin* se lanzaba sobre la escudilla en cuanto le abría la puerta de la habitación, frenaba ante la

comida preparada, la olfateaba un instante y se la zampaba devorándola ruidosamente. Luego se dejaba caer, se tumbaba sobre el lomo y se abría de patas con la gracia de una rana descuartizada.

Esa tarde, al entrar en la habitación, Joséphine enciende una lámpara de cabecera con reflejos rosados colocada en la mesilla de noche. Se descalza, se echa en la cama, se repite: ¡he visto a ese hombre! ¡He visto a ese hombre! ¡Por fin! Voy a conocer su identidad, a saber si tiene ficha policial, si ha salido de prisión o si es un ciudadano vulgar. Solo falta saber por qué me sigue. No tiene aspecto amenazador.

Sí pero... tiene una escopeta de caza colocada al lado de la rueda en la parte de atrás de su coche.

Divaga, tumbada en la cama, observando las luces de la calle a través de las cortinas cerradas, escuchando la respiración ronca y regular de *Du Guesclin* que, saciado, se ha quedado dormido, los pasos de los huéspedes entrando en sus habitaciones, sus voces que se increpan, se citan en la oficina o en la obra mientras un pensamiento se impone: el hombre no la conoce.

—¡No me conoce, es evidente!

Conoce su nombre, sabe que da clases en la Universidad de Lyon 2, que está especializada en la Edad Media, que escribe novelas, tal vez las haya visto en la mesilla de noche de su mujer, de su hija o de su madre, pero no sabe nada más. Entonces, ¿por qué pasarse las horas escuchándola hablar sin moverse?

Tiene que haber otra razón.

Que ella desconoce.

Y luego está esa escopeta de caza envuelta en un trapo verde en la parte de atrás de su vehículo.

Se levanta. Va a sentarse sobre el radiador colocado bajo la ventana, posa los pies encima, se rodea las rodillas con los brazos, abre las cortinas. La luz de las farolas dibuja líneas verticales y pálidas en la noche. Deben de ser las nueve y media. La calle está desierta. El cielo oscuro, privado de estrellas. Esta noche no hablará con su padre, sino que pasará su dedo por los libros. Tratará de comprender el mensaje de las palabras.

Echa de menos a Philippe.

No le ha hablado de ese hombre.

No le ha hablado de casi nada.

Está sola frente a ese hombre que la acosa.

Du Guesclin se ha levantado. Viene a posar su gruesa cabeza sobre sus muslos. Se apoya con todo su peso como quien anuncia: estoy aquí, yo, ¡no me olvides! Ella le acaricia el morro, le da un beso, ya sé, ya sé lo que me dirías si pudieras hablar.

Él le lame la mano delicadamente, como si pidiera permiso, pasea su lengua por sus dedos, insiste, se vuelve glotón cuando ella no reacciona. No me gusta tu silencio, parece decir, haz ruido, suelta un grito, no te quedes rumiando oscuros pensamientos. Todo se vuelve terrible en el silencio.

Ella le da una suave palmadita y responde: sí, sí, lo he entendido, pero ¿cómo explicártelo? Sé que tú lo comprendes todo, que has conocido dolores y sinsabores en tu vida de perro. No olvido que te recogí

vagando por las calles de París una noche, en compañía de Lefloc-Pignel, ¿te acuerdas? ¡Me asustaste de lo feo que eras!

El recuerdo de Lefloc-Pignel la asalta. ¡Imbécil!, se dice. No es él quien te sigue, él está muerto desde hace mucho tiempo, pero ¿y su cómplice? ¿Cómo se llamaba? Un nombre imposible de retener, Van den...

Van den Brock.

El juicio se había celebrado. Van den Brock había sido condenado a diez años de prisión por complicidad en el asesinato de Iris Dupin. Él había negado ser el instigador, había pretendido no ser más que el testigo de la locura de un hombre que era, eso es cierto, su amigo. Eso fue hace cinco años. ¡No habrá salido ya de la cárcel! ¿Y por qué no?, se pregunta Joséphine contando los años de prisión y los años de posible remisión de la pena. ¡No, no! ¡Lo habría reconocido! ¿Y por qué iba a rondar entre los estudiantes? Eso no tenía sentido.

Todo se hace terrible de noche. Las sombras se alargan y sacan sus garras. ¿Qué ha cambiado en esta habitación rosa para que yo tiemble? ¿De qué miedo se trata? ¿Del de Lyon o del de Londres? Sé sincera, Joséphine, no te engañes. La mentira es la peor de las guías. Te conduce por amenazadores laberintos subterráneos y desaparece entre carcajadas.

Un humo grácil y blanco asciende por la boca de ventilación del restaurante, se recrea un instante ante sus ojos y cae, exhausto.

Echa de menos a Philippe.

Llama a recepción, le pregunta a la señora Menesson si no ha visto su móvil. Quizá lo haya olvidado en el mostrador esa mañana.

—¡Ha vuelto a perder su móvil! ¡Parece que lo haga a propósito, señora Cortès! —exclama la señora Menesson entre risas.

—Voy a guardarlo en el bolsillo interior de mi bolso y dejar de llevarlo por todas partes.

—¡Sería lo mejor! Esa historia suya con el teléfono se está convirtiendo en una manía.

Joséphine deja escapar una risita nerviosa y cuelga.

Sabe que lo volverá a perder.

No quiere ver cómo se ilumina un número inglés en la pantalla. Cuando este parpadea, ella no descuelga. No tiene nada que decir. Es inútil añadir más palabras.

Las comisuras de la boca de Joséphine se desploman, lucha para no llorar. Está sola. O se siente sola. ¿Cuál es la diferencia?

Había sucedido algunas semanas atrás en Londres.

El cumpleaños de Philippe se acercaba. Ella había adquirido dos butacas para el musical *The Book of Mormon* del que todo el mundo hablaba. Nueve premios Tony incluido el de Mejor Musical. Había guardado las entradas cuidadosamente en su cartera con las libras y los euros. Pero quería darle otra sorpresa. Regalarle una reproducción de un dibujo de Lucian Freud. Una serie limitada. Una locura,

desde luego. Una locura que leía en los ojos de Philippe cada mañana, y que él arrastraba cada noche en su sueño. Una locura que había surgido cuando él consultaba un catálogo de arte bebiendo un viejo whisky de malta. Había posado su dedo en una página y lo había dejado quieto, se había encogido levemente de hombros, soltando un suspiro antes de pasar la página.

Joséphine, que le observaba en silencio, se regocijó. ¡He encontrado su regalo de cumpleaños! Qué más da si tengo que tirar la casa por la ventana. «¡Mala peste se lleve a la avaricia y a los avariciosos!».

Se había marchado en busca del dibujo por las galerías de Londres.

Había partido feliz. El sol, el frío sol de invierno londinense acariciaba su nuca, sus mejillas, sus muñecas. Se felicitaba en voz baja, ¿quién más que yo puede leer en los sueños de Philippe, adivinar sus deseos ocultos?

Solo una mujer enamorada descifra las miradas, los suspiros, un labio que tiembla, una mano que se crispa. Una mujer enamorada está siempre al acecho.

Había necesitado informarse, buscar en las páginas de los periódicos el nombre y la dirección de la galería donde se encontraban los dibujos. Un trabajo minucioso de hormiga enamorada. ¡Qué hermoso, qué hermoso es amar y ser amado! Daba saltos, enrojecía, saltaba un poco más. Ayer por la noche, bajo el edredón blanco de nuestra gran cama, él hizo de mí una vergonzosa descocada, fogosa, perdida, que regresa golosa a tumbarse contra él, a acariciarle, a mordisquearle, a arrastrarle hacia otras voluptuosidades. ¡Qué amor más pobre el mío si mi regalo no es una locura!, canturreaba ella recordando las estrofas del Cantar de los Cantares.

Toda la noche busqué al amor de mi alma.

En mi lecho lo busqué y no lo encontré.

Me levanté y recorrí la ciudad, las calles y plazas.

Busqué al amor de mi alma.

Lo busqué y no lo encontré.

Me crucé con los guardias que hacen ronda en la ciudad:

¿Habéis visto al amor de mi alma?

Apenas los había pasado

Cuando encontré al amor de mi alma.

Lo agarré y no lo soltaré.

Y se reía tras el cuello de su impermeable, el frío enrojecía sus mejillas, su nariz, dándole ganas de estornudar.

Se detuvo ante la galería Blain/Southern en la esquina de Hanover Square y la calle Hanover. Allí se vendían los dibujos de Lucian Freud. En concreto el de una habitación austera, amueblada con una mesilla de noche y una cama de hierro estrecha con remates de cobre; una cama cubierta de almohadas y sábanas arrugadas en las que se adivinaba la huella de un cuerpo desnudo. Había dudado entre el dibujo de la habitación y el de un perro enflaquecido, un poco avergonzado. Era conmovedor, incitaba a acariciarle, inspiraba compasión.

Pero ya estaba vendido.

—Lo ha comprado una mujer. Ella también dudó como usted —le hizo saber la mujer de la galería

—. Hay que reconocer que los dos son muy bellos, aunque diferentes...

—No importa —había contestado Joséphine—, me llevo el de la habitación.

El perro quizá fuera más dulce, más tierno..., pero el lecho parecía murmurar: me gusta donde tú me llevas, tu viril seguridad, tus ruegos de rendición, tu autoridad sin perdón.

—¿Podría hacerle un bonito envoltorio? Vendré a buscarlo mañana.

Se había marchado bajo el sol inglés, ligera, feliz.

Iba canturreando para dejar escapar la felicidad.

Encontré al amor de mi alma.

Lo agarré y no lo soltaré.

Había estado a punto de ser atropellada por un autobús rojo que doblaba la calle pegado al bordillo y que soltó un bocinazo como para hacerle estallar los tímpanos. Oh, discúlpeme, estaba muy lejos, había murmurado a un hombre a su lado en la acera que la tomó por loca. Usted no puede entenderlo. ¿Conoce el Cantar de los Cantares?

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para no sonrojarse durante la cena cuando Philippe había hablado de Lucian Freud delante de Alexandre y de sus amigos franceses llegados de París. Él había concluido diciendo que esas locuras formaban lamentablemente parte del pasado, que había causas más serias que defender. Su voz se había acelerado, y Joséphine había comprendido que no se creía ni una sola palabra.

Cada uno había dado su opinión sobre el tema, añadiendo que el precio de los cuadros había alcanzado sumas indecentes. La especulación se había convertido en plaga, el arte en un valor tan seguro como el oro. Eso ya no quería decir nada, más valía en efecto consagrarse a otra cosa.

—¿Habéis pensado en la cantidad de comidas que podría financiar con el precio de uno de esos dibujos? —había preguntado Philippe con un tono pretendidamente ligero, pero impregnado de nostalgia.

Al día siguiente, Joséphine había regresado a la galería. Acababa de pasar ante la banca Barclays cuando distinguió a Shirley. Llevaba un paquete bajo el brazo y avanzaba mirándose los pies.

—¡Shirley! —había gritado Joséphine con grandes aspavientos.

—Joséphine... —había respondido Shirley levantando la cabeza y haciendo un alto—. ¿Qué haces aquí?

—¿Vamos a tomar un té? Solo tengo que pasar un momento por la galería.

Señaló con el dedo hacia Blain/Southern.

Shirley había balbuceado: no sé si tengo tiempo, no sé, debo continuar.

—Pero Shirley, ¡ya hace dos días que estoy en Londres y aún no nos hemos visto! No viniste a cenar ayer por la noche. Además, ya nunca quieres cenar con nosotros. ¡Voy a terminar por creer que me

evitas!

Shirley había abierto los brazos y luego los había dejado caer sobre sus muslos, varias veces, como si estuviera a punto de ahogarse y pidiera socorro. No, no, había dicho ella, solo que en este momento, no lo sé, el tiempo pasa a toda velocidad, hace frío, Murray Grove, el refugio, un trabajo de locos, las comidas, las compras, ¿cuándo has llegado? ¿Y Zoé está bien? ¿Qué tiempo hace en París?

Decía cualquier cosa, alzaba y bajaba mecánicamente los brazos, el paquete acompañando sus movimientos de una forma cómica. Joséphine se había reído.

—Espero que no sea frágil...

—No, no. Es un... No sabía que comprar, y...

Shirley había hecho una pausa como si dudara en confiarse.

—Es un impermeable para Oliver. Siempre se queja de que no tiene nada que ponerse y que llueve todo el tiempo. ¡Ya sabes cómo es! Refunfuña y refunfuña pero nunca se le ocurriría traspasar la puerta de una tienda y...

—¿Qué tal está? Me encantaría verle —había dicho Joséphine lamentando al instante sus palabras.

Acababa de recordar que el día antes, en Murray Grove, Penélope, que se ocupaba de las comidas con Shirley, le había comentado confidencialmente que Shirley estaba de pésimo humor, creo que algo le pasa con Oliver y eso la está volviendo loca. Agrede a todo el mundo.

—¡Oh! Cuánto lo siento, Shirley, se me ha escapado...

—¿Por qué lo sientes? —había preguntado Shirley levantando orgullosa el mentón.

—No pretendía disgustarte.

—¿Disgustarme? ¡Joséphine! ¡Qué estás diciendo!

Había un punto de agresividad en su voz. Joséphine lo percibió y se sintió herida. Extendió la mano hacia Shirley.

—Perdóname, no quería ofenderte... ¿La cosa no va bien?

—¡Claro que sí! Va muy bien. ¿Por qué no iba a ir bien? ¡Eres desesperante, Jo, siempre queriendo curar a la gente como si el mundo entero fuera una enorme enfermería!

Joséphine la había mirado de arriba abajo y se había dicho: está claro, algo no marcha bien. Había tomado a Shirley por el codo, la había obligado a entrar en la galería, había soltado buenos días a la propietaria, soy la señora Cortès, me pasará a recoger el dibujo después del mediodía, ¿le parece bien?

La mujer las había contemplado asombrada, había estado a punto de preguntar algo, se había rehecho y había asentido.

—Ningún problema, señora Cortès. Hasta luego.

Había lanzado una mirada sorprendida a Shirley, que había apartado la cabeza.

Joséphine y Shirley habían salido a la calle, y Joséphine le había preguntado:

—¿Conoces a esa mujer?

—No. Ha debido de confundirme con otra persona.

Delante del inmenso escaparate de la galería, Joséphine se había detenido y tomando a Shirley del brazo había dicho:

—Míranos, Shirley, ¿no somos una pareja de amigas extraordinarias? Vamos a tomar un té y me lo vas a contar todo.

—¡Pero si no tengo nada que contar!

—¿No nos hemos visto desde hace tres semanas y no tienes nada que decirme?

—No tengo tiempo.

—¡Pues lo vas a encontrar! —había ordenado Joséphine empujando a Shirley hacia Piccadilly.

—¡No tengo ganas de hablar, Joséphine!

—Precisamente, eso es lo que me preocupa. Vamos a Fortnum & Mason. A esta hora no tendremos ningún problema en encontrar sitio. No estás sola en la vida, yo estoy aquí. Soy tu amiga, puedes contármelo todo. Y mañana, vendrás a casa para el cumpleaños de Philippe. ¡Es una orden!

—Yo nunca obedezco órdenes. Ya deberías saberlo, Jo —había respondido Shirley con voz sombría y triste.

Joséphine estaba feliz ante la idea de la cena del día siguiente, feliz del sol que calentaba su nuca, feliz de haberse encontrado con su amiga. Apretaba el brazo de Shirley, lo aflojaba, lo volvía a apretar, la contemplaba sonriendo. Insistía: venga, Shirley, di que sí... Si no vienes no será lo mismo.

—¿De verdad lo crees? —murmuraba Shirley con vocecita infeliz.

Joséphine sentía entonces que algo se le escapaba. Comprendió mientras desembocaban en Piccadilly que algo malo planeaba sobre su cabeza.

Alargó el cuello para atrapar un poco más de sol y luego penetró con Shirley en el gran edificio de ladrillo rojo en el que, sobre un panel de madera verde almendra, destacaban las letras que la llenaron de felicidad: FORTNUM & MASON.

—¿Has visto lo que está escrito en la carta? —había dicho tratando de aligerar la atmósfera—, escucha: «El primero de marzo, el restaurante fue inaugurado por Su Majestad la Reina, la duquesa de Cornualles y la duquesa de Cambridge, y rebautizado como *el Salón de Té del Jubileo de Diamantes con gran satisfacción y regocijo*». ¡Adoro a los ingleses! Tienen un gran sentido de la pompa y la etiqueta.

Shirley parecía absorta en la contemplación de la carta.

La camarera se había acercado y esperaba para tomar nota del pedido.

—Yo tomaré las chuletas de cordero con judías y mucha salsa —había declarado Joséphine—, me muero de hambre. Ya lo ha oído: ¡mucha salsa!

—Le traeré una salsa aparte.

—Perfecto.

Shirley había pedido un té con tostadas.

Había depositado su paquete en una silla. Un bulto blanco inmaculado, rodeado por un cordel de cáñamo, muy elegante, y permanecía silenciosa. De vez en cuando abría la boca para empezar una frase pero se detenía, doblaba una esquina de la servilleta, la plegaba bajo sus dedos. Parecía como un abanico que se abriera y cerrara.

—¿Te va todo bien por Murray Grove? —había preguntado Joséphine.

—Tenemos mucho trabajo. Estoy cansada. Voy de un lado para otro, duermo muy poco.

—Philippe también tiene aspecto cansado.

—¿Ah, sí? —había dicho Shirley—. Y sin embargo no lo demuestra... Despliega tanta energía...

—¿Y Oliver? ¿Cómo está?

—Viajando, se ausenta a menudo. Por lo demás todo bien...

Hablaba con voz monótona como si recitara un texto. Sus dedos plegaban el borde de la servilleta sin que su mirada se encontrara con la de Joséphine.

—Y luego hace frío, el invierno no termina nunca, tengo ganas de irme al sol.

—¿Por qué no te coges unos días de vacaciones? Estoy segura de que Philippe lo comprenderá. Ahora estáis bien organizados, podéis ausentaros por turnos. Él va a tener que marcharse diez días a Japón.

Shirley alzó la cabeza bruscamente.

—¿Cuándo será eso?

—Próximamente. Va a ir a visitar a su amigo Takeo. Según él, pasar diez días en su compañía vale por diez balnearios.

—¡No me ha dicho nada!

—Ha debido de olvidarse.

—¡Pero es importante! Debería habérmelo dicho.

—Seguramente te lo...

—¡Trabajamos juntos! Yo siempre le aviso con antelación cuando tengo que ausentarme. ¡Se está pasando, realmente, se está pasando!

—¿Y no te parece que eres tú la que exageras un poco?

—No —respondió Shirley obstinada—. En absoluto. ¡Tú no estás ahí todas las mañanas y las tardes! Yo sí. ¡No he faltado ni un solo día!

—Oh, Shirley, te lo suplico, ¡no seas tan agresiva!

—No soy agresiva, solo quiero que me traten bien, que es diferente.

—Pero no estás sola.

—¡Ni que supieras cómo funcionamos! Tú vives lejos de aquí, lejos de nosotros, ¡no estás al corriente de nada!

Joséphine contempló estupefacta a su amiga y preguntó:

—¿Por qué me hablas así?

—¿Así como?

—Agrediéndome. ¿Tienes algo contra mí? ¿Te he hecho alguna cosa?

Shirley había negado con la cabeza.

—Me evitas, Shirley.

—Falso. Eres tú quien piensa que el mundo debería pararse en cuanto posas un pie en suelo inglés.

—¡Pero antes nos veíamos todo el rato!

—Pues bien, digamos que eso era antes. Que los tiempos han cambiado.

—¿Qué sucede, Shirley?

—No pasa nada y nada ha pasado. ¿Lo has entendido? NADA. Eres tú la que imaginas...

—¿La que imagina qué? —había replicado Joséphine incrédula.

—Imaginas, imaginas... ¡Oh, me sacas de quicio!

Joséphine había tendido la mano hacia Shirley en señal de paz. Shirley se había soltado con un gesto brusco y había lanzado los brazos al aire, exasperada, con tan mala fortuna que acabó golpeando sin querer a la camarera que traía la bandeja con el té, las tostadas, las chuletas de cordero con judías y una salsera llena de salsa grasienta. Todo se volcó sobre la blusa de Shirley, chorreó en espesos regueros marrones sobre la silla donde se encontraba el paquete, resbaló a lo largo de esta y goteó hasta la moqueta. La camarera soltó un grito, Shirley balbuceó unas torpes disculpas. Joséphine cogió su servilleta, la mojó en el vaso de agua y trató de limpiarlo.

Las conversaciones se habían detenido, la gente las observaba con sonrisas mal disimuladas tras sus servilletas.

Shirley se había levantado y había corrido a los aseos.

Joséphine la había contemplado, desamparada.

¿Qué había sucedido? ¿Qué había dicho para que Shirley se comportara así?

Le habría gustado recuperar la alegría de la mañana que la condujo, feliz, hacia la galería. Ya no estaba segura de nada, se culpaba de haber actuado mal, de haber sido torpe, perdía toda seguridad.

Siempre le ocurría lo mismo.

Un instante se sentía fuerte, libre, audaz, le parecía incluso que era bonita, inteligente, y luego... se producía algún incidente, una nadería, un pensamiento que la ensombrecía, era testigo de una escena en el metro, en la calle, escuchaba un comentario y lo transformaba en crítica personal dando al traste con su seguridad. Se sentía abandonada, perdida y, sobre todo, culpable. Había cometido una torpeza. No sabía cuál pero debía de ser culpa suya.

Sin duda era culpa suya.

Había bajado los ojos, su mirada se había detenido en el paquete que descansaba en la silla. Estaba salpicado de salsa marrón, una esquina se había desdoblado y bostezaba, entreabierta.

Llamó a la camarera para pedirle ayuda. Esperó en vano a que esta la viera. Bajó de nuevo los ojos al paquete. Levantó el papel para comprobar que el impermeable no se había manchado y se sorprendió por el peso y la rigidez de su contenido, se inclinó, rasgó el papel, distinguió un soporte de cartón, quitó un primer embalaje, un segundo, y descubrió, sorprendida, un dibujo enmarcado: *El Perro* de Lucian Freud.

¿Por qué le había mentido Shirley?

¡Era ridículo! Oliver tenía derecho a adorar a Lucian Freud. A no ser que..., se dijo Joséphine, pero lo cierto es que no le pega nada. Para relajarse, Oliver ve *Los Simpson* en la televisión y lee cómics. Siempre los mismos, *V de Vendetta*, *Watchmen*, *From Hell*. O bien se va a correr unos kilómetros en bicicleta. Así fue como Shirley le había conocido: su bici había chocado con la de Oliver cerca de los estanques de Hampstead.

Cuando cenan los cuatro juntos, y Philippe evoca algún cuadro o una exposición que le ha gustado, Joséphine siempre sorprende la mirada de Oliver desviándose hacia un lado. Ella le da una palmadita cómplice en la punta de los dedos y él le sonrío adoptando el gesto de un niño arrepentido. Las mujeres siempre quieren cambiar al hombre que aman. Siempre. Somos todas iguales, se decía sacudiendo la

cabeza para reprenderse.

Bosquejó una pequeña sonrisa. Y repitió: todas iguales.

Shirley quería «educar» a Oliver. Hacer de él un esteta. Como Philippe. Sin duda debió de ser él quien le habló de Lucian Freud. De su manera de pintar pasando horas en busca del alma del modelo, un trabajo que quería expresar la esperanza, la memoria, la sexualidad y el compromiso, sí, el compromiso... Ella escuchaba a Philippe, imaginaba a Shirley bebiendo sus palabras. Philippe habla tan bien de aquello que ama...

Un sobre blanco cayó del paquete abierto. Joséphine lo recogió, consciente de estar invadiendo la intimidad de Shirley. Eso no está bien, dijo una vocecita en su cabeza. Sí, pero necesito saber cómo se explica este regalo a Oliver... Lo que ella le ha escrito.

Lo abrió suavemente después de haber verificado de un vistazo general que Shirley no venía, y sacó una pequeña tarjeta blanca. Una última mirada a la sala y descifró las palabras: «*For your eyes only*».

Frunció el ceño. Dio la vuelta a la cartulina y leyó.

*Para ti, Philippe. Por nuestras largas tardes tan preciosas, gracias por estar siempre ahí, por pasar tanto tiempo conmigo... I'll give up heaven to be with you.*¹⁵ Shirley.

Se había quedado petrificada en su silla, incapaz de moverse, de pestañear.

Había clavado los dientes del tenedor en la palma de su mano y no había sentido nada.

Había releído las palabras de la tarjeta. Estas se volvían borrosas, se juntaban, no conseguía ordenarlas para que formaran una frase con sentido. Philippe, Shirley, largas tardes, siempre ahí, cálidas, dulces, gracias, tanto tiempo conmigo. *I'll give up heaven...*

Había vuelto a meter el sobre en el paquete, colocado el cordón en su sitio, dado forma de nuevo al conjunto, abierto su bolso, sacado una polvera, empolvado su nariz, arreglado sus cabellos, extraído dos billetes de diez libras de su monedero y, tras dejarlos sobre la servilleta, se había marchado.

Cuando Philippe regresó a Montaigne Square esa tarde, encontró sobre la mesita del vestíbulo una nota de Joséphine y un paquete de la galería Blain/Southern.

Feliz cumpleaños, mi amor, he tratado de localizarte en vano por teléfono. Zoé me ha llamado pidiendo ayuda, parecía estar en estado de shock, no sé por qué. Me marchó corriendo. Te llamaré en cuanto pueda. Te quiero. Joséphine.

Philippe le preguntó a Alexandre si estaba al corriente de algo referente a Zoé. Alexandre respondió que no. Que si fuera algo serio, me lo habría dicho, ha debido de perder la cabeza. ¡Zoé siempre está montando numeritos! Entonces adoptó un aire de hombre seguro y añadió: ¡como todas las mujeres, por cierto!

Los dos suspiraron, ¡ah, las mujeres!, y decidieron irse a cenar a su restaurante italiano favorito, I

Due Veneti. Philippe llamó para reservar una mesa.

—¿Cuándo vas a dejar de crecer? ¡Muy pronto voy a tener que subirme a una escalera para poder hablar contigo!

Alexandre sonrió. Philippe abrió el paquete y contempló el dibujo de Lucian Freud. Sintió que algo ascendía por su pecho, una calidez que se expandía, que le devolvía su aliento, su libertad. El cuadro le liberaba de una angustia furtiva. A veces tenía la sensación de estar acorralado, de no poder moverse. ¿Era posible que Murray Grove empezara a pesarle?

¿O se trataba de otra cosa?

Se prometió llamar a Joséphine en cuanto volviera del restaurante. Se quitó la corbata. Se cambió de chaqueta. Cogió las llaves, su dinero. Echó un último vistazo al dibujo.

¿Dónde podría colocarlo?

¿Por qué he salido corriendo?, se repetía incansablemente Joséphine en el Eurostar de vuelta a París. ¿Por qué? Era su cumpleaños. Habría podido hacer un esfuerzo. No, no hubiera podido. ¿Por qué no les he dicho nada ni a Shirley ni a Philippe?

¿Por qué? ¿Por qué?

Daba vueltas a sus pensamientos, repetía las palabras escritas por Shirley, las repasaba, las analizaba, *I'll give up heaven to be with you...* No puedo vivir sin ti. Prefiero condenarme que vivir sin ti. Renunciaría al cielo para estar contigo. No lo entendía. Como si fuera demasiado incómodo de retener en la cabeza, como si la sobrepasara completamente.

Distinguía los reflejos de la noche en la ventanilla del tren. El asiento al lado del suyo estaba vacío. Había dejado allí su bolsa de viaje, no se sentía con fuerzas para subirla al portaequipajes. Sus pensamientos se perdían en la oscuridad de la noche salpicada de vivas luces. El resplandor de una carretera, los faros de los coches, el neón de los restaurantes, Pink Flamingo, Blue Bar, BBQ Saloon, el interior iluminado de las casas. Es la hora de cenar frente al televisor. Imaginaba familias felices, familias desdichadas, todas reunidas alrededor de un plato o de la tele. Una voz anuncia en inglés y en francés que el tren va a penetrar en el túnel. Ella se ciñe el impermeable. Se estremece.

Se había marchado. Sin hacer una escena. Muda. Impasible.

Es lo que he aprendido.

Es lo que me han enseñado.

Estoy en estado de shock y permanezco impasible. Me aliso el cabello, me ajusto la ropa y sonrío.

—Toma una ducha, vístete, péinate.

Aquel día, en Las Landas, cuando acababa de salir del agua, aturdida, en brazos de su padre, había oído a su madre gritar: recogemos las cosas y volvemos.

En el coche, sacudida por el traqueteo, revuelta por las bocanadas de agua de mar que salían de su boca, su madre le había ordenado:

—Cuando llegemos a la pensión, te das una ducha, te vistes, te peinas y te reúnes con nosotros en la mesa. Yo me ocupo de Iris.

Su padre conducía, los ojos fijos en la carretera. Podía verle de espaldas: su mandíbula haciendo una pequeña bola dura en la mejilla derecha. Y su mano apretando el volante como si quisiera estrujarlo.

Habían regresado a la pensión familiar en la que reservaban cada verano una habitación para las niñas y otra para los padres. La pensión Sévaire, una casita blanca de tejado rojo en medio de los pinos. Joséphine había subido a darse una ducha, se había enjabonado, secado, vestido, se había cepillado el pelo y había bajado al comedor.

Había puesto cuidado en estirar bien los pliegues de su vestido para que no se «abombara». Su madre quería que llevara un vestido para las cenas, eso la hacía más distinguida, pero detestaba que los pliegues alrededor del talle se abombaran, eso la hacía parecer descuidada.

Era una sensación extraña. Como si caminara al lado de su sombra. Su sombra descendía las escaleras, su sombra se sentaba a la mesa, desplegaba la servilleta, la dejaba sobre sus rodillas, su sombra posaba las manos en la mesa, su sombra sonreía.

Había sucedido algo terrible y nadie hablaba de ello. Se habían sentado, bien peinados, bien arreglados. Una familia modelo. Su madre saludaba a unos y a otros. Su padre guardaba silencio y se rascaba la mejilla con el dedo índice izquierdo, Iris se quejaba de estar fatigada y quería subir a acostarse. Su madre repetía: ponte recta, Joséphine. Joséphine masticaba arena, escuchaba las olas romper en sus oídos, clavaba sus ojos enrojecidos por la sal. Comían la chuleta de ternera y el puré de la casa sonriendo a los huéspedes.

—¿Un buen día, señora Plissonnier?

—Excelente. ¿Y el suyo, señora Pinsot?

—Perfecto. Y las pequeñas, ¿se han divertido?

—¡Como dos locas!

—Hemos tenido suerte con el tiempo. No se ha estropeado más que al final del día..., pero ¡qué tormenta! ¿No estaría usted en el agua cuando ha estallado?

—¡Claro que no!

—Esperemos que haga mejor tiempo mañana. Buen provecho, señora Plissonnier.

—Buen provecho, señora Pinsot.

Su padre jugaba con su chuleta de ternera, la empujaba con el borde del cuchillo, cortaba pequeños trozos que se llevaba a la boca y que volvía a dejar en el plato sin probar.

—¿Un buen día, señora Plissonnier?

—Excelente. ¿Y usted, señora Merlieux?

—¡Sus hijas tienen una cara resplandeciente!

—Hemos tenido un tiempo excelente. Lo hemos aprovechado bien. ¡Si todos los días pudieran ser como hoy!

Y luego murmuraba entre dientes volviéndose hacia su hija:

—Joséphine, ayuda a la señora Merlieux a sentarse, ¿no ves que tiene dificultad con los bastones? ¡Definitivamente hay que decírtelo todo! ¡Qué torpeza!

—Déjala tranquila —había susurrado su padre, lívido—. Déjala tranquila o armaré un escándalo delante de todo el mundo.

Joséphine masticaba su chuleta de ternera, escupía los trozos disimuladamente escondiéndolos en su

mano y los ocultaba en la servilleta colocada en sus rodillas.

Dos años después, su padre había muerto. De un ataque al corazón, el 13 de julio. No lo comprendo, había dicho el doctor, su corazón se ha parado de golpe.

Ya no tenía a nadie que la protegiera.

Había aprendido a no escuchar nada. Y a sonreír.

Siéntate recta, trabaja bien, contesta a la señora, no me hables así. Da las gracias. Después de todo lo que he hecho por ti. ¿Qué he hecho yo para merecer una hija semejante? Me he sacrificado por ti. ¿Tienes idea de lo torpe que eres? No llegaré jamás a nada contigo. ¡Toma ejemplo de tu hermana!

Ella se mantenía derecha, recogía sus cabellos, posaba las manos sobre sus rodillas o sobre la mesa, sacaba buenas notas en el colegio, sonreía. No dejaba nunca de sonreír. Había llegado a llorar y sonreír al mismo tiempo.

Aquel mediodía en Fortnum & Mason, se había comportado como en la pensión Sévaire. Se había enfundado su impermeable, se lo había ceñido a la cintura con el fin de que no se abombara, había sacado su polvera, atusado sus cabellos, dejado dos billetes de diez *pounds*, se había levantado y había salido sin decir nada.

Sonriendo.

Había regresado a casa, había escrito una nota, dejado el dibujo sobre la mesita de la entrada y hecho su maleta.

Sonriendo.

¿Sabrá sonreír cuando Philippe la llame? ¿Has cenado con Alexandre? ¿En I Due Venetti? ¡Qué buena idea! ¿Habéis disfrutado? Seguro que ha debido de ponerse muy contento. Sí, Zoé está bien, una falsa alarma, sí, te mando un beso fuerte, sí, yo también. ¡Ah! Dime, ¿cuándo te marchas a Japón? ¿El lunes que viene? Te voy a echar de menos. Sí, ya sé, sí, yo también te mando un beso.

Intercambiarán palabras así.

Seguramente.

Pero no le preguntará si se marcha solo.

Seguramente no.

Joséphine levanta la cabeza de *Du Guesclin*, se acerca a su oreja y murmura:

—Ya está, ya lo sabes todo, te lo he contado todo. ¿Tienes más preguntas? Creo que haríamos bien en acostarnos... Mañana tenemos que viajar por carretera.

Pero el enorme perro insiste, no quiere que ella deje el cálido asiento del radiador sin antes mencionar a Philippe. ¿Por qué se ha marchado tan lejos?

—Tendría ganas de tomar el aire, supongo.

—Sí pero... ¿te ha llamado al menos?

La ha llamado tres veces. Tal vez cuatro. Ella le ha asegurado que todo iba bien. No le ha hablado de ese hombre. Ni de Shirley, ni del dibujo.

¿Le habrá regalado Shirley el dibujo?

No se atreve a llamar a Annie. A dejar caer en la conversación: ¿no habrá otro dibujo del mismo artista colgado en la pared, está segura?

Tendría la sensación de ser un detective privado.

Así que finge.

Se ríe cuando hay que reír, responde a sus preguntas, da explicaciones cuando él se las pide. Me paso el tiempo perdiendo el móvil, no sé por qué, ¡no lo hago a propósito!, balbucea. Y juega a las mujeres felices.

Philippe se inquieta:

—¿Algo va mal, querida? Tienes una voz extraña.

—Tal vez esté un poco resfriada.

—Tienes voz decaída, como si estuvieras triste...

—¿Puedes notarlo?

—¿El qué, que estás triste?

—No, que estoy resfriada... He debido de coger frío. Aquí hace un tiempo de perros. Uno ya no sabe cómo vestirse. ¿Y en Tokio? ¿Están los cerezos en flor? Qué hermosos son los cerezos en flor...

Hablan un poco más y luego se callan y cuelgan.

—Ya está, esta vez lo sabes todo, ¡mi enorme Doug! ¡Vamos! ¡A la cama!

Se acurruca en la estrecha cama, da vueltas para encontrar postura, duda si estirar la pierna por miedo a encontrar el frío. *Du Guesclin* salta sobre la cama haciendo un ruido como de tragafuegos. Trata de empujarlo al fondo con el pie, pero él se tumba y se estira todo lo largo.

Ella se da la vuelta como una bola, aprieta su vientre, aprieta los dientes. ¿Qué hora será en Tokio? ¿Estará solo o estará Shirley con él?

No ha sido capaz de preguntar si ELLA está con él.

No quiere pronunciar ese ELLA. Eso supondría señalar a Shirley con el dedo como una extraña. Una enemiga. Shirley es su amiga. Prácticamente su hermana.

Cuenta los segundos, recita un verso del Cantar de los Cantares. Sé plantar cara cuando se trata de proteger a mis hijos, a mis amigos, pero respecto a mí, soy totalmente incapaz.

Ya no es su vientre el que aprieta con sus manos, sino un vacío que la aspira. Y cae, cae en picado, transportada por una oleada de desesperación. Va a morir, eso seguro.

Se levanta, se echa un poco de agua en los ojos, coge su bolígrafo rojo y la tesis de Jérémie, se obliga a trabajar, a ordenar los párrafos, a corregir. La punta del bolígrafo se desliza sobre el papel, los comentarios se ordenan. Hace una selección de frases, de palabras, de ideas.

Se acuerda del hombre al fondo del anfiteatro, de su coche, de las botas de goma, de la escopeta de caza.

¿Qué espera de ella? ¿Se acercará la próxima vez?

Ya no tiene miedo. Puede amenazarla, violentarla, matarla si le place. Está llena de moretones, de bultos, de heridas. Medio muerta.

Echa de menos a Philippe.

No está enfadada. Es aún peor, está resignada.

Cuando uno está enfadado, todavía está vivo.

Du Guesclin, enroscado como un anillo, con el morro descansando sobre sus patas replegadas, la observa. Su dulce mirada de lobo le reclama un suplemento de confiancias.

—El amor es resistir —murmura—. Dos personas que aman y resisten. Para que eso dure. Dos personas..., ¡no tres, Doug!

Desearía que no llegara nunca ese día terrible en el que ya no diré más «Shirley», sino ELLA. Ese día, estaré realmente sola.

Alza los ojos de su ejemplar, son las nueve de la mañana en Tokio, los cerezos están en flor en el parque Ueno. Miles de cerezos en flor y miles de lonas azules extendidas en el suelo para que los alumnos, los hombres y las mujeres, los jugadores de cartas y los comedores de algodón de azúcar se instalen. Philippe, descalzo, se afeita en calzoncillos ante el espejo del cuarto de baño. Tiene una mirada sombría, enturbiada por el recuerdo de una noche en blanco, sus ojos siguen la cuchilla que se desliza, hace muecas.

Es alto, delgado, tiene una barba azul como la noche, pone mucho cuidado en no echar barriga. Va dos tardes por semana al gimnasio y a correr en su club del Soho, en una habitación con el aire enrarecido que reproduce la atmósfera de la montaña a tres mil metros de altitud. No le gustan los hombres que se apoltronan y se vuelven descuidados.

¿En qué estará pensando? ¿En la mujer que duerme en su cama?

¿Cómo se llamará?

Joséphine se levanta de un salto, el ejemplar se desliza y también el bolígrafo rojo, atrapa el teléfono de la habitación. Marca el número de Philippe. Espera.

No contesta. Así que no está solo sobre la lona azul plastificada bajo los cerezos en flor.

No está solo por las calles de Tokio en medio de miles de bicicletas, de anuncios publicitarios de neón, de rascacielos de cristal. En las calles de Tokio hay rojo por todas partes.

No está solo, no solo, no solo. Ella es rubia, tiene largas piernas, el cabello corto que se ondula, una nariz pequeña, ojos verdes de gato que sabe esperar y acecha a su presa estremeciéndose con una alegría contenida.

Cuando camina, ella apoya el talón en el suelo y rebota con la elasticidad de una burbuja de espuma. Él la contempla de reojo y la encuentra bella, él ya no sabe dónde posar sus manos, ella le da hambre.

¿Cómo se habrán encontrado? ¿Habrá tomado ella el mismo avión que él en Heathrow o se habrán reunido en Tokio?

Ve cómo «ella» corre por el aeropuerto...

Cómo llega jadeante al mostrador de embarque. Tiende su billete, pregunta: ¿es ese el avión para

Tokio? ¡Oh, *please*, no quiero perderlo!

Siente cómo su corazón palpita ante la idea de que...

—¿Lo has oído, Doug? Acabo de decir ELLA pensando en Shirley. Es un hecho. Shirley se ha convertido en una culebra grande y amenazadora que me llena de temor. Mi vida se encoge sin que yo pueda hacer absolutamente nada.

He perdido a mi amor, he perdido a mi amiga.

Acaricia la cabeza del perro. *Du Guesclin* gruñe. Torpe. Muerta de pena, se deja deslizar contra él y se calienta con su masa tranquilizadora. Deja que las lágrimas afloren. Philippe y Shirley, Philippe y Shirley. Philippe y Shirley. Philippe y Shirley.

Al día siguiente, le despiertan los golpes de la señora Menesson en la puerta.

—Señora Cortès, señora Cortès, ¿ha visto qué hora es?

Se endereza de golpe en su cama y consulta su reloj: las once y media.

—¡Dios mío! ¡No he oído mi despertador!

—Ha debido de trabajar hasta muy tarde...

—Me he quedado dormida sobre mis notas.

—He creído que sería mejor despertarla. Tiene muchos kilómetros por delante. ¿Quiere que le prepare el desayuno?

—Gracias, señora Menesson, ahora mismo bajo.

—¿Todavía no ha encontrado su móvil?

—No. Voy a acabar teniendo verdadera necesidad...

—¿Le preparo un huevo pasado por agua y café?

—Si no es molestia... Muchas gracias, señora Menesson.

Joséphine posa los pies en el suelo y contempla la luz que se filtra tras las cortinas. Una auténtica habitación de adolescente. *Du Guesclin* baja de la cama con precaución posando las patas delanteras primero y luego las traseras. Se estira, bosteza y se coloca frente a la puerta. Sabe que la señora Menesson le ha preparado su comida.

—Está bien, nos vemos abajo, ¡sal!

Desearía retenerlo, sujetarlo por el collar, hablarle, pero él sale corriendo como un hambriento. Tiene el tiempo justo para pensar «traidor», pero se contiene, molesta.

En el rellano, él evita a Angèle, la mujer de la limpieza que pasa la aspiradora y le lanza un estridente ¡hola, viejo amigo! ¿Vas otra vez a que te ceben?

Joséphine cierra la puerta, se da una ducha, se viste, sobre todo no hay que pensar, sobre todo no hay que pensar, atrapa el cepillo de pelo, baja la cabeza y comienza a contar los cien golpes de cepillo matinal mientras observa la habitación del revés. Polvo, un Bic, un lápiz bajo la cama, un calcetín negro, varios Kleneex arrugados, una toalla de baño. Es curioso ver la vida del revés, se dice esforzándose en distraer la pena que se despabila, tengo la impresión de estar mirando por el ojo de una cerradura. Atrapa las palabras, las apresa en su garganta. Masticar el aire, masticar el vacío, no pensar, advertir un lápiz bajo el armario, otra pelusa de polvo, una zapatilla. Trata de sonreír concentrándose en la palabra «zapatilla». Pero no consigue despegar los labios.

Philippe y Shirley. Desconocía que eso pudiera doler tanto. O al menos lo había olvidado. El amor es un puñal clavado en el vientre.

Se obliga a seguir contando y seguir los golpes de cepillo.

77, 78, 79...

Los cerezos blancos de Tokio...

85, 86, 87...

Reprime las lágrimas que amenazan con brotar.

94, 95, 96...

Está a punto de enderezarse cuando vislumbra, entre el pie de la cama y la pared, un teléfono. ¿Su teléfono? Se tiende todo lo largo como una crepe, estira el brazo y lo atrapa. Trata de activarlo pero continúa apagado. No queda batería.

¿Qué más da?

La única persona con la que me apetece hablar es con Zoé. Debe de estar preocupada. No la he llamado desde... Ya no me acuerdo. Ya no sé nada. Todo está confuso en mi cabeza. Y además, Zoé tiene su vida con Gaétan, no me necesita. Ya no me necesita.

Sonríe de lado para retener una risa amarga, una risa de mujer abandonada, de madre descuidada, de pobre miserable arrojada a la cuneta, ¿y qué más?, suspira.

—¿Son las ocho y todavía no tengo noticias! —se inquieta Zoé—. ¡No es normal! ¿Por qué no llama?

—Baja el sonido, ¡puedo escuchar la televisión detrás de ti! —dice Hortense.

—Es François Hollande quien va a hablar...

—¿Y ese quién es? Me suena el nombre.

—¡Hollande, el presidente de la República!

—Ah, claro.

—¡No lo sabías! —exclama Zoé.

—Aquí no hablamos nunca de Francia. Es como Zimbabwe para los franceses. Orienta tu cámara para que pueda verte el careto.

Zoé aparece en la pantalla. Agita las manos para hacer «cucú», ahueca sus hoyuelos, sacude sus rizos cobrizos y aparta de un soplido un mechón que le tapa el ojo derecho. Un mechón de pelo que zigzaguea y recuerda a un tirabuzón.

—¿Y qué es esa horrible laca de uñas que llevas? —observa Hortense.

—La compré ayer en Monop. Me pareció bonita.

—Es un desastre.

—¡El problema es mamá, no mis uñas! ¿Qué vamos a hacer?

—Podrías tirarla a la basura. En cuanto a mamá, sé lo que tienes que hacer...

El mechón cae sobre el ojo de Zoé nublándole la vista.

—¿Avisar a la policía?

—¡Claro que no! ¡No ha sido secuestrada! Solo está siendo seguida por un tipo.

—¿Llamar a la universidad?

—Tampoco.

—De todas formas no sabría a quién llamar. No sé dónde trabaja, dónde duerme, a quién ve. Ya no me cuenta nada. Seguramente piensa que no me interesa. Que me aburriría si me contara su vida. También es culpa mía... Yo nunca le pregunto nada, solo pienso en mí.

—¿A dónde quieres ir a parar con esa cantinela de mojigata? ¿Acaso te crees santa-Zoé-ruega-por-nosotros?

—Pero si es la verdad, Hortense, nunca nos hacemos preguntas sobre mamá. Lo encontramos todo normal. Solo queremos que esté ahí para ocuparse de nosotros.

—Esa es la definición de niños, «seres ingratos, sin corazón, puestos en la tierra para amargar la vida de sus padres», ¡por esa razón no pienso tener hijos! Deja de culparte, eres de lo más normal. Escúchame: la próxima vez que tenga que marcharse irás con ella...

—¿Y?

—Te quedarás al fondo de la sala y cuando ese tipo aparezca, como quien no quiere la cosa, entablas conversación con él y le interrogas.

—¡Estás loca!

—Es la única manera de saber quién es.

—¡Pero nunca me atrevería!

—¿Y por qué no?

Zoé alza los ojos al cielo. Ataca un pequeño pellejo en su dedo corazón derecho, hace revolotear el mechón de un suspiro.

—¿Y si saca un cuchillo o un revólver? ¿Eh?

Ha adelantado el mentón en señal de interrogación y abre mucho la boca para demostrar su pavor. El mechón tirabuzón se detiene, como paralizado.

—¡Ves demasiadas películas, Zoé! Si eso ocurre, será simplemente un fan que admira los libros de mamá.

—¿Un gorila que lee los libros de Joséphine Cortès a la luz de una vela por las noches? Eres tú la que ve demasiadas películas, no pienso ir.

—¡Entonces deja de fingir que te preocupas por mamá!

—Me gustaría verte en mi lugar...

—Si estuviera en Francia, iría a Lyon e interrogaría a ese tipo. Y no llevaría unas tenazas.

—Pero tú no estás en Francia.

—¡Lo estaré dentro de poco!

—¿Y eso por qué?

—Ya te lo contaré. Ahora no es lo más importante.

Hortense reflexiona un instante, dibuja una mancha en la esquina de un folio, luego el cuello de un abrigo, tiene ganas de estirarse de placer y declara a bote pronto:

—¿No está ahí Gaétan?

—No, ha salido con sus colegas. Han ido a ver un partido al bar de la esquina.

—¿Y te deja sola en casa?

—Pues sí..., pero dime, ¿acaso te pregunto yo lo que hace Gary?

—No pero... no es la primera vez.

Zoé recapacita, manosea el mechón tirabuzón. Lo alisa. Lo suelta.

—¿Piensas que hace cosas raras? —pregunta inquieta.

—No. Perdóname. ¡No sé por qué he dicho eso!

Zoé frunce la nariz, la retuerce, se la rasca. Le asaltan nuevas ideas, pero las aparta con el reverso de la mano.

—Entonces, ¿regresas a Francia? ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a vivir en casa? ¿Nos veremos todos los días? ¿Me darás consejos para vestirme? Serás amable con Gaétan, ¿no? Y Gary, ¿qué dice? ¿Cuándo vienes? ¿Se lo has dicho a mamá?

Hortense diseña botones. Gruesos botones, botones automáticos, de presilla, de hueso, de tela, de cuero, de nácar, botones multicolores, un torbellino de botones. Se aparta de la mesa, contempla sus dibujos, ¡pero no! Nada de botones, simplemente dos automáticos bajo un pliegue de tapilla. Eso le dará un ligero aire formal en armonía con el cuello.

—¡Hortense! ¿Me estás escuchando? ¡No dices nada!

—¿Sabes una cosa, Zoétounette? ¡Identifica primero al sujeto y luego volvemos a hablar!

[14.](#) Ver *El vals lento de las tortugas*, La Esfera de los Libros, 2011.

[15.](#) Literalmente: «Renunciaría al cielo para estar contigo», pero sobre todo significa: «No puedo vivir sin ti».

Becca empuja la puerta de la iglesia y se dirige hacia el ala donde se encuentra el refugio para mujeres *For Women Only*. Aparca el carrito lleno de provisiones a la entrada esperando que Penélope acuda a recogerlo y se lo lleve a la cocina. Se endereza, se frota los riñones, se quita el abrigo, se va a dejarlo en su despacho. El próximo pedido lo haré yo misma por Internet, no olvidaré nada y no tendré que volver a salir para hacer la compra. Shirley últimamente olvida un artículo de cada dos... No sé dónde tiene la cabeza, ¡o, mejor dicho, lo sé demasiado bien! Voy a tener que hablar con ella.

Extrae una larga lista de su bolso y verifica las compras: Don Limpio, Spontex, Fairy, bolsitas de té, panecillos de salchicha, huevos a la escocesa, pastelitos de carne, empanadillas de carne y verduras, judías estofadas Heinz, sopas Campbell, galletas de crema, galletas Digestive, queso, pepinillos, ¡uf!, no he olvidado nada.

Oye la voz de Shirley que recibe a las recién llegadas y les da un discurso de bienvenida. Siempre es más o menos lo mismo. Las mismas preguntas. ¿Por qué está usted aquí? ¿Cuál ha sido el lento proceso que ha destruido su vida? ¿Cómo puede corregir esa trayectoria de infelicidad?

Una quincena de mujeres se han inscrito en los tres últimos días. Becca frota sus gafas en la manga de su jersey y arquea las cejas, ¡si seguimos a este ritmo no vamos a poder ocuparnos de todo el mundo!

Una mujer está sentada en un banco del pasillo con el cuello del vestido abierto. Tiene el rostro cubierto de placas y los ojos turbios como dos pozos en una polvorienta caverna. Sacudida por un ataque de tos, se dobla y hunde la cabeza en su regazo.

—¿Qué hace usted aquí? Debería estar en la enfermería —la regaña Becca.

—Quería escuchar lo que decía la señora. Acabo de llegar.

—La señora se llama Shirley. Trabaja aquí.

—Ah... —dice la mujer tosiendo violentamente.

—¿Ha pasado por recepción? ¿Se ha registrado?

La mujer niega con la cabeza.

—Vaya a la enfermería, no se quede aquí, está en plena corriente.

Posa una mano en su frente.

—¿Desde cuándo tiene fiebre?

—¡Desde hace un siglo! Escupo, toso, tengo sudores y una bola en el estómago, pero tenía niños de los que ocuparme.

—¿Y dónde están sus hijos?

—Una mujer les ha llevado a la cocina.

—Muy bien.

Con un dedo Becca le muestra el camino a la enfermería. La mujer se aleja tosiendo y Becca se acerca a la sala donde Shirley, subida en un pequeño estrado, habla ante una asamblea que la escucha con la boca abierta. Hay mujeres jóvenes, mujeres viejas, mujeres sin edad. Todas tienen ese mismo aire

de miseria resignada que encoge los hombros, desfigura sus rasgos, encorva sus siluetas. Sus ojos parpadean atentos. Vamos a tener que encontrar sitio, comida, camas, piensa Becca sentándose en la última fila.

Bajo un gran fluorescente blanco, Shirley recorre el estrado gesticulando como un predicador en campaña.

—¡Estáis aquí pese a que nunca lo hubieseis querido! Estáis aquí y no sabéis por qué. ¿Qué ha podido pasar? ¿No lo sabéis?

Las mujeres permanecen mudas, pendientes de los labios de Shirley como si ella pudiera curar todos sus males.

—Escuchadme bien, y enseguida lo entenderéis.

Un estremecimiento recorre la sala.

—Hace algún tiempo se hacía un experimento en el colegio para demostrar el sistema nervioso de la rana y, por consiguiente, del hombre. Con una mano cogíamos una cazuela de agua y la poníamos al fuego y con la otra sosteníamos una rana viva. Cuando el agua hervía, echábamos la rana en la cazuela. Aquello no dejaba la menor duda: la rana brincaba fuera del cazo y escapaba. Su sistema nervioso le había advertido: el cazo era un lugar peligroso, tenía que escapar a toda prisa.

Shirley se interrumpe, se fija en una mujer de la primera fila, le pregunta si lo ha entendido. La mujer enrojece y se mira los pies, avergonzada de haberse convertido de pronto en el punto de mira.

—Entonces intentábamos otro experimento. Echábamos una rana en una cazuela con agua fría. La rana nadaba, croaba, se relajaba, despreocupada. Encendíamos el fuego bajo el cazo y la temperatura del agua aumentaba. Alrededor de un grado por minuto. La rana seguía nadando, croando, relajándose sin notar que el agua se volvía cada vez más y más caliente, que humeaba y luego empezaba a hervir. Hasta que finalmente la rana se moría. No intentaba ni una sola vez saltar fuera de la cacerola. No había visto venir el peligro.

Shirley hace una pausa para realzar el efecto y preparar ese momento precioso en el que contará la moraleja de su historia.

—Hoy en día ya no hacemos ese experimento en los colegios, y es una pena. No para las ranas, sino para nosotros. ¿Y por qué?

Nueva pausa. El auditorio está hechizado. Cada mujer reconoce que la historia le concierne. Incluso hay una en la primera fila que se rasca la nariz angustiada.

—¿Por qué es una pena? Porque así aprenderíamos a prestar atención. Saltaríamos a la primera señal de peligro. No perdonaríamos la primera bofetada del marido que nos golpea y se disculpa, no nos dejaríamos robar, abusar, dejaríamos de creer en falsas promesas, en falsas sonrisas, en sueños de pacotilla que nos atontan. Cada día somos víctimas de violencias físicas y psíquicas porque somos mujeres. Llamadlo maltrato, acoso, perversión, privación de libertad, el término es lo de menos, pues somos víctimas de esos abusos. Y cada día, nos dejamos hacer pensando que es excepcional, que mañana todo irá mejor. Los excusamos una vez, dos veces, tres veces, soportamos los golpes, permanecemos y terminamos como la rana. ES-CAL-DA-DAS.

Las mujeres se miran, murmuran: es cierto, tiene razón. Aquella que se rascaba la nariz tiene los brazos firmemente cruzados sobre el pecho para expresar su rechazo a ser víctima.

—La rana no parece solamente escaldada. Muere engañada por falsas promesas, falsas esperanzas, por su propia debilidad. Abrid los ojos, no os dejéis maltratar, imponed límites que no se puedan traspasar. Eso es lo que vamos a aprender en Murray Grove. No vais a estar aquí el resto de vuestra vida, solo hasta que seáis capaces de retomar vuestro lugar en la sociedad.

Detrás de Shirley se han reunido las voluntarias. Un grupo de diez mujeres. Mujeres de todas las clases sociales, de todas las edades. Llevan su nombre escrito sobre el pecho en un pequeño cartel. Enseñan yoga, cocina, cerámica, piano, canto. Imparten cursos de informática, de inglés, de costura, de higiene. Se encargan de la limpieza y la cocina. Gratuitamente cada día. Cuando Shirley las llama, cada una se presenta y explica su labor sonriendo.

—Y ahora —concluye Shirley—, vais a seguir a Jane que os llevará a hacer una visita por el centro, los diferentes talleres, la enfermería, el comedor, las duchas, el dormitorio y el resto. Bienvenidas a Murray Grove y recordad: ¡no somos ranas!

Las mujeres se agrupan alrededor de Jane. Aún arrastran los pies, pero sonrían tímidamente.

Becca se acerca a Shirley, posa un brazo en su hombro y la lleva aparte mientras la sala se vacía.

—¡Un bonito discurso! ¿Es nuevo? No te lo había oído nunca.

—Lo escribí ayer por la noche. Me vino muy bien. Cuando lo terminé me sentí mejor.

—¡He estado a punto de verter una lágrima por esa pobre rana!

—Si lo piensas detenidamente, la historia de la rana vale para todo. El calentamiento del planeta, por ejemplo. Poco a poco el clima está cambiando. Resultado: cada año hay más tsunamis, huracanes, tornados, volcanes que entran en erupción, ríos cuyas aguas aumentan de nivel dramáticamente, tormentas de nieve en primavera...

—¡Y no nos damos cuenta de nada! Fingimos que todo va bien, que es normal...

—Pasa lo mismo con la comida —se entusiasma Shirley—. ¡Aumentamos la grasa, el azúcar, añadimos a los platos cocinados residuos a base de pegamento, sangre, huesos, colorantes, gelatina, pelos!

—¡Un escándalo! —exclama Becca cuyo ojo fruncido brilla socarrón.

—Habría que reunir a todos los dirigentes del planeta y contarles la historia de la rana para que reflexionaran sobre el mundo que nos están dejando.

—Pero no solo ellos deberían reflexionar...

Shirley retrocede levemente.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que acabas de explicar a las mujeres. Sé de alguien que permanece inmóvil en la cazuela de agua y no quiere ver el peligro que tiene frente a sus narices.

Shirley se encoge de hombros.

—¿De qué estás hablando, Becca?

—Hablo de la rana, de la cacerola, del fuego que tiene debajo.

—¿Y por qué esa sonrisita burlona? ¿Tienes algo en mente?

Becca se indigna y señala con el dedo a Shirley.

—¡Tú eres la rana, Shirley!

—¿Yo?

—Una rana escaldada en el fondo de la cacerola.

—¿Yo?

—Sí, tú.

El mentón de Shirley tiembla. Lanza una mirada furiosa a Becca.

—¿Has perdido la cabeza o qué?

—¿Has hablado con Joséphine últimamente?

Shirley mira hacia otro lado.

—No.

—¿Has tratado de llamarla?

—No me lo coge.

—¿Que no te lo coge?

—Así es. La he llamado y no coge el teléfono.

—¿Y sabes por qué?

Shirley baja la cabeza.

—No quiere hablar conmigo.

—Y según tú, ¿a qué se debe?

—No lo sé.

—Shirley...

—Pero yo no...

—Por favor... Confío en no tener que ser yo quien se vea obligada a decírtelo. No querrás eso, ¿verdad? Sería un poco embarazoso.

—¡Pero bueno! Becca, tú...

—¡Qué lástima! Habría preferido que tomaras la iniciativa.

Shirley enrojece y se desmorona en una silla.

—¡No puedo!

—¿Y por qué?

—Porque..., porque...

—Porque es bastante grave lo que sucede...

Becca agarra el brazo de Shirley y añade con voz firme:

—... entre vosotros dos.

—¿Entre quiénes?

—Entre Philippe y tú.

Shirley sacude la cabeza con fuerza evitando mirar a Becca.

—¡Pero si no pasa nada! Él no sabe nada, está muy lejos de todo esto.

—¿Lo crees de veras?

—Piensa que solo somos amigos...

—¿Y no es ese el caso?

Shirley mira a Becca con el rostro crispado por el dolor.

Ha dejado desear el predicador que recorría el estrado para dar paso a una mujer perdida como

aquellas a las que se dirigía hace unos instantes.

—Oh, Becca, ¿qué voy a hacer?

—Lo que hacen las personas valientes en casos así.

Ella se revuelve en la silla, se repliega sobre sí misma, conteniendo sus ganas de huir, de soltarse de las garras de Becca.

—Le quiero. Como no he querido jamás a ningún hombre.

—Eso es lo que se dice siempre.

—No sé cómo ha sucedido, no me lo preguntes.

Becca la observa con gravedad.

—Sé que no está bien —continúa Shirley, pálida, con los ojos en el vacío—, y tampoco intento buscar excusas. He querido desaparecer, marcharme lejos, pero no he podido hacerlo.

—Sin embargo, vas a tener que marcharte.

—Me gustaría mucho, pero con él... —suspira Shirley con una pálida sonrisa.

Se vuelve hacia Becca y la coge de las muñecas.

—No he hecho nada para... Simplemente sucedió.

—No lo dudo. El culpable no es quien comete el error, eso puede pasarle a cualquiera, sino aquel que se complace en el error.

—¡Estoy tan avergonzada!

—Tienes que marcharte, Shirley. Es la única solución.

—¿Que le deje? ¡Imposible!

—Será duro, pero lo conseguirás.

—¿Y si prometo desaparecer, no volver a buscar la más mínima intimidad con él? ¿No permanecer ni un solo segundo en la misma habitación que él?

Becca niega con la cabeza, pero Shirley insiste:

—Me basta con saber que está ahí, escucharle, cruzarme con él, rozarle. Si tú supieras... Solamente subir la escalera que lleva a su despacho ya es una felicidad. ¡A veces, bajo y subo varias veces los peldaños para prolongar esa sensación!

—Sé valiente, márchate.

—Pero nadie lo sabrá. Viviré cerca de él y me curaré poco a poco.

—No es así como uno se cura.

—¡Sí, sí!

—No en cuestiones de amor, Shirley. En el amor, es necesario emprender la huida.

—No PUEDO —exclama con voz ahogada Shirley—, no PUEDO. Déjame quedarme. Dime que se solucionará.

Becca la contempla y meneaba la cabeza.

—No se arreglará si permaneces a su lado.

—¡Él no sabe nada, Becca, no sabe nada!

—Joséphine lo sabe.

—¡Joséphine no sabe nada!

Shirley se debate, no quiere escuchar. Se pasa las manos por la cara, por los cabellos.

—Sí. Se marchó el día del cumpleaños de Philippe. Después de que las dos fueseis a tomar el té a Fortnum & Mason.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Te acuerdas de Maud, la mujer pelirroja que recogimos en Murray Grove casi al principio? Se rehabilitó, dejó a su marido, consiguió un alojamiento y Philippe le encontró un empleo como camarera en Fortnum & Mason. Estaba de servicio el día que vosotras acudisteis allí. Te hizo una señal con la mano, pero no la viste.

—En efecto, no la recuerdo...

—Ella presencié la escena de la salsera. Vio cómo Joséphine se marchaba. Iba sonriendo y sin embargo parecía una muerta en vida, me dijo. Entonces comprendió que algo no iba bien, ¿y sabes por qué?

—No.

—Joséphine había dejado dos entradas de teatro en la mesa para pagar la cuenta. Eso demuestra hasta qué punto estaba trastornada.

Shirley la escucha estupefacta. Y repite: ¡ella lo sabe! ¡Ella lo sabe!

—En cuanto a ti, nunca regresaste de los aseos. Abandonaste un paquete en una silla. Un paquete que Joséphine abrió a hurtadillas poniendo mucho cuidado en que nadie la viera.

—Entonces lo vio...

—Sí. Eso también me lo contó Maud. Joséphine leyó una pequeña nota dentro de un sobre, durante un momento se quedó petrificada, con una vaga sonrisa en los labios, y luego volvió a dejar la tarjeta en el sobre y este dentro del paquete, lo cerró todo bien y se marchó. Fue Maud quien pagó vuestra cuenta. ¡Yo se lo devolví porque como puedes imaginar no le sobra el dinero! Así que no me digas que todo va bien, y que Joséphine no sabe nada.

Shirley suspira, derrotada.

—¿No vas a preguntarme dónde está ese paquete? —añade Becca.

Shirley alza la cabeza.

—Está en mi despacho. Puedes recuperarlo cuando quieras.

—Era un regalo para... —murmura Shirley.

—¿Philippe?

—Una reproducción de una serie limitada de un dibujo de Lucian Freud. Por su cumpleaños. Me había estado hablando de ellos y me di cuenta de lo mucho que le apetecían, aunque tratara de aparentar lo contrario. Corrí a comprárselo. Solo quedaban dos en la galería. Elegí *El Perro* y Joséphine se llevó el otro. El día que me la encontré, iba a recogerlo...

—¡Y dices que no es grave!

—Lo sé, Becca. Nunca quise que pasara. Sucedió, no sé bien cómo...

—Como con la rana, supongo —dice Becca.

Shirley ya no sonríe. Atrapada en un sueño, pálida, frágil, explica:

—Philippe y yo habíamos adoptado la costumbre de encontrarnos por la tarde en su despacho. Hablábamos. O más bien, era yo quien hablaba. Le preguntaba cómo funcionan los hombres en realidad, porque tenía la impresión de tener una idea equivocada, de no haber comprendido nada de

nada. Él escuchaba, me contemplaba tiernamente, divertido, siempre atento, y yo me dejaba llevar. ¡Es culpa suya también! Desprende tal fuerza..., nunca amenazante, nunca brutal. Y yo, por primera vez, me sentía ligera, femenina, seductora.

—Estabas jugando con fuego...

—Lo sabía pero preferí ignorarlo. Esperaba ese momento de la tarde. Mis defensas caían una a una. Y entonces un día... tú apareciste para decirnos que estabas cansada, que lo dejabas por ese día. Eran las nueve. Joséphine estaba en París, Alexandre cenaba con unos amigos, Philippe no tenía prisa por volver, abrió una buena botella...

—Ya me acuerdo, tú estabas sentada en la banqueta del despacho, subías y bajabas nerviosamente la cremallera de tus botas con pequeños golpes secos. ¡Me dije que acabarías por romperla!

—No fue la cremallera lo que se me rompió. En un momento dado, no sé por qué, los dos nos miramos y sentí que recibía un hachazo en pleno corazón.

—Eso es lo que comúnmente se llama «flechazo» —subraya suavemente Becca.

—Sentí que me partía en dos. Sin brazos, sin piernas, sin aliento. Estaba muerta.

—¡Pero si conoces a Philippe desde hace mucho tiempo! ¿Cómo has...?

—Esa tarde le miré fijamente como si no le hubiera visto nunca, él sonrió, preguntó si sucedía algo. ¿Tengo lechuga entre los dientes? Yo balbuceé: ¡no, no! Estaba anonadada. Solo tenía ganas de una cosa: abalanzarme sobre él, comerle la boca, los brazos, el vientre. Era una mujer y él un hombre y no existía nada más. Si me hubieran dicho: vas a morir electrocutada si le tocas, ¡me habría lanzado contra él! Entonces escuché pasos provenientes del exterior, gente que hablaba, una mujer que se puso a gritar: ¡déjame en paz! ¡No soy de tu propiedad! Eso me despertó. Me marché con el pretexto de que Oliver me esperaba, que le había prometido regresar pronto. Grité hasta luego desde la escalera, me puse el abrigo mientras bajaba a toda prisa los escalones, algo nublaba mis ojos, no podía ver nada, me di cuenta de que estaba llorando. Cuando salí, tomé un taxi y me desplomé en el asiento entre sollozos. No entendía la razón. Lloraba de alegría y lloraba de desesperación. Me decía: mañana volverás a verlo, qué felicidad, mañana volveré a verlo, ¡qué desgracia! Él debió de pensar que estaba loca...

—O tal vez se sintió aliviado al ver que el peligro se alejaba...

—¡Él no sabe nada, Becca! ¡No sabe nada! Regresé a casa, Oliver estaba en Berlín, me metí bajo la ducha, me froté como una demente, clavé las uñas en el jabón, quería arrancarme la piel. No me atrevía a mirarme en el espejo del cuarto de baño.

Becca ha cruzado los dedos sobre sus rodillas, bajando los ojos. Pareciera que está rezando. Cuando habla lo hace con voz velada:

—Sentimos vergüenza cuando hacemos algo que no corresponde a lo que nos gusta de nosotros, sentimos vergüenza cuando nos traicionamos, cuando nos convertimos en alguien que no nos gusta, que nos causa repugnancia.

—Yo me miraba y me decía: ¿quién es esta chica que sueña con robarle el hombre a su mejor amiga? ¡No soy yo! No pude pegar ojo en toda la noche. Pero al día siguiente, al entrar en el vestíbulo, todos mis buenos propósitos se vinieron abajo. Incluso llegué más pronto que de costumbre. Tú acababas de abrir las puertas y me preguntaste si me había caído de la cama. Ni siquiera te contesté. Estiré el cuello para verle pasar por el pasillo. Ascendí a toda velocidad los escalones que llevaban hasta su despacho,

abrí la puerta del todo, comprobé que no estaba allí, pero me negaba a creerlo. Contemplé su silla vacía y le busqué por toda la habitación. Le esperé todo el día alzando la cabeza cada vez que oía el ruido de una puerta abriéndose. Ese día no vino a trabajar a Murray Grove y por la tarde me encontré desamparada, vacía, inútil. Me hablaban pero no escuchaba, me pedían pan y pasaba la sal, consultaba el reloj sintiendo ganas de darle una patada para que las agujas avanzaran más rápido, para que el día siguiente llegara de una vez y pudiera verlo. Pero al día siguiente tampoco apareció. Me estaba volviendo loca... Ya no podía contarme mentiras, estaba total y definitivamente atrapada. Aplastada al fondo de la cacerola. Había perdido mi lugar en la vida. Ya no era más que una mujer que esperaba. No tenía orgullo, ni honor, ni...

Abre las manos y contempla sus palmas vacías.

—Y entonces evidentemente hice todo lo posible para evitar a Joséphine. Ella se extrañó por que no la hubiera llamado, por que no nos viéramos cuando estaba en Londres...

La puerta de la sala se abre. Un hombre de unos treinta años entra. Delgado, de piel oscura, el rostro ensangrentado, los dientes muy blancos, el cabello hirsuto. Lleva un viejo abrigo gris del que cuelga una manga, arrancada.

—Señora Becca, ¿podría hablar con usted?

—Ahora no, Bubble, como puedes ver estoy ocupada.

—Señora Becca, es grave, otra vez me he...

—Espérame en mi despacho, Bubble, ahora mismo voy para allá.

Él hace un gesto a Shirley y sale marcha atrás.

—¿Ha seguido caminando hacia atrás? Creía que lo había dejado de hacer —dice Shirley sonriendo tristemente.

—No puede evitarlo. Será una señal de respeto.

—No tiene aspecto de arreglarse demasiado bien.

—Las cosas no se arreglan milagrosamente, Shirley, se arreglan cuando uno lo decide, cuando uno trata de ponerles remedio.

Shirley suspira y sacude la cabeza.

—Becca..., hay algo que quiero que sepas: él no ha hecho nada. No ha habido jamás un gesto equívoco por su parte. Él quiere a Joséphine. A nadie más.

—¿Estás segura? Porque os he estado observando, he visto que pasáis mucho tiempo juntos y, que yo sepa, tú no le has puesto un cuchillo en la espalda... Si se queda hasta tan tarde en Murray Grove es porque quiere, ¿no?

—No lo sé.

—Y cuando uno entra en la habitación donde estáis, tiene la impresión de molestar...

Shirley baja la cabeza y la sacude con el vigor de una bestia salvaje a la que trataran de meter a la fuerza en un cercado.

—¿No te has preguntado por qué se ha marchado a Japón? —continúa Becca, obstinada.

—Él adora Tokio en esta época del año, su amigo Takeo, los cerezos en flor, los...

—Diez días bajo los cerezos —la interrumpe Becca—, pero sobre todo diez días lejos de ti.

—¿Ha hablado contigo?

—No. Simplemente me pongo en su lugar. Es la ventaja de la edad, te hace comprender muchas cosas. Cometemos un montón de errores, pero también hemos aprendido mucho.

—Dime una cosa. Nunca he tenido madre, he aprendido lo que era la vida con un padre tan púdico que enrojecía si yo miraba su maquinilla de afeitar.

—¿No has conocido a tu madre?

—¡Si yo te contara la vida de mi madre te caerías de la silla y caminarías hacia atrás como Bubble!

—¿Vive en las calles?

—No —resopla Shirley.

—¿Te abandonó?

—Frío, frío.

—¿Todavía vive?

—Sí.

—¿Vive en Londres?

—Sí.

—¿Y yo la conozco?

—¡No vamos a hablar de mi madre, Becca!

—¿Y por qué no?

—Háblame de Philippe, por favor.

—¡Pobre loca!

—¿Se ha marchado para evitar a Joséphine? ¿Espera que cuando regrese yo lo haya olvidado?

—Sí. Pero especialmente que todo vuelva a la normalidad.

—¿Como por ensalmo?

—Sí.

Shirley suspira.

—Sigo sin entender a los hombres.

—Te irás lejos. No permitiré que arruines la vida de Joséphine. Desaparecerás hasta que lo hayas olvidado completamente. Te recuperarás. Eres fuerte. ¿Me odias por decírtelo?

Shirley niega con la cabeza.

—Dices que no, pero piensas que sí.

—¡Es que es duro, muy duro!

—Siempre puedes encontrar a un hombre, una pasión, eso no dura mucho tiempo, pero una amiga como Joséphine es irremplazable.

—Me desprecio tanto... Si tú supieras...

Shirley sacude la cabeza como si no entendiera lo que le está pasando. Y repite como para convencerse: ¡Joséphine ha leído la nota y lo sabe!

—Nunca más podré mirarla a la cara.

—Podrás... si te marchas. Si te quedas, corres el riesgo de dar un paso en falso, o incluso podría suceder que los dos dierais juntos ese paso en falso, Philippe y tú.

—¿Crees que no lo sé?

—Serías desdichada como cualquier despechada. Pero si te vas, sufrirás y cicatrizarás. Las personas

se recuperan de las más grandes penas de amor.

—¿Recuperar? Hablas como si estuviera enferma...

—¡Es que estás enferma! Deja que pase el tiempo. Es el mejor remedio. Joséphine es inteligente, generosa. Algún día volveréis a encontraros.

—¿Y me perdonará?

—Es una gran mujer.

—Y yo una amiga lamentable.

—¡Vamos! ¡Lárgate! Es una orden.

Detrás de la puerta, alguien araña con insistencia. Becca pregunta quién es alzando la voz. Bubble asoma la cabeza y, con aire de mendigo contrito, suplica:

—Tiene que venir, señora Becca, estoy orinando sangre y no tengo la llave de la enfermería. Molly se ha ido y ha dejado todo cerrado porque no confía en mí después de...

Becca suelta un suspiro exasperado.

—¡Sabes muy bien que no puedes salir solo! Ellos te esperan para molerte a golpes. ¿Lo haces a propósito?

—¡Después de todo, uno es un hombre y tiene su orgullo! Si creen que me dan miedo...

—¡Pues cada vez que sales van a por ti!

Becca se vuelve hacia Shirley.

—Ahora vuelvo, espérame.

—Siento muchísimo molestarla, señora Shirley... Pero estoy hecho polvo, ¿sabe usted?

Le muestra la ceja que sangra, su ojo a medio cerrar, y se sujeta el brazo haciendo una mueca. Lanza una última mirada implorante a Shirley y sigue a Becca que busca en su juego de llaves aquella que abre el armario de los medicamentos.

Shirley se pregunta si la razón por la que se aventura fuera del refugio es para reencontrarse con un amor. No hace mucho tiempo estuvieron hablando los dos sentados al sol en los escalones de la iglesia. Bubble explicaba que, en la calle, más te vale no ser homosexual, ni estar enamorado, ni tratar de hacer amigos, porque, al final, siempre sale uno trasquilado y malparado.

—¿Estás enamorado ahora mismo, Bubble? —le había preguntado.

Él había sacudido la cabeza sonriendo. Una sonrisa de fanfarrón un poco triste en la que faltaban muchos dientes.

—No —había contestado—, y es una pena porque cuando estamos enamorados, vemos la vida color de rosa.

—Muy cierto.

—Y a menudo basta un pequeño resquicio de esperanza para caer enamorado. En todo caso, yo no necesito mucho para caer, me dicen alguna cosa amable o me miran con ternura ¡y me embalo! ¡Para luego estamparme en la primera curva! No soy un piloto muy diestro.

Había cerrado los ojos y tendido su rostro al sol con aire desolado.

Un muy pequeño resquicio de esperanza.

Ella también había creído que...

Cuando Philippe decía: he elegido un buen vino para NOSOTROS, ¡hoy HEMOS hecho un buen

trabajo!, o PODRÍAMOS ir a Prom's mañana por la noche, ¿estarás libre?, o cuando rompía a reír y concluía: ¡ah!, realmente NOS toman por estúpidos, a ti y a mí, ¿no te parece?, ella atrapaba esos «nos», esos «tú y yo», esos «nosotros» como pequeños cubos que apilaba meticulosamente y con los que construía un romance.

Un muy pequeño resquicio de esperanza.

Se levanta apoyándose en el respaldo de la silla. Se pasa la mano por el pelo. Siente su teléfono vibrar en su bolsillo. Mira quién la llama.

Es un SMS de Gary.

«*What's up, mum?*». [16](#)

My boy. My boy. Siente ganas de llorar. Teclea «*Everything's fine. Miss you*». [17](#) Resopla. Se seca la nariz.

Los mensajes crepitan.

Él va a dar un concierto a final de mes. En la escuela. De vital importancia.

«*You'll come and see me?*». [18](#)

«*Of course, apple of my eye!*». [19](#)

El comandante de a bordo acaba de anunciar el tiempo del vuelo para Londres y la llegada prevista hacia las seis y cuarto al aeropuerto de Heathrow. Philippe despliega la manta roja, regula la inclinación de su asiento, estira las piernas, rechaza la copa de champán que le ofrece la azafata y pide no ser molestado hasta que aterricen. Desabrocha su cinturón de seguridad, mira de reojo a su vecina, una rubia alta con la blusa desabotonada. Distingue un seno. No está mal, no está mal. Eso le hace pensar en otro seno...

En un restaurante de Tokio. Takeo y él cenaban en compañía de dos italianas que habían llegado a la ciudad para abrir una nueva tienda de Prada. Buscaban algún tipo de asociación con una galería de arte japonesa con el fin de crear una «fusión de *beautiful art* y ropa, de arte, moda, *bellezza*, de *so chic*, de lo eterno, *you see what I mean?*», [20](#) explicaba Paola que intercalaba el inglés, el italiano y el francés y balanceaba sus largos cabellos castaños, jugando con los botones de su blusa y dejando entrever dos apetitosos senos. Bla-bla-bla, parloteaba, la moda no es moral ni amoral, supera la moral, bla-bla-bla, se reía a carcajadas, ¡no lo digo yo sino Karl Lagerfeld! Se contoneaba, reía, felicitaba a Takeo por su galería, por la elección de los artistas expuestos, por su buen ojo, su intuición artística.

El ojo de Philippe se había deslizado hacia su colega, Roberta, una morena discreta que se mantenía en un segundo plano, hablaba poco, hacía preguntas juiciosas con una voz dulce y se frotaba las aletas de la nariz entornando los ojos. Philippe se había quedado prendado. Veía a Joséphine en ese pequeño gesto tan habitual también en ella. Se acordaba de las llamadas que habían quedado sin responder, se preguntaba, oprimido por una angustia indecible: ¿por qué no me ha llamado? ¿Qué sucede?

Cuando las dos chicas se levantaron para ir al aseo, Takeo le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Philippe se había confiado a su amigo y había añadido a continuación:

—¡No sé por qué, pero de pronto he sentido un miedo imposible de controlar!

—Tal vez haya tenido un accidente.

—No. He hablado con Zoé, está perfectamente.

—Lo hace a propósito, te atormenta para volverte loco.

—¡Pues lo ha conseguido! No, pero no lo entiendo... Y sin embargo, he tenido mujeres, ¡bastantes mujeres! No es por presumir. En este momento de mi vida, ya no necesito presumir. Pero Joséphine...

Había repetido «Joséphine».

—Ya ves, digo su nombre y sonrío...

Takeo había bebido un poco de sake y suspirado que él estaba curado de ese mal. Que se había curado abusando de los libros. Los viejos autores habían reemplazado a la lectura del corazón de las mujeres. Él se relajaba con los clásicos. Recitaba pasajes de Tácito, Tito-Livio, Ovidio, Suetonio, Séneca. Había aprendido francés cuando se hizo amigo de Philippe. Con el debido respeto a una lengua muerta. Philippe se indignaba: ¡el francés no es una lengua muerta!

Se habían conocido en Nueva York en el bufete internacional de abogados donde trabajaban. A causa de una bombilla eléctrica a propósito de una fiesta de Navidad. Una bombilla que parpadeaba en una barandilla iluminada. Philippe se había parado, la había desenroscado valiéndose de una servilleta blanca, la había inspeccionado, desempolvado, revisado y la bombilla había vuelto a brillar sin intermitencias. A su lado, Takeo le observaba. Se había acercado y le había dicho: usted no es americano, ¿verdad? Philippe había sonreído. Se habían hecho amigos.

Takeo tenía diez años más que él pero ya por entonces parecía un viejo sabio. En Nueva York habían adoptado la costumbre de dejarse caer por el Reservoir Bar el domingo por la mañana e intercambiar pensamientos profundos o fútiles. Unas veces Takeo preguntaba si un pantalón fucsia iba bien con un jersey violeta, otras se ensimismaba en largas reflexiones sobre el individualismo y el capitalismo. ¿Se puede ser generoso amasando una fortuna o crees que es necesario dilapidarla obligatoriamente?

En el restaurante de Tokio, Philippe solo se había dirigido a Roberta, tratando de hacerla reír, de provocarla, inventando anécdotas espantosas sobre el Japón, haraquiris legendarios, temblores de tierra que dejaban escapar arañas gigantes y viejos dinosaurios anquilosados sobre zancos. ¿Es eso verdad?, preguntaba ella con aliento entrecortado. ¡Como la verdad más verdadera!, respondía con aire resabiado, fingiendo sentirse ofendido por que ella no le creyera. Multiplicaba las historias, ella escuchaba, abrumada por un terror infantil. Adoptaba la actitud de un ogro frente a una chiquilla y se regocijaba de ser tan poderoso. Al final de la cena, con una sonrisa enmarcada por dos hoyuelos exquisitos, ella había declarado con una voz muy dulce: no le he creído ni un segundo, ¡pero me ha encantado pasar miedo! Hacía mucho tiempo que no me enfrentaba con dragones. La próxima vez me pondré un pijama de Blancanieves. Se había levantado y le había deseado buenas noches sin demostrar la más mínima complicidad.

Le habían dado una lección.

Y prácticamente seducido.

En el camino de regreso a su hotel, situado en el barrio de Kagurazaka, justo al lado de la casa de Takeo, este le había preguntado:

—¿Y por qué esa y no la otra?

Él había respondido:

—Porque echo de menos a Joséphine.

—¿La echas de menos porque permanece callada o simplemente la echas de menos?

—¡Las dos cosas, amigo mío! —había respondido Philippe riendo—. Me fijé en que Roberta tenía algo de Joséphine, esa belleza escondida que insinúa un misterio que uno desea ser el único en descifrar. He pasado una velada deliciosa con esa mujer, he tenido ganas de hacerla reír, de intrigarla, de asombrarla, me he creído el Gran Manitou²¹ y, sin embargo, ha sido ella la que ha tenido la última palabra, y de un modo sutil y ocurrente. Me encanta ser sorprendido. ¡Joséphine me sorprende constantemente!

—Tienes razón, es una mujer muy interesante.

—Es muy frágil, siempre tengo miedo de romperla y, al mismo tiempo, no se rompe nunca. ¡Es dura como el acero! Ella se cree insípida, sin gracia, y, a la vez, da muestras de un saber estar de cortesana experimentada. No sé nunca sobre qué pie baila. Tan pronto tiene diez años, como veinte o cuarenta... A veces duda, vacila y después te planta cara. Sí, la echo de menos. ¿Por qué no me coge el teléfono?

—Porque ha comprendido que venías a Tokio para olvidarte de las mujeres y sus problemas, para olvidar la rutina. Ella deja que disfrutes y, al mismo tiempo, enciende tu deseo al no llamarte. Es muy inteligente.

—Ese es mi drama, viejo amigo —había dicho Philippe riendo—, vivo rodeado de mujeres inteligentes y notables.

—Aquí, en cambio, no les damos demasiado espacio. Se quedan en casa. Los hombres salen, beben y, a veces, ¡ni siquiera regresan a dormir a casa!

—Deberías venir a visitar el refugio. Hemos construido un lugar formidable.

—Definitivamente —había dicho Takeo—, estás iniciando tu tercera vida. Después de haber sido un abogado brillante y un experto coleccionista de arte, ahora te has convertido en benefactor de la humanidad.

—Ya no soportaba mi vida de rico ocioso.

—¡Tú nunca has sido un rico ocioso, Philippe!

—Sí. Cuando estaba casado con Iris.

—Ella tenía influencia sobre ti.

—A ti nunca te gustó demasiado, ¿no es cierto?

Takeo había conocido a Iris cuando era una estudiante en Columbia, Nueva York. Había asistido, desolado, al espectáculo de su amigo echándose a los pies de una belleza que no le gustaba. No había dicho nada. Por entonces estaba a punto de regresar a Japón para casarse con Hiromi, a la que había conocido en una librería de Tokio. Después, había vuelto a ver a Iris muchas veces en París. Ella apenas le prestaba atención, lo encontraba demasiado bajito, orondo, corpulento, rechoncho.

—¡En Japón ser gordo es una prueba de buena salud! —explicaba Philippe—. Demuestra que tienes buen estatus social. Takeo es un intelectual, la gente le saluda por la calle. Su galería es muy conocida.

—¡Y encima transpira por la nariz!, ¿no te has fijado?

—¡Exageras!

—Es cierto. ¡En cuanto come y bebe más de la cuenta, el contorno de sus ojos enrojece, la nariz se le pone roja como un tomate y transpira por las fosas nasales!

Iris nunca consiguió ver con buenos ojos a Takeo. Philippe había terminado por renunciar a invitarle a su casa. En cambio había adoptado la costumbre de ir a visitarlo a Tokio. Cuando los cerezos estaban en flor. Pasaba sus días conversando con su amigo, deambulando por las calles, tomando sopa y pequeños patés, cuencos de arroz y pasta, pescados y verduras fritas, sushis y algas que compraban en los tenderetes de la calle. Takeo tenía que trabajar, pero trataba de estar disponible para su amigo. Aprovechaba para hacer algunos trabajos mientras paseaban, hojeando libros, hablando con otros galeristas por teléfono, visitando los talleres de los artistas. Y Philippe le acompañaba.

—Siempre me pareció superficial y vana —había proseguido Takeo—. Uno se cansa de las bellezas de escaparate. El amor no es para la contemplación, también hay que devorarlo. El amor es caníbal.

—¡Tienes un aspecto demasiado refinado para ser un caníbal!

—No te olvides de que yo ya no me enamoro. He renunciado a esa actividad tan fútil.

—Iris no me quiso nunca, eso está claro.

—Ella no daba nada. Permitía que se la mirase, se buscaba en los espejos. Incluso se olvidaba de que tenía un hijo.

—Dime una cosa, ¿empezaste a mirarla de distinto modo el día que ella destrozó el envoltorio perfecto del regalo que le ofrecías?

Takeo había sonreído.

—¿Y cuando, en París, le presentaste a tu hijo diciendo «el idiota de mi hijo» y ella te montó una escena diciendo que ibas a traumatizar al niño? ¿Te acuerdas?

La sonrisa de Takeo se había agrandado.

Entonces Philippe había concluido:

—No conocía vuestras costumbres, eso es todo.

—No se molestaba en estudiarlas. Era una mujer perezosa. No habría entendido nada de tu historia con el refugio de mujeres.

—Pero, sobre todo, no habría comprendido ni a Shirley ni a Becca. Es asombrosa la generosidad de esas mujeres. Y su devoción. Trabajan como condenadas. Becca ya no es tan joven y cuando llega la tarde está exhausta. Es una antigua primera bailarina...

—¿Es la mujer que tenías acogida en tu casa?²² ¿La que llevaba horquillas rosas y azules en el cabello? ¿No era una especie de mendiga?

—Sí. Pero ahora dirige el refugio con Shirley.

—¿Esa impresionante rubia que vislumbré la última vez que estuve en Londres?

—Sí, la misma.

—Pero ¿no bebe los vientos por ti?

—¡En absoluto! Tiene un novio que me gusta mucho, un pianista muy conocido que se llama Oliver. Está loca por él, pero no sabe cómo tratarle. Me ha tomado como su confidente. Yo le explico cómo son los hombres y ella me escucha como una colegiala, solo le falta tomar notas. La otra tarde, estaba con ella en mi despacho, a última hora del día, bebiendo una buena botella de vino mientras hablábamos de todo y de nada cuando, de repente, ella entornó los ojos como si no me hubiera visto nunca, dejó su

vaso y se precipitó escaleras abajo gritando: ¡Oliver! ¡He quedado con él! Corría como si su vida dependiera de ello. Parecía tener quince años. Fue muy conmovedor.

—Sin embargo me pareció que te comía con los ojos.

—¡Eso es porque no te miró! ¡Estás celoso de mi buena presencia!

—No me importaría nada sentirme celoso alguna vez..., pero he leído demasiados libros y me he distanciado de todo —había suspirado Takeo—. Siempre hay algún detalle que me contiene, que me impide echar a volar. Advierto alguna palabra estúpida, un diente picado, un olor de transpiración o un perfume demasiado fuerte, una pequeña manifestación de vanidad. Debe de ser un vicio.

—Y además, está Hiromi.

—Hiromi es más una amiga que una mujer de la que pudiera estar enamorado. Yo vivo con mis libros.

—Con una mujer hay que hablar..., mientras que con un libro es él quien te habla.

—Tienes razón. Yo cada día aprendo algo nuevo leyendo. ¡Fíjate! Creo que fue ayer mismo por la noche, después de que nos separáramos, cuando releí un pasaje de *Del amor* de Stendhal. En él relataba una anécdota que me ha tenido despierto gran parte de la noche...

—¿Cuál?

—Cuenta la historia de una tal señorita de Sommery sorprendida en flagrante delito por su amante. Ella niega fervientemente el hecho y, como el amante insiste y señala con un dedo la cama donde ha tenido lugar la infamia que le ha convertido en un cornudo confirmado, la señorita de Sommery le responde: «¡Ah! Veo que ya no me amáis, creéis solo lo que veis y no lo que yo os digo». ¡Qué valor! Yo habría venerado a esa mujer, pero no he encontrado ni una sola que le llegara a la suela de sus zapatos.

Se habían detenido delante del hotel de Philippe. Takeo había preguntado:

—¿Qué vamos a hacer mañana?

Los dos amigos se veían todos los días y Philippe decidía cómo emplear el tiempo. Takeo asentía.

—Vamos a ir a ver la exposición de Bacon en el Museo de Arte Moderno, continuaremos con las fotos de Kayo Ume y terminaremos con los tesoros sagrados del Museo Nacional. ¿De acuerdo?

—¿Y habrá alguna parada intermedia en un bar de cerveza para digerir todo esto?

A Philippe le encantaban las paradas en los bares de cerveza. Una Kirin, dos Kirin, tres Kirin y Takeo, llevado por los efluvios del lúpulo, dejaba que su mente fluyera. Removía ideas, utopías, profundizaba en un pensamiento, daba rienda suelta a su erudición y, a veces, también a su furia. Entonces empezaba a hablar con voz metálica, como si escupiera balas. Convocaba a Tácito o Tito-Livio para que acudieran en su ayuda. Recitaba pasajes enteros. Philippe abría mucho los ojos, ¿realmente los conoces de memoria? Takeo sacudía la cabeza, ¡son formidables, cuentan historias tan modernas que daría cualquier cosa por beber una Kirin con ellos!

Era cierto que, después de bastantes cervezas, Takeo transpiraba por la nariz y su apéndice nasal brillaba. Pero eso no le impedía disertar sin tartamudear.

Así fue como un día que salían de los grandes almacenes Mitsukoshi, donde habían asistido al etiquetado de precios para las rebajas, Takeo se había indignado al ver esas prendas liquidadas a una décima parte de su valor, casi regaladas, y había decidido ahogar su rabia en un bar de cervezas.

—¡No teníamos que haber ido allí! —había dicho Philippe.

—Había prometido a uno de mis artistas que me pasaría. Compra trapos a bajo precio para transformarlos en obras de arte, una especie de collages multicolores, magníficos.

—¡No es más que un mercadillo gigantesco, Takeo! No vale la pena romperse la cabeza por eso.

—Ya no tenemos ningún respeto por los objetos. Todo es comercio, rapacidad. En esas prendas hay muchas horas de trabajo humano, de saber hacer, ¡ya has visto cómo las despreciamos! Nos desembarazamos de las cosas porque ya no se estilan, inventamos sin cesar nuevas líneas, un nuevo diseño, y nos burlamos de aquel que no sigue la moda. No es solamente un despilfarro, amigo mío, es el Mal absoluto. ¿Sabías que aquí, en este país, cambiamos de nevera, de televisor, de lavadora cada año? ¡Los tiramos a la basura como si fueran kleenex!

—Pero ¿qué mal hay en desembarazarse de un objeto que ya no te gusta?

—¡Si ni siquiera sabes si te gusta! La publicidad te ordena pensar así para que lo reemplaces enseguida. Negamos la realidad del objeto que aún puede durar, negamos la realidad humana que está encerrada en ese objeto. Negamos también la idea de consumir menos rápido para proteger nuestras reservas de energía. Ese sistema se vuelve absurdo, cruel. ¿Quieres que te cuente la historia del general romano y de sus esclavos sardos?

Philippe había dado su consentimiento. La historia romana tal vez calmaría la indignación de Takeo.

—Érase una vez un general que fue a luchar a Cerdeña. Hizo tantos prisioneros que llenó todos sus barcos. Regresó a Roma donde poseía grandes tanques de piscicultura y comenzó a vender a los prisioneros uno por uno. La venta llevaba buen ritmo, los ricos patricios compraban con ganas, pero el general tenía tantos prisioneros que no sabía qué hacer con ellos. Entonces empezó a liquidarlos, tres esclavos por el precio de uno, pero aquello no fue suficiente: todavía había gran cantidad. Así que pasó a ofrecer cinco por el precio de uno, diez por el precio de uno. Seguían quedando. No podía liberarlos puesto que esos hombres eran soldados y habrían constituido una seria amenaza para el orden público. Entonces los hizo degollar y los arrojó a los estanques con los peces. Pues bien..., nosotros somos como ese general romano, consumimos con todas nuestras ganas y perdemos la cabeza.

—Consumimos porque tenemos necesidad. Somos libres...

—Es la publicidad la que te hace creer que eres libre. ¡No eres libre! Cambias de teléfono porque te han hecho creer que había un formato mejor, más moderno. Compras un objeto y a partir de ese momento no tienes ninguna responsabilidad hacia él, actúas como un déspota, cuando deberías cuidarlo, mantenerlo, hacerlo reparar, supervisar su buen funcionamiento.

—Vas a empezar a criticar el progreso...

—Simplemente me gustaría que la gente se comportara de manera responsable. Podemos reemplazar las antiguas tecnologías por buenas razones, porque consumen demasiado, por ejemplo, pero no por razones mentirosas, publicitarias, puramente narcisistas...

—Eres un idealista —había dicho Philippe.

—Y pretendo seguir siéndolo. Es necesario que algunos de nosotros continuemos pensando en este mundo de descerebrados. ¡Y es por esa razón por la que has venido a ver a este viejo pelmazo que soy!

Ese día, Philippe se había preguntado si Takeo no estaba terriblemente solo. Encerrado en sus libros, sus cuadros, la contemplación de su acuario. El hijo de Takeo había permanecido durante años

encerrado en su habitación, aislado, sin ver la luz del sol, sin compañía, sin apenas alimentarse. Hiromi depositaba los cuencos con pasta delante de la puerta de su habitación. A veces tenía que tirarlos a la basura intactos. Pero un día el chico salió, delgado, pálido, hirsuto, y se tiró bajo un tren.

En una ocasión en que regresaron a casa de Takeo antes de lo previsto tras dar un largo paseo bajo los cerezos blancos de Ueno, escucharon a Hiromi cantar en la cocina. Una melodía sombría, triste, dolorosa, que ascendía como un lamento. La voz de Hiromi, casi desecada, tenía un eco de antiguas penas. Philippe había tenido la impresión de sorprender un secreto prohibido. Había carraspeado, había soltado el pretexto de que debía hacer una llamada de teléfono y había abandonado a Takeo bajo el porche de su casa.

Nunca mencionaban el canto triste de Hiromi, ni el funesto destino de su hijo.

Ambos amigos se habían despedido a su pesar. Philippe no sabía cuándo podría regresar. Takeo prometió ir a verle a Londres lo más pronto posible.

—Gracias —declaró Philippe—. He disfrutado mucho de estos días robados al tiempo, pasados en tu compañía.

Takeo había unido sus manos y se había inclinado. Philippe había imitado su gesto antes de subirse al taxi que le llevaría al aeropuerto.

Cierra los ojos y evoca esa última imagen de Takeo delante de su casa. Tiene la misma sonrisa que lucía en Nueva York cuando se hicieron amigos alrededor de una bombilla que parpadeaba. Su rostro ha envejecido, la piel se ha vuelto flácida, los cabellos han encanecido, pero la sonrisa sigue ahí, pálida, enigmática. Uno no sabe nunca lo que está pensando Takeo. Y él no sabrá nunca de dónde viene esa rabia...

A su lado, su vecina de asiento se ha dormido y ronca estrepitosamente. Philippe carraspea varias veces para que se calle. Se da la vuelta, se vuelve a girar en el asiento, se sube el antifaz, lanza una mirada exasperada a la roncadora. Tiene la boca abierta y los dientes amarillos. Debe de ser fumadora, o beber demasiado té. Piensa en sus citas del día siguiente, en el desayuno con Milton Lassler en Wolseley, en el informe Xylos que debe repasar. Tendrá que confirmar a Takeo la compra de un cuadro de Julian Lethbridge mediante una transferencia. En su día ya intentó comprar uno de los lienzos de ese pintor con ocasión de una exposición en Nueva York en la galería Paula Cooper. Había sido persuadido por Iris. Y lo había lamentado. Es un artista discreto que no expone a menudo. El cuadro que ha descubierto en la galería de Takeo es impresionante.

Va a tener que ir directamente desde el aeropuerto a su despacho.

La mujer rubia continúa roncando. Los arpegios sonoros ascendiendo y descendiendo.

¿Las llaves? ¿Dónde ha guardado las llaves de su despacho y del piso? Las busca en su bolsa de viaje. No las encuentra. Maldice. Se enfurece. ¿Las habrá cogido al menos? Mañana Gwendoline tiene cita en el dentista y le ha avisado que no podrá estar en el despacho por la mañana. Y Annie estará en el mercado de flores, es su placer de la semana. No habrá nadie ni en casa ni en el despacho. ¡Mierda! Voy a tener que pasar por Murray Grove a recoger el juego de recambio.

Llama a la azafata, pide una copa de champán... y el menú.

Ocho y cuarto. Es la hora en la que pasa el camión de la basura. Normalmente bloquea la calle y provoca indignados conciertos de bocina. La gente tiene prisa por la mañana, se niega a esperar detrás de los cubos de basura que los hombres arrastran hasta el camión. Salen de sus vehículos, vociferan. Los basureros, ataviados con un mono naranja, saltan en marcha. Becca tiene fichado a uno con el pelo recogido en gruesas rastas. Le observa cada mañana, le hace una pequeña señal con la mano desde detrás de la ventana, él la responde con una gran sonrisa. Lo ha bautizado como Bob Marley. Tiene la misma boina de franjas verdes, amarillas y rojas, el mismo bigote fino, las mismas mejillas hundidas, las mismas trenzas. Y un enorme canuto sujeto detrás de la oreja. Ella le muestra su taza y él finge brindar con ella. Se lanza al asalto de los contenedores negros y naranja, negros y azules, negros y marrones. Es la primera tarea que se enseña a las mujeres que se alojan en Murray Grove: clasificar las basuras del hogar. Eso os ayudará a clasificar lo que pase por vuestra cabeza, explica Patricia, la psicóloga. Ordenar físicamente u ordenar mentalmente, viene a ser lo mismo.

Esa mañana, Becca se ha levantado temprano. Ha escuchado a la pequeña Sandria llorar hacia las seis de la madrugada. La madre es hindú. Lleva a su hija atada con una gran banda en la espalda. Sandria lleva los pies desnudos y no coge nunca frío. Sus ojos son como dos ventanas que te miran muy serios, luego sonrío con una sonrisa inmensa, cálida, confiada. Se fía de ti. Es la niña más bonita que he visto nunca, suspira Becca bebiendo un sorbo de café caliente, apenas tiene dieciocho meses, pero su mirada dice cosas que no se explican con palabras.

Bob Marley se ha encajado unos auriculares en los oídos y baila en la calzada. Se contonea, retrocede, se pliega, se balancea sobre un pie y luego sobre el otro. Becca deja su café y se sorprende imitándolo. Su cuerpo de bailarina recupera la alegría de liberarse. Se pone en puntas, lanza un brazo, una pierna. Se agacha, se endereza. Gesticula de dolor. Estalla en risas. En otro tiempo su amor la hacía bailar. La subía al escenario de los ballets más suntuosos. Su amor está muerto pero le hace visitas por la noche.

La noche pasada, la visitó... Por eso tiene ganas de bailar esa mañana. Ha pasado la noche con él.

Saborea su café negro sin leche ni crema, como esos que se pedían cuando daban la vuelta al mundo y bailaban en los escenarios de todos los teatros. Los dos tenían ese ritual mañanero. Codo con codo. En una terraza o en un salón sobrecalentado. Sin hablarse. Bebiendo su café bien cargado. Desprezándose lentamente. Leyendo el periódico. El mismo. Comprado por partida doble. Se daban un codazo, se mostraban un titular, unas fotos. Las comentaban. O no. Y después él encendía su primer cigarrillo del día. Fumaba Gitanes. Como los franceses.

La noche pasada, su amor vino a verla. La estrechó entre sus brazos, la besó, le habló. Le dijo que no debía hacerse mala sangre.

—Siempre temes lo peor. No seas tan dura con Shirley, no tiene la culpa. Ese asunto la ha trastocado completamente. Es una prueba para hacerla avanzar, para eso sirven las penas de la vida.

—No quiero que Joséphine sufra.

—Eso no es de tu incumbencia.

—No quiero que pase, eso es todo.

—Joséphine es fuerte. Ya sacaré fuerzas. Tiene otras pruebas a las que hacer frente.

—Merece poder descansar.

—¡No eres tú la que debe decidirlo!

—Lo sé. Pero velo por ella. Es así.

Entonces se había quedado pensativa y le había preguntado:

—Dime, ¿tú me engañaste? Quiero decir, aparte de...

—Siempre has sabido todo de mí. Eras muy perspicaz. No podía ocultarte nada.

—Me encanta cuando vienes a visitarme. Me siento tan contenta después... La alegría es un sentimiento tan fuerte como el amor.

Él la había estrechado contra su cuerpo, ella se había abandonado, feliz, había tanto amor en sus brazos... Y después se había marchado. A ella no le gustaba la forma que tenía de desaparecer. Como una corriente de aire. Y al mismo tiempo, se dice mientras contempla el camión de la basura, resulta muy lógico que se retire como un suspiro.

Detrás del camión de la basura hay un taxi cuyo conductor, exasperado, no para de pitar. Quiere que el camión se aparte para dejarle pasar. Recula, se pega a un lado, vocifera haciendo grandes aspavientos, ¡pobre tipo! Toca la bocina. Los peatones no se vuelven. Están acostumbrados a esas manifestaciones de mal humor. Consultan sus relojes y apresuran el paso. No quieren llegar tarde a su trabajo.

En los escalones de la iglesia, Becca distingue a Shirley que arrastra una maleta. El bolso se desliza de su hombro. Ella lo atrapa con una mano y da una patada a la maleta. La envía rodando escaleras abajo. Va a coger un vuelo a Nueva York. Pero antes se ha pasado por Murray Grove: había olvidado su pasaporte en el despacho.

—Últimamente lo pierdo todo, incluso la cabeza —ha dicho mientras rebuscaba en el cajón.

Ha querido preguntar cuándo regresa Philippe, pero se ha contenido. A Becca le ha dado tiempo a leer la pregunta en sus ojos.

—Has tomado la decisión correcta —se ha limitado a decir.

Un hombre desciende del taxi y saca su billetera para pagar. Lleva una bolsa de mano y deja una maleta en el suelo. Una gruesa maleta gris marca Samsonite. ¡Estos hombres de negocios tienen todos la misma! ¡Qué poca imaginación! Viajan de gris y pintan el mundo de gris. El chófer extiende el brazo, cuenta el dinero, luego se asoma e increpa a Bob Marley que baila con un cubo de basura en la calzada. Lo abraza, lo alza sobre la acera, le saca brillo con la manga, se inclina y se aparta simulando un paso entrelazado. ¡Se cree Fred Astaire!, se ríe Becca volviendo a tomar su taza de café. ¡Y el otro que continúa furioso detrás del camión! ¿Acabarán llegando a las manos? Ya ha pasado algunas mañanas cuando el chófer del camión se empeña en ignorar las invectivas de los automovilistas.

Ve a Shirley que se acerca al taxi, da un ligero respingo, luego le pregunta al conductor si está libre.

El hombre de la Samsonite se vuelve, Becca reconoce a Philippe.

Ella también da un respingo, y está a punto de derramar su café.

¿Qué hace ahí? ¿Ha regresado de Tokio?

Frunce el ceño y se pega más a la ventana.

Shirley le entrega su maleta al chófer, que la mete en el maletero del taxi, y luego se pone de puntillas, pasa sus brazos alrededor del cuello de Philippe, lo atrae hacia ella. Él se inclina y ella murmura unas palabras en su oído, él responde dándole un abrazo, le acaricia el cabello y...

El camión, intimidado por el chófer del taxi, recula para echarse a un lado y dejar la vía libre. Philippe y Shirley desaparecen detrás del volquete verde.

—¡Oh, no! ¡Deja el campo libre, camión! —grita Becca.

Ya no ve nada.

—¡Venga, muévete, muévete! —gruñe.

Hace aspavientos al conductor que recula lentamente. La calzada es estrecha y no puede apartar los ojos del retrovisor. Bob Marley la ve agitarse y cree que le está animando a bailar.

Se planta bajo su ventana y finge golpear un tamboril mientras se menea.

—¡Apártate! ¡Apártate! —le increpa Becca.

Él gesticula, divertido.

—*Yeah! Lady! Yeah!*

Balanea los hombros y los brazos, su boina tiembla en su cabeza.

El conductor del camión de basura toca el claxon y le llama al orden. Bob salta a su pesar en el estribo y se gira para decirle adiós, hasta mañana, *lady*.

Ahora le toca al camión impacientarse: quiere que el taxi le adelante para poder retomar el trabajo.

Philippe, acodado sobre la puerta, habla con Shirley.

Becca distingue las manos de Shirley que cogen las de Philippe. Le agarra, le atrae hacia ella. Su cabeza desaparece un instante en el interior, y luego el taxi arranca.

La mirada de Becca se clava en el cuadro que Shirley quería regalarle. Está apoyado a los pies de su escritorio. Shirley no lo ha reclamado.

Becca vuelve los ojos a la ventana. En los escalones de la iglesia, Bubble se estira. Sonríe con esa sonrisa desdentada. El camión se aparta del bordillo y recupera su lugar en mitad de la calle. Bob Marley se agarra al tirador esperando la próxima parada.

—*Hey man!* —grita Bubble—, ¿tienes un poco de mierda para mí?

[16.](#) «¿Qué me cuentas, mamá?».

[17.](#) «Todo bien. Te echo de menos».

[18.](#) «¿Vendrás a verme?».

[19.](#) «Por supuesto, niña de mis ojos».

[20.](#) ¿Entiende a qué me refiero?».

[21.](#) Manitou es el dios supremo de los indios norteamericanos, el que todo lo puede y todo lo sabe. (*N. de la T.*)

[22.](#) Ver *Las ardillas de Central Park están tristes los lunes*, La Esfera de los Libros, 2011.

—¡Quiero que antes del concierto vengáis a mi salón y toquéis solo para mí! —había ordenado Elena a Gary blandiendo amenazadoramente un índice blanco como un cirio.

Gary había subido a verla para pedirle prestada la plancha.

—Quiero ser la primera. No quiero ver ni a Hortense, ni a tu madre, ni a nadie. Cerraré los ojos y me imaginaré sola en una inmensa sala de conciertos llena de filas de butacas rojas, pesados cortinajes, arañas de cristal, techos pintados. Es mi privilegio, lo deseo, ¡tengo derecho a tener caprichos!

—Por supuesto —había respondido Gary—. Tenga todos los caprichos que quiera, Elena, Calipso y yo vendremos a tocar para usted.

—Háblame de esa Calipso —había añadido Elena hundiendo su mano en la caja de *loukoums*—. No me la has presentado nunca...

—Solo la conozco desde hace un mes... Prefiero no decirle nada, así se llevará una sorpresa.

—Adoro que me prometan sorpresas. ¿Es bonita al menos? ¡No me gustan las focas!

—¡Es todo menos una foca! —se había indignado Gary.

—¿De dónde procede?

—De Miami.

—Detesto Miami. Todo es falso en Miami. ¡Incluso las palmeras!

—Esa es su opinión, Elena.

—No tiene ningún estilo, ninguna historia. Es una ciudad de plástico. ¿A qué se dedican sus padres? ¿Son músicos? ¿Son ellos quienes la iniciaron en la música? ¿Cómo es que ha aprendido a tocar el violín? ¿Y por qué tiene ese nombre tan raro?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Si llevas ensayando con ella un mes! Me parece que no eres demasiado atento, jovencito. Tenías que haberle hecho todas esas preguntas. Así le habrías demostrado que te interesas por ella. Apuesto a que en cambio ella te ha hecho hablar.

Gary había bajado los ojos.

—Así que tengo razón. ¡No has sabido crear la más mínima intimidad en todo un mes de ensayos! No sabes nada de ella y eso no te incomoda. Eres decepcionante. Eres como todos los hombres, y yo que creía que eras diferente. La intimidad debería interesar tanto a los hombres como a las mujeres. Pero los hombres creen que eso no va con ellos, que son historias de chicas. Se equivocan. Y tú te equivocas. Nunca estarás completo si no prestas atención a la gente...

El reproche de Elena le había molestado. No dejaba de darle vueltas en su cabeza. Cuando se lavaba los dientes, cuando salía de la ducha, cuando se ponía su chaquetón, cuando deslizaba su abono del metro en la ranura del torniquete.

Y ahora, Calipso y él están ahí, en el gran salón. Al lado de Elena, hundido en una poltrona, está sentado un hombre. Responde al nombre de Robert. Un hombre bajito y calvo con zapatos lustrosos,

mejillas sonrosadas, una larga bufanda roja que le da un aire de colegial y ojos que miran cada uno a un lado. Estrabismo divergente. De lo más molesto. Uno no sabe nunca qué ojo seguir, si mirar al derecho o al izquierdo. Parece bastante más joven que Elena y habla francés. Debe de escupir al hablar pues se tapa la boca con un pañuelo.

O tal vez tenga dentadura postiza.

Elena se ha vestido como para una recepción en Buckingham Palace. Un vestido largo, de un azul intenso, y guantes color pistacho que llegan hasta los codos. Me recuerda a Superabuela, se dice Gary. Tiene el rostro empolvado con dos chapetas rosas en las mejillas. Lleva sus collares de perlas, sus rubíes, sus diamantes. Y una diadema en el cabello. Sostiene una copa de champán en la mano, mientras que el señor bajito bebe un vaso de zumo de naranja.

—Henry, ¿podría sacarnos una foto? Quiero conservar un recuerdo de esta pequeña fiesta y enviarlo a...

Está a punto de añadir algo, se contiene y hace chist-chist.

Los dos se yerguen, sonrientes, ante la máquina de fotos de Henry.

Elena hace una señal a Gary para que se coloque a su lado y le coge del brazo. Hace un pequeño guiño de connivencia a Henry que asiente para indicar que ha comprendido.

—¿Le ha pedido que Calipso no aparezca en la foto? —susurra Gary al oído de Elena.

—¡Qué mal pensado eres, jovencito!

—Espere a oírla tocar y se arrepentirá de no haber querido sacarla.

Elena se encoge de hombros y ordena a Henry que haga la foto. Luego posa con el señor bajito y otra vez más con Gary. Solo entonces se acuerda de la presencia de Calipso y le concede una sonrisa distraída.

Calipso permanece aparte, las mejillas al rojo vivo. Una pequeña rojez brilla en su cuello, trata de disimularla levantando el cuello de la blusa. Lleva su ropa habitual, marrón y más marrón. Y zapatos también marrones. Elena frunce las cejas con aire de desaprobación. Calipso saca su violín del estuche, lo afina, hace deslizar el arco. Gary se sienta al piano, toca un acorde, estira los brazos, relaja las manos, atrapa la mirada ansiosa de Calipso, la tranquiliza con un gesto, marca el compás con el mentón, un, dos, tres, un, dos, tres y se lanzan.

La primera frase debe morder como un patín sobre el hielo.

Es Calipso quien la lanza y, acto seguido, Gary siente que están ahí. Dentro. Igualados. Fuertes y en consonancia. La alegría inflama su pecho y hace volar sus dedos. Calipso recoge la nota, la vacía, la cincela, la amplifica, se la pasa como una bola de luz que él deja penetrar en su interior. Tiene la sensación de introducirse en su propia carne, de tocar el tibio espesor de su sangre, y sonrío. Podría bailar por encima de su banqueta, ya no habita en la tierra. Calipso se despoja de los zapatos, brinca, hace volar las notas en destellos mordientes, hace ascender y descender un lazo que él retoma en el teclado.

Cuando tocan el último acorde, sus brazos y sus manos languidecen, sus cuerpos se desarticulan, lentamente, hasta quedar inertes. Gary advierte la mirada maravillada de Elena y murmura: ¡está hecho! ¡Está hecho! ¡Mañana vamos a acabar con todos!

—¡Cada vez que Elena quiere librarse de mí, me envía a ver a Meme! —protesta Hortense bajando los peldaños de la escalera—. ¡Es humillante! ¡Me pregunto qué estará tramando esta vez!

Se pone su impermeable murmurando: ¡qué asco de tiempo!

—No la conozco lo suficiente para juzgarla —dice Shirley corriendo tras ella.

—¿Por qué nos ha echado? ¿No te parece sospechoso? Quizá quería quedarse a solas con ese hombrecillo calvo cuyos ojos miran cada uno para un lado...

Shirley sacude la cabeza en señal de ignorancia.

—¡No me puedo creer que sea un nuevo amante! —se indigna Hortense.

—¿Un amante? ¿A su edad? —se extraña Shirley.

—Exactamente. Ya tiene uno, un haitiano magnífico. Una auténtica mole. Tiene treinta y cinco años menos que ella. Seguramente le verás durante la cena, esta noche. Tal vez pretenda cepillarse a ese hombrecillo rosado y lampiño. No me extrañaría.

—¡Exageras!

—Ese tipo no me inspira confianza. Hay algo que me inquieta en él, no es trigo limpio.

—¡Ella tiene un amante! —repite Shirley, atónita—. Ahora entiendo por qué desprende tanta energía. Hortense aminora el paso y mira de arriba abajo a Shirley con una especie de compasión exasperada.

—No se puede decir lo mismo de ti, se te ve totalmente reventada.

—¿Tú crees? —pregunta Shirley irguiéndose.

—Reventada, carbonizada, centrifugada. ¿Quieres que siga?

—Creo que lo he entendido.

—¡Vamos, ven! Iremos a ver a Meme. Eso te cambiará las ideas.

Shirley sonrío débilmente. Hortense prosigue:

—Voy a pedirle que me enseñe a hacerme un moño. Para mañana por la noche. Y a encresparme el cabello. ¡Quiero estar guapa, muy guapa! Y tú, ¿cómo vas a vestirte? ¿Lo has pensado?

—No...

—Estás apagada, Shirley, ¡totalmente apagada! ¡Reacciona! Es una gran noche para tu hijo. Haz un esfuerzo. ¡Recoge las piezas del rompecabezas!

Desde que Shirley está en Nueva York, Hortense tiene la sensación de que su cuerpo ha aterrizado allí, pero su cabeza aún continúa en Londres.

—Debe de ser el desfase horario —dice Shirley.

—Estás completamente ida. No estás aquí. ¿Dónde estás?

En Murray Grove. En un taxi londinense. En sus brazos. Sus dedos pasando cerca de mi boca, yo los agarro, los retengo casualmente. Sus manos alrededor de mis hombros, su boca en mi pelo, su voz que pregunta: ¿algo va mal? ¿Qué sucede? Dímelo, puedes contármelo todo, ya lo sabes... Y yo que no me muevo, que absorbo su fuerza, su calor, el olor de la noche de avión que impregna su chaqueta, la sombra de barba en su mentón sin afeitado, yo que me hundo contra él, que no pido nada más que unos segundos más de esa felicidad robada, unos segundos más...

El brazo de Hortense rodea su cintura, unos neumáticos chirrían, aúllan, un hombre saca el torso por la ventanilla y la insulta, ella da un respingo.

—¿Estás loca o qué? —grita Hortense—. ¡Te has lanzado directa a las ruedas del taxi!

Shirley balbucea: lo siento mucho, lo siento.

Hortense le clava una mirada furiosa.

—¡Estás completamente sonada!

—No lo he visto.

—¡Regresa con nosotros!

—Te digo que no he visto nada...

—¡Empiezas a resultar insoportable, Shirley! Trata de rehacerte. Aunque solo sea por Gary. Mañana es su gran día. Él es el protagonista. ¡Y no tú en una cama de hospital! ¡No te atrevas a fastidiarlo todo! O si no haberte quedado en Londres... ¿Entendido?

El teléfono vibra en su bolsillo, lo coge, lanza una última ojeada exasperada a Shirley y ladra hola. ¡Ah, Zoé! Estoy en la calle, no te oigo bien. Estoy con Shirley. Sí, sí. ¿Qué? No te olvides de enviarle un mensaje a Gary mañana, por su concierto. Sí, es mañana por la tarde. ¡Te lo he dicho cien veces!

—Está bien, lo haré, no grites. Tengo que hablar contigo, es urgente.

—¿Cómo de urgente?

—Es Gaétan, él...

—Entonces puede esperar. Vamos a ver a Meme.

—Pero es que tengo que hablar contigo.

—¿No puede esperar a mañana? No estará muerto, ¿verdad?

—...

—¡Y no te olvides de Gary! ¿Entendido?

—Y si te mando un correo, ¿lo leerás? ¡Creo que soy más importante que tu manicura!

—¡Déjalo, Zoé, déjalo! Ya hablaremos mañana.

Zoé cuelga el teléfono, rueda echa un ovillo en su cama. Joséphine ha bajado a ver a Iphigénie, la portera. Algo de un contador eléctrico que hay que sustituir. De todas formas, no puedo contárselo a mamá, no puedo, ese es el problema. Voy a escribir a Hortense. No le quedará más remedio que leerlo.

¿Por qué estamos siempre solos cuando hay algo superimportante que decir? ¿Por qué de pronto no tenemos a nadie con quien hablar?

Abre su portátil.

Escribe a toda velocidad, escribe maldiciendo al mundo entero, a su familia, a la vida que es injusta, a Gaétan que ha vuelto a salir, que no estudia nada, que no conseguirá aprobar, estoy harta, harta, ¿por qué Hortense se niega a hablar conmigo? ¿Para qué sirve entonces la familia? ¿Y por qué me tiene que pasar a mí? ¡A mí que no pido nada a nadie! Solo necesito que me escuche un cuarto de hora, ¡tampoco es el fin del mundo! Si papá estuviera aquí, me diría: ¡ven a contármelo, mi pequeña! Me sentaría en sus rodillas. ¿Y por qué ha muerto papá? Devorado por un cocodrilo, ¿es eso normal? Nada es normal. Pero eso no te lo dicen cuando naces. Cuando eres pequeño, te hacen creer que la vida va a ser maravillosa, te dan momentos felices, helados de chocolate, te plantan árboles de Navidad y luego te quitan todos los soles, todas las palmeras, todos los dulces y te dejan los vertidos de petróleo, las gaviotas que la palman con el pico abierto, los padres que se dejan devorar crudos, las madres que se largan a Londres, las hermanas que prefieren que les limen las uñas antes que dedicarte unos segundos...

¿Y Gaétan? ¿Es que no se pregunta si siento ganas de vomitar cuando le veo con Victor y Léa?

No.

Cada uno a su bola.

Escribe a toda velocidad. Escribe para que Hortense se fije en ella. Le cuenta lo que pasó la tarde del día anterior y que no consigue olvidar.

Mamá no estaba en casa. Habíamos invitado a Victor y Léa. Victor, con un porro en la mano izquierda y un vaso de vino en la derecha, miraba fijamente la vela que yo había encendido en la mesa, Gaétan hacía figuras de acróbata en el salón, su gorra de Adidas azul y roja calada hasta las orejas. Se sentaba a la derecha, se sentaba a la izquierda, me tomaba en sus brazos, pasaba la mano por mi pelo diciéndome: te quiero, te quiero, sin ningún pudor, y yo sonreía, incómoda. Cuando Victor y Léa están delante, Gaétan nunca se comporta con normalidad.

Se mueve sin parar, habla alto, estalla en carcajadas por cualquier cosa y yo me pregunto qué hago ahí.

Él se dio cuenta de que estaba incómoda, me apartó los cabellos para encontrar mi oreja y murmuró: ¡no te preocupes, mi amor, aprobaré ese dichoso examen!

Se puso a bailar otra vez y luego los tres se fueron a la habitación y volvieron muertos de risa, frotándose la nariz. Me llevó su tiempo, dirás que soy una ingenua, pero he acabado por comprender que venían de esnifar cocaína. Es Victor quien le abastece, dice que tiene buenas conexiones. Y luego arquea los hombros, estira el cuello, pone una mueca de avestruz orgullosa como si hubiera que ser el no va más para conseguirla. Como si eso le diera prestigio. Como si hubiera que llamarle Don Vito. Nunca he entendido por qué aquellos que se drogan se ocultan en los cuartos de baño para meterse unas rayas cuando uno sabe perfectamente lo que hacen. Si lo hicieran delante de todo el mundo, daría lo mismo. Ni que hubiera un policía oculto bajo el sofá. A mí eso no me gusta nada. Y sobre todo, sobre todo, no me gusta que Gaétan caiga en eso.

Así que dime, Hortense, ¿qué puedo hacer? Dime. Por el momento, me callo, no digo nada, pero me hierve la sangre por no poder decir nada, fingir que me da igual...

Su dedo teclea los tres puntos suspensivos y se queda suspendido en el aire. Reflexiona un instante. Piensa en el señor Du Beffroy y en la marquesa de Sévigné. ¿Acaso ella se dejaría abatir por algo así? Seguramente no. Ella habría girado siete veces su pluma en el aire y habría ahogado su pena en el tintero.

¿Y por qué siempre necesito el consejo de Hortense?

¿Es que no sé valerme por mí misma?

¿Acaso me pide ella mi opinión?

Sé de antemano lo que va a decirme. Va a cargar contra Gaétan, a tratarlo de estúpido. No tengo ganas de que me riña, ya soy mayor, ya arreglaré todo esto yo sola.

Y su dedo aprieta la tecla «suprimir» y borra palabra tras palabra del correo que acababa de escribir.

Apaga el ordenador, manda un SMS a Gary. «Estaré contigo en tu gran noche, en tu bolsillo derecho.

Ten cuidado, me he convertido en erizo de mar. Zoé».

Seguro que Gary no se empolva la nariz.

Meme le pide a Hortense que no se mueva tanto, toma un mechón de su pelo, lo alisa entre sus dedos, lo estira, forma una cresta, saca un peine de su bolsillo y lo hace correr por el mechón, aplastando el cabello hacia abajo y construyendo una especie de merengue de un efecto sorprendentemente bello.

—Se necesita un peine muy fino. El ideal es una liendrera.

Hortense suelta un grito.

—¡Ponte derecha! ¡No te muevas! Puedes encontrarlo en Clyde, en la avenida Madison con la 74. Cuesta ocho dólares. No hay nada mejor.

—¿Y qué hago? ¿Entro y pregunto por la sección de liendreras? —dice Hortense horrorizada.

—Entras, vas directa a la sección de peines y cepillos, eliges el peine más fino y ya está. Deja de poner esa cara. ¡Lo comprarás nuevo, no estará usado!

—Esa es la idea.

Meme se encoge de hombros.

—¡Cómo se ve que no has conocido ni los piojos ni la miseria!

—No es algo obligatorio. ¡Los hay que se saltan esa etapa!

—¡Pues aquí hay una que está hundida hasta el cuello en la miseria!

Meme señala a Shirley con el mentón. Está sentada dos mesas más lejos, sus manos sumergidas en la espuma como si no le pertenecieran, como si se las hubiera desatornillado y las hubiera depositado ahí, sus ojos parpadeando en el vacío y su boca caída hacia abajo. Meme hace su diagnóstico declarando con tono doctoral:

—Está hecha polvo, no espera nada de la vida, tiene el corazón roto. Es una bestia herida.

—Te equivocas de medio a medio. Es la madre de Gary. Ha venido para el concierto. Tiene desfase horario.

—¡Error garrafal! Está huyendo de la adversidad. Lo veo escrito en su rostro. Puedo leer sus remordimientos, el pecado, la culpabilidad. Una pena de amor. Una mujer que está hecha un lío. Un hombre casado.

—Tiene un amor, él es libre y todo va muy bien.

—No conoces nada del dolor humano. No es tu terreno. Mejor centrémonos en tu moño. Primero cardas cada mechón, luego lo rocías de laca, dejas que se endurezca sobre la cabeza y...

—Si eres tan buena, dime qué va a suceder con Gary mañana por la tarde. No estoy nerviosa por mí, pero sí por él.

Meme suspira, exasperada.

—Te digo que esa mujer sufre. Hazla hablar y lo verás. Está desesperada. Tienes que vigilarla.

—Hace un momento le he salvado la vida. Ha estado a punto de ser atropellada por un taxi.

—¿Lo ves? Tengo razón.

Meme ha terminado de cardar los mechones y muestra a Hortense cómo bajarlos unificando la parte inferior para que ningún pelo de la melena sobresalga.

—Luego, lo unes todo en un moño que fijarás con horquillas. Da igual que retuerzas el mechón para un moño italiano o lo levantes sobre la coronilla para un moño en forma de rosquilla.

—¿De rosquilla?

—Sí. Así.

Y, con un giro de muñeca, Meme transforma los mechones cardados en un recogido complejo y redondo. El rostro de Hortense se alarga, se vuelve misterioso, sensual, arrogante. Ella entorna los ojos, estira los brazos, se balancea en su silla, se contempla en el espejo, perfil derecho, perfil izquierdo.

—¡Qué guapa estoy! Pero ¡qué guapa estoy! Dime, Meme, ¿podrías peinarme mañana por la tarde? ¡Nadie lo haría mejor que tú! Eres un hada.

—¡Adelante! ¡Cúbreme de halagos!

—Pero ¡si es cierto!

—Está bien, pero quiero algo a cambio: que me diseñes un traje solo para mí y me lo regales.

—Ningún problema. Espera un año a mi primera colección.

—¡Choca esos cinco!

Hortense choca la palma abierta de Meme.

Shirley cierra los ojos. Abandona sus manos a una tal Karina que tiene la nariz aplastada, los pómulos salientes y los ojos como pequeños cuadrados. La chica cuchichea, se ríe, intercambia recetas de cocina con su vecina, habla de pato asado, de cebollas caramelizadas, de vainilla en rama. Shirley siente náuseas. Vuelve a verse en el taxi. Deja caer su nuca en el hombro de Philippe, despídete de mí, me marcho a Nueva York. ¿Vas a ver a Gary? Estoy cansada, muy cansada. Trabajas demasiado, ¡no te cuidas nada! Él pasa los dedos por sus cabellos, los levanta, los retira detrás de la oreja, te irá bien, debes descansar, cambiar de aires, lo necesitas.

Ella sacudía la cabeza, ya no escuchaba nada, seguía el curso de su mano, su aliento sobre su frente, solo una noche, solo una noche y luego me esfumo, desaparezco, me subo a la torre de la iglesia y me hago religiosa, novicia, monja, tal vez santa. Joséphine no sabrá nada.

Y Oliver, le había preguntado, ¿se va él contigo?

¡Se había olvidado totalmente de él! Había dejado escapar un ¿Oliver? con un pequeño grito. ¿Habéis regañado?, preguntó Philippe cogiéndola por la barbilla para leer en sus ojos. Le contestó: sí, sí, mientras pensaba: bésame, bésame, aunque solo sea una vez. Shirley, no debes tomártelo así, siempre estáis regañando, eso no significa nada. ¡Oh, no!, decía ella, ¡oh, no! Él sonreía, ¡vaya pareja estáis hechos, soy terribles! Y la estrechaba en sus brazos, ella dejaba caer su cabeza y entonces él tomaba su mano, la abría, la llevaba a la altura de su boca y...

—¡Shirley! ¿Quieres una *fortune cookie*? ¿Quieres conocer tu futuro? ¿Has visto cómo me ha peinado Meme? ¡Mañana voy a hacer una entrada triunfal! ¡Moño rosquilla, vestido negro, cuello bebé blanco, carmín de labios muy rojo, zapatos de tacón alto, mi Burberry, un fular largo, un bolso grande! ¡Voy a crucificarlos!

Meme sale del vestuario y regresa, con los dos puños cerrados.

—¿Qué mano quieres? —pregunta a Hortense.

—¡La derecha!

Hortense coge su *fortune cookie*, la aplasta entre sus dedos. La deshace apresuradamente. Meme tiende la otra a Shirley que espera a que Hortense lea el enunciado de la suya.

—«Algunos se quejan porque las rosas tienen espinas. Yo doy gracias a las espinas por tener rosas». ²³ ¡Es muy mío, eso! —exclama Hortense tanteando la cima de su moño—. ¿Y qué dice el tuyo, Shirley?

—¿Estoy obligada a leerlo?

—Bueno..., es más divertido.

—Más tarde quizá...

—¡Como quieras!

Hortense se levanta y le da un billete de veinte dólares a Meme.

—El resto es por cuenta de Elena. ¡Nos ha echado de su casa, no sé muy bien por qué!

—Seguro que tiene una buena razón —dice Meme.

Al ponerse la chaqueta, Shirley aplasta la pequeña pasta en su mano y lee de reojo: «Para ver el horizonte, no se puede estar horizontal».

Calipso atraviesa el Parque. Son las siete y media de la tarde. Esa noche cenará una pechuga de pollo y se acostará temprano con el fin de despertarse al día siguiente fresca y alerta.

Mañana a esta misma hora, delante de toda la escuela, tocará la sonata de Beethoven. El aire es suave, perfumado con un ligero aroma a nuez verde, la luz se filtra por los árboles y dibuja un encaje, ella toma el camino que pasa por encima de Turtle Pond. Aprieta su violín contra su cuerpo bajo el largo impermeable que la envuelve. Evoca la actuación del día anterior. El último ensayo con Gary en casa de esa mujer, Elena Karkhova. Fue poderoso. Inspirador. Y luego se había producido EL momento...

Cuando él dijo:

—¡Calipso!

—¿Sí?

Había escrutado la partitura, ¿habría olvidado algún compás? Había levantado la cabeza, sondeado su mirada, su mirada que no pedía nada, que no quería nada, simplemente dejaba escapar su nombre.

Calipso.

Había dicho Calipso. Porque sí.

¡Qué hermoso había sido ese último ensayo! Había dejado que la música se consumiera en ella como en una hoguera de perfección, sin escamotear ninguna nota sino, por el contrario, tratando de abrirlas, de ampliarlas, de hacerlas ascender al firmamento como girasoles de fuego.

La felicidad que oprime su pecho le hace temer lo peor: ¿alcanzará mañana esa misma cima? De pronto siente miedo, se gira para comprobar que nadie la sigue, como si creyera que el miedo proviene de algún extraño malvado más que de una ausencia en su música, de un olvido, de una nota falsa.

Pero no hay nadie y prosigue su camino palpando el violín bajo el impermeable para asegurarse de que está ahí. ¿Cuántas veces ha hecho ese mismo gesto mientras camina? ¿Cuántas veces su corazón se

ha detenido ante la idea de que lo ha perdido? Estoy muerta de miedo a causa de mi violín. Acribillada por pequeños perdigones negros.

¿A quién se le iba a ocurrir agredirme? ¡De espaldas debo de parecer la bruja de Blancanieves! Mi padre está lejos. Escupe bolas de tabaco, jura, maldice, rasca el fondo de sus bolsillos en busca de un poco de dinero. Todo el mundo le evita desde que pasó lo de Ulises. Tiene la impronta del diablo. La marca del Mal. Los rumores dicen que podría estar implicado en el origen de la agresión, pero no hay pruebas.

Y como si bastara con pensar en Ulises para que este se ponga a pensar en ella, su móvil empieza a sonar. Alcanza la plataforma de piedra. Descuelga. Es Rosita.

—Buenas tardes, *abuela*. ¡Sabía que serías tú!

—¿Has recibido el paquete? —pregunta Rosita con voz ronca.

—Esta mañana, antes de salir. No he tenido tiempo de abrirlo.

Calipso escucha unos gruñidos, es Ulises que quiere hablar.

—Le he puesto el teléfono en el oído —indica Rosita—. Adelante, habla.

Calipso inspira profundamente y articula en español:

—*¡Te echo de menos, te necesito, abuelo! ¡Mañana por la noche voy a tocar como si estuvieras conmigo! ¡Para que recuperes tu fuerza de toro, tu aliento de toro, tu corazón de toro bravo! ¡Abuelo, me gustaría que volvieras a ser el hombre joven y lleno de fuerza que fuiste tiempo atrás!*

Rosita interviene y suplica:

—Para, Calipso, está llorando como un niño. ¡Cómo se te ocurre decirle esas sandeces en español!

—¡Porque quería hacerle feliz!

Calipso escucha a su abuela decir a Ulises: cálmate, cálmate, mañana por la noche va a tocar para ti, solo para ti.

Calipso enjuga sus lágrimas. Cada vez que habla con Ulises, se echa a llorar. Le gustaría cogerle de la mano y que se levantara, que tomara el primer vuelo para Nueva York. Llena su boca de aire y empieza a tararear las notas de la *Primavera*, susurra los primeros compases y hace un ruido como el de un bombardero que se divisa en el horizonte, que se acerca, se acerca. Se quita las sandalias de una patada, sus pies golpean la roca plana, hace amago de deslizar el arco por las cuerdas del violín, las notas la transportan. Se inclina sobre el teléfono, escucha un gruñido feliz y un conato de palabras que resuenan.

—*¡Abuelo!* ¡Has hablado! Has dicho *no, no...* Querías decir *bueno*, ¿eh?

Sus pies desnudos siguen el ritmo de su alegría.

Rosita ha cogido el teléfono.

—¿Lo has oído, *abuela*? ¡Ha hablado!

—¡Es magnífico! Te mando un beso fuerte, un beso de los dos, te llamaré mañana por la noche después del concierto, ¡que Dios y todos los santos te bendigan!

Calipso hace la señal de la cruz en su frente, en su pecho y en sus hombros. Hay que prolongar ese instante lo máximo posible, hacer resonar las «oes» que Ulises acaba de pronunciar, derramarlas en los últimos rayos del día que declina, en la mancha de musgo verde en medio de la roca gris, en los ladridos de un perro que parece a la vez excitado y miedoso, absorberlo todo, mezclarlo todo, porque se siente lo

suficientemente fuerte para soportarlo todo.

Oye un ruido de pasos y se da la vuelta.

Un hombre está ahí, mirándola.

En un primer momento no le reconoce y retrocede atrapando el violín, su estuche, sus zapatos. Una de las sandalias se le escapa de las manos y rueda a los pies de la piedra. Estira una pierna para alcanzarla, bascula, duda si dejar su violín, estira el cuello y reconoce al hombre.

Es el hombre del billete de cien dólares.

Él se acerca. Recupera la sandalia, la dobla entre sus manos.

—¡No tenga miedo!

—No tengo miedo.

—La he oído cantar.

—No cantaba para usted.

—¿Y dónde toca usted, señorita?

—¿Por qué quiere...?

—Respóndame.

Hay un tono imperioso en su voz.

—¿Y si no qué...? —pregunta Calipso.

—La seguiré a todas partes.

Calipso sonrío.

—¿Sería capaz?

El hombre asiente y también sonrío. Esa sonrisa la desarma y deja escapar sin pensar:

—Mañana voy a tocar en la Juilliard School, a las siete de la tarde, en el gran anfiteatro.

—¿Y puedo asistir?

Ella asiente con la cabeza.

—Entonces allí estaré... Muchas gracias, señorita.

—Dejaré un asiento a mi nombre para usted. Calipso Muñoz.

—Gracias.

Alarga el brazo y deposita la sandalia en la mano tendida de Calipso. La sandalia junto con dos billetes de cien dólares.

Calipso rechaza los billetes. Y él lo deja todo encima de la roca.

—No los quiero. Me da vergüenza.

Ella tiene un alto concepto no tanto de sí misma como de su talento. Estima que vale más de doscientos dólares.

—Y sin embargo los necesita, ¿no es así?

Ella no responde.

—Tiene razón, es muy poco comparado con su talento.

Se quita el sombrero en su honor y, de pronto, su aspecto parece muy joven sin el sombrero. Él se aleja sin volverse.

Una mujer pasa, empujando un cochecito y reprendiendo a una niña que camina demasiado despacio.

La chiquilla lleva una varita mágica en la mano y va golpeando los matorrales. Como si pudiera transformarlos en dragones o mariposas. Saca la lengua y se concentra.

Los billetes continúan pegados a la suela de la sandalia y la roca.

Calipso los contempla, vacila. Podría hacer tantas cosas con esos doscientos dólares... La niña se da la vuelta al llegar al final del sendero. Agita su varita mágica, la hace girar y la apunta hacia ella. ¡Abracadabra! ¡Los billetes son para ti!

Calipso le sonrío, salta de la roca plana y atrapa los billetes.

Esa noche, la noche del 29 de abril, víspera del concierto, mientras permanecen despiertos en la enorme cama, Hortense murmura en la oscuridad:

—Nada nos obliga a hacer siempre cosas imposibles, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Tenemos derecho a decirnos si algo va demasiado deprisa o a hacer un alto sin que eso signifique que nos tiramos los trastos a la cabeza.

—De acuerdo.

—¿No lo olvidarás?

—No me olvidaré.

—Sigo siendo tu chica.

—Deberías dormir, Hortense.

—Solo quería estar segura...

Shirley ha esperado a que Gary y Hortense se fueran a dormir para deslizarse detrás de la barra de la cocina. Abre la puerta de la nevera. Una luz azulada y temblorosa ilumina el interior, habría que cambiar la bombilla, se dice dándole un pequeño golpecito para que la bombilla deje de temblar.

No consigue dormir. Se tomará un poco de jamón o de queso fresco. Una manzana verde. Unos trocitos de beicon. Un plato de pasta sobrante que pueda recalentar.

Lo que sea con tal de hacer funcionar sus mandíbulas y sus pensamientos. Algo que en ella suele ir unido.

¿Cuándo fue mi última crisis sentimental? ¿La última vez que ya no entendía nada de mí misma, y no paraba de dar vueltas como una cabra atada a una estaca?

Descubre un queso naranja en lonchas envuelto en celofán, un yogur de arándanos. La mitad de un muffin. Una lata de sardinas. Eso debería servir. Masticar y pensar. Masticar y pensar. Tratar de resolver el misterio. La última vez, permanecí encerrada en casa durante varios días hasta que conseguí salir con igual determinación que ese viejo Sherlock Holmes. Había encontrado al culpable. Iba a detenerle, a meterle en el calabozo. Creía que estaba curada.

Pero no estoy curada.

El culpable aún vive. En mi interior. Lo hospedo, lo alimento, lo lavo, todo a mi costa. Y a cambio, él me tortura con total impunidad.

Continúo enamorándome de hombres prohibidos. De aquellos a los que sobre todo no hay que

acercarse por miedo a salir escaldada. Como si no me diera ninguna oportunidad. Como si me prohibiera cualquier posibilidad de ser feliz.

Y sin embargo he tratado de liberarme.

A menudo.

Y he fracasado.

Siempre.

De vuelta al calabozo.

Sin encontrar la solución.

El queso no sabe a nada, tiene la impresión de masticar un chicle malo. Cuando era pequeña, su padre le prohibía mascar chicle. Ella los recogía de la calle, los lavaba con cepillo y jabón, añadía un poco de azúcar y ¡alehop!, los masticaba. No soportaba que nadie le diera órdenes.

Distingue un tarro de mermelada de fresa en la encimera y unta un poco en el queso. Sé sincera, se dice masticando la pasta blanda y azucarada, ¿te imaginas a Philippe a tus pies, concediéndote tus menores deseos, suplicándote que le quieras, que le tomes en consideración? No está mal el queso con fresas. No, le mandaré al diablo.

No estoy enamorada de Philippe, sino de la situación: un hombre totalmente prohibido. Como el chicle.

Ya sé, suspira dando un nuevo bocado al blando cheddar con fresas, todo eso lo sé. Debería consultar a un doctor del alma. Me tendería sobre su diván y le hablaría.

No, no podría. No podría nunca.

No podría nunca decirle que mi madre se llama Isabel, reina de Inglaterra, que mi padre fue su gran chambelán. Que se querían con un amor loco y concibieron un hijo. A mí. La hija pirada que solo se enamora de hombres imposibles. Me quedaré detrás de la encimera rumiando el queso con fresas. Rumiando, rumiando hasta que la luz se haga en mi noche interior.

En esa mañana del 30 de abril, el sol se eleva con gran pompa como si supiera que es un día especial. Juega con las baldosas mientras los pájaros se desgañitan en los árboles. Gary abre los ojos diciéndose que hay algo extraordinario en ese día, un acontecimiento que espero, un acontecimiento majestuoso, ¿de qué se trata?

Es entonces cuando recibe la sonrisa deslumbrante de Hortense.

—¡Buenos días, Gary Ward!

—¡Ah! Eres tú, Hortense Cortès.

—¡Viva la primavera y mierda para esta noche!

—¡Esas tenemos! ¡Y es esta tarde!

Gary bosteza, se rasca el torso, levanta un codo para atrapar una almohada, se envuelve en la sábana, ordena:

—¡Ven a mi lado, mujer!

—Esta noche vas a tocar delante de la *crème de la crème*.

—Y tú, muy pronto, volarás a París.

—Resumes bien la vida.

Se abrazan. Ruedan bajo la sábana, ruedan por la cama.

—A partir de ahora vamos a envejecer de golpe. Luego nada será igual.

—«¡Oh, tiempo, suspende tu vuelo!» —declama Gary, grandilocuente.

—No te rías. ¡No es algo banal!

—¿Has visto mi corbata negra? No la encuentro.

—Ni idea.

—¿Nos veremos en la escuela? ¿Podrías ocuparte de mi madre? Me vendría bien. Parece una sonámbula. ¿Qué le pasa?

Ella le muerde el labio, se aparta, él la atrapa, la inmoviliza, se coloca sobre ella. Ella enlaza las piernas alrededor de sus caderas, se balancea.

—Eres una devoradora de hombres, Hortense Cortès.

—¡Te equivocas! ¡Soy una devoradora de ti!

Míster G. ha pegado el oído contra la puerta de Calipso y trata de averiguar si se ha levantado o si todavía duerme. Le ha preparado un café bien negro. Como esos que bebía con Ulises entre los bastidores de aquel cabaret mugriento, Los Violones, en el bulevar Biscayne, en Miami. Ahí fue donde se conocieron, hace mucho tiempo, tanto que él aún no tenía bigote ni pelo en el mentón. Se hicieron amigos, en la vida y en la muerte. En la vida y en el amor. Nos queremos, amigo mío, decía Míster G. a Ulises, en todo caso yo te quiero. ¡Daría mis camisas más bonitas por ti! Ulises reía. Tomaba su violín y respondía con notas, Paganini en estado puro. Así era. Se querían, y eso era todo. Por encima de los años, las chicas y los tequilas.

Míster G. asoma la cabeza y ve que Calipso está levantada y habla con la violeta. Le hubiera gustado ofrecerle un ramo para conmemorar su gran noche pero tiene miedo de hacer el ridículo. Se dice que un ramo no cambia la naturaleza de un hombre, no le hace más masculino.

Abre la puerta del todo y hace su entrada preguntando a bocajarro:

—¿Has abierto el paquete? ¿El que procede de Miami?

Ella aún no ha terminado su conversación con la violeta. Habla con ella cada mañana. Es su ritual. Ella lo llama «meditar». Él lo llama «perder el tiempo». O «comerse el coco» cuando ha bebido de más.

Apoyado en el respaldo de una silla descansa su violín. Es esta tarde, es esta tarde, sueña ella bizqueando hacia él.

Se ha despertado notando un cosquilleo en la punta de los dedos. La angustia le agujonea la sangre como mil hormigas rojas. Esa mañana, no se dará una ducha. Cuando tiene un concierto cerca, no se moja nunca las yemas de los dedos para que la piel permanezca bien dura.

Su mirada se posa en el violín. La madera brilla como caramelo dorado, cuando le da el sol. Ahora descansa, flamante, confiado. Tiene ganas de cogerlo para disipar el nerviosismo que siente ascender dentro de ella, oh, no te hagas el duro, le dice con una mirada oscura, es por tu culpa por lo que la gente me detesta, ¿no lo sabes? Tienen celos, se preguntan: ¿cómo puede ella tener un instrumento tan bello, esa chica que no vale nada? ¿Quién se lo habrá pagado? ¿Lo habrá robado? ¡Si supieran! ¡Si conocieran a Ulises Muñoz y su asombroso destino!

Vuelve a centrarse en la violeta, los pétalos azules salpicados de motitas malvas y negras; en el

edificio del otro lado de la calle, la oxidada escalera de incendios dibuja rayas oscuras en la fachada de ventanas sucias y rotas. Suelta un suspiro y finalmente se da la vuelta. Está lista ya.

Míster G. permanece de pie en el umbral de la habitación. Lleva un cuenco de café entre sus guantes de cuero amarillo.

—No me has contestado... ¿Y bien?

—Eso significa que no te marcharás antes de saber lo que contiene...

—*Yes, m'ame.*

Ha adoptado el acento de los actores negros de las viejas películas de Hollywood. Esos que hacían el papel de entregados sirvientes, que ponían los ojos en blanco como dos bolas de billar.

—Viene de Ulises, ya lo sabes.

—O de Rosita.

—Es lo mismo.

—No necesariamente.

Calipso deshace el paquete poniendo cuidado en no desgarrar el papel.

—Con ellos nunca se sabe —indica—. Rosita ha podido meter confetis, granos de arroz o plumas.

—O una carta.

No hay ni confetis, ni granos de arroz, ni plumas, ni carta alguna dentro del paquete, sino un vestido. Un vestido largo de seda azul pálido, bordado con perlas blancas, que Calipso despliega con un frufrú de seda.

—¡Es magnífico! —murmura observando el diseño de perlas que forman flores, frutas y, sobre los hombros, dos pájaros de largo cuello que se doblan y desdoblán, adaptándose al movimiento lento de los hombros. Nunca he visto algo tan delicado. ¿Te has fijado, Míster G., en cómo el color de las perlas cambia con la luz? Parecen gotas de agua.

Calipso se da la vuelta para que Míster G. lo vea, pero este rehuye, estupefacto.

—¡Si solo es un vestido, Míster G.! Nunca has visto nada tan bello, eso seguro...

—No es un vestido cualquiera —masculla—, es la locura, es despertar al diablo. ¡Como si no hubiera ya golpeado bastante!

Y se santigua precipitadamente.

Calipso se echa a reír ante su cara asustada.

—Es un regalo de Rosita y de Ulises, que no quieren que esta noche tenga el aspecto de una desarrapada.

Toma el vestido en sus brazos y entierra su rostro. Respira un olor a perfume. Un olor que le llena la cabeza y la transporta lejos, muy lejos. Olfatea el tejido más a fondo y reconoce un rastro de mandarina, de naranja, un roce de pétalos de violeta y un poco más distante, si espera un poco, de jazmín pálido cuyas hojas tiritan, una rosa de damasco que se escurre, un poco de vainilla y de vetiver. Y también de madera de cedro que se eleva desde el fondo de un viejo arcón. Respira, con los ojos cerrados, como si recibiera la bendición de Ulises antes del concierto de esta noche.

Tendré que encontrar el nombre de este perfume.

El perfume del vestido azul bordado con perlas blancas.

Se yergue, busca a Míster G. con los ojos.

Pero este se ha marchado. Ha dejado el café en la mesilla de noche. Ha olvidado cerrar la puerta.

Más tarde, rebuscará entre el papel de seda. De todas formas resulta bastante extraño un vestido que llega sin una nota, y su mano encontrará un par de esarpines a juego con el vestido. Unos zapatos de fiesta en tejido azul noche adornados con finas perlas. Los tacones un poco desgastados, rozados, con algunos arañazos a los lados, como si su propietaria los hubiese frotado contra unas duras suelas de hombre, como si hubiera enlazado su rodilla entre las rodillas de un enamorado, pegándose a él, reclamando su parte. Los zapatos de una mujer ávida, de una mujer golosa. Con una tira abrochada a un pequeño botón de nácar a punto de caerse. Calipso lo levanta con la uña, se parece a una granada de mano a la que hubieran quitado el pasador.

Son de su talla. Como en un cuento de hadas, bailaré hasta medianoche y, cuando suenen las doce, me convertiré de nuevo en ratón.

Pero eso será después. Ahora mismo no es mi prioridad.

Enlaza el vestido, da vueltas, se para y hace una reverencia delante de la violeta.

—¿Habéis tenido noticias de Heather? —pregunta Hortense a sus colegas del Café Viand.

En honor a Gary, Jessica, Astrid y Rosie han aceptado trasladar la cena del lunes a un almuerzo rápido. Todas asistirán al concierto de esa tarde, lo han prometido.

—Sí —responde Jessica—, ha encontrado un apartamento en Santiago y va a invertir en una empresa de Internet. No he comprendido exactamente en qué, pero se lo puedo preguntar si tienes interés. Hablamos a menudo a través del Skype.

—Se ha fijado un plazo de seis meses para triunfar, pero se arriesga a quedarse corta —apunta Rosie.

—¡Con ella todo va siempre muy deprisa! —subraya Astrid.

—Conmigo también, me arriesgo a que todo se desarrolle rápidamente —replica Hortense—. ¡Podéis estar seguras de que llevaré mi empresa a un ritmo infernal!

—El otro día me crucé con Frank —comenta Jessica—, se puso verde manzana cuando le dije que volvías a París para lanzar tu propia marca. Que habías encontrado un rico financiero e ibas a diseñar tu primera colección. Se quedó lívido. Si hubiera podido le habría vaciado todo un contenedor de buenas noticias en la cabeza solo para ver su cara de estupor. A punto estuvo de enfermar ahí mismo. He sabido a través de Malcolm que estuvo echando chispas durante tres días. Acidez de estómago, náuseas. ¡Bien hecho! ¡Nos vengas un poco a todas!

—Es un tío muy previsible: o te explota o te ladra en la oreja. No hay mucho más donde elegir —alega Hortense.

—Según parece, el pobre Scott ha tenido que aguantar su mal humor. Siempre detrás de Malcolm. Pero eso no parece haberle afectado. Se le ve contento como un reyezuelo y al parecer está en plena metamorfosis. Ha cambiado de corte de pelo, de ropa, ha eliminado su caspa... ¡Hay una mujer detrás!

—O un champú —apuntilla riendo Hortense.

Rosie se ruboriza y se esconde tras el menú del día.

—Dinos..., ¿no estarás ocultando algo? —pregunta Jessica mirándola.

—¡En absoluto! ¿Cómo puedes pensar algo así?

—¿Pensar qué?

—Bueno..., cuando dices que hay una mujer...

—¿... Y tú te sonrojas como una joven virgen? ¿Así que eres tú la mujer fatal que ha seducido a ese gran pánfilo casoso?

—¡No es ningún pánfilo! Es un...

—¡Has perdido! Hoy te toca pagar a ti. ¡Nos has ocultado una información capital! Esa es la regla.

Rosie refunfuña que no es el momento, que no ha terminado de pagar su préstamo, y además con Scott solo está empezando.

—¡Sí, pero la cosa está en marcha y tú sin decir nada! ¡Una ronda para todas, voy a pedirme lo más caro y tú nos contarás tu primer orgasmo con el bueno de Scott!

—Es que... por ahora...

—¿Aún no habéis consumado?

Rosie sacude la cabeza, afligida.

—Nos enviamos correos y nos vemos los sábados por la tarde.

—A este paso no va a quedar ni un alma en nuestras reuniones de los lunes —observa Jessica—. Fuera Hortense, fuera Heather... y, si Rosie se casa, se irá a vivir a las afueras. ¿Habéis elegido ya casa? ¿Con o sin piscina?

—Pero si no hay nada hecho todavía... —protesta débilmente Rosie.

Jessica se vuelve hacia Astrid:

—Vamos a quedarnos tú y yo solas.

—Acogeremos nuevos miembros. Espera, mi hermana Antoinette, iba a pasarse un momento por aquí, ella...

—¿La bomba sexual? —pregunta Rosie, encantada de dejar de ser el centro de la conversación.

—Necesita algún atuendo elegante para ir a firmar su contrato con el agente, quiere estar deslumbrante para hacer saltar las tarifas. Le he hecho una selección.

—Me muero por verla —dice Hortense—. ¡Solo para constatar que no nos has mentido!

—No te decepcionará. ¡Agarraos los cinturones, chicas! Vais a ser proyectadas a otra dimensión.

—¿Por qué tienes que irte a París? —suspira Rosie, que de pronto se ha puesto triste ante la idea de la marcha de Hortense.

—Porque así es como funciona todo. No puedo hacer nada. Pero volveré. ¡Y os prometo que formaréis parte de esta aventura porque sois las mejores!

—¡Eso es cierto! —claman Jessica y Astrid.

—¡Voy a necesitar vuestra ayuda! Quiero que mi éxito sea internacional.

Hortense dibuja una torre Eiffel en la servilleta de papel, la adorna con una bandera francesa, la recorta haciendo crujir el papel, la engancha en su tenedor y exclama, audaz:

—¡Ahora nos toca a nosotros dos!

Oye un eco detrás de ella, una voz que le responde:

—Rastignac, *Papá Goriot*. Final del libro. «Y como primer acto de desafío a la sociedad, Rastignac fue a comer a casa de la señora de Nucingen». ¡Vaya cambio! Y en una última línea, la situación da un

giro radical, el corazón se impone y el estudiante abandona sus sueños. ¡Qué ferocidad! ¡Qué modernidad! Me encantó ese libro, lo analicé hasta devanarme los sesos. Balzac es un auténtico vaquero, y a su lado John Wayne es un enano, ¡saca tu pistola, Johnny, estás muerto!

Hortense se vuelve lentamente, se pregunta si no será Junior quien ha venido a conectarse a sus ondas y chisporrotea esperando que ella se conecte, tuerce ligeramente la cabeza para asegurarse, se gira un poco más y se encuentra frente a una chica tan impresionante que las palabras salen balbuceantes de su boca.

—Tú..., tú...

Ya no sabe hablar. Querría decir: eres la hermana de Astrid, pero titubea. Se queda mirando la mano que le tiende la diosa frente a ella, con miedo de aferrarla. Hace un esfuerzo.

La chica se presenta como Antoinette.

De metro ochenta y dos de estatura, piernas que ascienden en oriflamas hacia el cielo, delgada, graciosa, flexible, pecho redondo, duro, que tensa la tela del traje barato, un par de nalgas que lo rellenan del otro lado, articulaciones tan delicadas que uno tiene ganas de adornarlas de brazaletes de oro fino, una piel que emite destellos, cabellos lisos, castaños, nariz recta, una boca tan brillante como un puesto de frutas rojas y sobre todo, sobre todo, unos ojos azul turquesa ribeteados por gruesas pestañas negras en los cuales uno desearía sumergirse y no regresar jamás. Unos ojos que engullen. Esa chica es un abismo de belleza. ¿Cómo creer que los hombres se queden indiferentes después de haberla visto?

Hortense se rehace, toma la mano que le tiende. Balbucea: ¿qué tal?, yo soy Hortense. La aparición sonrío, descubriendo unos dientes resplandecientes, y añade:

—¡Ah! Tú eres Hortense, *the French girl!* ¡La que quiere conquistar el mundo con sus trajes!

—Esa soy yo.

—¡Entonces no resulta tan sorprendente que cites a Balzac!

—¿Te ha dicho Astrid que me marché a vivir a París para lanzar mi propia casa de modas?

Antoinette asiente con la cabeza, divertida.

—«El hombre que en la moda solo ve moda es un necio. La vida elegante no excluye ni el pensamiento ni la ciencia, más bien las consagra». ¡De nuevo Balzac!

—¿Lo sabes de memoria?

—No. Pero cuando leo algo que me gusta, lo retengo.

—¿Y te ha dicho tu hermana que he encontrado un tejido revolucionario que va a cambiar la moda?

Antoinette asiente de nuevo.

—Me encanta la palabra «revolucionario».

—Entonces, trabaja para mí. Si nos aliamos, nada se nos resistirá. Contigo estoy segura de triunfar. Te daré un porcentaje de los beneficios. No serás solamente una gran maniquí, te convertirás en una mujer de negocios, rica y libre. El mundo entero estará a tus pies.

—Me trae al fresco el dinero. Me trae al fresco tener el mundo entero a mis pies. No necesito nada salvo la cultura y la libertad. Trabajaré para ti si lo que haces me gusta.

—Sin embargo tendré que pagarte, hacerte un contrato.

—Ya nos arreglaremos.

—¿Y entonces?

—Adoro aprender. Es mi droga. Adoro acumular conocimientos igual que a otros les gusta ir de compras. Cuando uno sabe, puede cerrar el pico al mundo entero y este te respeta. Así que sorpréndeme, enséñame mil cosas nuevas. Descríbeme la moda, el lujo, los reyes, Versalles, María Antonieta, cuéntame la historia de los primeros talleres de costura, de los más bellos tejidos, del porqué del estilo, del porqué de la elegancia y habrá negocio.

—Bueno, si eso es lo que... —balbucea Hortense, que se ha quedado sin argumentos y empieza a preguntarse de dónde va a sacar todos esos conocimientos.

—Eso es lo que yo quiero. ¿Sabes de dónde vengo? ¿Te lo ha contado Astrid? No vengo precisamente de Park Avenue sino de la jungla. No intento ser feliz ni caer en todos esos estremecimientos que rodean la felicidad, prefiero la vida con sus heridas y sus obstáculos. Donde yo nací, seguir con vida es toda una proeza, sobre todo cuando eres una niña, cuando no tienes padre, ni tío ni hermano mayor que te proteja y haces que los hombres imaginen el paraíso cada vez que mueves las nalgas.

Luego se vuelve hacia Astrid y le pregunta con voz suave:

—¿Me has encontrado algún atuendo para que neutralice a ese pequeño blanco arrogante que pretende darme gato por liebre? He leído el contrato y se está burlando de mí. ¡Voy a tener que someterle! Los hombres son agotadores, pobres miguitas sin cerebro que se creen Zeus. ¿Podrías pedirme un postre de chocolate, hermanita? ¡Tengo hambre!

Gary consulta una vez más la hora de su reloj y se tensa. Las cuatro y catorce minutos. En menos de tres horas, estará en el escenario. Ha buscado refugio en su cabaña de Central Park. Siempre acude allí en los momentos importantes. Sus piernas le conducen al lugar sin que sea consciente. Ya entre en el Parque por la parte norte, por el este o por el oeste que, para su estupor, siempre termina sentado sobre los tablones de la cabaña de troncos.

¿Estaré nervioso?, se pregunta sumergiendo la mano en el bolsillo para acariciar la corbata negra que ha encontrado en el armario de Hortense. Estaba colgada con dos chinchetas, haciendo de soporte para colgar sus pañuelos. La ha planchado con esmero pero la punta tiende a levantarse.

Cierra los ojos y comienza a repasar la partitura de la *Primavera*. Repite varias veces la primera frase, aquella que es tan importante. Si la estropea, todo el resto quedará desequilibrado. Evoca la música, abandona sus dedos al tacto del teclado, a los cambios de posición, canturrea, retoma un pasaje, un compás difícil, *mi, sol, fa, fa* sostenido, *mi*, vuelve a abrir los ojos, imagina la sala de conciertos vacía, el silencio reinante, el largo piano de cola, las butacas plegadas. Las luces que se encienden poco a poco, el bullicio que aumenta, las puertas que se abren, la gente que entra y se acomoda. Muy pronto atravesará el escenario, irá a sentarse al piano, Calipso se colocará cerca de él y las primeras notas de su violín resonarán.

Calipso.

Las palabras de Elena vuelven a su mente. *No has sabido crear la más mínima intimidad en todo un mes de ensayos. No sabes nada de ella y eso no te incomoda. Eres decepcionante. La intimidad debería interesar tanto a los hombres como a las mujeres...*

¿Será cierto que nunca le he preguntado nada a Calipso?, se pregunta dejando correr sus dedos por las rodillas. Sí, es cierto. ¿Por qué nunca hago preguntas? ¿Ni a Calipso, ni a Hortense, ni a nadie? Me conformo con vivir al día, con estudiar piano, con hacer bailar las notas en mi cabeza, con tomar mis cereales, con abrazar a Hortense. ¿Seré un hombre frívolo? ¿Un hombre superficial? ¿Acaso es tan importante hacer preguntas? Elena parece creer que sí, y ella posee la ciencia de los espíritus viejos y sabios.

Esa mañana ha recibido un correo de Superabuela en el que le desea lo mejor para esta noche. «*All the best, my boy!*». ¡Un correo de Superabuela! ¡Ha aprendido a mandar mensajes! Qué mona, aunque a veces pueda ser un tanto maliciosa bajo esa máscara de polvos blancos. Los dos tienen una contraseña para comunicarse, ella firma Superabuela en francés y él, El Gato con Botas. Ha pensado en él. Esa idea le conmueve. Quiero mucho a Superabuela. Nunca he pensado en hacerle preguntas. Ella lo encontraría «inapropiado». Superabuela utiliza términos púdicos, llenos de precaución.

El piano habla al violín, el violín responde al piano. ¿Y si soy incapaz de comunicarme más que tocando el piano? Como Chopin cuando se dirigía a George Sand y le hablaba de su amor, de su rabia, de su irritación.

¿Por qué nunca hago preguntas?

La única vez que me atreví a preguntar fue en esa famosa tarde en Edimburgo en la que conocí a mi padre. Él nunca me contestó. Se saltó la tapa de los sesos esa misma noche. No sin antes haberme dejado una carta en la que me legaba su castillo de Chrichton. Mi padre tenía litros y litros de alcohol en el cuerpo. Le encontraron tirado en el desvencijado sofá del vestíbulo, muerto. No lo supe enseguida, no fui a su entierro. Me enteré mucho más tarde por una carta del notario.

Cuando dejé la estación de Edimburgo detrás de mí, después de esa entrevista fallida en el Bow Bar, me hice la promesa de no intentar tener noticias suyas, de dejarle pudrirse en sus barriles de cerveza. No quería volver a saber nada de él.

Y sin embargo, recuerdo cada palabra. Cada detalle, cada replica de ese día en el que la señora Howell me llevó al pub para conocerlo.

Duncan McCallum era un gigante, tan alto como ancho, de rostro rubicundo y abotagado. Sus ojos parecían inyectados en sangre y era imposible distinguir su color. Tenía los dientes amarilleados por el tabaco y le faltaba uno delante. Su vientre se desbordaba sobre un viejo kilt verde y azul, la chaqueta y el chaleco negros estaban llenos de manchas y de los calcetines altos colgaban dos ridículos pompones rojos a los lados. Un viejo payaso, había dicho la señora Howell, un viejo payaso exhibiendo sus cicatrices.

—*Hey!* ¡Inglesa! —había exclamado Duncan McCallum al verlos entrar en el pub—. ¿Quieres llevarme de nuevo a casa?

Luego su mirada se fijó en mí y rugió:

—¿Y tú, quién eres?

Tuve que aclararme la garganta, incapaz de hablar.

—¿Estás con la vieja inglesa?

—Yo..., yo...

—¿Se te ha comido la lengua el gato o es que la vieja te la ha cortado? —se había reído Duncan McCallum volviéndose hacia el camarero que estaba detrás de la barra—. No hay que fiarse de las mujeres, ni siquiera de las viejas, ¡si te descuidas te cortan la lengua, cuando no te cortan otra cosa!

Había soltado una carcajada al tiempo que alzaba su jarra de cerveza.

—¿Bebemos, chico, o piensas quedarte mudo?

Yo me había acercado y la señora Howell había susurrado:

—Duncan, te presento a tu hijo, Gary. ¿Recuerdas que tienes un hijo?

—¡Que si me acuerdo, vieja! Tú me lo recordaste la otra noche cuando estaba demasiado borracho para volver a casa.

Entonces sus ojos volvieron a posarse en mí. Se dirigió al camarero detrás de la barra:

—¡Tengo un hijo, Ewan! ¿Qué dices a eso?

—Digo que está muy bien, Duncan.

—Un McCallum... ¿Cómo te llamas, chaval?

—Gary.

—¿Gary qué?

—Gary Ward, pero...

—Entonces no eres hijo mío. Los McCallum no cambian de apellido como hacen las mujeres cuando se casan. ¡Siguen siendo McCallum el resto de su vida! Ward es un apellido inglés, me parece. Me acuerdo de una inglesa que decía que la había dejado embarazada, una chica ligera de cascos, ¿es tu madre?

No le respondí.

—Es tu hijo —había insistido La señora Howell con voz suave.

—¡Si se llama Gary Ward, no tengo nada que ver con él!

—¡Pero si no le reconociste cuando nació! ¿Cómo quieres que se llame?

—¡McCallum! ¡Como yo! ¡Qué cosas tiene la vieja!

Y se había dirigido a los hombres del pub que estaban viendo un partido de fútbol en la televisión frente a sus jarras de cerveza.

—¡Oíd, colegas! Al parecer tengo un hijo. ¡No debe de ser el único! La semilla de los McCallum ha preñado a muchas mujeres. Y bien contentas que estaban ellas de abrirse de piernas...

Yo me había sonrojado. Solo pensaba en una cosa: marcharme de allí. La señora Howell me retuvo agarrándome de la manga.

—Tienes un hijo, Duncan McCallum, está delante de ti. ¡Deja de comportarte como un borracho y habla con él!

—¡Cierra el pico, vieja! Eso debo decidirlo yo. Ninguna mujer ha decidido nunca por un McCallum.

—Señor —murmuré acercándome—. Sentémonos y hablemos.

McCallum se echó a reír.

—¡Sentarme contigo, Gary Ward! ¡Yo no he bebido nunca con un inglés! ¡Entérate y aparta tu mano de mi brazo o te parto la cara de un puñetazo!

—No eres más que un pobre diablo, Duncan McCallum —le había increpado la señora Howell—. No mereces tener un hijo. Venga, Gary, nos vamos.

Y salimos de allí.

Más tarde, supe que Duncan McCallum había puesto fin a sus días esa misma noche disparándose un tiro en la boca, tendido sobre el desvencijado sofá de la entrada del castillo. Así hizo honor a la vieja divisa de sus ancestros: «Solo cambio al morir».

Advierte una ardilla que le contempla, prudente, desde la puerta. Lleva su larga cola gris abierta en paraguas sobre la cabeza. Las ardillas pululan por los parques de Londres. Él lo sabe bien, tenía la costumbre de pasearse solo por Hyde Park cuando su madre se reunía con su amante en el hotel. Ella le decía: voy a ver a un amigo, le ordenaba que se portara bien y que se quedara sentado en el vestíbulo, pero, en cuanto desaparecía por el ascensor, él se largaba. Corría al parque. Conversaba con las ardillas, las alimentaba, las observaba. Estas se movían como canguros y corrían como ratas. Era capaz de permanecer inmóvil tanto tiempo que una ardilla se acercaba a comer en su mano. Y luego otra y otra. Peleándose entre ellas. Sus garras le arañaban la palma apoderándose del cacahuete o del trozo de pan. Luego se marchaban corriendo lanzando miradas furtivas para verificar si alguien las seguía. Como los ladrones.

Vuelve a verse, encogido, tratando de contener la respiración con el fin de no asustar a la ardilla que viene a comer en su mano. Experimenta una auténtica ternura hacia ese niño que erraba por el parque. Siente ganas de hacerle preguntas. Tal vez si le hablara, podría conversar más fácilmente con otras personas.

Es una idea.

Esta tarde tocará en honor de ese niño pequeño.

Le pedirá que le haga la primera pregunta.

¿Cómo su madre podía dejarle solo en el vestíbulo de un hotel para reunirse con su amante? ¿Cómo era posible que hiciera algo así?

En París, ese 30 de abril, Junior Grobz está triste.

Una languidez indescriptible se ha apoderado de él, arrebatándole el preciado apetito que motiva su vida y le permite avanzar sin descanso. Junior Grobz ya no tiene ganas de nada. Las comisuras de sus labios decaen, sus hombros se encogen, su nariz se alarga, se marchita. Ni sus investigaciones en curso, ni sus pensamientos, ni su espíritu malicioso y vivaracho consiguen animarle. Siente una tristeza en el alma. Se acurruca en una esquina de su despacho chupando la punta de la pieza de tela blanda que le sirve como mantita de seguridad. La ha bautizado Butterfly. Y aunque Butterfly parece un viejo trapo, su material suave y usado le tranquiliza, le inspira, le permite sobrevolar la tierra y sus problemas, inventar nuevas quimeras que la mayoría de las veces transforma en realidad.

Junior Grobz cambia de posición y suspira.

—Ni siquiera he tocado el delicioso puré que madre me ha preparado para comer —dice en voz alta, disgustado por su falta de apetito—. Si pierdo el gusto por saborear sus platos, voy a acabar por debilitarme. La empresa familiar se desmoronará puesto que yo soy la llave maestra. ¿Quién, si no yo, sabría poner a punto un nuevo procedimiento, registrar una nueva patente, eh, Butterfly? Mi padre está mayor y mi madre no es lo suficientemente hábil para defenderse y relanzar la empresa. Todo recae sobre mis hombros.

El viejo trapo no responde. Junior interpreta su silencio como un consentimiento y se acurruca, desesperado.

Gracias al ingenio y al trabajo realizado por Junior, Casamia va camino de convertirse en un importante grupo industrial. Nada le asusta. Su curiosidad insaciable no conoce límites. Basta que le lancen un desafío para que el niño de seis años se remangue y, babeando de ingenio, se ponga a trabajar. Rodeado de libros, de pantallas, de tabletas, de pizarras en las que anota la progresión de sus pensamientos, calcula, garabatea, tacha mientras largos hilillos de saliva demuestran el ardor de su búsqueda.

—¡Pero para eso, Butterfly, hace falta tener ganas, espíritu luchador, rabia, ferocidad! Y de eso, ya ves, estoy vacío, flojo, flácido como un torpedo sin espoleta. Ya no sirvo para nada. ¿Tal vez sea la soledad lo que me afecta? Demasiada soledad aniquila la grandeza de la soledad. Igual que la dieta puede acabar con el cuerpo que la sigue durante mucho tiempo, o la caridad sin discernimiento perjudica a aquel que la cultiva.

El viejo trapo permanece mudo. Junior lo estruja y lo retuerce con todas sus fuerzas para extraer el jugo y hacer surgir un principio de respuesta.

—Necesitaría un cómplice. ¿Estamos hechos para vivir solos como yo lo hago? ¿Tú qué dices? ¿Existe una soledad perfecta y otra imperfecta? ¿Una fecunda y otra estéril? ¿Qué decía nuestro querido Pascal? Voy a tener que releer sus reflexiones sobre la diversión...

Continúa succionando su viejo trapo y conjeturando.

—¿Sabes una cosa, Butterfly? Echo de menos a Hortense. Voy a llamarla y sugerirle que adelante su regreso a Francia.

Junior marca el número de Hortense. Casi inmediatamente un calor familiar le inunda el alma, se yergue, alisa su pechera, deja a Butterfly en una esquina de la mesa, estira las piernas sobre la mesa, se aclara la garganta, adopta un aire alegre con el fin de estar dicharachero cuando ella descuelgue.

Las primeras palabras de Hortense le descolocan y titubea, dispuesto a recaer en la melancolía.

—¿Quién es? —aúlla ella al aparato.

—Hola, Hortense querida, soy yo, soy Junior.

—¿Quién? ¡Hable más alto, estoy en pleno peinado de moño rosquilla!

—¡JUNIOR!

—Ah..., ¿qué pasa, mi querido pequeñín?

Ante esas palabras, Junior se retuerce de alegría, se rasca los dedos de los pies, los separa, los ondula, da volteretas mientras mantiene el teléfono pegado a su oreja izquierda.

—Necesitaba oír tu voz. Creo que estoy enfermando por tu ausencia.

—Me halagas...

—Deberías sentirte emocionada, hermosa mía, no halagada. Estoy hablando de amor, no de amor propio.

—Para mí son lo mismo. ¿Has enviado un mensaje a Gary? ¡Esta noche es su gran noche! ¡Espero que no te hayas olvidado!

—Iba a hacerlo.

—¡No te olvides, por favor!

—Prometido.

—Te voy a hacer feliz, querido Junior: ¡regreso a París!

Al oír esas palabras, Junior se llena de alegría, retoma sus volteretas, su rascado de dedos, sus cloqueos de pavo real en turgencia.

—Regresas a París —consigue articular henchido de alegría.

La felicidad ha impregnado su frente de gotitas de sudor. Coge a Butterfly y se seca las sienes. Apenas escucha cuando Hortense le explica que ha encontrado un banquero, o más bien una banquera, que va a financiar su primera colección.

—Y para eso, es necesario que vuelva a ser parisina. La creación solo tiene lugar en París.

—¡Qué maravilla! —gorjea Junior entre dos espasmos.

Ella suelta un grito y se escucha: ¡Mimi! ¡Ten cuidado! ¡Vas a arrancarme el cráneo!

—¿Quién es esa Mimi que te regaña mientras me hablas?

—Meme. Se escribe Meme y se pronuncia Mimi. Es una refugiada de Corea del Norte. Es una mujer exquisita que me está haciendo un moño rosquilla para esta noche. Acaba de clavarme una horquilla en la cabeza hasta hacerme sangrar.

—¡Dile que pare inmediatamente o la neutralizo con un golpe de microondas!

Hortense se echa a reír y Junior escucha a la tal Mimi reírse y lanzar un *Hello Junior! Nice to hear from you!*²⁴ Halagado de tener un público de mujeres entregadas, adopta rápidamente su papel de hombre culto.

—En este momento estoy estudiando a Kant y Spinoza, su concepto de la libertad..., y muy pronto atacaré a Schopenhauer.

—¡Como Antoinette! ¡Qué curioso! —comenta Hortense.

—¿Quién es Antoinette?

—Ya te lo explicaré.

—Tengo ganas de leer a Schopenhauer a causa de una frase. ¿Quieres saber cuál?

—¡Un poco más alto, Mimi! ¡Despeja bien la frente! ¡Y las sienes también!

—Presta atención, Hortense: «El problema de los hombres es que confunden los límites de su saber con los límites del mundo. ¡El mundo es mucho más vasto! Hagamos funcionar nuestra imaginación». Schopenhauer piensa, al igual que Einstein, que inventar es más importante que saber. Uno se limita con el saber, nunca con la imaginación. Estoy metido en un proyecto portentoso y...

—Lo sé, Junior, lo sé.

—Invento. ¡Pero invento tan bien que eso se transforma en realidad!

—Yo también.

—He inventado un tejido fotovoltaico compuesto por minúsculas células que generan electricidad. Como cuando abres las cortinas y tu habitación se ilumina, o cuando limpias tu móvil con la manga de tu jersey y lo recargas. Voy a lanzar toda una línea de tejidos de mobiliario con ese nuevo procedimiento. ¡Casamia va a hacerse rica! Padre está muy contento con todos mis proyectos, aunque a veces le cuesta seguirme, pero...

—¡Yo también! ¡Yo también estoy en la misma onda, Junior!

Pero Junior no la escucha. Aliviado por las palabras reconfortantes de Hortense y su regreso inminente, su espíritu galopa libre por las vastas planicies de lo posible que él descifra mientras habla.

—También he encontrado un tejido de algodón que absorbe el agua. Puede retener hasta un trescientos cincuenta por ciento de su peso en agua. Con ese algodón, fabrico una tela de lona para los países cálidos. De ese modo la lona absorberá la humedad de la noche y la expulsará durante el día. ¡Un chollo para los pueblos que viven en el desierto!

—Yo he descubierto un nuevo tejido que...

—Y aún tengo toneladas de ideas como esa. ¡Y muchas otras todavía más locas!

—¡Pero escúchame, Junior! ¡Te ordeno que me escuches! He encontrado un tejido que oculta la grasa, la escamotea, la disimula. Una especie de tejido entrelazado. Es perfecto, Meme, perfecto. ¡Un golpe de laca y ya está! Y voy a necesitar tu ayuda para desarrollarlo. Tienes que ayudarme como sea.

—¡Entonces trabajaremos juntos! —exclama Junior—. ¡Me siento renacer, hermosa mía! Aquí enclaustrado empezaba a aburrirme. No tengo a nadie con quien hablar. Mi cabeza va demasiado rápida para el hombre medio y me condena a una gran soledad. Mientras que tú, tú vas a cien mil por hora.

—Gracias, Junior.

—Tú eres incandescente, precisa, asombrosa.

—Gracias, gracias. Es bueno saberse apreciada...

—¡Vas a regresar, querida Hortense! ¡Vas a regresar! Vamos a poder casarnos.

—No tan deprisa. ¡Solo tienes seis años!

—¡Qué molesto resulta! Tal vez podría acelerar el tiempo...

—¡Ni se te ocurra sin pedirme permiso!

—De acuerdo.

—Además, está Gary. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Pero él es viejo.

—¡Solo tiene un año más que yo!

—Pero tú permanecerás siempre joven y bella. Yo envejeceré. Estoy a punto de desarrollar una fórmula para una crema increíble, he conseguido incorporar el oxígeno en la composición de un ungüento que regenera los tejidos envejecidos. Trabajo con la NASA que pretende utilizarlo para regenerar la piel en grandes quemaduras. A ellos no les importa que tenga seis años, hablan con mi cerebro, no con mi cuerpo de niño, no tienen ningún prejuicio.

—¿Entiendes de productos de belleza?

—Qué quieres que te diga: ya no sé en qué ocupar mi cabeza y la casa está atiborrada con mis experimentos, ya no hay ni una sola habitación libre. ¿Cuándo llegas a París?

—Aún no lo sé. Tengo que verme con mi banquera.

—¿Y quién es?

—La mujer que va a producir mi colección. Es algo serio. Se ha comprometido a financiarme y me ha dado carta blanca.

—¿Te fías de ella?

—Sí. ¿Y sabes una cosa? Es la misma de la que me hablaste en febrero cuando me dijiste que mi vida iba a cambiar gracias a ella. Tenías razón, una vez más.

—Perfecto, mi bien amada. Estoy oyendo a mi madre acercarse, voy a tener que dejarte.

—Y no te olvides de enviar tu mensaje a Gary.

—Lo haré para darte el gusto, adorada mía, pero acuérdate de que ese hombre al que estimo y admiro sigue siendo un rival. ¡Que quede bien claro entre nosotros!

Hortense le asegura que lo ha comprendido y Junior cuelga, revigorizado.

—¡Qué mujer tan sorprendente! —exclama chupando la punta de su trapo.

Se siente de un humor alegre, ligero. Contempla el techo, sigue una sombra que corre y se divide en largos filamentos, miles de ideas se acumulan con un chasquido eléctrico. La tristeza que inundaba su alma ha desaparecido. Trabajará en el proyecto de Hortense, encontrará un fabricante para que ella pueda diseñar suntuosas colecciones y, los dos juntos, conjugarán sus energías y talentos y conquistarán el mundo.

—Madre —grita hacia la puerta entreabierta—, ¡tráeme un plato de espaguetis y un cordero asado!
¡Me muero de hambre!

En el salón, en una esquina de su mesa de trabajo, entre el amasijo de lápices, pinceles, cuadernos de papel blanco, lentejuelas, muestras de telas, tijeras, bocetos, Hortense ha dejado su estuche de maquillaje. Shirley, sentada delante de ella, con el rostro vuelto hacia la luz de la calle, se deja hacer sin protestar, los hombros encorvados, vacilando entre la resignación anunciada y un falso entusiasmo.

—¡Mantente erguida! —suelta Hortense—. ¿Te has puesto crema hidratante?

Shirley sacude la cabeza y se endereza.

—¿Sabes cómo vas a vestirte?

—Tengo un vestido y unos lustrosos zapatos negros.

—¿Cómo es el vestido?

—Pues un vestido.

—¡Pero Shirley! ¡Ningún vestido se parece a otro!

—Un vestido rojo muy recto. Un modelo de Hermès que mi madre me regaló hace mucho tiempo.

—Ah... ¿Babette te regala vestidos?

—No la llames así. No le pega nada.

De pronto Shirley tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¡Vaya, vaya! ¡No se te puede decir nada!

—No quiero que la llames Babette.

—¡Está bien! Lo retiro.

—Discúlpame, estoy cansada.

—Lo sé, lo sé, que si el desfase horario, que si esto y lo otro...

—¡Pero si es la verdad! —protesta Shirley, otra vez al borde de las lágrimas.

Hortense baja los brazos, superada.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Vamos a dejar de hablar. Voy a maquillarte en silencio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Quieres ponerte el vestido ahora para no arruinar tu maquillaje?

—No hace falta, tiene una cremallera.

—Está bien. Cierra los ojos y déjame hacer.

Hortense saca su polvera azul, pasa la borla por la nariz de Shirley que da un brinco en un acto reflejo de defensa.

—¡No tengas miedo! Voy a crear una base perfecta. Tengo polvos mágicos.

Shirley suspira:

—¡Pues vas a tener trabajo!

—Voy a pintarte una sonrisa.

—No siempre se puede reír con el alma resquebrajada.

—¡Tú estás lejos de eso!

—Ahora mismo me siento muy cansada, trabajo demasiado.

—¡Deja hacer a Philippe!

—¿Por qué me dices eso? —pregunta Shirley con tono casi agresivo.

—Porque él es el jefe, ¿no? Con Becca.

—Si tú lo dices...

Shirley tiene una sonrisa esquiva.

Hortense deja la borla en suspenso y la mira fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —responde Shirley—, salvo que yo tampoco estoy cruzada de brazos.

—Nadie te obliga.

—No.

—Entonces no te hagas la víctima, es desesperante. ¡Y deja ya de moverte!

La luz de la tarde neoyorquina ilumina los ojos azul pizarra de Shirley, acaricia los pómulos dorados de sus mejillas, resalta el arco de sus cejas, un estremecimiento de sus labios.

—¡Además eres muy guapa! ¿No te lo dice Oliver?

—¡Oliver me trae sin cuidado! —deja escapar Shirley con tono apagado.

—Eso es nuevo. ¿Por esa razón has perdido el norte?

—Puede que sí.

—¡Ya ves lo que ocurre cuando todo depende de un hombre! Haz como yo: solo cuento conmigo. Así no me desilusiono nunca.

—¿Y Gary? —pregunta Shirley.

—Gary. Es otra cosa. Él forma parte de mí, y yo formo parte de él.

—Pero ¿y si un día te abandonara?

—¿Estás loca o qué? Eso es imposible. Hemos crecido juntos, somos como dos troncos que se han convertido en un solo árbol. ¡Y damos nuestros frutos! Gary es la felicidad. Incluso cuando nos peleamos, nos queremos.

Hortense se encoge de hombros. ¡Qué pregunta tan estúpida! Gary y ella son para toda la vida. Contempla el rostro triste de Shirley y retoma su labor. Saca la lengua, añade un toque de rosa, de marrón, se echa hacia atrás, la examina, se felicita, toma a Shirley por los hombros y la arrastra hasta el gran espejo.

—¿Cómo te ves?

—Muy guapa.

—¿Dices eso para complacerme?

—Sí.

—Eres realmente exaspe...

Hortense es interrumpida por su móvil en el que suena *La Marsellesa*. Es la melodía que ha designado para su madre desde que vive en Nueva York. En otro tiempo eso hacía reír a Shirley que se ponía firme y erguida como un centinela delante del Elíseo.

—Sí, mamá. ¿Qué tal?

Su mano juguetea con los retales de terciopelo de pana que ha encontrado en Chinatown, con los que piensa hacerse una chaqueta de hombre. Pana de tres colores: amarillo, verde botella y rojo burdeos. Los acaricia con la mano, los palpa, busca a Shirley con la mirada para interrogarla sobre la elección del color, pero esta ha desaparecido.

—Estoy con Shirley, estamos preparándonos para el concierto.

—¿Está bien?

—Está que no sabe por dónde va, es patética. La estoy vigilando de cerca. Tengo la impresión de hacer de niñera.

Joséphine se queda callada. Hortense se impacienta.

—¿Llamabas para hablar con Gary? Demasiado tarde, se ha marchado para concentrarse antes del concierto.

—Quería desearle...

—Vale, se lo diré. ¿Te lo ha contado Zoé? Regreso a París. Muy pronto. Todavía no sé exactamente cuándo.

Habla muy rápido para enmascarar la incomodidad que la invade cada vez que se dirige a su madre. Es más fuerte que ella, siente ganas de zarandearla, de empujarla, de responder en su lugar. ¡La encuentra lenta, muy lenta!

Se rehace e intenta ser amable.

—Estoy muy ilusionada con la idea de lanzarme. ¿Te das cuenta? ¡Voy a tener mi propia casa de modas, con mi nombre!

—¿Y Gary? —pregunta Joséphine—, ¿vas a dejarlo solo?

—Sí, ¿por qué? Ya es mayor. Sabe nadar.

—Me pregunto si es una buena idea. Podría...

—¿Podría qué?

—No lo sé.

—¿Podría encontrar a otra chica? ¿Una más guapa, más excitante, más enamorada? Imposible.

—Tienes razón, cariño —dice Joséphine riendo—. ¡Había olvidado con quién estaba hablando!

—Pues claro que tengo razón. Deja de tener miedo todo el rato. A fuerza de tener miedo sin motivo alguno, ¡vas a terminar por tener motivos para tener miedo!

Joséphine suspira.

—Me alegra mucho que vuelvas a vivir con nosotros. Vamos a tener que hacerte un hueco.

—Mucho hueco. Voy a trabajar en casa, al menos al principio.

—¿Quién va a financiarte? Debe de costar mucho dinero lanzar una casa de modas. ¡Aún eres tan joven!

—Ya te lo contaré. Ahora no tengo tiempo. No puedo dejar a Shirley sola tanto rato, es capaz de arrojarse a la bañera. Y además, tendré que explicártelo todo con detalle y aún no he hablado con Elena. Por el momento solo tenemos un principio de acuerdo.

—¿Estás segura de no asumir demasiados riesgos?

Hortense pierde la paciencia, sus nervios se retuercen, siente ganas de dar manotazos al aire. ¿Cómo voy a poder convivir con ella? ¿Cómo?

—Mamá, escúchame. He decidido que voy a ser feliz, que voy a triunfar. Que voy a hacer exactamente lo que quiero. Sin depender de nadie. ¿Está claro?

—Pero... la felicidad no se decide, cariño. Uno no es feliz por prescripción.

—Sí. Es muy sencillo.

—¿Sencillo? —exclama Joséphine.

—¡Sencillo como el día!

Basta con hacer exactamente lo contrario de lo que tú haces, piensa Hortense. Con apoyarse en uno mismo y no en otros. No quiero ser feliz por un hombre o un sombrero que pasa por ahí, ¡hola, muchacha! ¡Te quiero! Quiero que mi felicidad dependa solamente de mí, que anide en mis preciosas entrañas. Quiero mirarme a la cara, apretarme la mano y poder decirme: ¡bravo, querida, has triunfado!

Joséphine farfulla: sí, sí, tú vas a triunfar, estoy segura de ello.

—Me gusta más cuando me hablas así. ¡Eso estimula mi espíritu, la felicidad, el voltaje! Bueno, tengo que prepararme, te mando un beso fuerte y hasta muy pronto.

Y cuelga. Suelta un suspiro de alivio, alza los ojos al cielo. No es posible: no puedo haber salido del vientre de esa mujer, ¡tuvo que haber un cambio en la maternidad!

Llama a Shirley.

Se pregunta por qué se ha eclipsado desde el momento en que escuchó las primeras notas de *La Marsellesa*. ¿Y por qué su madre no le ha pedido hablar con ella? ¡Hum, hum! Algo me huele a podrido, se dice contemplándose en el espejito de su pequeña polvera azul.

Admira su nariz perfecta, su maquillaje perfecto, sus dientes perfectos, sonrío, se estira de placer.

—¡No querría ser nadie más que yo!

No hace falta correr tras la felicidad, solo hace falta fabricársela uno mismo. Ahí está el secreto.

Elena está preparando la mesa para la cena que ha organizado después del concierto en honor de Gary y Calipso. La violinista, de la que no me importaría prescindir, es un tanto ingrata, pero a Gary hay que homenajearle como se merece, se dice eligiendo minuciosamente la plata que brillará sobre el mantel blanco entre los centros de rosas y lilas malva.

Henry y Grandsire dan la vuelta a la mesa detrás de ella. Se concentran en el más mínimo detalle. Nada se les puede escapar. Grace ha planchado el mantel blanco que lleva el escudo del conde Karkhov, fondo azur con dos barbos adosados, una banda superior en plata sobre fondo rojo y tres cincoenrama en oro. Elena pasa una mano distraída por el motivo bordado y lanza una mirada a Robert, apoyado contra la chimenea.

—¿Lo compró Anton junto con su título de conde?

—Después de haber amasado su primer montón de oro —responde Robert divertido—. En 1943, creo. Fue la debacle. Se vendía y se compraba cualquier cosa. La gente no era muy cuidadosa, tenía hambre. ¿Quién iba a preocuparse por hacerse conde y comprar escudos de armas además de Anton?

—¡Sobre todo si te llamabas Jean-Claude Pingouin y habías nacido en Saint-Ouen!

—¡Pero el acento se lo había trabajado! ¡Y la divisa!

—«Tengo prisa». Era muy propia de él.

—Y el árbol genealógico también. Una madre normanda casada con un viejo ruso, ¡qué cara más dura! Se había comprado un pasado con todo lo que tenía apariencia de ruso.

—Para seducirme... —suspira Elena.

—Todavía podían encontrarse viejos aristócratas rusos dispuestos a empeñar su título.

—Con los papeles que le acompañaban con... Lo sé, lo sé.

—¡Él era fuerte! En eso residía su encanto, además... Usted también sabe algo de eso, ¿no, Elena?

Elena alza los ojos hacia él y sonrío recordando la verborrea de Jean-Claude Pingouin convertido en el conde Anton Karkhov.

—¡Era un estafador magnífico, pero un estafador al fin y al cabo! —susurra ella con la laxitud de quien le ha dado vueltas y más vueltas en la cabeza a ese enigma y no ha encontrado la solución—. ¡Engañaba a todo el mundo con sus tejemanejes, forzaba los bloqueos, violaba las reglas, inventaba todo tipo de juegos malabares con tal de hacerse rico!

—Sí. Y lo hacía igual de bien con los ocupantes que con sus víctimas. Afirmaba que la naturaleza humana era similar en ambos bandos, que había buenos y malos y que él no estaba allí para clasificarlos, sino para hacer negocios.

—Así fue como consiguió casarse conmigo —dice Elena—. Yo era una pardilla que no sabía nada de la vida. Él nos embaucó a mis padres y a mí. Sacó un fajo de billetes, lo pasó por las narices de mi padre y se lo volvió a meter en el bolsillo. Mi padre babeaba de codicia, el pobre. No teníamos nada que comer. Luego Anton se marchó devolviendo el fajo al colega que se lo había prestado y que le esperaba en la acera. «Lo principal es que ellos vean la pasta, así se convencerán de que es tuya y te besarán los pies», decía.

—Cuando hablaba así, volvía a ser Jean-Claude...

—¡Ni que lo diga! ¡Mi padre le besó los pies y él se folló a su hija! Era muy persuasivo.

Grandsire carraspea. La evocación del conde Karkhov le incomoda. No le gusta que Elena emplee ese lenguaje soez. La prefiere frágil, delicada, rendida en sus brazos. Le gusta cuando sus mejillas palidecen, cuando sus ojos miran al cielo, cuando recupera su voz de niña de primera comunión, pero no cuando suelta tacos.

—He dejado los entrantes en la nevera envueltos en papel film —indica Henry—. Ya solo queda cocer la pasta fresca. Lo haré en el último momento.

—¿Tiene pensada ya la distribución de la mesa, Elena? —pregunta Grandsire.

—No, aún no. ¿Está seguro de que no quiere unirse a nosotros? —dice Elena acercándose a él y acariciándole el muslo bajo la falda del mantel blanco.

—No sería conveniente. Prefiero servirles y vigilar para que todo salga bien.

—Entonces le veré después, ¿no? —le susurra colocando un mechón de pelo detrás de su oreja.

Robert ha escuchado la proposición de Elena y enrojece violentamente. Finge estar buscando su teléfono y se aparta de la mesa.

—Bueno, ya hemos decidido lo principal —declara Elena—, les dejo que se ocupen del resto. Voy a charlar con Robert en la salita.

—Bien, señora condesa —responde Grandsire haciendo una inclinación.

Elena le da un golpecito en los dedos.

—No me llame así, ¡me trae malos recuerdos!

Y hace una señal a Robert para que la siga.

—¿Se acuerda de nuestras cenas en París, Robert?

—¡Oh, sí! Qué jóvenes éramos entonces.

—¡Lo sería usted, en todo caso! Yo ya tenía mis añitos.

—Usted nunca ha aparentado su edad, ¡ya lo sabe!

—Aún puedo hacerme la ilusión de...

Se lanza hacia delante, extiende los brazos y se toca la punta de los dedos de los pies sin gemir. Luego se endereza rápidamente y le contempla triunfante.

—¿Lo ha escuchado? ¡Ni un solo crujido! Rótulas, fémures y tibias están bien engrasados.

Robert la observa divertido.

—Decididamente no ha cambiado. Es usted formidable. Habría hecho grandes cosas con usted...

—No supo usted aprovechar su oportunidad —le corta Elena—. Se batió en retirada. ¡Yo le daba miedo! ¡Reconózcalo, Robert!

Robert levanta una mano lánguida.

—¡En cualquier caso, nos hemos divertido mucho!

—Sí, es cierto. Y aún no ha terminado.

—¡Ah! —exclama intrigado, alisándose la ceja con la punta del dedo meñique.

Elena apoya los codos en los brazos del sillón, se inclina hacia delante y murmura como si estuviera desvelando un secreto:

—Robert, creo que vamos a tener que vender un Zutrillo.

Robert se echa a reír.

—¡Un Zutrillo, condesa!

—¡Un Zutrillo, Robert!

—¿Está segura?

—Tengo un proyecto en ciernes y necesito dinero, mucho dinero.

—¡Un Zutrillo es mucho dinero!

Una tarde de mayo de 1972, en su despacho de la avenida d'Iéna, el conde Karkhov, alias Jean-Claude Pingouin, había llamado a su presencia al joven Robert Sisteron, recientemente ascendido al cargo de secretario particular.

Reclinado en su gran sillón de cuero negro, los pies, sin zapatos, encima de la mesa, daba vueltas a un puro habano entre los dedos, se lo acercaba a la oreja y luego se lo pasaba por las fosas nasales. Cuando por fin se decidió a hablar, le había preguntado:

—¿Ha visto usted esa película de la que todo el mundo habla con grandes alabanzas, mi pequeño Robert?

—¿Cuál, señor?

—*La naranja mecánica*.

—No, no he tenido tiempo. Pero seguramente iré a verla.

—¡No vaya! ¡Es un horror! Una película de un don nadie que se cree genial. ¡Y el actor! ¡Con esa boca enorme, la nariz como una crepe, y esa pinta de maricón! Tiene mejores cosas que hacer.

—Bien, señor.

—Sin embargo... Ayer compré dos Zutrillos antes de ir al cine. Ahora ya puedo presumir de entendido. ¡Quiero enfurecer a esos pequeños parisienses de mierda, hacerlos babear de envidia! ¿Qué me dice a eso?

—Utrillo, señor, se dice Utrillo, no Zutri...

El conde había alzado los ojos hacia él. Le había observado fijamente haciendo una mueca, había encendido su puro, inhalado varias veces para que la punta se iluminara y se consumiera. Robert esperaba, de pie, delante del gran escritorio. Podía sentir sus manos humedeciéndose, el nudo de la corbata demasiado ajustado, tal vez no debería haber corregido el error de pronunciación.

—Lo he dicho por si acaso, señor conde. Solo para que no cometa esa falta en público, sería

lamentable. Todo el prestigio de la compra quedaría en entredicho. Ha debido de cometer ese error por despiste o por cansancio, trabaja usted demasiado...

Acababa de ser contratado. Era un puesto muy codiciado. El conde era rico, un hábil hombre de negocios, inflexible e incluso temido, pero pagaba bien y se mostraba generoso. Se enriquecía, eso seguro, pero también recompensaba a aquellos que trabajaban para él. Robert Sisteron tenía veintiséis años y temblaba de miedo por haber sido demasiado temerario. Sus manos cada vez más húmedas. No se atrevía a moverse. Contemplaba la punta del cigarro resplandecer en la penumbra de la habitación, escuchaba el tictac del reloj estilo Imperio sobre la chimenea, rogaba al cielo para que Eugénie, la secretaria, asomara la cabeza y recordara al conde su próxima cita.

Pero nadie apareció para romper el pesado silencio y Robert Sisteron ya no sabía cómo disculparse.

Entonces el conde había dejado caer su ceniza en el cenicero de plata que tenía frente a él, había levantado la cabeza y, fulminando a su secretario con una mirada oscura, declaró:

—¡Tú, tú los pronuncias, y yo los compro, imbécil!

—¿Y por qué quiere vender un Zutrillo?

—He conocido a una chica. Se llama Hortense Cortès, tiene audacia, estilo, energía para vender, ha diseñado una colección que va a tener, puedo vaticinarlo, un enorme éxito y...

—Creo que lo he entendido.

—No se precipite. Esta chica conoce las bases de su oficio, de lo que significa un bonito corte, una buena caída de la tela, una cadera lisa, un trazo de lápiz que disimula el vientre. ¡Ha redescubierto un tejido que yo tenía delante de mis narices y no sabía apreciar! Un tejido que va a hacer milagros si se utiliza adecuadamente. Ella tiene un don.

—¿Un don?

—Ha trabajado desde abajo para la marca Gap, ha roto con cadencias infernales, tiene ambición y, por encima de todo, posee un carácter de perros. Es perfecta.

—¿Es flexible al menos?

—Aún es una niña. A condición de no forzarla demasiado, haremos con ella lo que queramos. Quiere ser Coco Chanel, no es lo que nosotros esperábamos, ¿no es cierto? Nosotros queremos otra cosa.

—En efecto. Empiezo a entender por dónde va.

—Estará aquí esta noche, en la cena. La he colocado a su lado con el fin de que la evalúe. Hágale todas las preguntas que quiera, yo le presentaré como un financiero, como un hombre de mi confianza.

—Que al fin y al cabo es lo que soy, Elena.

Elena vuelve la cabeza hacia él y clava su mirada en sus ojos.

—Yo sobre todo confío en mí, Robert. Es la vida la que me lo ha enseñado. No se enfade conmigo.

—No se me ocurriría enfadarme con usted.

Elena golpea el brazo del sillón.

—Escúcheme bien, he escogido a Hortense Cortès porque el mundo de la moda ha cambiado. Hoy en día, al mando de las casas de moda importantes hay mujeres. Por todas partes. Mujeres jóvenes. En Chloé, en Alexander McQueen...

—¡No es nada nuevo! —replica Robert.

Elena le interrumpe con una mirada.

—No, no es nuevo, pero se ha convertido en una epidemia. ¿Y por qué? Porque ellas saben por instinto lo que las mujeres quieren llevar. Rechazan lo fútil, lo prescindible, rechazan disfrazar a sus semejantes y trabajan la ropa con coherencia y reflexión. No se dicen: ¿cómo puedo causar sensación?, sino ¿me pondría esto para ir a recoger a mis hijos al colegio? Esa es la gran diferencia con los antiguos creadores narcisistas que diseñaban pensando en los aplausos de sus cortesanos y se miraban en las minas de sus lápices.

—Es usted muy dura, Elena.

—No, solo lúcida. La crisis lo ha cambiado todo. Las mujeres quieren prendas que puedan llevar y que las hagan más atractivas. Cuando el otro día le pregunté a Hortense en qué pensaba cuando diseñaba sus modelos, se quedó mirándome como si le hubiera hecho una pregunta estúpida y respondió: ¡pues en mí, por supuesto! Ella no vive en un sueño, tiene los pies bien anclados en la tierra. Y su colección, al menos lo que yo he visto, deja anticuado a todo el resto: unas líneas depuradas, una reducida paleta de colores, influencias del vestuario masculino y el redescubrimiento de ese tejido mágico que elimina el exceso de carnes y delinea una silueta perfecta. En resumen, todo bueno. Solo espero su valoración sobre su capacidad para colaborar con nosotros.

—No sabía que mi opinión pudiera ser tan importante —masculla Robert levantando una ceja con aire enojado.

—¡Oh! ¡Qué limitado es usted! ¡No ha cambiado nada! No se pique con tanta facilidad. Yo le aprecio mucho. ¿Se queda contento?

Robert clava la vista en la punta de sus zapatos y refunfuña.

—¿Acaso cree que le habría hecho venir hasta aquí si no quisiera que se asociara conmigo en este proyecto? ¿Si no le apreciara? Simplemente es usted demasiado serio para mí, eso es todo. ¡Le falta a usted fogosidad, locura! Le ha faltado siempre.

—Es usted la que va demasiado deprisa, Elena.

Elena se impacienta y agita sus largos dedos llenos de sortijas para indicar que le gustaría pasar a otro tema.

—¿Me ha traído las cuentas que le pedí?

—Están en mi habitación, voy a buscarlas.

Se levanta con desgana, como si le hubiera gustado que Elena se extendiera un poco más en su declaración de afecto.

—Usted me ha hecho sufrir mucho y lo sabe.

—Yo no le he hecho sufrir, Robert. Usted ha tenido miedo, eso es todo. No reescriba la historia. Tengo pavor de que trate de culparme. Venga, vaya a buscar esas cuentas, aquí le espero.

Elena le observa alejarse, despotricando. ¡Un niño! Ese sexagenario con aires de adolescente. Y sin embargo, es el financiero más sensato que conoce. Nunca le ha pillado en falta. Le necesita, tiene que poner cuidado en no ofenderle. Podría negarse a participar en su plan.

Se muerde una uña y respira hondo para apaciguar los latidos de su corazón. Conoce bien esa excitación mezclada con el miedo. La angustia de la espera, esa punzada ante la idea del éxito que no llega. Es lo que siento, ya he pasado por eso, pero esta vez seré yo la que gane. No me dejaré liar. Me

niego a terminar mis días acurrucada en esta burbuja neoyorquina. Paso a la acción, me zambullo.

Robert regresa con una pesada carpeta.

Toma asiento, coloca la carpeta en sus rodillas, la abre y declara:

—Le he conseguido los balances de todos los grupos franceses e italianos, puesto que son ellos los que dominan el mundo del lujo. Aquí tiene todos los datos. Le pondré simplemente algún ejemplo. El grupo Prada: ¡volumen de negocios en alza de un veintinueve por ciento en el año 2012! Y durante los nueve primeros meses de 2013, han alcanzado un cincuenta por ciento de beneficio.

—¿Y dirigido por quién? ¡Por una mujer! ¡Una donna!

—Stella McCartney, y ya que hablamos de mujeres, ha visto los beneficios de su marca subir un treinta por ciento en 2012. La casa Céline... ¡Demonios! ¡Otra vez una mujer!

—¡Se lo he dicho, Robert! *Girls, girls, girls!* ¡He dado en el blanco una vez más!

—Céline ha duplicado sus ventas en tres años. ¡El lujo es el único sector que se ríe de la crisis! Y no solo son los grandes grupos los que sonrían. Hay casas pequeñas que también acumulan beneficios. Como la empresa familiar Brunello Cucinelli que fabrica cachemiras en un pequeño pueblo de Umbría. Volumen de negocio: doscientos setenta y nueve millones de euros el año pasado, con un aumento del quince por ciento. Y lo mismo para Chloé.

—¡Otra vez una mujer! El otro día leí unas declaraciones tuyas en un periódico, decía que ella creaba para sus amigos, para las chicas que conoce, y lo denominaba el *sister style*, ella ha entendido todo.

—Tenía razón una vez más —suspira Robert asombrado por la vitalidad de Elena—. ¿Cómo hace para estar al corriente de los dimes y diretes de la moda? Es usted única.

—¡Tonterías! ¡Y nada de cumplidos! No dejemos que eso nos ofusque. Entonces, si lo he entendido bien, podemos lograrlo fácilmente.

—A condición de explotar las palabras mágicas del *made in*, el *made in France* o el *made in Italy*, son las únicas etiquetas que funcionan.

—No me sorprende. El estilo, la elegancia, el lujo fueron inventados en Francia. Acabo de terminar el libro de una americana que cuenta esa aventura. La de Luis XIV y Colbert decididos a reflotar las arcas vacías del reino de Francia lanzando la idea de la belleza y estampando el «Fabricado en Francia». Voy a tener que prestarle ese libro a Hortense, sin duda va a interesarle.

—¡Trate de ir poco a poco con ella si quiere que su negocio funcione! No la fuerce.

Elena no le escucha. Hace un gesto con el mentón para apremiarle a que concluya su conversación y, como él no responde, exclama:

—Adelante, ¡venderemos un Zutrillo!

Y da una palmada para pedir que le traigan una botella de Ruinart Blanc de Blancs con la que festejar la ocasión.

—¿Cuál es su relación con esta chica? —pregunta entonces Robert.

—Llevo observándola varios meses. Al principio era un tanto fría. Debía de pensar que yo era demasiado vieja, demasiado excéntrica, demasiado fea. O que olía mal, qué sé yo. En resumen, me evitaba. Se cambiaba de acera para no cruzarse conmigo en la calle. Yo hacía como que no me daba cuenta. Actualmente hemos hecho un pacto. Me gusta mucho su amigo.

—¿Gary Ward?

—Sí. Me lo han recomendado. Ya sabe quién.

—Ah, lo ignoraba.

—Ella me pidió que le echara un ojo y yo obedecí.

—Como siempre.

—Él no sabe nada. Le hice creer que le reclutaba por su escuela, pero era una treta. Era a él y solo a él al que deseaba hospedar.

—Muy astuta.

—Ese chico es estupendo. Y su compañera lo mismo. Una personalidad diferente, más difícil, pero no por ello sin interés.

—¿Sabrá conservarla? Recuerde. No hay que dejar que el pájaro vuele.

—Exacto. Hay que meterla en una jaula. Hacerle firmar un contrato como es debido. Ella está inmersa en el espíritu de estos tiempos. Combina la ciencia del producto con el saber hacer ancestral. Lleva la moda en la piel. Puede repetir el golpe de Alexander Wang. Su marca con diseños simples, creada hace solo ocho años, ha sido un éxito internacional y su volumen de negocio el año pasado ha alcanzado la cifra de veinte millones de dólares, yo también me he estado informando. Inversión inicial: quinientos mil dólares. ¿Quién da más?

—¡Menos del valor de una esquina del Zutrillo!

—Por ese motivo hay que darse prisa. La moda está cambiando. Hoy en día ya no se hace la moda por la moda. Hace falta un sentido. Una idea. Asia se está incorporando al mercado. Ahora los chinos esperan un poco menos de arrogancia por parte de Occidente y de sus creadores. Los tiempos de Mugler y Montana han quedado atrás. Pero quieren conservar la etiqueta de «París, capital de la moda». Esta chica nos va a aportar todo eso en bandeja. Se lo aseguro. ¡Y con su estilo, además! Será asombrosa.

—La admiro, Elena. Se proyecta usted en el futuro. ¡A mí me cuesta pensar en el año que viene!

—Quiero divertirme. Aún me quedan algunos años de vida. No tengo tiempo que perder, el contador sigue corriendo.

—¡Y además nunca está cansada! ¡Yo cada vez tengo menos fuerzas y apenas tengo sesenta y siete años!

—¡Déjelo, Robert! Acabará por deprimirme. Tráigame mejor una copa de Ruinart. Deje de decir tonterías. Sin usted, ya estaría muerta. De vergüenza. Me habría dado a la bebida o habría hecho cualquier estupidez.

Y luego, abriendo mucho los ojos como si tirara de unas largas cintas elásticas enganchadas a sus párpados, se inclina hacia él y susurra en su oído:

—Dígame, querido, ¿sabe usted de qué mueren los viejos?

—...

—Mueren porque ya no les prestamos atención, y se vuelven transparentes. Yo no quiero volverme transparente. Gracias a Hortense, voy a inocularme sangre bien roja, bien espesa, en mis venas de cuasi centenaria.

—¿Está segura de que se dejará manipular?

—No le quedará más remedio.

—¿Y usted se cobrará su revancha?

—¿Mi revancha?

Elena se echa a reír. Vacía su copa de champán. Lanza sus garras hacia la caja de *loukoums*.

—¡Mi venganza, querrá decir!

Joseph Pinkerton pasa los dedos una y otra vez por el pliegue de sus grandes orejas. Acaricia los pelillos que las erizan. Los enrosca entre su índice y el pulgar. Tira, retuerce, hace una mueca. Son las cinco de la tarde, el concierto empieza dentro de dos horas, y hace dos días que no prueba bocado. Tres semanas en las que un nudo gigante le cierra el estómago cada mañana, tres semanas en las que sus entrañas se retuercen y corre, sosteniendo el pantalón del pijama con las dos manos, hasta el baño donde vacía sus tripas. Su cuello descarnado flota dentro de la camisa y su nariz gotea. ¡Vaya pobre diablo estoy hecho!, masculla percibiendo su reflejo en un cristal, y se encorva un poco más para huir de su imagen. ¿Qué ha sido de ese joven que se veía saltando a la cabeza de las más grandes orquestas internacionales? ¿Ese efebo rubio de espeso cabello, nariz recta y labios carnosos que daba un puñetazo en la mesa, y hacía temblar a músicos y partituras?

Este concierto debe resultar todo un acontecimiento. Se juega su prestigio. Hay hordas de profesores que codician su plaza, tan impacientes por expulsarle que incluso le parece oírlos avanzar a grandes zancadas por el pasillo como bisontes salvajes.

Esta noche el concierto será grabado. Ha convencido al programa referencia de la CBS, *60 minutes*, para que filmen la representación. El periodista le ha prometido hacer un reportaje de diez minutos de duración y pasarlo al domingo siguiente «si no hay ninguna urgencia que interfiera en nuestra programación», ha precisado con el aire serio y responsable de quien ausculta el mundo. Él aún no sabe quién será entrevistado, qué preguntas se formularán, qué más da, con tal de que le consagren algunos segundos, el tiempo justo de pronunciar unas palabras bien meditadas. Con su nombre en la parte inferior de la pantalla. Profesor Joseph Pinkerton, Juilliard School, Nueva York.

Saca un pañuelo. Su brazo cae, laxo, sobre un papel que le ha hecho llegar su colega, Philip Martins. Un formulario para marcharse a enseñar a una universidad china. Él es demasiado viejo para hacer carrera en China, Philip Martins lo sabe bien, solo intenta humillarle, recordarle su edad. Los chinos construyen universidades y auditorios por todas partes y hacen venir de América a los profesores más eminentes. Les remuneran suntuosamente, les conceden el menor de sus deseos. Poco a poco, los talentos de la nación se marchan al extranjero. Philip Martins ha sido contactado. Está dudando si decir sí. Querría su consejo. O simplemente querría que supiera que le han hecho esa propuesta. Eso no me va a suceder, se dice Pinkerton acariciando el suave vello de sus orejas. Hay que ser apuesto y joven para ser cortejado por el éxito..., ¡pero tengo dos ojos, dos oídos, sé reconocer el talento mejor que nadie!

Ha asistido a los ensayos de los estudiantes que tocarán esa tarde. Se ha deslizado dentro de las aulas donde practicaban, se ha sentado, ha cruzado las piernas, ha cerrado los ojos, ha escuchado, ha seguido el compás con los dedos. Y debo decir, murmura hundiendo sus largas manos en los bolsillos, debo decir que hay algunas perlas. Deberíamos tener agradables sorpresas.

Sin duda va a ser un bello espectáculo. Su nariz gotea de nuevo, se la seca con el reverso de la manga, contempla el rastro brillante en su chaqueta, la frota contra su pantalón. ¡Esos jóvenes tan dotados, tan apasionados, producen notas muy bellas! Son un poco como mis hijos, ¿podría decir eso en

la televisión?

Sacude la cabeza, emocionado. ¡Ah, sí! Deberían hablar de Joseph Pinkerton. Y también de Adele Marcus que ha descubierto a tantos grandes pianistas en esta escuela. Quiero dejar mi nombre impreso en la historia, igual que el caracol señala su camino con un rastro brillante. Los impacientes que patalean detrás de mi puerta, dispuestos a descolgar mi placa y poner la suya, se verán obligados a pirarse a otra parte. Joseph Pinkerton aún permanecerá mucho tiempo en su mullido sillón verde pálido. No hay que irritar al viejo soldado, aún puede revolverse.

Suelta una risa maligna y acaricia de nuevo los pelos de sus orejas.

Son las siete menos cuarto, la gente ocupa sus localidades en el gran anfiteatro de la escuela. Hay un bullicio animado, los padres intercambian sonrisas corteses, intentando disimular su certeza de ver triunfar a sus hijos. Los amigos están presentes, dispuestos a hacer de claqué. Los profesores se sitúan en las primeras filas, saludan con apretones de manos, felices de codearse con los profesionales que decidirán la suerte de los laureados, aquellos que serán invitados a los festivales de Tanglewood, Aspen, Cincinnati, aquellos a los que presentarán a los concursos más importantes dotados con grandes becas.

Entre los asistentes, Shirley y Hortense, sentadas juntas, repasan el programa donde figuran los nombres de Gary y Calipso. Hortense luce orgullosa su moño rosquilla. Shirley se mantiene muy erguida con los ojos fijos en el escenario. Su pierna izquierda vibra de impaciencia y acaba rozando la de Hortense.

—¡Estate quieta! —dice Hortense—, todo irá bien.

—Son los primeros, ¿tú crees que eso es bueno? —pregunta Shirley.

—Va a machacarlos a todos, ¡ya lo verás!

Acaba de advertir el nombre de Mark justo después del de Gary y trata de descifrar el nombre de su pareja.

—Tu moño está muy logrado —la felicita Shirley tratando de pensar en otra cosa—. Me parece que estoy histérica.

Hortense sonrío.

—Va a salir bien. Ha trabajado como un loco doce horas al día, no puede fallar. Y además es el mejor y no se hable más.

Imagina los artículos elogiosos de los críticos. «El pianista Gary Ward ha hecho su entrada sin hacer el mínimo gesto en dirección al público. Se ha sentado al piano y ha tocado la sonata de Beethoven desde otro planeta, perdido en un juego sutil en el que cada nota eclosionaba por la sola magia de la articulación de sus dedos. Una articulación que no articula, sino que se posa ingrávida, carnal, evanescente, profunda y fluida, recreando bajo sus dedos la magia de un mundo increíblemente personal para un chico de su edad. *Veni, vidi, vici*, llegó, tocó y venció, y se marchó igual que había llegado: como un extraterrestre. Un genio ha nacido esta noche, ¡se llama Gary Ward!».

Eso es lo que yo escribiría si fuera crítica. Da un pequeño golpecito a su moño, humedece sus labios rojos y se concentra en el escenario.

Las luces se han suavizado, los murmullos han cesado. Aún se escucha algún carraspeo, el crujido de las butacas, los psstt-estoy-aquí que acompañan a una mano levantada, y luego se hace el silencio.

Calipso entra la primera con un vestido largo de perlas bordadas en un entramado como de tela de araña que resplandece bajo los focos, seguida por Gary, sombrío y solemne con su traje negro. El cuello blanco de su camisa está abierto, no se ha puesto la corbata. Se colocan en sus puestos, abren las partituras, ajustan sus instrumentos, bajan la cabeza para concentrarse, se yerguen, intercambian una mirada y lanzan la primera frase musical.

—¡Qué guapo está! —murmura Hortense dando un codazo a Shirley.

Antes de ocupar su sitio, ella ha pronunciado estas palabras: *abuelo*, voy a tocar para ti, voy a ayudarte a pronunciar otras «oes», otras «aes», los «*cielito mío*», los «*amorcito*». Vas a estar orgulloso de mí. Ha grabado la imagen de su abuelo en sus ojos, ha atravesado el escenario, ha tomado su instrumento, ha mirado a Gary, ha posado su arco y ha lanzado los tres primeros compases de introducción.

El motivo suplicante, ágil, alegre de la *Primavera* de Beethoven se ha elevado, las notas han hablado. *Abuelo, abuelo*, escucha, uno no es viejo con setenta y cinco años, eras tú quien lo decías antes, *abuelo*, quiero que hables, quiero que camines. Abre los brazos, voy hacia ti. La imagen ha cobrado vida, su abuelo ha sonreído, sus arrugas han remontado hasta las sienes, ha levantado un brazo, agitado los dedos, marcado el compás, un, dos, tres, un, dos, tres, fruncido las cejas para vigilar las notas dispuestas a escapar o titubear. Inclina la cabeza hacia un lado, cierra los ojos y una felicidad indefinible se plasma en su rostro.

Ella está en el escenario. Con Gary y Ulises. Se evapora, ligera, se transforma en gota de lluvia, se desprende de sus escarpines bordados de perlas, se alza con los pies desnudos, toma la mano de su abuelo, le arrastra fuera de su silla y se escapa con él, volando, aferrados a su violín, ascendiendo hasta la bóveda, ya no tienen límites. Gira la cabeza para atrapar la mirada de Gary, intensa, implorante, él se arrima a ella, le cuenta una historia. Ella le escucha, suspende su ascensión, tiende la oreja, cuéntame, Gary, cuéntame, le susurra pasando una y otra vez el arco por el violín, cuenta tu historia.

Gary escucha el arco de Calipso, la ve bailar delante de él, los pies desnudos, ella toma las notas del piano, las carga a su espalda, se pliega, se ondula, se aleja, regresa. No te vayas, le suplica, no te vayas, voy a contarte un secreto.

El violín se vuelve más suave, como si tocara en sordina, para dejarle hablar.

Érase una vez un niño pequeño, dice Gary desplegando las notas de la sonata, érase una vez un niño pequeño, le he prometido que tocaría para él esta noche, quiero reencontrarlo, es la llave de la historia.

¿Quieres hacerle preguntas?, le dice ella.

¿Cómo lo sabes?

Sus dedos se hablan, las notas se entrelazan, la música les une en un mismo molde de fundición, ve a su abuelo que sonrío, que dice «o», que dice «a», que dice adelante, asómbrame, *muchacha*. ¡Oh!, exclama Calipso. Veo un niño pequeño, está ahí, nos contempla. Un niño pequeño en el vestíbulo de un

gran hotel. ¡Qué aspecto tan triste tiene! Serio, mudo, hundido en el enorme sofá. Se pregunta dónde ha ido su madre, si estará en peligro, tiene miedo por ella. ¿Eres tú ese niño en el vestíbulo del hotel?, pregunta el violín.

Sí, soy yo, responde él de inmediato. No se lo he dicho a nadie. No he hablado nunca del niño pequeño. Tiene ocho años, tiene diez años, lo ve todo en blanco, no hay colores, está triste, no tiene nada a lo que aferrarse, flota, creo que está perdido. Busca las palabras, pero no las encuentra. No sabe cómo colocar las palabras en todo ese blanco que le ahoga. Es demasiado para él. Se levanta y se va hacia el parque, los árboles, la hierba, las petunias, los cañacoros, los miosotis bajo el musgo, está buscando los colores.

Ahora verás, voy a seducirle, dice Calipso, la ninfa hechicera, voy a hablarle, a tranquilizarle, a hacerle olvidar todo, lo tomaré entre mis brazos, seré mil sirenas.

Y el violín empieza a tocar dulcemente, enlaza al niño pequeño, le dice: puedes llorar, puedes hablar, no tienes que fingir.

Un hombre no llora, protesta el niño.

Sí, susurra Calipso, claro que sí. Voy a ayudarte. Vamos a llorar juntos.

Y el violín llora con él.

Gary siente que su corazón se encoge, atrapa por la manga al niño pequeño, le dice: soy feliz por haberte encontrado, Calipso baja el ritmo, les contempla pasar, empuja al niño pequeño hacia Gary. Vamos, habla con él, habla con él. Y el niño se encuentra proyectado contra Gary.

Gary suelta un gritito, siente la mano del niño pequeño en la suya, se yergue, maravillado, la alegría resurge, repercute en sus dedos, es fuerte, es libre, las barreras vuelan en pedazos, las aguas brincan, siente ganas de llorar, de cantar, de hacer llorar a Beethoven, gracias, viejo amigo, gracias por escribir cosas tan bellas, cosas que te transportan, que me voltean como una cometa y desprenden joyas. Querría abrazar a Calipso, pero no puede, así que la recuesta sobre el piano, le cierra los párpados, traza una larga escalera hasta el cielo con sus dedos, le tiende la mano para guiarla, ella le mira, le sonrío, le dice sí y asciende con él.

Shirley ha escuchado el grito del niño. Ha resonado igual que en el vestíbulo de los grandes hoteles donde ella le abandonaba porque no tenía a nadie con quien dejarlo, porque el hombre estaba en la habitación y no podía hacerle esperar. Él contaba cada minuto de retraso y se lo hacía pagar. Ella lo sabía. Era más fuerte que ella, tenía que subir a esa habitación, subía los escalones corriendo, se abalanzaba contra la puerta cerrada, jadeante, llamaba, pedía permiso para entrar.

Permiso para dejarse maltratar.

Pedía perdón.

Decía: haz lo que quieras, pero perdóname.

Él se reía, la miraba fijamente imaginando todo el mal que iba a provocarle. Y estallaba en carcajadas.

Y cuando su faena había terminado, porque así era como ella lo llamaba, cuando se había terminado, se marchaba, avergonzada, sucia. Encontraba al niño pequeño en el vestíbulo, se arrodillaba, le pedía perdón. ¿Cuántas veces le había pedido perdón?

Y ahora, ha escuchado el grito del niño pequeño y se ha dicho: he sido un monstruo. Su hijo. Su maravilloso hijo. Está en el escenario, tocando, dándolo todo. Acaba de revelar un secreto. El lamento de su hijo inunda su corazón. Él le muestra el cielo, le muestra la belleza, ella quiere seguirle, no quiere dejarle nunca más. Quiere permanecer a su altura. No volver a caer.

Siempre los mismos errores, siempre.

Piensa en el hombre al que abrazaba en el taxi, no le quiero, no le quiero, solo quiero a aquellos que huyen, que no me miran, que me maltratan, que me castigan. No sé nada del amor, debo recomenzar, empezar de cero con humildad.

No le quiero, no le quiero, no le quiero.

Desde las primeras notas que Gary interpreta, Hortense está segura. Está dentro. Y luego, escucha un lamento, sorprende una pena, las lágrimas ascienden a sus ojos, se reconviene, todo va bien, ¿no? ¡No irás a ponerte a llorar! ¡A echar a perder tu maquillaje!

¡Pero es tan bello lo que él toca!

¡Es tan bello lo que la chica le responde con el violín!

Parece que ella le retorciera las entrañas, que escarbara en él. Ella le exhorta, insiste, él se deja hacer, se abre en dos como una naranja partida por la mitad. Están solos, como si toda la gente de la sala hubiera sido evacuada al primer compás. Están felices, atormentados, interpretan la alegría y también el dolor. Pero ese dolor, curiosamente, lo transforman en filtro mágico y hacen ascender un canto sublime de vencedores.

Se cuentan una historia. Una historia nada más que para ellos. No tienen necesidad de nosotros. Como yo cuando cortaba mi chaqueta de pana aterciopelada. Va a quedar bonita mi chaqueta con botón de oro. He hecho bien en elegir ese color. Y el material, flexible, grueso. Se sostiene bien, tiene peso. Es importante elegir un buen tejido. Buenos materiales. Como el vestido de esa chica, Calipso. Una maravilla. Me pregunto si me lo prestaría para examinar cómo está cortado. Es una chica extraña, no es bella, pero eso es lo de menos. Ella encarna la gracia cuando toca. Uno siente ganas de calentarse con los rayos de su piel, de saltar a su violín, de volar con ella. Es un hada, ¿acaso debería desconfiar? No, no lo creo. No debe de ser peligrosa cuando deja su arco...

No le quiero, no le quiero, se repite Shirley escuchando el final de la sonata y los aplausos que celebran la actuación de su hijo y de Calipso. El anfiteatro está en pie aplaudiendo a rabiar.

—Es un éxito, no puede negarse —declara Hortense—, ¡lo sabía, lo sabía!

Gary y Calipso se inclinan. Saludan. Se miran sonriendo.

—Hubiera querido que no se terminase nunca —murmura Gary.

—Yo habría podido tocar hasta el amanecer —susurra Calipso.

De repente un silbido estridente les desgarran los oídos, levantan la cabeza, llamados al orden. Es Hortense, de pie en su butaca, con dos dedos metidos en la boca, silbando con la insistencia de un piel roja de Brooklyn. Se endereza y grita: ¡bravoooo! Gary le envía un beso con la punta de los dedos.

—¡Eh, Shirley! ¿Has visto cómo silbo? —pregunta orgullosa Hortense—. Llevo un mes

entrenándome con Astrid. Ha sido increíblemente difícil, ¿sabes?

Dos cámaras se acercan al escenario y graban los rostros radiantes de los dos solistas.

—¡Es la CBS y el equipo de *60 minutes*! —grita Hortense dando un codazo a Shirley—. ¡No nos ha dicho que iba a salir en la tele! Es formidable. ¡Si lo hubiera sabido, habría vestido a Calipso con uno de mis diseños y me habría hecho famosa en treinta segundos! ¡Bah..., otra vez será, ya encontraré a alguien más conocido para que vista mis trajes!

En el gran salón decorado en rojo de Elena, una gran mesa está dispuesta. Veinticuatro cubiertos. Amigos de Gary, de Hortense, banqueros, periodistas, agregados de prensa, productores de televisión, todo lo que compone los ingredientes del éxito. Elena lanza una mirada a la mesa y se felicita. Las copas de cristal para el vino, las copas de cristal para el agua, las copas de cristal para el champán, todas resplandecientes. Pequeños centros de flores alegran el conjunto con sus manchas blancas y malva, las jarras de vino estiran su largo y gracioso cuello. ¡Todo es bello! ¡Un éxito! ¡No he perdido mi toque! Grandsire y Henry vigilan, los sirvientes se mueven discretamente detrás de los invitados. Parecen surgir de detrás de las cortinas para servir y luego desaparecer rápidamente. Los hombres van de esmoquin, las mujeres con vestidos de noche, la luz de las velas hace brillar los ojos y acaricia las pieles.

Un camarero sirve vino Cheval-Blanc y champán Ruinart bajo el ojo atento de Grandsire. Henry impide a un maleducado que fume, el aire ronronea con el eco de voces, de risas, de tintineos de porcelana y cristal. Elena ha colocado a Hortense al lado de Robert, y ha mantenido a Gary y a Calipso cerca de ella. Esta última parece somnolienta, exhausta. Elena admira la gracia con que dormita, toda erguida, con una leve sonrisa en sus labios como si no durmiera, como si secretamente continuara el diálogo entre el piano y el violín.

Calipso se recoge. Quiere saborear su felicidad. No dejar que se evapore en conversaciones fútiles, en educadas banalidades. Saborearla. Aspira los pequeños detalles de la noche, los degusta, los succiona como pastillas de menta, sobre todo no quiere olvidar nada. De vez en cuando, abre los ojos y sonrío a la primera mirada con la que se cruza. Y luego los cierra de nuevo. Está muy cansada. Lo ha dado todo. *Abuelo, abuelo*, ¿has encontrado tus «aes», tus «oes»? No se excusa por dormir así. Ya no tiene fuerzas. Se acuerda de los primeros compases de la *Primavera* y la felicidad vuelve a inundarla de nuevo.

El director de la escuela le ha asegurado que tendrá una beca para su último año de estudios. Ya no habrá más problemas de dinero, no más problemas de liquidez. Las palabras la acunan en su somnolencia.

—Solo se ha hecho justicia —había mascullado Pinkerton—, ¡se lo merecía desde hace mucho tiempo!

Escucha la propuesta de un agente para tocar a Mendelssohn. Con Gary. Van a ensayar juntos. Mendelssohn, Mahler, aún queda mucha tela que cortar. Cabecea, feliz, en medio de los platos que pasan, de las bolitas de carne a la rusa, de los pirojkis, del helado de praliné y la isla flotante.

En el extremo de la mesa, Mark trata de seducir a Astrid, pero ella apenas le escucha. Demasiado joven, demasiado re peinado, demasiado liso, demasiado dulce para mí, parece decir su mirada que rechaza los avances del pianista.

—Mi madre me ha prohibido salir con artistas, dice que eso no es un oficio. Solo una ocupación de vagos.

—Yo hablaré con tu madre y la convenceré. Me vuelves loco. No puedo vivir sin ti.

—Bebe un vaso de agua, se te pasará.

—¡Qué pobre remedio para un amor tan grande!

—Déjalo ya, no me interesas. Me gustan los brazos fuertes, los brutos, los viciosos que me clavan una estaca en el corazón, tú no das la talla.

—Es más fuerte que yo, en cuanto veo una mujer bonita, me embalo. Pero me olvido igual de rápido, esa es la ventaja.

—Menos mal. Te estabas poniendo muy pesado.

—Solo una última cosa, ¿podrías tocarme la nariz?

Astrid entorna los ojos.

—¿Tocarte la nariz?

—Sí, y frotarla suavemente girándola hacia la derecha. Es así como alcanzo el orgasmo.

—¿Tienes serrín en la cabeza o qué?

—No bromeo. Es mi única zona erógena.

—¡Este tío está chiflado!

—No. En mi país, en China, hay muchos como yo. Pero no tenemos derecho a decirlo. Es una mala propaganda. Como los pies vendados.

—¿Por qué?

—No es bueno para el comercio exterior.

Inclina la cabeza con un aire serio y Astrid duda si creerle o echarse a reír.

—¿Eres realmente chino?

—¿Es que no salta a la vista?

—Claro que sí. Pero podrías haber nacido aquí de padres chinos.

—No. Nací allí. Llegué a Nueva York con dos años, pero a los siete años me devolvieron a China. Es la costumbre en la familia de mi padre: los nietos pertenecen al abuelo paterno. Así que tuve que regresar. Cogí un barco, no teníamos dinero suficiente para el avión. Dormía en el puente, temblaba de miedo y de frío, quería escapar. No quería ir allí.

—Lo comprendo. A mí tampoco me gustaría vivir en China. Al parecer, la gente escupe por todas partes, se derriban las viejas casas para construir rascacielos y se pueden comprar órganos humanos en el mercado.

—Terrible, terrible. Yo fui enviado a casa de mi abuelo que es el jefe de una rama de la mafia muy conocida por su ferocidad. ¡Con unos gorilas sanguinarios tatuados hasta la nariz! De hecho, todo mi cuerpo está marcado con signos cabalísticos, desde el cuello a la punta de los pies.

Astrid se estremece y trata de distinguir un trozo de piel a través de su camisa blanca.

—Mi abuelo me enseñó a manejar las armas, a cortar narices, orejas, a no mostrar nunca nada, ni emoción, ni esperanza, ni dolor. A veces, me lanzaba un puñal a dos milímetros de la cara y yo no podía pestañear.

—¡Pero si eras un niño! —exclama Astrid.

—¡Quería que saliera de la infancia cuanto antes! Tenía que dormir en el suelo, comer hormigas, ir descalzo, lavarme en una tina en el patio, en pleno invierno, rompiendo el hielo. Si tropezaba o dejaba escapar alguna queja, me enviaba al calabozo. Así que bebía de los charcos, chupaba la sal de los muros.

—¡Qué cabrón!

—Era mi abuelo —suspira Mark—. Lo único que hacía era perpetuar la tradición. Nunca se me ocurrió la idea de juzgarle o de criticarle.

—¡Totalmente adoctrinado!

—En cierto modo, sí. Todo el mundo le temía. Podía abatir a un hombre de un solo golpe de sable.

—¡Guau! —exclama Astrid que empieza a encontrar al abuelo absolutamente seductor.

—Con trece años, maté por primera vez. El hombre se había negado a pagar su impuesto. Una presa fácil. Me condujeron hasta una especie de hangar apartado, habían llevado allí a un pobre viejo, le maté disparándole una bala entre los dos ojos. Fue fácil, el hombre estaba petrificado, no se movía, se cagó encima. Yo me acerqué, le miré a los ojos y disparé. Sin la más mínima emoción. Estaba contento de mí mismo.

—¡Guau! —exclama Astrid que ahora ya no tiene más que una palabra en su vocabulario.

—Y además, a los trece años, ¿sabe uno lo que hace?

Astrid no sabe qué responder. Suspira, horrorizada.

—Fui recompensado, tuve derecho a mi primera puta. Una chica de quince años, bella como el sol y muy sabia. Solo te diré que sabía hacer cosas de cortesana refinada, realmente tenía mucha experiencia.

—¡Guau! —repite anonadada Astrid que no puede apartar su mirada de Mark.

—Tuve que superar una prueba tras otra. Franqueaba barreras de fuego, saltaba al río desde un puente, bebía de un trago dos botellas de alcohol, me cargaba a un tío, a dos... Me acostaba con una puta, con dos. Solo tenía un amigo. Un primo que mi abuelo instruía conmigo. Teníamos la misma edad y le quería mucho. Dormíamos juntos, entrenábamos juntos, a veces follábamos juntos, nos alentábamos cuando había que matar o saltar al vacío. Cuando cumplí dieciocho años, tuvo lugar la prueba final.

Astrid está pendiente de los labios de Mark. Se ha llevado una mano a la garganta y le cuesta respirar.

—Mi abuelo me dijo que debía matar una vez más. Yo me encogí de hombros y dije que eso era fácil. Sí, añadió, pero vas a tener que matar con tres golpes de cuchillo, no más. Y delante de tres jueces. Ellos contarán cada cuchillada. No tendrás derecho a ningún golpe suplementario. Si fallas, te matarán. Fácil, volví a decir.

—¡Guau! —repite de nuevo Astrid retorciéndose en la silla.

Se muere de ganas de tocar la piel dorada de ese chico de apariencia tan insignificante. Ganas de saborear su boca, su torso, su sexo. Aprieta las piernas para controlar el hormigueo que asciende entre sus muslos.

—Entonces pregunté fríamente a quién debía abatir y mi abuelo me dijo que a mi primo. ¡Estuve a punto de gritar: no, no! Pero me contuve. Apreté los dientes, pregunté: ¿él lo sabe? Me contestó que no. ¿Debo matarle por sorpresa? Sí, respondió. Si consigues superar la prueba, te convertirás en miembro de pleno derecho de nuestra familia. Serás tratado como un igual a pesar de tu juventud. Así que me dije que no tenía elección, que era él o yo, y accedí.

—¿No era para probarte?

—No. Me llevaron a una gran sala abandonada. Había cadenas que colgaban del techo, poleas que se balanceaban, la escayola que se desprendía y provocaba grandes nubes de polvo. Al caminar, las vigas temblaban tanto que pensé que alguna se me iba a caer en la cabeza.

—¡Ay, ay, ay! —exclama Astrid abanicándose y pensando en conseguir a toda costa su número de teléfono.

—Al fondo de la habitación, bajo una gruesa viga, había una mesa y tres sillas. Una botella de agua y tres vasos. Mi primo jugaba con un balón, trataba de encestar. Me recibió con una gran sonrisa. Le di una palmadita amistosa en la espalda y vi entrar a los tres jueces. Tres hombres calvos y gordos, vestidos con la túnica negra con tres bandas rojas y el dragón de oro del uniforme del clan. Llevaban un sable en el costado. Se acercaron a la mesa sin decir palabra. ¿Quiénes son estos tipos?, preguntó mi primo. Ni idea, contesté yo. ¿Por qué nos miran así? No lo sé, dije. Los tres tipos se sentaron. El más viejo golpeó el vaso de agua con una regla metálica y dijo: ¡adelante, muchachos! Mi primo me miró y se echó a reír. Yo saqué un largo cuchillo afilado de la manga. Él me contempló, gritó: ¡no, no! Yo suspiré desolado: amigo mío, ¡es o tú o yo! Me suplicó, lloró. Yo volví la cabeza, entonces se abalanzó a mis pies con tal precipitación que... ¡Pero no vas a creerme!

—Sí, sí, continúa —suplica Astrid clavando sus dedos en el brazo de Mark—. ¡Quiero oírlo todo!

—La viga metálica que estaba por encima de la mesa se desprendió, y cayó sobre los tres jueces matándolos del golpe.

—¿Y entonces? —pregunta ella sin aliento.

—Bueno, ahí estábamos, él y yo. Contemplando los cráneos fracturados, la sangre que impregnaba el suelo, escuchando los últimos estertores que salían de debajo de la viga.

—*Oh my gosh!* —exclama Astrid, llevándose una mano a la boca para no gritar.

—Me acerqué. Aún quedaba agua en la jarra, serví un vaso para cada uno y bebimos. Él me dijo: no te odio, estabas obligado. Yo le dije: eres un buen tipo, te lo compensaré. Y nos dimos un abrazo. Después, hemos sido compañeros de por vida. Mi abuelo quería que permaneciera en China, pero ya había empezado con el piano y había descubierto otro mundo, así que me volví. Él lo entendió. Me dijo que sería bienvenido si quería regresar algún día al país, que conservaría mi rango en el clan.

Astrid contempla a Mark con infinito respeto.

—Siento mucho haberte mandado a paseo hace un rato.

—No es nada, muñeca. Los hombres duros pasan siempre desapercibidos. Se los toma por ángeles cuando son demonios, créeme, ¡sé lo que me digo!

—Has debido de sufrir mucho...

—Sí. He dejado mi corazón. Ya no siento nada. Puedes tocarlo, está vacío.

Ella estira la mano como si fuera a tocar una reliquia y él estalla en carcajadas, se contorsiona, se agarra el vientre, las lágrimas resbalan por sus mejillas. Gary lo advierte, muestra una sonrisa divertida y lanza:

—¿Has vuelto a contar alguna de tus hazañas?

—Pues sí. Y ha funcionado. ¡A ella solo le gustan los brutos!

Astrid, furiosa, le suelta una patada en la tibia y le da la espalda. Mark se echa a reír.

Es el momento escogido por Elena para pedir silencio: va a hacer un brindis. Hace una señal a Robert para que coja la cámara y filme la escena.

¿Para qué necesita filmar esto?, se pregunta Hortense.

—No teman, no me extenderé. Sé muy bien lo aburridos que pueden resultar los discursos a menos que estén escritos por espíritus refinados y bromistas. Me encantaría que Oscar Wilde o Noel Coward estuvieran entre nosotros, con gusto les dejaría mi sitio. Esta noche me gustaría dar las gracias a Calipso y a Gary por el magnífico recital que nos han ofrecido en el escenario de la Juilliard School. Yo tuve el privilegio de asistir a un concierto privado ayer por la tarde, aquí mismo. Querría felicitar a Gary por su tenacidad, su talento, su generosidad, virtudes que hacen de él un artista notable, y decir a Calipso que su camino estará coronado de gloria y de éxito...

Elena alza su copa, se gira hacia Calipso que inclina la cabeza y da las gracias con una sonrisa. Escucha los aplausos, recibe la mirada de Gary que le sonrío, como si le dijera gracias, levanta una ceja, ¿gracias por qué? Y él le vuelve a sonreír. Elena se inclina hacia ella, pasa su brazo alrededor de sus hombros y choca su copa de champán contra la suya. Calipso se sonroja. Hunde la nariz en su vestido azul perlado y atrapa una vaharada de perfume que la aturde. Es el mensaje de Ulises para ella. Le ha dejado un perfume a guisa de mensaje. Un rastro de mandarina, de naranja, de pétalos de violeta frotados, una pizca de ylang, una rosa de Damasco, vainilla, sus fosas nasales se estremecen, el pachulí y la madera de cedro cierran la marcha, la cabeza le da vueltas. *Abuelo, abuelo*, gracias. Todas esas fragancias la asaltan y la penetran. La envuelven en una cálida presencia, ella frota la mejilla en su hombro, en la parte alta de su vestido, reproduce una caricia, un abandono. ¿Cómo es que Ulises posee un vestido tan bello? ¿Quién se lo ha prestado? Porque el vestido no es nuevo. No es de Rosita, no, no, ella tiene las caderas anchas y el pecho bien redondo. Es de otra mujer, una mujer a la que ha amado apasionadamente puesto que ha conservado su vestido. Pero ¿quién? ¿Y por qué se lo ha enviado la víspera del concierto?

—Y querría también, aprovechándome de vuestra presencia, anunciaros una gran y estupenda noticia...

Elena hace una pausa. Hay que caldear los ánimos. Más tarde, verá la grabación y se dirá: esa fue la noche en la que todo comenzó. Las conversaciones se detienen, no se escucha ningún murmullo, ni siquiera una risa ahogada. Henry y Grandsire permanecen de pie, majestuosos, conscientes de la importancia del momento, dispuestos a acallar al primero que se atreva a hablar.

—Hortense y yo vamos a asociarnos y lanzar...

Elena calcula el efecto, alza su copa en dirección a Hortense que no puede evitar emocionarse y, al mismo tiempo, sentirse aliviada. De modo que ya es oficial, ella no se echará atrás. Muy pronto firmaremos un contrato, voy a tener que buscarme un abogado, ¡no quiero verme estafada!

—... ¡una nueva casa de modas! He visto los figurines de la primera colección y puedo afirmar que los modistos más prestigiosos tienen motivos para preocuparse, una rival acaba de nacer. ¡Larga vida a la casa Hortense Cortès!

Todo el mundo aplaude. Gary se levanta, feliz y orgulloso, tiende su copa hacia Hortense, que se une a él y le besa.

—¡Estoy tan orgullosa de nosotros! —murmura en su oído—. ¡Somos los mejores y esto no ha hecho

más que empezar!

Mark también se pone en pie, Robert, Shirley, Astrid, Rosie, Jessica y todos los convidados le imitan. Solo Calipso permanece sentada.

Cabeceando, escuchando el bullicio de fondo, uniendo las manos para aplaudir, atrapando una nueva ráfaga de ese perfume que impregna su vestido. Y luego, se dice, no he visto al desconocido del Parque. ¿Habrá aparecido para ocupar su butaca? ¿Habrá asistido al concierto?

Su mentón cae sobre el pecho. Se ha dormido.

En ese primer domingo de mayo, Emily Coolidge se ha puesto un bonito vestido, un tanga de pantera, dos gotas de «Ivoire» de Balmain detrás de la oreja, y se prepara para recibir a su amante, Giuseppe Mateonetti.

Él siempre viene los domingos. A veces algún martes o jueves. Viene cada vez con más frecuencia. Es una buena señal.

El domingo por la noche, ve *60 minutes*, su programa de televisión favorito. *The number one news program*, dice él, mordiendo un cacahuete, más de trece millones de seguidores, eso sí que es audiencia.

Ese domingo por la tarde, ella se pinta las uñas mientras le espera. Giuseppe adora a las mujeres de largas uñas rojas. Quiero que tú seas mi pantera, yo seré tu leopardo, le dice mostrando los dientes y rugiendo. Tiene una forma de fruncir el labio superior que la asusta. Parece que quisiera devorarla.

Enciende el televisor para que esté preparado cuando llame. Él siempre pide algo inesperado, a ella le gusta haber pensado en todo y sorprenderle. ¡Va a acabar por encontrarla perfecta! Y ya no podrá pasarse sin ella. Y... y le pedirá que se casen.

60 minutes. CBS. Canal 2. No le gusta mucho ese programa. Demasiado serio. Y además los presentadores son viejos, tienen papada, párpados colgantes, la piel flácida del cuello, la piel de las nalgas, la piel de los cojones que caen en blandos arabescos. Lo sé, los he visto en albornoz. En la sala de maquillaje o fuera. Se ríe mientras se da una última capa de pintauñas rojo. ¡Los hombres de la televisión se hacen los importantes pero, cuando están entre mis muslos o en mi boca, son como niños pequeños! Sueltan gemidos, dicen palabras cariñosas, se derraman en agradecimientos. Gritan mi nombre y el de Dios. ¡Sobre todo los viejos! Son patéticos. Yo no quiero envejecer, se dice metiendo tripa, abriendo mucho los ojos y alzando el mentón.

Sobre la mesa baja hay un trozo de tarta de queso con chocolate junto a la edición dominical del *New York Times*. Lo ha comprado para Giuseppe. Le gusta seguir su emisión preferida comiendo un trozo de tarta de queso. Ella hace todo lo que a él le complace.

Lo ha apostado todo en él.

Es cierto que a veces está harta de romperse el cuello a fuerza de inclinarse en su entrepierna. Pero él le pide tan dulcemente su pequeño *piacevole consuetudine*,²⁵ la conduce con tanta ternura hasta la protuberancia bajo su pantalón... Abre su bragueta, la agarra por los cabellos, venga, mi bebé, venga.

En fin..., al menos durante ese tiempo ella no come tarta de queso. Se esfuerza siempre por ver las cosas del lado bueno.

A ella no le gusta demasiado succionar su entrepierna. A la larga resulta muy aburrido. Pero al

parecer es una verdadera *cordón-bleu* en la materia. Su último amante, Bill Crumbey, solía afirmar: Emily es una virtuosa del caramillo y sentado a la mesa, delante de sus amigos, imitaba a un flautista tocando. Todos reían de buena gana bebiendo vino blanco el sábado por la noche en East Hampton. Ella quería formar parte de la fiesta. Y terminaba por reírse con ellos.

Giuseppe no tiene casa en los Hamptons, pero sí un palacete cerca de Siena. Su madre vive allí. Es viuda. Él la llama todos los domingos por la mañana y habla con ella un buen rato. Es un hijo atento, afectuoso, que no olvidaría por nada del mundo su llamada dominical.

No ha apostado por el caballo malo.

La lleva a buenos restaurantes, deja grandes propinas, le regala chalets de shatush de miles de euros, tejidos con el pelo del cuello de antílopes tibetanos que viven a más de cinco mil metros de altitud. Es necesario el pelo de cinco antílopes para confeccionar un solo chal. Le ha regalado dos. Ha calculado que por su culpa diez antílopes están tiritando de frío en el Tíbet. Eso la ha enfriado un poco. Cuando quiso ofrecerle un tercero, ella se negó pretextando que no quería arruinarle. Él replicó que no era nada, pero ella ya se imaginaba a cinco nuevos antílopes sin pelo en la nieve por su causa y dijo que no había más que hablar.

Él encontró su gesto muy noble, y le habló a su madre de ello, algo que pareció sorprenderla. Así que tiene un poco de sensatez, dijo la madre con socarronería.

—¿Por qué ha dicho eso? —había preguntado Emily.

—¡Para ella todas las mujeres que frecuento son mujeres de mala vida que únicamente se interesan por mi dinero! ¡Pero no tú, querida!

—¡Vamos, que son putas! —concluyó ella.

A veces, cuando se sumerge entre sus piernas, piensa en los antílopes, y se dice que, al fin y al cabo, no es mejor que esas mujeres. También ella va de mano en mano, de un hombre a otro, y no precisamente para bien.

Es absurdo, no debe quejarse: no ha apostado por el caballo malo.

Él la lleva a Tiffany, a la Ópera, repite *tesoro mio* acariciándole la mejilla. Le coge la mano y la posa entre sus piernas en la penumbra del cine. Ella se ríe, se retuerce, pero deja su mano y la mueve un poco si la oscuridad es total. Él ha heredado la empresa familiar, La Casa di Lena, aunque no sabe exactamente en qué consiste, cree haber entendido que se trataba de un viñedo en Umbría. Por el momento, su madre y su hermana dirigen la empresa. Él se ocupa de las relaciones públicas en París, en Londres, en Nueva York, en Moscú, en Dubái, en el mundo entero. Ella lo conoció a raíz de un reportaje sobre empresas familiares en el negocio del lujo, «Las pequeñas cajas que dan mucho». Vive en un ático en la Quinta Avenida, al lado del hotel Pierre. Hace bordar sus iniciales en las camisas, le abre la puerta del taxi y comprueba que su corbata está derecha antes de llamar a la puerta de sus amigos.

Conoce las buenas maneras.

No ha apostado por el caballo malo.

Con Giuseppe, si hace lo que él le pide, no tendrá necesidad de trabajar, él se ocupará de ella. Dice que no quiere tener niños, que hacen demasiado ruido, que hay que ocuparse de ellos todo el tiempo, que toman demasiado azúcar y tienen caries. Quiere que ella se consagre solamente a él. Y al montículo de su pantalón. Pero eso lo dice riéndose.

Tiene sentido del humor.

Piensa que le iría bien tomar una copa mientras le espera. ¿Qué me pedirá hoy? Cualquiera diría que me prueba... ¿Podría ser que me pruebe? Eso sería muy mezquino.

Se sirve un chupito de vodka, se llama estúpida, él puede notarlo cuando la bese, aparta el vaso, vuelve a meter el líquido en la botella. No hay que desperdiciar nada. Tiene que ahorrar. No es seguro que vayan a renovar el contrato la próxima temporada. Le han dado a entender que debería hacerse «un pequeño arreglito en la cara» si pretende continuar en antena y seguir presentando *Rich and Famous and Me*. Uno pequeño. ¡Con las ganas que tengo de permanecer en antena!

Grace, la empleada del hogar, ha preparado una ensalada de frutas en una gran ensaladera. Emily atrapa un trozo de piña, lo tritura con sus dientes blancos, el jugo resbala entre sus dedos de largas uñas rojas. Piensa en meter tripa. Grace no necesita recurrir a un arreglito de cara para hacer la limpieza. Esa es la ventaja. No necesita chupar caramillos, ni tampoco... Sí, pero tiene que hacer los deberes de los tunantes de sus hijos.

Prefiero los caramillos. Y además, tengo experiencia. Pienso en otra cosa. Me zambullo en el mar Caribe del fondo de su pantalón, en la arena cálida, en el mar turquesa, entre peces naranja y verdes, y ¡hop! Le hago la mamada. ¿Cómo se las arreglarán las que no tienen imaginación? Las compadezco sinceramente, la faena es monótona.

Se está retrasando. La emisión va a empezar sin él. Se sopla las uñas. Se echa un chorro de espray de menta en la boca. Resopla en sus axilas. Pasa un dedo por su tanga de pantera. Resopla. Vaporiza el perfume francés en su cuello. Siempre el mismo. ¡Soy una mujer fiel! Realza sus senos en el sujetador. Cuarenta y cinco años, y aún me conservo bien. No le ha dicho su edad. Él trata de averiguarla, pero ella lo elude y replica que una mujer a la que se ama no tiene edad. Un día, él sugirió cuarenta años, y ella se hizo la ofendida. Entonces él dijo: vale, vale, ¿treinta y ocho entonces? Ella lo rechazó y él no pudo disfrutar de su pequeña golosina. Incluso con la cabeza en la guillotina, mentiría.

Llaman a la puerta. Echa una última mirada al salón. Todo está en su lugar. La botella de whisky, la Perrier, los cubitos. La televisión encendida. Las cerillas, el cortapuros, el cenicero.

Suelta un alegre ¡ya voy, *amore mio*, ya voy!, camina dando pequeños pasitos sobre sus altos tacones, está a punto de tropezar con la esquina de la alfombra, se resbala, se agarra al borde de una cómoda. El timbre suena una vez más, imperioso, irritado.

—¡Ya voy, *amore*!

Recupera el aliento, ahueca sus cabellos en el espejo de la entrada, se humedece los labios, aprieta el vientre, estira los brazos y abre la puerta.

—¡Buenas tardes, *bellissima*! ¿Llego a tiempo para la emisión? ¿Aún no ha comenzado?

Ella le tranquiliza. Él la besa rápidamente, deshace el nudo de su corbata, contempla la pantalla por encima de su hombro y pregunta:

—¿Tienes un calzador?

Pinkerton acaba de llamar a Calipso para avisarla: la emisión va a comenzar. Míster G. y ella están en el salón, esperando en silencio. Míster G. ha sacado la máquina de fotos para tomar una instantánea de la pantalla.

—¿Has avisado a Ulises? —pregunta tirando de las puntas de su chaleco bordado.

—¡Lo he olvidado!

—¡Hazlo enseguida! No te lo perdonaría.

Ella se mueve rápidamente y marca el número.

Ulises está progresando, ya puede articular sonidos que Calipso reconstruye. Incluso ha conseguido recomponer frases enteras. A veces él se pone nervioso y decide no seguir hablando.

Después del concierto le había llamado. Su diálogo había sido más o menos así:

—¿Pusiste vestido, amor?

—Sí, *abuelo*. El vestido y los zapatos.

—¡Tú bo-ni-ta!

—¡Nos han aplaudido mucho y hemos ganado! ¡Hemos ganado!

—Bien, bien, yo feliz.

Ya no pudo hablar más tiempo, se cansa rápidamente.

—¡He sido entrevistada por la tele! El periodista me ha hablado de dinero, de cachés, de concursos, de rivalidades, nada de música. Pinkerton dice que es normal, que es lo que le interesa a la gente.

Esta vez es Rosita la que contesta. Calipso grita:

—Me había olvidado de decíroslo... ¡Va a empezar! ¡Va a empezar! La emisión de la CBS donde aparezco. ¿Nos llamamos después?

Justo cuando cuelga, distingue la figura estilizada de una joven que entra en el escenario con un vestido azul bordado de perlas, se coloca en posición y toma su violín con gracia. La contempla, absorta. Es ella, ¿es posible que esa sea ella?

Se vuelve hacia Míster G. y pregunta:

—Soy yo, ¿realmente soy yo?

Él afirma con la cabeza y sonrío.

Se diría que no se está dirigiendo a ella, que sonrío a una mujer justo detrás de ella.

Se da la vuelta, no hay nadie.

En plena faena, Emily oye tocar un violín y un piano. Gira la cabeza hacia la pantalla. Puede continuar su pequeña tarea contemplando la televisión. Así se aburrirá menos. Pero él le hunde la nariz en su bragueta. *Che bontà!*, suspira. ¡Adelante, mi amor, no te detengas, el canto de ese violín es tan bello! ¡Qué felicidad me proporcionas! Apoya una mano en su nuca, la obliga a acelerar, a ir más despacio, él lleva las riendas de su placer, ella se ahoga, a punto de asfixiarse, pero continúa, buena chica.

Él gime. Sus palabras se vuelven incoherentes. ¡Y el piano, ah, ese piano! ¡Y el violín, ah, ese violín! *Dio mio!* Y esa chica, ¡qué intérprete! *Ma...* es extraordinaria, toca igual de bien que tú succionas, mi amor, es una virtuosa. ¡Qué hábil eres dándome todo ese placer! Y a esa chica le haría tocar el arco sobre mi flecha, haces tan feliz a mi flecha... Querría gritar su felicidad. *Ma questi due*, ¡son

extraordinarios! ¡Me dan ganas de llorar! ¡Tanta belleza, tanta bondad!

Intrigada, Emily gira discretamente la cabeza hacia la pantalla y se ahoga. Reconoce ese vestido. Su vestido azul bordado con perlas brillantes y largos cuellos de pájaros que se abrochan en los hombros, es mi vestido, siente ganas de gritar: ¡mi vestido! Y dentro de él, una espigada muchacha morena, aferrada a un violín como a una escala de seda. Parece que vuela por encima del escenario. Tiene ojos de libélula y mentón de cuello de botella. El nombre de la joven aparece escrito en la parte baja de la pantalla: Calipso Muñoz.

Giuseppe, presa de un espasmo, explota en su boca y sujeta la cabeza de Emily entre sus manos como si quisiera triturarla. Suelta unos grititos de simio y su cabeza se desploma contra el respaldo del sofá.

Emily, sofocada, se ahoga, se aparta.

Acaba de recibir un puñetazo en pleno rostro. Su cuerpo se desmorona sobre la alfombra como un pelele desarticulado. Su boca rebosa esperma, no le gusta tragarlo. Lo escupe discretamente en un kleenex que oculta bajo un cojín del sofá. Él no la ve, tiene la cabeza echada hacia atrás, tratando de recuperar la consciencia.

Calipso Muñoz, su hija, tocando el violín en la televisión.

Termina de limpiarse la boca. Calipso Muñoz. Y entonces de pronto su hija empieza a hablar. Su voz es dulce, contenida, reposada. No tiene una barbilla bonita, no tiene dientes bonitos, pero sus ojos están impregnados de sueños, no habita en la tierra. A su lado, un chico muy guapo, alto y moreno, la mira con ternura. Aún no han tocado la tierra, están muy arriba, perdidos en las nubes.

Giuseppe reclama su copita, pero ella le hace una señal para que se calle. Él no protesta, se deja llevar, exhausto, en el sofá. Se desinfla como un globo viejo.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿La conoces bien?

—Es... es la hija de una amiga, Dolores.

—¡Olé, Dolores!

Está de un humor encantador, tiene ganas de hablar español, de marcarse un zapateado, de comer tacos, de bailar flamenco. Y añade, magnánimo:

—¡Tienes que decirle a tu amiga que su hija posee un talento increíble! Me vendría muy bien una copita.

Ella le rechaza con un golpe de hombro, ya no le escucha.

—¡Alcohol, *muchacha*! —le grita en la oreja riendo.

¡*Muchacha*!

De pronto ella lo recuerda todo: el hombre, el garaje, el camión en la obra, las palmeras, las buganvillas, las habitaciones de motel en las que nunca había aire acondicionado o estaba roto. Fue el año en que sus padres la enviaron a terminar el instituto a casa de sus tíos en Miami. Su padre sufría una «larga enfermedad», su madre debía ocuparse de él «día y noche», estaban atravesando «un momento difícil», tenían «necesidad de reencontrarse», sería lo mejor para ella. Aquel día comprendió que estorbaba.

El problema es que también estorbaba a su tío y a su tía. Ellos no estaban nunca en casa. Seguían una dieta severa y solo comían pechugas de pollo. No tenían hijos. No sabían cómo tratarla. Al principio, les había divertido tener una niña crecida de dieciocho años, rubia y guapa. Su tía le cepillaba el cabello, le compraba minifaldas, trajes de baño, rímel, uñas postizas, pestañas postizas, Tampax. Su tío la llevaba al golf y la hacía beber manhattans. Muy chic, decía, muy chic, los manhattans. Pero eso no duró mucho tiempo, enseguida se cansaron y dejaron de ocuparse de ella. Su tía, que vendía productos de belleza puerta a puerta, se marchaba cada vez más lejos con sus maletas de muestras y sus pechugas de pollo metidas en una bolsita de plástico, y cada vez regresaba más tarde. O no regresaba. Su tío no parecía estar preocupado. ¿En qué trabajaba él? No puede recordarlo. Un oficio de hombre. Un oficio de hombre ausente. Cuando se cruzaban por la casa, le decían: toma, aquí tienes las llaves, ¡tú sabrás cómo arreglártelas!

Y ella se las arreglaba.

Se ponía muy contenta de poder arreglárselas sola porque era libre. ¡Libre! Podía pasarse las mañanas y las tardes recostada en su cama, viendo la televisión y comiendo galletas, brownies, helados de crema, o acariciándose con un dedo y gimiendo, le resultaba de lo más agradable. Montaba a caballo sobre la almohada. Había una tele en cada habitación. ¿De qué servían si no estaban nunca en casa?

Espiaba la vivienda de los vecinos, oculta detrás de las cortinas de su habitación. Unos obreros estaban agrandando la terraza. Ella observaba su forma de escupir, de blasfemar, de beber cerveza. Eran cubanos de greñas hirsutas, abundante vello corporal, grandes brazos, grandes músculos y manos de luchador. Ella se estremecía de deseo y volvía a acariciarse. Inventaba historias que no tenían sentido. Había un hombre que le gustaba mucho, grande, fuerte, peludo, caminaba con paso tranquilo, todo el mundo le hablaba como a un jefe. Eso la excitaba.

Un día, había llamado a su puerta, quería saber si por casualidad el vecino le había dejado un juego de llaves, necesitaba acceder al garaje.

Lo recuerda todo: ella descalza sobre el suelo de baldosas con una camisa larga que le ha quitado a su tío. Acaba de tomarse una tarrina entera de helado y está ligeramente revuelta. Ha tratado de vomitar pero no ha funcionado. El hombre se apoya en el marco de la puerta, la calibra con su mirada seria, tiene briznas de hierba en el cuello y huele bien, ella se acerca, le roza, él no se aparta, algo infinitamente seductor emana de él. Es a la vez dulce y poderoso, ella creía que todos los hombres se parecían a su padre, ásperos como el cuello de una camisa almidonada. ¿Qué edad tendrá?, se pregunta examinándolo, respirando su aliento. Él es seco, sus músculos lisos, su pelo dibuja una línea recta en la nuca, su cuello está bronceado, curtido. Una corriente de aire agita el faldón de su camisa. Ella deja caer el juego de llaves, se agacha para recogerlas, él también se agacha, ella es consciente de tener las piernas expuestas, de que él puede ver su braguita blanca, eso la excita, ese hombre la excita, ha debido darse cuenta porque le coge la mano, ella no dice nada, hace muchas mañanas que le observa. Es el supervisor, había dicho su tío. ¡No hay más que verlo, conoce su oficio!

Así que esa mañana, ella se deja hacer. Él echa un vistazo al interior de la casa, un vistazo que parece preguntar: ¿hay alguien más en casa? Ella niega con la cabeza, no, no. Él la lleva a su habitación, la aplasta contra la pared, se arrodilla, sube suavemente su camisa, le acaricia las piernas, son bonitas, son

suaves, siente ganas de besarlas, de pasarse el día acariciándolas, desliza un dedo en el interior de sus muslos, espera un poco, continúa hasta la ingle, espera, la roza, espera, hunde su dedo. Ella tiende las manos hacia él, le suplica que haga algo, no puede esperar, no sabe qué es lo que tiene que esperar pero se arquea, él sigue de rodillas frente a ella, le ha subido un poco más la camisa, ella ha atrapado su rostro, lo ha acercado a su entrepierna, no sabe por qué lo ha hecho, no lo sabe, pero hace como si lo supiera, como si fuera «una autoridad en la materia». Es otra de las frases de su padre. Toma la cara del hombre, la posa sobre su sexo y él la besa, ahí, en ese lugar que a ella tanto le gusta acariciar mientras ve la televisión cuando está sola en su habitación.

La besa, ahí.

Dulcemente. Como si mimara a un niño. La lame, la acaricia, la escarba, la humedece con su saliva, ella no se mueve. No sabe. No sabe. Se siente como un resorte a punto de romperse, me voy a romper, dice, eso seguro, cierra los ojos y el cielo se vuelve negro.

Y entonces recibe la sacudida. Una sacudida que la parte en dos. Grita como si él la degollara, él la amordaza con una mano, entonces ella grita más fuerte, dice: voy a morir, lucha, cree que es verdad, que va a morir. Él dice: no, no, ella toca sus cabellos, son negros, tupidos, como de paja seca, los palpa temiendo que se prendan fuego. Le acaricia la cabeza como se acaricia algo precioso, un tesoro. ¿Es esto gozar? Esa palabra que encontraba tan estúpida, que se parecía a un algodón de azúcar, tan blanda, tan abúlica, tan pálida, ¿es esto?, pregunta, suplicante, a los ojos del hombre. ¿Podría pasar el resto de mi vida contigo? ¿No dejarte nunca?

Y se desploma. No se tiene en pie. Él la sujeta. Ella pasa sus brazos alrededor de su cuello, solloza, ¿se va a morir? Claro que no, claro que no, dice él, eres hermosa, yo te había visto, ¿sabes? Quería acercarme a ti, quería saborearte, querría coger todo el placer del mundo y ofrecértelo, grabarlo en tus caderas, en tus piernas, entre tus senos, que tú caminaras exhibiéndolo como una medalla, mi belleza maravillosa, mi belleza sulfurada, mi belleza americana. *Muchacha*, canturrea, *mu-cha-cha*.

Mi muchacha.

Y él posa una mano en su vientre para extinguir el incendio. Para calmar los últimos espasmos de placer que le queman el vientre, ella suelta un hipido, llora, ríe, el huracán se aleja, por fin respira, aparta los mechones pegados a su frente, se acuerda, ella era tierra, era savia, era sol, ella estaba al principio del mundo.

Una muchacha.

¿Y luego?

Y luego, no podían despegarse el uno del otro.

Eran como dos perros.

Se buscaban por todas partes.

Él alquilaba habitaciones de seis dólares en mugrientos moteles donde las sábanas olían a cloro, el cuarto de baño olía a cloro, los pies descalzos resbalaban en el linóleo verde o amarillo, las cortinas eran naranjas con pomelos marrones, había revistas pornográficas abandonadas bajo la cama. Había una Biblia en un cajón y eso les hacía reír.

Permanecían enlazados, jadeantes, con las persianas cerradas, en esas habitaciones de seis dólares. Su piel pegada a la suya, sus sudores entremezclándose, él decía: voy a lamerte, voy a lamerte hasta

hacerte perder el aliento, y ella se daba la vuelta, él se hundía entre sus muslos, ella sentía que su cabeza salía disparada, soltaba un grito, abría las piernas y él entraba en ella como una majestad impávida, le palpaba la piel de sus senos, la piel de su vientre, el agua de su boca, se balanceaba encima de ella como un funambulista en su alambre, oscilando, simulando perder el equilibrio y enderezarse, ella suplicaba: ven, ven, y hablaba en inglés, él la reprendía en español, la espetaba: habla en mi lengua, eres mía, y ella seguía todavía en inglés y él respondía: *nunca más, nunca más, nunca más*. Y ella sacudía la cabeza en la almohada, con las manos apretando sus sienes para no explotar.

Tenía un hombre de fuego dentro de su vientre.

Ella nunca tenía suficiente, quería arrancarse la piel y él reía, la llamaba mi cielo, mi hambrienta insaciable, mi bella bengala, y ella abría las piernas, abría la boca para que él la engullera.

Se quedaban durante horas en esas habitaciones putrefactas. Era necesario cambiar constantemente de lugar para evitar que Rosita se enterara. Ella se moriría, decía él, se moriría de vergüenza. Se quedaría calcinada. ¿Y yo?, preguntaba ella. ¿Y yo? Tú eres mi reina de las noches. Y le regalaba un perfume francés y un vestido de reina de las noches. Un largo vestido azul bordado de perlas blancas. Ella se lo ponía, bailaba un vals sobre el suelo de linóleo amarillo, se dejaba caer en la cama, unía las manos, cerraba los ojos. Entonces él se arrodillaba, le besaba los pies y la calzaba con escaarpines de hada. Reina y hada. *Mi reina, mi hada*. Mi locura, mi fuego fatuo, mi adorada, mi obsesión, yo te cubriré de perfume y de besos. Y vertía sobre el vestido miles de gotitas de «Ivoire» de Balmain. Este será nuestro perfume, lo llevarás hasta tu muerte, el agua de tu bautismo en vida. ¿Me lo prometes, mi hada? ¿Me lo prometes? Ella escuchaba sus palabras, escuchaba sus dedos sobre su piel, acechaba el ojo que se pliega, el labio que tiembla, la nuca que se yergue espoleada por el placer. Era el idioma que utilizaban, pero cuando sus cuerpos explotaban, entonces las palabras brotaban en inglés, en español, en estertores de muertos vivientes.

Ella estaba dispuesta a todo por ese hombre.

Eso fue hace mucho tiempo.

Por entonces tenía dieciocho años, para ella todo era nuevo.

No quería regresar a Nueva York.

Aquello encajaba a la perfección con los planes de su familia, sus padres parecían haberla olvidado. Llamaban a su tío y a su tía muy de tarde en tarde. Entonces decían cualquier cosa distraídamente y colgaban.

Quiero quedarme aquí toda mi vida, canturreaba ella.

El tiempo transcurría, transcurría.

Contra la piel de Ulises.

Ya no iba al instituto. No se había matriculado en la facultad. A nadie le importaba.

Creía que la vida podría ser así de simple, larga, bella, que bastaba con desearlo con todas tus fuerzas y dejarse transportar por la boca de un hombre.

Contempla fijamente a Calipso Muñoz en la televisión. *¡Hola, muchacha! Muchacha* en su cuna transparente del Hospital Jackson Memorial, 1611 NW, Duodécima Avenida, Miami.

Le había dado la dirección al conductor del taxi, subido totalmente sola al asiento de atrás, sujetado

el vientre totalmente sola, tratado de controlar la respiración totalmente sola, uno, dos, tres, contado los intervalos entre dos contracciones como lo había visto hacer en las películas, pero esto no es el cine, *muchacha*, no es el cine, vas a tener un niño y apenas tienes veinte años. Y tus padres allá en Park Avenue, tan estirados, tan impecablemente peinados, tan manicurados, ¡van a estar encantados de tener un bebé de Fidel Castro! ¡Imagina sus caras cuando se lo digas! Papá y su club tan elegante, sus comidas de negocios en Wall Street, sus cenas de gala en honor de Ronald Reagan, mamá y sus amigas, *oh Nancy, my dear, you're divine!* Y todas sus veladas de beneficencia, las *charities* a doscientos cincuenta dólares la mesa, la gala del Ballet de la Ciudad de Nueva York y el baile del Metropolitan, ¡ah, ah! Los vestidos de Chanel y Saint Laurent, los embajadores, los diplomáticos y los secretarios de Defensa que acuden a cenar a su casa sonriendo con su dentadura blanca. ¡Su hija única entregada al «deseo lúbrico» de un «pelagatos advenedizo»! ¿Te das cuenta, *muchacha*? Y ella que se retorció, que se agarraba la barriga con cada nueva contracción. Que apenas había tenido tiempo de pagar el taxi, de arrastrarse hasta las urgencias, por favor, por favor, estoy de parto...

Había sentido que se le desgarraban las entrañas. Nunca más, se dijo, nunca más. Óscar fue a visitarla al día siguiente con un ramo de doce rosas rojas. Ella se había burlado de él, ¡qué paleta! Las mangas de su chaqueta le cubrían las manos y el acné le horadaba la piel, pobre tipo. Había cogido al bebé en brazos y este se había puesto a llorar. ¡La cosa empezaba bien!

Ella se había quejado de cansancio y él se había marchado diciendo que ya volvería.

Óscar, le había prometido ella, me casaré contigo. Y él se peinaba los cabellos con gomina mientras susurraba: ¡voy a casarme con una yanqui!

Él era el pavo de la farsa. El tipo que debía interpretar el papel oficial de padre.

¡Pero eso ella no se lo había dicho!

Ella esperaba a Ulises. Los brazos de Ulises, la voz de Ulises, su olor, su fuerza, su boca, su mano acariciando sus cabellos.

Pero Ulises no apareció.

Al día siguiente por la mañana, se había levantado. Había contemplado las palmeras que se agitaban al otro lado de la ventana, sus troncos escamosos, las palmas que se estremecían como lánguidas hélices. Se había dado la vuelta hacia el bebé que descansaba en su cuna transparente. Una hermosa niña morena con grandes ojos negros, líquidos, y unas manos grandes que movía como patas de mosca. Tenía los ojos muy abiertos. Normalmente un bebé tiene los ojos cerrados. No debe de ser normal. La contempló balanceando sus cabellos rubios por encima de la cuna.

—¡Hola, *muchacha*! —había murmurado tendiendo un dedo.

La pequeña había atrapado su dedo y lo había apretado torciendo su pequeña boca, imitando lo que debía de ser una sonrisa en un bebé de dos días, pero que más bien semejaba una mueca.

Su corazón se había saltado un latido, había extendido los brazos para cogerla y se había contenido, no, no, no debo hacerlo, podría no querer marcharme nunca. O tendría que llevarla conmigo.

—¿Y qué iba a hacer yo contigo, *muchacha*? ¿Eh?, había murmurado detrás de sus largos cabellos rubios, como si se ocultara para emprender la huida. No somos lo suficientemente mayores, ninguna de las dos, ¡no sería inteligente! Volveré a buscarte algún día. Mientras tanto, ellos cuidarán de ti.

Había aplicado dos gotas de perfume detrás de las orejas del bebé. De perfume francés, *muchacha*,

¡así, muy bien, ya eres una mujer, bella y deseada!

Había murmurado: *¡hasta la vista, muchacha!* Se había puesto el vestido rosa de algodón, su pequeña cazadora vaquera, sus playeras blancas y se había marchado.

Pero antes se había asegurado de prender el nombre de la niña sobre su pelele: Calipso. Era su mensaje de adiós. Él solo tenía que entenderlo. No era ningún tonto. Ella había estudiado la *Ilíada* y la *Odisea* en el colegio. Le habían encantado, no eran demasiado complicadas de leer. Había historias de amores imposibles y la historia de un gran amor indestructible.

Ella creía en el amor indestructible.

Eso fue antes de Calipso.

Se frota la barbilla y rompe a llorar.

Hacía tanto tiempo de eso...

Creía que lo había olvidado.

—Pero ¿qué te ocurre, *amore*? ¿No eres feliz? ¿Ya no te gusta mi pajarito? Dime, ¿no tienes un poco de Campari? Me gustaría beber una copita de Campari.

[24.](#) ¡Me alegra tener noticias tuyas!

[25.](#) Agradable costumbre.

— Los romanos escribían en hojas de papiro. Hojas pegadas una tras otra hasta formar una larga cinta que, enrollada en sí misma, constituía un rollo. El rollo no era muy cómodo de leer ni de consultar porque, a veces, había que extenderlo por completo para poder encontrar la información buscada. Además, la misma naturaleza del soporte hacía las ilustraciones difíciles y obligaba a escribir solo por una cara.

Joséphine está frente a los estudiantes, y habla mientras distribuye fotocopias en las que están anotados los libros de referencia con el fin de que ellos se documenten para redactar sus trabajos.

—Ahí encontrarán toda la información concerniente a la clase de hoy e incluso un adelanto del estupendo libro de Chiara Frugoni, *La Edad Media en la punta de la nariz* de ediciones Bellas Letras. ¿Tienen todos una copia?

Los estudiantes asienten.

—Entonces retomemos el texto de la señora Frugoni. En la Edad Media se descubrieron otros dos materiales como soporte de escritura: el pergamino a base de piel de vaca o, más frecuentemente, oveja o cabra, y el papel producido a partir de trapos cuya difusión no comenzará hasta finales del siglo XII. Para obtener el pergamino, era necesario tratar la piel de los animales y someterla a numerosos procesos hasta que se volvía blanca, flexible, lisa y fina. La piel entonces era cortada en hojas, y estas plegadas en cuadernos que formaban los diferentes fascículos. Cosidos juntos y protegidos por una tapa rígida, los fascículos constituían los códices, es decir, el equivalente a nuestros libros. El pergamino ofrecía la posibilidad de escribir sobre las dos caras incluso si la cara peluda en origen permanecía siempre más rugosa y oscura.

Un estudiante rompe a reír ante la idea de que se pueda escribir sobre una piel de ternera rugosa y oscura.

—Díganos, ¿hacían falta muchos animales para imprimir un ejemplar de la Biblia? —pregunta otro sonriendo.

—Muchos. Prácticamente un rebaño. Por esa razón los libros resultaban tan caros y estaban reservados para una élite. Además, estaban escritos exclusivamente en latín.

—Y para el día a día, ¿qué se utilizaba?

—Para tomar notas rápidas, para los borradores, para las clases universitarias, para componer poemas de amor, se utilizaban tablillas de cera. Las mismas que se habían venido empleando desde la Antigüedad y que sabemos que el mismo Carlomagno utilizó para aprender a escribir, aunque no con demasiado éxito.

—¿Era Carlomagno un holgazán? —pregunta Jérémie con expresión radiante.

Justo antes de la clase, Joséphine y él se han reunido en la cafetería. Joséphine le ha hecho un encargo. Ha sido después de la conversación que ha mantenido con Hortense.

Y, desde luego, había sido idea de Hortense.

Hortense había llamado a su madre para contarle cómo había ido el concierto del día anterior, tenía la voz animada de los días buenos, una voz que pregonaba dispuesta a dialogar, dispuesta a escuchar. Joséphine se había dicho: hoy puedo hablar con ella, hoy no me va a replicar ásperamente.

—¡Ya está hecho, mamá! Ayer, durante la cena, Elena anunció nuestra asociación delante de todos los invitados. Estoy tan excitada... Voy a desembarcar en París. Así que necesitaré...

Había seguido una larga lista de todo lo que iba a necesitar. Necesitaría que le hicieran un sitio. Mucho sitio. Quería recuperar su habitación, y ¿podría ocupar el salón para transformarlo en taller, si ella no tenía inconveniente? Hortense se disparaba al teléfono, ya verás, mamá, ya verás, vas a tener que aguantarme, voy a ser difícil de seguir, ¡a sus puestos, listos, ya! Voy a trabajar todo el verano, ya tengo una cita con Jean-Jacques Picart, soy tan feliz, tan feliz...

—¿Quién es ese? —había preguntado Joséphine.

—¡Si ya te lo he dicho! Es el hombre que lanza los nombres más importantes de la costura. Va a recibirme, a mí, Hortense Cortès, ¿te das cuenta?, y pim, pam, pum, voy a descender por el tobogán del éxito.

—¿No estás nerviosa?, ¿ni siquiera un poco?

—¡Qué va, nenúfar!

—Eres formidable, cariño.

—Y a ti, mamá, ¿cómo te trata la vida? ¿Ya no te molesta ese zombi que te persigue?

—¿Cómo lo sabes?

—Por Zoé, me lo ha contado todo. ¿Y bien?

—Ahí sigue todavía.

—¿No lo has espantado?

—No. Pero no te preocupes, cariño, acabará desanimándose.

—Pues no es eso lo que parece.

—Entonces ya pasará alguna cosa...

—¡Las cosas no pasan porque sí, eres tú quien debe hacer que pasen!

Joséphine no había respondido.

Hortense, imperturbable, había continuado:

—Haz que alguien lo atrape. ¿No conoces a nadie que pueda ayudarte? ¿Un estudiante al que le caigas bien? Basta con que le retenga el tiempo suficiente para que tú llegues y...

—No me atrevería nunca.

—¡Para ya, mamá! ¡Eres desesperante! ¿Prefieres continuar muerta de miedo? ¿Todo el tiempo?

—No pero...

—¿Crees que das ejemplo portándote así? Solo tenemos una obsesión: no parecernos a ti.

—¡Oh! —había exclamado Joséphine, martirizada—. ¿Es eso cierto?

—Sí. ¡Y voy a colgar porque, cuando te pones así, no soy capaz de dominarme!

Fue entonces cuando había pensado en Jérémie. Tendría que hablar con él. Le enviaría de avanzadilla para retener al desconocido.

Había experimentado un arrebato de agradecimiento hacia Hortense.

—Te quiero, cariño, estoy feliz por que vuelvas a vivir a París, voy a poder aprovecharme de ti.

—¡No creas! Voy a trabajar como una bestia. No pienso despegar la nariz de mi trabajo. ¡Directa al éxito!

Joséphine había colgado preguntándose una vez más cómo su hija podía estar tan segura de sí misma. Hablar con Hortense le había puesto las pilas.

Iba a enfrentarse a ese hombre.

Joséphine y Jérémie se habían acercado mucho desde que él la abordara en el aparcamiento y ella hubiera aceptado dirigir su investigación.

Él la había llevado una vez a un *bouchon*, un restaurante típico de Lyon. Habían hablado de su interés por los estudios, de su tesis, habían imaginado el porvenir, él quería saber cuánto se ganaba como profesor, cuántas vacaciones tenía, si viajaba mucho. Ella había sonreído. Él le había hablado de la muerte de su madre al darle a luz, de cómo su abuelo le había criado, ¡él hablaba latín, puede imaginarlo! Su rostro había reflejado súbitamente la inocencia maravillada de un niño. A ella le había encantado sorprender esa expresión en su cara, y se había dicho que esa era precisamente la razón por la que enseñaba.

Ese día habían planeado que, un poco antes del final de la clase, Jérémie se levantara cuando el desconocido cerrara la puerta del anfiteatro y le siguiera hasta su coche.

—Le hablas de la clase, de mí como profesora, le cuentas lo primero que se te ocurra, pero le retienes lo suficiente para que yo pueda verlo y hacerle algunas preguntas. Aún no sé qué aspecto tiene...

—¿No lo ha visto nunca?

—De cerca nunca.

—¿Y qué le puedo decir, por ejemplo?

—Le preguntas si está preparando una tesis, qué tema ha elegido, si es estudiante o acude libremente como oyente... Le entretienes lo suficiente para que pueda unirme a vosotros. ¿Serás capaz?

—Sí. Ahora que me lo ha explicado todo...

Lo había dicho de tal forma que parecía no haber comprendido nada.

—Las tablillas o tabletas estaban formadas por planchas de madera, las más lujosas eran de marfil con una cara hueca de modo que formaba una cavidad de dimensiones ligeramente inferiores a la superficie. Esta cavidad se rellenaba de cera fundida, la cual, una vez alisada y enfriada, podía ser horadada con un estilete de hueso o de metal. El extremo redondeado del estilete servía para borrar lo que ya estaba escrito y poder reutilizar la superficie para escribir. Ingenioso, ¿verdad?

—¿Y ya se les daba el nombre de tabletas? —preguntó un estudiante—. ¿Como hoy en día?

—Así es, Florian. Como puede leerse en el *Romance de Flores y Blancaflor*, algunos jóvenes «cuando a la escuela acudían, las tablas de marfil traían. Y por ello se advertía que en cera cartas y versos de amor escribían».

El hombre del fondo del anfiteatro se aparta de la pared, abre suavemente la puerta y desaparece. Jérémie cierra rápidamente cuadernos y libros y le sigue. El corazón de Joséphine se acelera. Se pregunta si no habrá expuesto a Jérémie a un peligro real.

Explica el final de la lección a toda velocidad, recorre a grandes pasos el espacio de detrás de su mesa, trata de echar un vistazo por la ventana para observar lo que sucede fuera, para intentar atisbar al hombre seguido por Jérémie, pero no distingue nada.

Levanta los ojos hacia el reloj, le suplica que avance más rápido. Aún quedan diez minutos para la conclusión de la clase. No aguantará tanto tiempo. Se frota las manos como si estuvieran empapadas de grasa, luego las cruza y declara:

—Y eso es todo lo que puedo enseñarles hoy sobre la evolución de la escritura en la Edad Media. Nos veremos en la próxima clase dentro de quince días. Cuento con ustedes para que lean el libro de Chiara Frugoni. Les doy las gracias por su atención y les deseo un buen fin de semana.

Añade que hoy, excepcionalmente, no responderá a ninguna pregunta al finalizar la clase, pero que el próximo día llegará un poco antes para estar a disposición de aquellos que quieran hablar con ella. Lee la decepción en los ojos de algunos y se excusa esbozando una sonrisa avergonzada.

Sale corriendo hacia el aparcamiento. Distingue a Jérémie. Solo. El hombre no está con él. Ella resopla, desalentada. Aminora el paso.

Jérémie se gira en redondo entre dos vehículos. Parece contrariado.

Llega a su altura. Pregunta solo para asegurarse:

—¿Se ha marchado...?

Él no responde. Su mirada rehúye la suya. Se rasca detrás de la oreja.

—No he tenido valor. Es muy alto, señora, es muy alto. No sabía cómo acercarme a él. Me he mantenido a distancia. Lo lamento. ¡Ah, sí! Al menos he visto una cosa, tiene una Kangoo roja.

—Gracias, Jérémie. Lo has intentado, está bien.

—¿No está enfadada conmigo?

—No es importante —dice Joséphine—. No eras tú quien tenía que hacerlo. Al fin y al cabo no es tan importante, ese hombre no ha hecho nada malo. Hay que dejar de sospechar de todo el mundo.

Él parece aliviado.

—Entonces ¿no está enfadada, seguro?

—Seguro. ¿Nos vemos en quince días?

—De acuerdo.

Y hace un gesto con la mano antes de alejarse.

Ella se encamina hacia su coche, distingue a *Du Guesclin* sentado en la parte delantera. Está jadeando, debe de tener sed. Parece que haya lamido el cristal. Le sonrío desde lejos. ¡Tú no lo habrías dejado escapar!, ¿verdad, perro viejo?

Está intentando encontrar las llaves del coche en su bolso cuando oye a Jérémie que le grita:

—¡Señora! ¡Señora! ¡Me había olvidado!

—¿De qué, Jérémie? —grita ella a su vez.

—Le ha dejado algo en el parabrisas.

—¿Estás seguro de que era él?

—Sí. Le he visto hacerlo.

Le da las gracias, llega a la altura de su coche y distingue un pequeño papel blanco deslizado bajo la

escobilla del limpiaparabrisas. Lo extrae, lo despliega y lee:

«¿Podríamos vernos? Quiero hablarle de Lucien Plissonnier».

Y debajo un número de teléfono.

Nota de la autora

Lo digo siempre: escribir es abrir mucho los brazos y dejar que la vida te empape.

Y después recoger, seleccionar, probar, aspirar, escuchar, desarrollar.

La vida es una novela. En ella lo encontramos todo. «Las cosas están ahí. ¿Por qué inventarlas?», decía Rossellini.

Detalles atrapados en las calles, en el metro, en estaciones, en aeropuertos, en conversaciones robadas, una silueta que camina por la acera, un cuadro en un museo... Jirones de vida que recojo y doy forma, que transformo, retuerzo y estiro.

Un hombre mayor sentado en un banco delante de una tienda en Jefferson, Texas, que tal vez se convierta en el personaje de una nueva historia.

Acercarse, hablar con él.

Asumir el riesgo de ser rechazado.

Escrutar, escuchar, dejar resonar.

Esperar que llegue la chispa.

Construir los personajes.

Y dejarles que escriban la historia.

Gracias a Alain Castoriano por llevarme a Cuba, a Miami, por nutrirme con detalles y anécdotas, a Sarah Maeght de quien amo sus palabras, a Sophie Legrand que me habla desde más allá de la Mancha, a Christophe Henriau que me ha «transportado» a Tokio, a Michael y su refugio de personas sin techo en Nueva York, a Carole Kressmann que me ha abierto su gran libro de música, a Martine de Rabaudy, a Jean-Jacques Picart que no solamente se ha tomado el futuro de Hortense en serio, sino que ha aceptado aparecer como personaje en esta novela, a Marie-Louise de Clermont-Tonnerre, a Lilo en Nueva York, a Christy Ferrer, a Marianne y Maggy también en Nueva York, a Patricia Connelly que me ha seguido a lo largo del libro, a Franck Della Valle y Lise Berthaud, violinistas atentos y generosos que se han enfundado en la piel de Calipso, a Béatrice Augier, siempre presente.

Gracias a los periódicos, a las emisiones de France Culture, auténticos cofres del tesoro, a *Nouveaux Chemins de la connaissance* de Adèle Van Reeth. Gracias a Gilbert Simondon.

Gracias a:

Thierry Perret, siempre ahí.

Coco Chérie.

Dominique Hivet.

Octavie Dirheimer y Charlotte de Champfleury.

A Radio Suiza clásica y Radio Suiza jazz que escucho en la radio por Internet. Cuántas notas, y qué poca cháchara.

Gracias a Willy Gardett, hombre orquesta de Internet, y a Jojo le Roi.

Sin olvidar los libros:

Chiara Frugioni, *Le Moyen Âge sur le bout du nez*, Belles Lettres, 2011.

Inès de la Fressange, *La Parisienne*, Flammarion, 2010.

Bruno Monsaingeon, su libro *Mademoiselle* sobre Nadia Boulanger, Van de Velde, 1980, y su DVD *Piotr Anderszewski, voyageur intranquille*, Idéale Audience, 2009.

Georges Duby y Michelle Perrot, *Histoire des femmes en Occident*, tomo 2, «Le Moyen Âge», Tempus, 2002.

Jean Verdon, *Le Plaisir au Moyen Âge*, Tempus, 2010.

Francis Dorléans, *Snob Society*, Flammarion, 2009.

Lang Lang, *Le Piano absolu*, Pocket, 2009.

Gracias de nuevo a Charlotte y a Clément, mis dos amores de niños. A Romain. A Jean-Marie. *Hello there!*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: *Muchachas*

Publicado originalmente por Éditions Albin Michel, 2014

© Katherine Pancol, 2014

© De la traducción: Paz Pruneda, 2014

© La Esfera de los Libros, S. L., 2014

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2014

ISBN: 978-84-9060-212-6

Conversión a libro electrónico: Moelmo, S. C. P.